

Libros del Asteroide 

Alexandria
Marzano-Lesnevich
Nada más real que un cuerpo
Traducción de Flora Casas



Alexandria

Marzano-Lesnevich

Nada más real que un cuerpo

Un asesinato y unas memorias

Traducción de Flora Casas

Libros del Asteroide 

Índice

Portada

Nota sobre las fuentes

Prólogo

PRIMERA PARTE El crimen

Uno

Dos

Tres

Cuatro

Cinco

Seis

Siete

Ocho

Nueve

Diez

SEGUNDA PARTE Las consecuencias

Once

Doce

Trece

Catorce

Quince

Dieciséis

Diecisiete

Dieciocho

Diecinueve

Veinte

Veintiuno

Veintidós

TERCERA PARTE El juicio

Veintitrés

Veinticuatro

Veinticinco

Veintiséis

Veintisiete

Veintiocho

Veintinueve

Treinta

Treinta y uno

Treinta y dos

Treinta y tres

Treinta y cuatro

Treinta y cinco

Treinta y seis

Treinta y siete

Treinta y ocho

Treinta y nueve

Cuarenta

Fuentes consultadas

Agradecimientos

Colofón

Primera edición, 2018

Título original: *The Fact of a Body: A Murder & A Memoir*

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

Copyright © Alexandria Marzano-Lesnevich, 2017

© de la traducción, Flora Casas Vaca, 2018

© de esta edición, Libros del Asteroide S.L.U.

Imagen de cubierta: © Robin Beckham/BEEPStock/Alamy Stock Photo

Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.

Avió Plus Ultra, 23

08017 Barcelona

España

www.librosdelasteroide.com

ISBN: 978-84-17007-68-3

Composición digital: Newcomlab S.L.L.

Diseño de colección: Enric Jardí

Diseño de cubierta: Duró

Para mis padres

NOTA SOBRE LAS FUENTES

He reconstruido la vida de Ricky Langley a partir de una serie de documentos judiciales, transcripciones, artículos de prensa, reportajes de televisión y una obra de teatro basada en entrevistas. En ese repertorio tan extenso, en muchos casos me topé con dos o más datos contradictorios y tuve que elegir uno para elaborar una narración coherente. En muchos más casos decidí incluir datos y argumentos opuestos, deslices y omisiones y sacar a la luz todas las contradicciones y lagunas. En el capítulo «Fuentes consultadas», al final del libro, se detalla la información sobre las fuentes.

Para cada acontecimiento que recojo en el libro cuento con la declaración de al menos una persona que da fe de que aquello ocurrió y de su descripción del hecho en cuestión, o, si no, se trata de un acontecimiento compuesto por las diversas descripciones que se detallan en «Fuentes consultadas». Cuando he trabajado a partir de una transcripción, he modificado los diálogos por razones de claridad y ritmo. Gran parte de los acontecimientos que narro se produjeron en público y la prensa les prestó mucha atención, pero de todos modos he cambiado algunos nombres. Los dos viajes de investigación en los que se apoya la tercera parte del libro en realidad fueron muchos viajes, hace varios años. Los he condensado, pero los acontecimientos narrados tuvieron lugar tal como se narran.

Si bien no he inventado ni cambiado los hechos y me he atendido a la documentación que he utilizado como fuente de este libro, en ocasiones he estratificado mi imaginación para llegar al registro desnudo del pasado y darle vida. Se aclara dónde he hecho esto en «Fuentes consultadas», al final del libro. En todos los casos presento mi interpretación de los hechos, mi tentativa de reunir las piezas de esta historia.

Como tal, este es un libro sobre lo que ocurrió, sí, pero también sobre lo que hacemos nosotros con lo que ocurrió. Trata de un asesinato, de mi familia, de otras familias a cuyas vidas afectó el asesinato. Pero por encima

de todo, trata de cómo entendemos nuestras vidas, el pasado y los unos a los otros. Para ello, todos construimos historias.

AVISO LEGAL

Este libro no ha sido autorizado por el Centro de Asistencia para la Pena Capital de Luisiana ni por sus clientes, y las opiniones expresadas por la autora no reflejan sino las opiniones y posturas de la autora. La descripción hecha por la autora de cualesquiera procedimientos judiciales, incluyendo la de las posturas de las partes y los acontecimientos y circunstancias de los delitos imputados, está tomada únicamente del registro judicial, otras fuentes de información accesibles al público y las investigaciones de la autora.

Prólogo

Siempre es posible que la solución de un misterio resuelva otro.

TRUMAN CAPOTE, *A sangre fría*

Era nuestro Ricky, y ya está.

DARLENE LANGLEY, hermana de Ricky Langley

Existe un principio en el derecho llamado causa inmediata que se enseña a los estudiantes de primero de derecho con el caso *Palsgraf contra Long Island Railroad Co.* Una señora está en el extremo de un andén de tren. Imaginémosla: corre el año 1924, Helen Palsgraf va a llevar a sus dos hijas a la playa de Rockaway a pasar la tarde. Es un día muy caluroso, y la casa adosada de ladrillo en la que viven las niñas, su hermano mayor y sus padres es sofocante. Sin colegio ni nada que hacer, las niñas no paran de quejarse, y Helen al final decide llevarlas a la playa. Quizá se haya puesto un vestido de algodón encima del bañador y un sombrero de paja de ala ancha para protegerse del sol. Se apoya en una de las columnas del andén y se abanica con el sombrero. A unos metros, las niñas juegan con la muñeca que se ha llevado una de ellas. Helen las observa distraídamente.

En el otro extremo del andén, a unos diez metros, un joven echa a correr para alcanzar el tren que está arrancando, un expreso en dirección al barrio de Jamaica, en Queens. Quizá tenga planes con sus amigos de allí para irse de juerga por la noche. Beberán cerveza; oirán tocar a una banda; bailarán con chicas guapas. A lo mejor incluso besa a la chica de la que le ha hablado su primo, un pibón de Connecticut. Está con otros dos jóvenes, y todos corren hacia el tren, pero el hombre que nos ocupa lleva debajo del brazo un delgado paquete, de unos cuarenta centímetros de largo, envuelto en papel de periódico.

El tren ya está saliendo de la estación; sus grandes ruedas metálicas giran a velocidad creciente, pero el hombre no quiere perderse la noche. Corre más rápido. ¿Lo conseguirá?

El tren sale. Queda un hueco entre el andén y él.

El hombre salta.

Por la portezuela del tren se asoma un revisor, lo agarra por el brazo y lo ayuda. En el andén, un mozo le da un empujón. El hombre aterriza sano y salvo en el tren.

Pero se le cae el paquete, y cuando impacta con el suelo, explota. El paquete contenía fuegos artificiales.

A la mañana siguiente los periódicos hablan de docenas de heridos. A una adolescente le ardió el pelo. Una mujer y su hija sufrieron cortes en brazos y piernas. Y en el otro extremo del andén, una gran báscula metálica para pesar los equipajes dio una sacudida y se tambaleó. La mujer que estaba debajo, con un ancho sombrero de paja, gritó. La báscula se desplomó sobre ella.

Cuando la señora Palsgraf se recupera, demanda al ferrocarril por lesiones.

¿Qué causó sus lesiones? Empecemos por la caída de la báscula. Esto es lo que en derecho se denomina hecho causante: si la báscula no se hubiera caído, la señora Palsgraf no habría sufrido lesiones.

Pero hay un problema. Las básculas no se caen así, sin más. La caída la causó la explosión.

Y las explosiones no se producen así, sin más. La explosión la causaron los fuegos artificiales del joven.

Pero los fuegos artificiales no se disparan así como así. Al empujarlo, el mozo hizo que al joven se le cayeran los fuegos artificiales. Las lesiones de la señora Palsgraf deben ser culpa del mozo y, por consiguiente, del ferrocarril que lo emplea.

Todas estas causas posibles son hechos causantes. Y son infinitos. La idea de la causa inmediata puede ser una solución. La labor del derecho consiste en averiguar el origen del relato, en asignar responsabilidades. La causa inmediata es la única que, según el derecho, realmente importa. La única que hace del relato lo que es.

En mi recuerdo hay una habitación oscura y cavernosa, con tubos fluorescentes débilmente iluminados en el centro. En las paredes, las hileras de libros encuadernados en cuero llegan hasta el techo; en los colores apagados de los lomos se alternan el azul de una bandera vieja, el verde del mar y el rojo de la sangre seca. Los libros son registros legales, los mismos libros de las bibliotecas de todos los bufetes de abogados del país que albergan sentencias judiciales. Cada uno de ellos contiene incontables historias, incontables vidas, quién hizo qué y quién tuvo que pagar por ello.

Imagíenme a mí allí. En junio de 2003, con veinticinco años. He pasado la última semana encorvada sobre una mesa de una biblioteca con olor a madera vieja realizando las pruebas de los exámenes para acabar el primer año de derecho en Harvard. Ayer subí a un avión que me llevó al sur, a Nueva Orleans, y al desembarcar el aire me dio un bofetón caliente y húmedo. He venido al sur a luchar contra la pena de muerte haciendo prácticas en un bufete que defiende a acusados de asesinato. Me siento orgullosa del trabajo que quiero hacer, y también asustada. Mi conocimiento del derecho procede únicamente de los libros y de las historias de los clientes que mis padres, abogados los dos, compartieron conmigo en la adolescencia. Eran disputas por la custodia, errores médicos, caídas, un asesinato en una ocasión, pero nada parecido a una pena de muerte. Nada parecido a lo que imaginaba que sería Nueva Orleans, sumida en una oleada de delitos ese verano. En las noticias de anoche, cinta amarilla de seguridad pegada a una puerta cerrada. Esta mañana, los puestos de periódicos están a reventar de titulares siniestros sobre crímenes en Baronne Street. En los estantes de la biblioteca, debajo de los registros de las causas, hay folletos fotocopiados, cada uno de ellos plastificado y con las páginas unidas con anillas de plástico. Sé que detallan los pasos que da el Estado para una ejecución. En esta sala se defienden vidas.

No paro de moverme en la silla plegable de metal. El traje marrón que me he puesto es demasiado abrigado para Nueva Orleans: empiezo a notar el sudor que me perla la frente. En eso se centra mi atención en este momento, en la ropa y en lo mal que me siento con ella.

Una mujer se dirige a la cabecera de la mesa de juntas con un videocasete en la mano, para que lo veamos todos los estudiantes en prácticas. Es desenvuelta, segura de sí misma, y va vestida con una sencilla falda negra y una camisa blanca que parece recién planchada a pesar del calor. «Es la confesión del hombre cuya causa acaba de ser revisada, se grabó en 1992», dice. Tiene una voz aguda y acento británico, y lleva el pelo recogido en un moño como un personaje de las hermanas Brontë. «Hace nueve años lo condenaron a muerte, pero ahora el jurado lo ha condenado a cadena perpetua. Por favor, las luces», le dice a otro abogado.

Hecho causante, esta cinta. Si no hubiera visto la cara del hombre en el video, si no le hubiera oído describir lo que había hecho, podría haber seguido siendo un nombre más.

Hecho causante, que ella me enseñara el video. Ya han pasado doce años desde aquel día en el bufete, y quisiera retroceder en el tiempo y decirle: no, ese hombre no es mi cliente, nunca será mi cliente. No me hace ninguna falta ver este video. El niño al que mató ya está muerto. Ya han condenado a ese hombre por asesinato. Todo lo que ocurrió ya está hecho. No me hace falta ver el video.

O remontarme aún más en el tiempo. Hecho causante: hubiera podido elegir no venir al sur, a este despacho. Hubiera podido elegir no cuestionar, no confrontar mis convicciones. Hubiera podido no remover mi pasado.

¿Y si no hubiera ido a la facultad de derecho? ¿Y si no hubiera encontrado un libro sobre la facultad de derecho en la librería de mi padre una tarde que estaba en casa enferma y no había ido al colegio, cuando tenía trece años? El mes en que leí y releí aquel libro, el mes en que soñaba con mi futuro, un niño rubio llamó a la puerta de la casa de su vecina en Luisiana. Le abrió el hombre del video.

Llevo ya más de diez años con esta historia, una historia que, de haber sucedido las cosas de una manera ligeramente distinta, quizá nunca hubiera descubierto. He leído la transcripción de esa confesión tantas veces que he perdido la cuenta, y también las transcripciones de sus demás confesiones. Conozco las palabras de ese hombre mejor que las que yo he escrito.

Retrocediendo en el tiempo con las transcripciones, he encontrado el sitio en el que vivió y en el que mató al niño rubio, y la gasolinera en la que trabajó y donde más adelante lo detuvieron. Con las transcripciones, y visitando los lugares de Luisiana donde ocurrieron los acontecimientos de la vida de ese hombre, me he imaginado a su madre, sus hermanas, a la madre del niño, a todos los personajes del pasado. Y he recorrido la larga y solitaria carretera desde Nueva Orleans hasta la cárcel del estado de Luisiana, llamada Angola. Me he sentado enfrente de ese hombre, el asesino, en una sala de visitas, y he mirado los mismos ojos que aparecen en este video.

Este video me empujó a replantearme todo lo que yo creía, no solo en relación al derecho, sino a mi familia y mi pasado. Quizá hubiera sido mejor no haberlo visto. Quizá hubiera deseado que mi vida se quedara en la sencillez de un tiempo anterior.

Mete la cinta de video en el reproductor y retrocede. La pantalla del viejo televisor parpadea. Aparece poco a poco un hombre sentado. Piel pálida, mandíbula cuadrada, orejas de soplillo. Gafas redondas, de culo de vaso. Mono naranja. Las manos esposadas, sobre las piernas.

—Diga cómo se llama —ordena una voz profunda fuera de cámara.

—Ricky Langley —dice el hombre.

PRIMERA PARTE

El crimen

Uno

Luisiana, 1992

El chico lleva pantalones de chándal del color de un lago de Luisiana. Más adelante, el atestado policial indicará que era azul, a pesar de que en todas las descripciones posteriores la madre insiste en llamarlo verde mar o turquesa. Lleva el mismo tipo de botas embarradas que todos los chicos en esta parte del estado, perfectas para jugar en el bosque. Con una manita aprieta una escopeta de aire comprimido la mitad de larga que él. La escopeta es del modelo Daisy, con el cañón de plástico marrón, y el niño lo mantiene tan brillante como si fuera de auténtico metal. Hijo único de madre soltera, Jeremy Guillory está acostumbrado a mudarse de casa con frecuencia, a dormir en habitaciones que no son la suya. Todos los amigos de su madre tienen casas alquiladas en la misma calle sin salida que el casero llama Watson Road siempre que quiere subir el alquiler, aunque en realidad no tiene nombre e incluso la policía del pueblo necesitará indicaciones para encontrarla. Los vecinos que vinieron de Iowa le pusieron al pueblo el nombre de su estado natal, pero, en su deseo de empezar de nuevo, lo pronunciaban con una *i* final, aunque lo escribían igual. El pueblo siempre ha sido un sitio al que la gente va para empezar de nuevo, un sitio en el que no pueden dejar del todo atrás el pasado. El chico y su madre se alojan con quien pueda pagar el recibo de la electricidad un mes, con quien pueda tener gas al mes siguiente. Adondequiera que va el niño, se lleva su escopeta. Es su bien máspreciado.

Es la primera semana de febrero. Las hojas de los árboles están verdes y lozanas, pero por la noche baja la temperatura. Lorilei, la madre de Jeremy, no trabaja. Alquiló una casa para los dos solos —la primera—, pero les han cortado la electricidad. Su hermano Richard vive en una casa que está ampliando al final de la cuesta, pero ella no vive con él. Lorilei y Jeremy están en casa de Melissa, amiga de Lorilei, su novio, Michael, y su hijo. El

niño tiene dos años, edad suficiente para querer jugar con Jeremy, y chilla cuando no le hacen caso.

Hoy el niño está berreando. Jeremy, de seis años, acaba de volver de la escuela de primaria en el autobús amarillo y se toma la merienda a toda prisa, soñando con librarse del ruido, soñando con lo bien que se lo puede pasar en el bosque.

Al final de la calle hay una casa blanca destartalada, y detrás está el bosque. El bosque es denso, de hoja caduca, pantanoso, de ese tipo en que las hojas en descomposición se mezclan con la tierra y el suelo cede blandamente bajo los pies. Aunque es muy pequeño, con solo un barranco como una cicatriz en la tierra, es un lugar único para jugar a la guerra o soñar con esconderse para siempre. El bosque es el paraje preferido de Jeremy para jugar.

Le pide la escopeta a su madre. Ella la baja del estante donde la guarda para que no la alcance el niño más pequeño y se la da. Jeremy sale corriendo de la casa. En la casa blanca al lado del bosque viven dos niños casi de su edad, un chico llamado Joey y una chica llamada June, y aunque a Jeremy le gusta explorar a su aire, es más divertido cuando Joey puede ir con él. Llega a la puerta de la casa y llama.

Abre un hombre. El hombre lleva gafas de cristales gruesos. Tiene la cabeza pequeña y las orejas grandes, de soplillo. Con poco más de sesenta kilos, Ricky Joseph Langley, de veintiséis años, es menudo para un adulto, pero de todos modos mucho más grande que el niño. También él se crio en ese pueblo. Le han alquilado una habitación los padres de Joey y June, a los que conoció cuando empezó a trabajar con Pearl, la madre de los niños, en el Fuel Stop de la autopista. Supuestamente tiene que pagarle a Pearl cincuenta dólares a la semana, pero nunca ha podido. Compensa la falta de dinero haciendo de canguro. Hace unos días cuidó a Joey y a Jeremy. Les llevó jabón cuando estaban bañándose.

—¿Está Joey? —pregunta Jeremy.

—No —contesta Ricky—. Se han ido a pescar. —Es verdad. Joey y su padre habían metido las cañas en el coche veinte minutos antes y se habían ido al lago. Estarían fuera toda la tarde—. Pero volverán pronto —dice Ricky—. Pasa si quieres y lo esperas aquí.

Jeremy juega en esa casa todas las semanas. Conoce a Ricky. Sin embargo, vacila.

—¿Por qué no pasas? —vuelve a decir Ricky.

Abre más la puerta y se da la vuelta. Jeremy entra, deja la escopeta cuidadosamente apoyada contra una pared del zaguán y sube las escaleras hasta la habitación de Joey. Se sienta en el suelo con las piernas cruzadas y se pone a jugar.

Ricky sube las escaleras detrás de él. Solo quiere mirar a Jeremy mientras juega: eso dirá más adelante, más adelante lo jurará. Pero al mirar algo cambia en él, y a partir de ese momento es como si viviera un sueño. Se pone detrás de Jeremy, le rodea el cuello con el antebrazo y lo levanta en el aire. Jeremy patalea tan fuerte que se le caen las botas. Ricky aprieta.

Jeremy deja de respirar.

Es posible que entonces Ricky lo toque; es posible que ahora pueda reconocer lo que quería desde que vio a Jeremy en el baño. Quizá no. En todo lo que ocurrirá a partir de aquel momento — los tres juicios diferentes y las tres confesiones distintas grabadas en video, la prueba de ADN, los análisis serológicos y los análisis de fluidos corporales y todas las declaraciones juradas—, nadie sino Ricky tendrá certeza alguna.

Ricky recoge a Jeremy, lo mece como si solo estuviera dormido y lo lleva a su habitación. Lo tiende sobre el colchón. Cubre a Jeremy —no; ya es un cadáver—, cubre el cadáver con una manta azul con la cara de Dick Tracy, el detective del cómic. Después se sienta en el borde de la cama y acaricia el pelo rubio.

Llaman a la puerta de abajo. Ricky baja a abrir. En el zaguán hay una mujer joven. Tiene el pelo de ese tono castaño que en muchos casos fue rubio en la infancia.

—¿Has visto a mi hijo?

Cuando Lorilei hace la pregunta está embarazada de tres meses.

—¿Quién es su hijo? —pregunta Ricky.

—Jeremy —contesta ella, y Ricky cae en la cuenta de que ya lo sabía.

—Pues no —dice Ricky—. No lo he visto.

Lorilei suspira.

—Bueno, a lo mejor ha ido a casa de mi hermano.

—A lo mejor —repite Ricky—. Pero ¿por qué no pasa? Puede llamar por teléfono desde aquí. Llame a su hermano.

—Gracias.

Lorilei entra. A la derecha, apoyada contra la pared, hay una escopeta del modelo Daisy, con el largo cañón marrón brillante y liso.

Pero Lorilei va a la izquierda. No ve la escopeta. Ricky le ofrece el teléfono y Lorilei marca un número, para buscar a su hijo.

CONFESIÓN GRABADA DE RICKY JOSEPH LANGLEY, 1992

P: ¿Sabe usted por qué mató a Jeremy?

R: No. Yo no... Yo ni siquiera pensé que podría, o sea, es la primera vez.

P: ¿Y por qué decidió hacerlo?

R: No sabría decirle. Todavía sigo dándole vueltas a la cabeza, intentando entenderlo, o sea, es como si supiera que lo hice, pero al mismo tiempo es como algo que lees en el periódico.

P: ¿Una especie de sueño, Ricky?

R: Supongo. En realidad no... No sé cómo se supone que tengo que actuar.

P: Pero ¿sabe que lo hizo?

R: Sí.

P: Ya ha tenido problemas con niños en el pasado.

R: Sí.

P: ¿Quiere hablarme de ellos?

R: Es que... No puedo explicarlo. Supongo que es mi destino... Vale, sí, es verdad.

Dos

Nueva Jersey, 1983

Nueve años antes de que Ricky Langley mate a Jeremy Guillory, cuando tiene dieciocho años y yo cinco, mis padres compran una casa victoriana gris que se asienta achaparrada en lo alto de una cuesta en la ciudad de Tenafly, en Nueva Jersey. El césped de las casas cercanas está muy cuidado, pero nuestra casa victoriana de color gris está rodeada de hierba y cañas y el porche de madera de un lateral ha empezado a pudrirse. Lleva seis años abandonada. La tarde que nos mudamos, desde un lado del porche nos mira el vecino, un chico: pelo rubio cortado a tazón, vaqueros rotos y desteñidos como los que mi madre no me deja ponerme. Detrás del chico hay una casa de piedra gris, con todas las ventanas a oscuras. A veces se le acerca un gato, cruzando el camino de entrada entre su jardín y el nuestro, y él se agacha, le rasca la cabeza y el gato vuelve a marcharse tranquilamente. Parece haber muchos gatos. El chico mira el constante entrar y salir de la casa nueva; mis dos hermanas, mi hermano y yo cargamos con las cajas que contienen nuestros animales de peluche y los montones bamboleantes de ladrillos de cartón para construir fuertes. En esta casa vamos a tener un cuarto de juegos para nosotros solos, nos ha dicho mi padre.

Pasado un buen rato me llama el vecino. Me acerco a la verja y me pongo en cuclillas. Las barras blancas del porche le forman pliegues en la cara como los barrotes de la cárcel de un cómic.

—¿Cómo te llamas? —pregunta.

Se lo digo.

—¿Os mudáis?

Debe de estar un curso por delante de mí, a lo mejor dos. Quiero decir algo gracioso, pero me sale un «sí».

Mastica algo sin dejar de mirarme. Veo un destello rosa: chicle.

—El papá que vivía aquí estranguló a la mamá. En la cocina —dice.

—¿Se murió?

Hace poco que he aprendido la palabra.

—No.

Se mete las manos en los bolsillos y sigue mirándome y masticando. Guardamos silencio un momento. Entonces me llama mi madre.

—Ya voy —digo.

Más tarde, al llevar una caja de cartón llena de espátulas y cuencos a la cocina, lo único que puedo ver es esa escena: el padre apretándole el cuello a su mujer, doblándola sobre la encimera de formica naranja llena de manchas, intentando escurrirle la vida como a una bayeta. Cuando vaya al colegio nuevo resultará que su hija está en mi clase de infantil. Tiene el pelo castaño claro cortado a lo paje, quiere ser dentista y cuando nuestras miradas se cruzan siempre pienso si vería lo que pasó.

Pero el sistema escolar es bueno, uno de los mejores del estado. La casa, marcada por su pasado, es barata, y con cuatro hijos y solamente el sueldo de mi padre como abogado del Estado, lo que necesitan mis padres es algo barato. Hay un césped que se extiende como una alfombra y suficientes habitaciones en el piso de arriba para nosotros seis: mis padres se quedan con la grande al final de las escaleras, y mi hermano gemelo, Andy, y mi hermana pequeña, Elize, cada uno con una más pequeña al fondo de la casa. Nicola, mi hermana del medio, y yo compartimos la habitación que está más lejos de la entrada. Los largos pasillos, estupendos para jugar a la pelota, hacen que la casa parezca grandiosa. Fue grandiosa en su momento, alojamiento de oficiales en la guerra de la Independencia, según dice mi padre, la casa de piedra del vecino eran las cuadras. Me encanta imaginarme las cabezas de los caballos asomándose a las ventanitas que salpican la casa de piedra, sus quijadas masticando el heno como el chico el chicle.

La casa se encuentra en mal estado. Lo que está mejor de todo es una escalera de madera muy empinada en el vestíbulo. Cuando los oficiales dejaron la casa, se mudó una familia, y después hubo dos generaciones de familias viviendo allí antes que nosotros, nos cuenta mi padre. Uno de los primeros padres construyó la escalera con un kit del catálogo de los almacenes Sears Roebuck. Se conserva bien, barnizada, con los balaustres bien torneados sin una sola mella. Dentro de dos años, cuando por fin tengamos un perro negro de orejas juguetonas a condición de dejar que mi

padre lo llame Cowboy, el chucho morderá los balaustres. Cada vez que estropee uno, mi padre pagará a alguien de la ciudad que tiene torno para que haga una copia exacta. Dentro de unos años, cuando seamos adultas, mis hermanas y yo tendremos un perro cada una y cuando vayamos a esa casa a ver a mis padres, ya mayores, los cachorros mordisquearán los balaustres. Mi padre recurrirá al mismo hombre del torno, ya entrado en años, y sustituirá laboriosamente el balaustre estropeado, como si, al haber heredado la escalera de los padres que habitaron la casa antes que él, tuviera la especial obligación de conservarla.

Pero el resto de la casa está muy baqueteada. El tejado tiene calvas en los sitios donde se han desprendido las tejas, como el pelo con la sarna. En algunas paredes interiores hay boquetes por los que se ven las vigas del armazón. En el suelo de la cocina, el linóleo verde forma grandes burbujas. Crujen cuando las piso, pero no estallan ni siquiera saltándoles encima.

Mi padre encuentra a tres estudiantes de una escuela de arquitectura cercana que necesitan dinero y no le tienen miedo al serrín. Uno de ellos, Greg, complace a mi padre investigando cómo añadir ornamentación complicada, remolinos de madera de cinco centímetros de grosor que corta y clava en el borde del tejado y que me recordarán a la escarcha. A Greg se le ocurre una idea: reconstruir la casa al estilo conocido como gótico carpintero, con florituras hechas a mano por todas partes.

A mi padre siempre le han encantado los grandes sueños, y Greg se convierte en el líder del grupo. Larguirucho y bronceado, con una melena de rizos que se ponen cada semana más rubios a medida que avanza el verano. Mi hermano gemelo tenía rizos así cuando era pequeño. Ahora a Andy se le ha oscurecido el pelo, le gusta llevarlo cortado a cepillo, y cuando se quita la camisa en la playa se le ve un tajo que le cruza el estómago, y que yo entiendo pero no entiendo. Estaba enfermo cuando nacimos; ahora a veces se pone enfermo. Aunque todavía no hemos deshecho las maletas ni nos hemos instalado en la casa, mis padres tienen preparada una bolsa azul en el armario de arriba para cuando tienen que llevarlo al hospital, por razones que no conozco pero que sé que no debo preguntar. Con el corte a cepillo que le resalta los huesos delicados de la cara y las costillas sobresaliendo por

encima de la cicatriz, las zapatillas blancas de mi hermano le hacen parecer un refugiado adoptado de una guerra olvidada.

Pero los estudiantes de arquitectura son fantásticos. Greg escala los picos afilados del tejado. Sus amigos se suben por unas escaleras altas a las ventanas. Surcan el aire como los delfines el agua, sin que los entorpezcan las cintas de medir y las herramientas que llevan colgadas de las presillas de los vaqueros cortados. Las herramientas van detrás de los chicos, como si, igual que me sucede a mí, no pudieran hacer otra cosa que seguirlos. Por la tarde los observo desde el césped, nos envuelve el canto de los grillos. A veces, cuando se quedan hasta tarde, Greg me hace agujeros en la tapa de un tarro, y cuando le llevo las luciérnagas que he recogido, me felicita. «Qué bonita es esa —dice—. ¿A que tiene una luz preciosa?» Me gusta tanto el brillo de las luciérnagas que a veces, en lugar de soltarlas, pongo el tarro en la mesilla de noche. Pero por la mañana las luciérnagas son solo bichos y no sueltan luz.

Un día mi padre le da a Greg un juego de llaves y unas palmaditas en la espalda. Revisan unas listas sujetas con clips que los chicos han empezado a llevar de repente, asienten con la cabeza y se estrechan la mano en la entrada de gravilla. Mis padres nos mandan a todos a visitar a la familia de mi madre en Francia. Cuando volvamos tendremos un nuevo hogar. En la casa no quedará rastro del pasado.

Solo hay una carretera principal que lleva a Tenaflly. Empieza en el otro extremo de la ciudad y serpentea tranquilamente por una larga cuesta. Los bordes peraltados elevan generosamente los árboles, que bostezan y se estiran, con sitio suficiente para inclinarse. Bajo el dosel de árboles se desparraman fincas con el césped esmeradamente recortado y casas con columnas blancas y verjas de hierro. Unos puentecitos de piedra se curvan sobre los arroyos artificiales.

La carretera se estrecha. El edificio que antes era el instituto es ahora una funeraria, y las aulas, velatorios. Al lado está la iglesia católica. Justo después de la iglesia hay unos raíles de tren. El tren dejó de pasar por la ciudad décadas antes de que nosotros nos mudáramos; cuando me gradúe en la universidad, habré visto transformarse la vieja estación, pasar de puesto de prensa a peluquería, después a café que sirve bocadillos orgánicos a diez dólares y cafés a cuatro. Pero de pequeña solo sé contener la respiración

cuando las ruedas del coche se enganchan en los raíles. Aprieto un dedo contra el cristal de la ventanilla por miedo a que los fantasmas encuentren una rendija en mi conexión con el mundo físico, una manera de entrar.

Los raíles dejan libre el coche, y a partir de ahí la ciudad cambia. Aparece un pequeño centro urbano. Un edificio de pisos solitario, fuera de lugar en una población claramente pensada para familias. Un magnolio se yergue en el césped; las flores pálidas y blandas, preciosas y extrañas, se recortan contra los robles y los olmos del noroeste. Después empieza a disminuir el tamaño de las parcelas, con solo un sendero entre las casas. Aparece otra colina, menos de la mitad de grande que la primera. En la cima se alza nuestra grandiosa casa victoriana. Después de nuestra casa la carretera desciende hasta otro pueblo, con delitos de los que carece el nuestro y estadísticas escolares que nos susurramos, como advertencias.

Tres

Luisiana, 1992

El teléfono de su hermano comunica, no deja de hacer *bipbip*. Lorilei está cansada. No le apetece andar hasta la casa de su hermano. Richard ha puesto una cerca blanca alrededor del jardín, como para aislarse de todas las casas que no tienen las cosas que tiene él. Casas como en la que vive de alquiler Lorilei, en la que ni siquiera puede pagarse la electricidad. La dichosa cerca la fastidia. La puerta de acceso está en el extremo del jardín más alejado de la casa, y por tanto, para llegar hasta la casa hay que dar toda la vuelta, rodear el bonito jardín, los brillantes postes blancos y los juguetes y las bicis de los hijos de su hermano. Pero no queda más remedio; Jeremy ha desaparecido, así que le da las gracias al hombre de la casa blanca por dejarla llamar por teléfono, se sube la cremallera de la sudadera con capucha y echa a andar. Al lado de la casa de Richard hay aceras, pero aquí la carretera sube ondulante entre hierbajos; un tajo en la tierra sirve de cuneta. Lorilei —veintinueve años, gruesa a pesar de que todavía no se le nota el embarazo— se mete las manos en los bolsillos de los vaqueros para calentárselas y baja la cabeza. Las zapatillas finas se hunden en el barro de febrero; no sirven para andar. Supuestamente iba a ser una tarde tranquila en casa, con Melissa y el niño.

El sol derrama rayos naranjas y rojos en el horizonte. Van a dar las seis y en la calle reina un silencio sobrecogedor. Casa tras casa las persianas están bajadas, las lamas apretadas como blancos labios fruncidos. Detrás, las familias se sientan a la mesa para cenar juntas. En un jardín hay un triciclo de plástico bocabajo, los pedales en el aire dispuestos para girar hacia ninguna parte. Lorilei enseñó a Jeremy a montar en triciclo cuando tenía tres años, y el periódico local publicó una foto de los dos, ella protectora, con las manos sobre las pequeñas lunas de los hombros de Jeremy, ambos sonriendo a la cámara. Lorilei Guillory y su hijo, Jeremy Guillory. Todo el mundo en el pueblo sabía que el apellido era el de ella, que no había ningún hombre.

De repente, se acuerda de cuando Richard y ella eran pequeños y pedaleaban por la curva de la carretera y las horas se extendían ante ellos como la curva del sol.

La cuesta en la que vive Richard está en el oeste, y Lorilei ve la casa a lo lejos. Un neumático para que se columpien su hijo y su hija, colgado de un roble. El cobertizo de las herramientas de Richard. Y un coche rojo, el de la mujer de Richard, Mary, en el camino de entrada. Cuando habló con ella por la mañana, Mary le dijo que por la tarde iba a ir a la compra y que cuando Jeremy viera su coche, que se acercara y lo llevaría. Jeremy se entusiasmó tanto cuando oyó hablar por teléfono a Lorilei con Mary que su madre no pudo negarse. Mala suerte, que sea Mary la que tiene coche y dinero, la que lleva a Jeremy de compras. Sin embargo, Lorilei espera que eso signifique que el niño está allí.

Pero cuando Mary abre la puerta, con los labios recién pintados, Lorilei comprende por su expresión de sorpresa que Jeremy no está allí. Por si acaso, pregunta.

—No lo he visto —contesta Mary—. Y estaba preparándome para salir.

Es entonces cuando Lorilei comprende que debe de haberse perdido.

Diez minutos más tarde llega a la linde del bosque en el coche que le ha dejado Mary, con los faros encendidos. Casi ha anochecido. Jeremy sabe que tiene que volver a casa antes. Cuando se detiene, el destello de las luces ilumina el chasis oxidado de una moto de cuatro ruedas. A veces Jeremy y Joey, el chico de los Lawson, se sientan en el chasis y se pasan horas disparando las escopetas de aire comprimido hacia el bosque. Pero el lugar está vacío, y el bosque, tranquilo. Lorilei sale del coche y se apoya en el chasis.

—¡Jeremy! —grita—. ¡Jeremy, soy mamá! ¿Me oyes? ¡Jeremy!

Silencio. Ni siquiera un pájaro.

—¡Jeremy!

Oye un coche pararse detrás.

—¿Estás bien, Lori?

Al volante va Terry Lawson, el padre de Joey, y lo acompañan dos vecinos.

—Jeremy ha desaparecido —se oye decir Lorilei. Tiene la voz rota.

Los hombres sacan linternas del maletero y se internan en el bosque. Ahí es donde, más adelante, se detienen los recuerdos de Lorilei.

Pero según la grabación del parque de bomberos, recibieron la primera llamada a las 18.44. La persona que llama se identifica como Lorilei Guillory, madre de un niño desaparecido. El operador anota los datos y promete enviar un coche patrulla a Iowa.

—*Iowai* —dice Lorilei al teléfono—. Por favor. ¿Sabrán llegar hasta aquí?

—Sí, señora. *Iowai* —contesta el operador.

La segunda llamada se produce a las 18.57. Llama un hombre joven, dice que no ha aparecido nadie aún y que cuándo va a llegar la policía. La madre del niño acaba de llamar desde su casa, pero él sabe que la zona es un poco complicada para la gente de fuera.

—Hay dos carreteras que van juntas —dice—. Y esta la llaman Watson Road, pero en realidad no tiene nombre. Tienen que ir por esa. La casa es la blanca de dos pisos. —Dice que la reconocerán por la lavadora del jardín delantero y la escalera de atrás que da al bosque—. Voy a darle el número de aquí por si se pierden.

—Tiene que decirme su nombre, señor —dice el operador.

—Ricky Langley.

Esa noche, Lorilei se sienta en el porche de la casa blanca, y al menos en un relato de la búsqueda de su hijo se cuenta lo que ocurre a continuación. La calle está completamente a oscuras —por allí no hay farolas—, pero se ilumina poco a poco con las luces de los coches patrulla que van llegando. Lorilei oye a los hombres gritarse unos a otros, un camión con el motor parado. Sabe que están cerca, pero los ruidos le parecen muy lejanos, amortiguados.

Como las hojas húmedas y podridas en la tierra del barranco en el que juega Jeremy, que lo vuelven todo esponjoso. Hay que ver cómo se ensucia con esas hojas. Pero esta noche Lorilei debe alegrarse de que sean tan

blandas. Estará pensando en su hijo allá dentro, con la mejilla arrugada por las ramitas, como la marca de una almohada, y el flequillo que le cae sobre los ojos, como siempre que tiene demasiado sueño para retirárselo. La boca rosa abierta, los leves resoplidos. Jeremy duerme de lado, como un perrito, con los brazos y las piernas extendidos. Lorilei lo miraba mientras dormía cuando era bebé. Supone que todas las madres lo hacen, pero a ella le parecía un milagro que no dejase de respirar.

No quiere pensar en eso. Por encima de la línea de árboles los reflectores dibujan una especie de cunita de cordel, y Lorilei ve cómo cambia de forma. Richard dice que por la mañana vendrán helicópteros. Lorilei no entiende por qué no los mandan ahora mismo, cuando su hijo está ahí metido, solo y muerto de frío en medio de la oscuridad.

—¿Un traguito?

Lorilei levanta la vista. El hombre de por la tarde está de pie en el porche. Tarda unos segundos en reconocerlo; la tarde parece haber pasado hace mucho tiempo. Antes de todo lo demás.

—Ricky, ¿no?

—Sí, señora —dice Ricky.

Levanta la botella que lleva en la mano a modo de invitación. Detrás de él, la oscuridad del bosque es como una niebla. Parece como si el hombre hubiera salido de la nada.

Lorilei no bebe. Lleva años sin tomar una copa. Se descontrolaba cuando bebía; con las detenciones su nombre fue a parar al periódico local, un escueto «L. Guillory» en el registro de la policía. Pero cuando nació Jeremy lo dejó. Quería portarse bien por él. Y ahora tiene otro hijo en el que pensar: tres meses lleva dentro de ella.

Pero está muy asustada por Jeremy, y la botella tiene buena pinta, con un color ámbar que destella a la luz. La clase de Jeremy ha ido hoy de excursión al museo de ciencias de Lake Charles. La misma excursión que ella hizo a su edad, y quizá el cálido destello del alcohol le haga pensar en los fósiles encerrados en resina que vio aquel día. Es una noche rara, con Jeremy desaparecido, todos los vecinos buscando; es una noche fuera del tiempo, una noche que podría durar para siempre, suspendida como un bicho en ese

ámbar: Jeremy perdido por ahí para siempre, ella esperando siempre en ese porche. Lo único que tiene que hacer es aguantar esa noche.

Coge la botella. Quedan unos cuatro dedos de alcohol.

—Gracias —dice.

El primer sorbo es ácido y suave como la seda. Se desliza por sus entrañas y se acurruca cálido en su estómago.

El segundo sorbo es dulce. El tercero.

—Siento que no encuentren a su chico —dice Ricky.

Lorilei no dice nada.

—Pero parece que la gente lo está buscando —añade Ricky.

Lorilei está cansada. No tiene ganas de hablar, y no habla. Se queda apoyada en el porche largo rato; cierra los ojos cuando no soporta el silencio y abre los ojos cuando no soporta la oscuridad. El alcohol desaparece sin que se dé cuenta. El hombre sigue en la hierba, de pie, con las manos en los bolsillos de los pantalones caqui, callado. Es amable. Casi podrían ser amigos.

Más adelante Lorilei no será capaz de decir cuánto tiempo pasa hasta que el hombre tose, educadamente, como si temiera molestarla.

—Bueno, me marchó. Espero de verdad que lo encuentren —dice.

Cuatro

Nueva Jersey, 1983

En cuanto nos instalamos en la casa nueva, mi padre deja su trabajo de abogado del Estado y abre un bufete él solo en la ciudad vecina de Teaneck, donde encuentra otra casa victoriana gris y alquila el primer piso como despacho. Compra una placa rectangular y lacada en negro de cuarenta centímetros de largo por veinte de ancho en el que le graban su nombre, ANDREW ROBERT LESNEVICH, y al lado la palabra por la que tanto ha trabajado: ABOGADO. Ese letrero será el primero de muchos. Lo cuelga en la puerta y espera a que le lleguen los casos.

Y finalmente, llegan, el desfile de desafortunados e imprudentes que constituyen el trabajo de cualquier abogado en una ciudad pequeña. Está el ama de casa aficionada a la bebida que se pone al volante y no reconoce que da cabezadas por algo más que el cansancio. Está el viejo que resbala en la entrada helada de un comercio, y la adolescente que roba en las tiendas y a la que las manos, siempre rápidas, acaban por traicionar un día. Mi padre no es cotilla; se puede confiar en él y a él le gusta que sea así, tener un pie en la red de la vida de todo el mundo. Lo necesitan, pero no demasiado cerca. Y lo mejor: lo admiran. Los años en las Fuerzas Aéreas le han conferido un aire de rectitud que le permite asumir las historias de los demás con autoridad y naturalidad.

Al principio no se decidió por el derecho. Cuando era pequeño, mi padre soñaba con pilotar aviones de combate. Su padre desapareció en el mar en la segunda guerra mundial. Su madre no volvió a salir con nadie, y con el legado naval de su padre, la carrera militar parecía un derecho natural. Tenía los pies planos, era daltónico y medía uno noventa: no podía ser piloto de caza. Pero jugaba bien al tenis. Se alistó en las Fuerzas Aéreas y se pasó la guerra de Vietnam sentado a una mesa de madera en el trópico, sellando papeles una y otra vez y firmándolos por triplicado, ejercitando la muñeca en los procesos contra la armada y el ejército. Había estudiado geología en la

universidad y un máster en psicología. Podía reanudar sus estudios, quizá ser científico. O profesor.

Pero le apetecía tanto sentarse detrás de una mesa de laboratorio como de una de oficina. Si no podía ser un as de la aviación, quería la escena política. Quería presentarse ante la gente y que supieran que el pequeño Andrew, el huérfano de Cliffside Park, Nueva Jersey, había triunfado.

Cuando mi padre llega a este punto de la historia, que cuenta con frecuencia, su voz grave se vuelve más imperiosa, con una cadencia más intensa. Mi padre es un cuentacuentos. Cuenta historias ante los jurados para ganarse la vida, y nos las cuenta a nosotros alrededor de una gruesa mesa de formica blanca, tan grande que le hicieron rebaja: dice que ninguna familia la quería. Encajamos estupendamente. Mi padre se sienta a un lado de la mesa, flanqueado por dos de nosotros, y mi madre al otro, flanqueada por los otros dos. Los bordes de la mesa son curvos, de modo que Elize, la más pequeña, que está aprendiendo a andar, no se hace daño cuando se da un golpe contra ella. Nosotros somos el público de mi padre alrededor de la mesa, y su vida, el texto. De pequeña me creo al oírlo que el cruce de caminos que describe es real: una carretera de un solo carril en el este de Misuri, ningún otro coche a la vista, el haz amarillo de los faros, su única orientación en medio de la oscuridad. Es de noche, el momento de los sueños y las grandes decisiones, y el acerico de terciopelo del cielo tiene clavados alfileres de luz. Mi padre, al volante, ve la carretera dividirse en dos. A la izquierda, el oeste. Un giro a la izquierda lo librá de las garras de su madre. Lo salvará de la depresión que ha empezado a rondarlo, como a ella, del vínculo que parecía fatídico tras la muerte de su padre, de una vida predeterminada desde la cuna. En el oeste está California, donde tendrá una vida tan sólida y estable como las rocas que estudió. Sí, será profesor, pero quizá también político. Se sentirá querido. Será feliz.

«Pero sabía que mi madre me necesitaba —repite siempre en este momento de la narración—. Giré a la derecha. Volví a Nueva Jersey. Y después conocí a vuestra madre.»

Todo esto consecuencia de un solo giro: su madre, nuestra madre, nosotros cuatro, los hijos, y ahora su propio despacho gris, donde trabaja a la luz de una lámpara de mesa de metal alargada que era de su tío. Una ventana en saledizo da al porche. Las noches en que se le olvida bajar las persianas, podemos distinguir desde el porche la silueta de su cabeza muy inclinada a la luz de la lámpara metálica. Una noche mi madre llama al despacho una y otra vez y no recibe respuesta; nos mete a todos en el coche y arranca: señal inequívoca de que está nerviosa, porque mi madre, neoyorquina nacida y criada en Astoria, Queens, no consintió en aprender a conducir hasta los treinta y ocho años y sigue sujetando rígidamente el volante, con las manos agarrotadas en la postura de las diez y diez que le enseñaron. Cuando tengan dinero, contratará coches con conductor que la lleven a donde tenga que ir, pero ahora conducir de noche es incluso peor que de día, y dobla el cuerpo para aferrarse al volante como a un salvavidas.

Cuando llegamos al despacho todas las ventanas están a oscuras; ni rastro de mi padre.

—Quedaos aquí —nos dice mi madre a Andy, a mis hermanas y a mí—. No os mováis.

Es muy raro. Mis padres casi nunca nos dejan en el coche. A menos que vengan a cuidarnos mis abuelos, casi nunca nos dejan en ningún sitio. Hemos estado con ellos en todas partes: al fondo de las salas de audiencia, en restaurantes de moda. Hay una foto de Andy y mía a los tres años cogidos de la mano en la alfombra roja de la Metropolitan Opera House, Andy a contraluz, con la sombra de sus rizos sobre un traje azul claro y yo con un vestido blanco de volantes. Pero esa noche nos quedamos en el coche. Es una noche cálida de principios de otoño, y las ventanillas están bajadas. Hace un poco de bochorno, y las hojas nos rodean blandas y pesadas. Al resplandor de una farola cercana vemos a nuestra madre subir los escalones del porche y tocar el timbre. No hay respuesta. Vuelve a llamar. Nada. Da un golpe con los nudillos en la ventana y grita «¡Drew! ¡Drew!», en voz más alta y más aguda cada vez que repite su nombre.

Cuando yo esté más cerca de la edad a la que mi madre está en el porche que de la edad a la que yo espero en el coche, recordaré este momento. Entonces comprenderé los temores que albergaba la noche para mi madre.

Tal vez mi padre se había marchado al fin, como amenazaba algunas noches oscuras, noches en las que se ponía como una fiera hablando de la decisión que había tomado en una carretera solitaria de Misuri, la decisión que lo había dejado atrapado en esta historia con nosotros. Noches en las que, sentado él solo a la mesa de formica, se bebía lo que quedaba de la botella de vino que mi madre y él habían abierto para la cena y la que abría él después. Aquellas noches en que repetía que estaríamos mejor sin él. Aquellas noches en que juraba que estaríamos mejor si se muriera.

Pero esta noche, mientras miro a mi madre en el porche y la oigo gritar su nombre y oigo el silencio por toda respuesta, solo tengo miedo de que haya muerto no por su mano, sino por el destino. Perdió a su padre cuando era muy pequeño. Perdió al tío que ayudó a criarlo por un ataque al corazón. Cada marzo, cuando le damos un beso y le deseamos feliz cumpleaños, si ha bebido vino mueve la cabeza y dice que lo sorprende seguir vivo. Repite esta frase un año tras otro, hasta que yo, supongo, también acabo por sorprenderme.

Esta noche, al fin, sale por la puerta, y a la luz de la farola veo que la cara de mi madre se relaja con una mezcla de alegría y alivio, agradecida de que aún sigan en esto juntos. Vuelven al coche de la mano. Mi madre está radiante.

—Hola, chicos —dice mi padre—. Me he quedado dormido encima de la mesa.

Lleva la corbata aflojada alrededor del cuello. Se frota los ojos y él también sonrío. Mi madre le da un beso, le pone las llaves en la mano. Mi padre va a llevarnos a casa. Ya solucionarán lo de recoger el otro coche por la mañana.

La pena echa raíces en las personas. Pero al principio yo no veo indicios en mis padres, hasta un día cegador de verano nueve meses más tarde. Estoy leyendo la vieja colección de libros de Nancy Drew de mi madre, orgullosa de haber superado los libros ilustrados que todavía les lee a mis hermanas pequeñas. Hoy toca *El secreto del viejo desván*. Me he subido al columpio del fondo del jardín y estoy tumbada en la escalerilla con el libro abierto

sobre el pecho, protegiendo la página del resplandor del sol con una mano. Estoy experimentando con esa postura. Todavía estoy explorando nuestra casa nueva, los rincones en los que me pondré a leer. Pero los peldaños de la escalera se me clavan en la espalda, las astillas me atraviesan la camiseta, y no consigo ponerme cómoda. Ya tendríamos que haber cubierto el columpio con poliuretano, pero no hemos terminado. Cada tarde de domingo que mi padre decide que el columpio sea nuestra tarea del día y mi madre nos pone petos OshKosh viejos y nos da a mi hermano Andy, a mi hermana Nicola y a mí cubitos y brochas, nos pintamos las manos con el gel en lugar de la barandilla. Cuando el gel se pone pegajoso, apretamos las manos. ¡Se pegan! Entonces mi padre nos lleva al baño del tamaño de un armario al lado de la cocina y yo pongo las manos debajo del grifo y espero a que me eche disolvente de una lata. «Frota», dice mi padre, y yo lo hago. Noto cómo empiezan a despegarse las manos, con el calor, el picor y el líquido, y vuelvo a sentir la piel.

Ese momento es un placer. Me pego las manos con la pintura por el placer de tener a mi padre detrás de mí, con sus brazos en los míos. Pasarán muchos años y seguirá gustándome el olor del disolvente. Y a mi padre deben de gustarle esos momentos tanto como a mí, porque, aunque no avanzamos con el columpio, no nos grita. Este será su mejor verano, con todos nosotros construyendo la casa juntos.

Los peldaños más bajos ya tienen una mano de laca, y como yo estoy tumbada arriba, me llega el olor acre a vinagre. El sol me quema las piernas debajo de los pantalones cortos. Me rasco una picadura de mosquito en un muslo y paso la página. Abajo, el jardín se empina y después desciende. Desde aquí parece casi llano, pero a lo lejos, en lo alto de la cuesta, se alza la casa gris con la pintura todavía nueva y reluciente. Tenemos el jardín más largo del vecindario. Detrás del columpio hay un descampado de unos veinte metros cuadrados, con manzanos silvestres y un montón de hierba cortada pudriéndose con un olor dulzón. A veces me zambullo en él y noto que mi cara roza la hierba muerta y la tierra cede debajo de mí como una nube. Llamamos a toda esa zona «el bosque», y durante toda nuestra infancia haremos planes para construir fuertes y escondites, pero nunca los construiremos. Cuando mis padres andan mal de dinero, se sientan a la mesa

de la cocina y maquinan cómo vender el bosque, pero nunca llega a materializarse un comprador.

Mientras leo, tratando de enfocar las palabras de la página — necesito gafas, pero todavía no lo sabe nadie—, mi padre recorta el césped con un cortacésped con asiento que nosotros llamamos «su tractor». Le gusta el jardín casi tanto como la casa, y desde que nos mudamos ha empezado a ponerse vaqueros de campana Wrangler, botas y sombrero de vaquero de ante con el ala ancha que lo protege del sol mientras va formando hileras precisas en la hierba. Un vaquero de Nueva Jersey, al menos de momento. Durante toda mi infancia se reinventará una y otra vez, culebreando de una identidad a otra cada pocos años: los años de la ópera, los del golf con pantalones de cuadros, los años en los que la voz de Cole Porter ambienta la casa y aparece una chaqueta de esmoquin blanca. De momento, un radiocasete en el césped atruena con punteo de guitarras. Mi hermano Andy se sube al neumático colgado del gran roble con una cuerda. Aunque somos gemelos, yo le saco una cabeza y peso diez kilos más; es tan flaco que los extraños se quedan mirándolo en el supermercado. Se tira en plancha al neumático y se da un tripazo.

Mi madre sale corriendo de la casa, pegando alaridos.

Debe de haber mirado por la ventana de su habitación justo en el momento en que mi hermano se golpeaba con el neumático y lo habrá visto con los brazos y piernas colgando. Atraviesa el césped a la carrera, descalza e histérica, arrastrando el cinturón del albornoz rosa. Corre por mi hermano, que está incorporándose sin saber qué problema hay, pero al mismo tiempo comprende que tiene que mover el cuerpo. Mi padre llega primero y detiene a mi madre. La agarra, calma el alboroto de su cuerpo, le sujeta los brazos a los costados. Mueve los labios, le enjuga las lágrimas, pero yo estoy demasiado lejos para oírlo.

Solo miro.

Dejo el libro y me siento derecha en el columpio. Mi hermano se impulsa para salir del neumático y se queda inmóvil debajo del árbol, también mirando.

La escena tiene algo raro. Nunca hemos visto llorar a mi madre. Es mi padre el que a veces nos llama a su habitación, donde lo vemos tumbado boca

abajo en la enorme cama de mis padres. Es él quien nos dice que no lo queremos, que queremos que desaparezca. Que nos iría mejor si estuviera muerto.

Entonces mi madre lo abraza y nos abraza a todos. Pero ahora ella está llorando.

Al fin levanta la vista y nos ve allí, mirando. Se seca los ojos.

—¡Estoy bien! —nos grita—. Es que creía que...

—Está bien —la interrumpe mi padre.

Con el brazo rodeándole los hombros, el brazo de mi madre alrededor de su cintura, vuelven a la casa, juntos.

Cinco

Luisiana, 1992

Cuando amanece el 8 de febrero en Luisiana, hay un coche patrulla aparcado frente a la destartalada casa blanca del pueblo de Iowa. El coche es del agente Calton Pitre. Con quince años de servicio en la oficina del sheriff del condado de Calcasieu y otros diez por delante, en total un cuarto de siglo como ayudante del sheriff en el mismo grupo de pueblos en el que se crio, Pitre estaba en su despacho de Lake Charles cuando llamaron por la desaparición del niño. Diez años después seguirá sin explicarse por qué lo asustó tanto la llamada. Pero él también tiene un hijo pequeño, de la edad de Jeremy. Y diez años después, cuando su hijo es adolescente y lo llaman los abogados para pedirle que vuelva a testificar, recordará el nombre de Jeremy sin esfuerzo. Cuando lo encontraron, el niño llevaba una camiseta blanca de Fruit of the Loom, le dirá a los abogados. Cortaron unos redondeles de la camiseta para buscar manchas de semen.

También su hijo llevaba camisetas de Fruit of the Loom.

Aunque estaba a punto de acabar su turno cuando recibió la llamada, contestó y llegó a Iowa justo cuando se ponía el sol. Había docenas de personas en la calle. Padres del barrio, pero también bomberos de la localidad vecina de LeBleu. Cincuenta o sesenta personas, y Pitre se dio cuenta de que no había nadie al mando. No tenían mucho tiempo. Aunque empezaran a buscar, tendrían que suspender la tarea cuando el cielo se oscureciera por completo.

Los bomberos se adentraron en el bosque. Pitre fue a la casa blanca desde la que habían llamado dos veces al 911 —la primera, la madre del chico, llorando, y minutos más tarde, un joven que se identificó como inquilino de la casa, para comprobar que el operador encontraba la calle— y preguntó si podía llamar por teléfono.

Le abrió una mujer. Era su casa, dijo. Le enseñó dónde estaba el teléfono y volvió al salón a ver la televisión, con media docena de niños

sentados con las piernas cruzadas en el suelo y, en el sillón, un joven de pelo castaño y gafas que lo saludó con un movimiento de cabeza. Estaban viendo un programa de crímenes o algo así; Pitre no llegó a distinguirlo. Le dijo a su superior que la búsqueda requería un centro de operaciones, una línea telefónica, y que alguien tendría que asumir el mando. Necesitaban más hombres. Pero su superior no se comprometió a nada: ¿no era aquella zona responsabilidad de LeBleu? ¿O de Iowa? Pitre salió a la calle, frustrado.

Al poco tiempo volvió y llamó otra vez. Los bosques eran un terreno difícil. Por el lado norte de la casa había un barranco y algo que parecía un canal. Necesitaban vehículos. Quizá una barca.

La tercera vez que Calton Pitre entró en la casa blanca para llamar al supervisor, vio al hombre de pelo castaño sentado en una butaca reclinable, todavía viendo la televisión, y se le ocurrió una idea.

—¿Conoce usted la zona? —preguntó.

—Claro —respondió el hombre.

—¿Me hace un mapa?

El hombre cogió el bloc que le ofrecía Pitre; perfiló cuidadosamente las zonas que rodeaban la casa blanca y trazó unos garabatos para los bosques. Dibujó una red de callejuelas y la ruta hasta la autopista 90.

—Si tiene algún problema, dígamelo —dijo el hombre.

—Gracias —dijo Pitre.

TRANSCRIPCIÓN DEL JUICIO, 2003

P: ¿Y qué le pareció el joven?

R: Estaba muy tranquilo, muy tranquilo.

P: ¿Lo ve usted en la sala?

R: Sí.

P: ¿Podría señalarlo y describir la ropa que lleva?

R: Lleva camisa azul claro y corbata, y gafas.

P: Señoría, que conste en acta que el testigo ha identificado al acusado.

Los equipos de búsqueda, los policías de los coches y los bomberos no encontraron nada. Necesitaban una draga para el canal, pero tendrían que esperar a la mañana siguiente. Los padres habían recogido a sus hijos y se habían ido a casa, desandando el camino por las calles oscuras con las linternas con que habían atravesado el bosque antes, más juntos, pasando incluso por el jardín de otros.

Pitre se quedó allí. No dejaba de pensar en el niño. Llevaba su foto del colegio sujeta en la carpeta: pelo rubio, ojos azules, sonrisa mellada. Se la había dado el tío, un hombre llamado Richard. Pitre se sentó tras el volante de su coche y dirigió los focos hacia el bosque. Encendió y apagó una vez, dos, tres veces. Se detuvo y esperó. Una, dos, tres veces. Esperó. El bosque estaba oscuro; el único movimiento visible era el ondear de las hojas negras al viento. Volvió a encender y apagar las luces. Otra vez. Siempre que pensaba que ya era hora de volver a casa a dormir un poco, se imaginaba la cabeza rubia del chico de la fotografía sobre las hojas, al niño despertándose, abriendo los ojos lentamente como su hijo. Entonces el chico vería el destello de las luces. Entonces comprendería que tenía que ir hacia ellas. ¿Y si Pitre paraba antes de que el niño se despertase?

Pero acabó dando cabezadas. El día siguiente sería muy largo. Se marchó a casa, le dio un beso a su hijo dormido, un beso a su mujer dormida. Se durmió.

Ha vuelto al alba. Está al volante del coche patrulla, tomando café y observando a las madres del barrio que regresan para ayudar en la búsqueda.

Las madres parecen agotadas, algunas todavía con el albornoz puesto. Una mujer lleva zapatillas y un abrigo abrochado hasta arriba encima de los pantalones del pijama. La noticia se propaga sin tardanza: no hay ninguna novedad, el niño sigue desaparecido. La respuesta llega rápidamente, como un eco: se ha perdido, se ha perdido y nada más. Lo encontrarán. Hay una mujer donde la calzada se junta con la hierba —donde en otra parte de la ciudad, la parte en que las calles tienen nombre, habría un bordillo— organizando a gritos a las demás mujeres en grupos de búsqueda. A alguien se le ocurre llamar a la puerta de la casa blanca para ver si queda café del que envió el Fuel Stop de la autopista la noche anterior.

No contesta nadie en la casa blanca. Ricky y Pearl Lawson, su casera, ya han subido al coche de Pearl. Él empieza el turno en la gasolinera, y Pearl lo lleva las mañanas que también trabaja allí. Pearl es supervisora, y a veces también hace de cajera con los camiones. Le confían el dinero. Ricky se encarga del mantenimiento. Por lo general charlan amistosamente, pero esta mañana están en silencio. El aire matutino es frío, envuelto en una leve neblina gris, y Ricky se frota las manos mientras espera a que Pearl abra el coche. Entra rápidamente. Tira la bolsa de ropa sucia en el asiento de atrás y no levanta los ojos. Pearl tampoco lo mira: esta mañana parecen una pareja enfadada.

Anoche, cuando se propagó por el vecindario la noticia de que había desaparecido un niño y empezaron a llegar las madres, se quedaron en la calle, enfrente de la casa de los Lawson, y decidieron que el inquilino de los Lawson, Ricky, cuidara a sus hijos, como tantas veces cuidaba a los dos que tenían Pearl y Terry, su marido. Los niños estuvieron viendo la televisión con Ricky en el salón, y después subieron a su habitación a jugar.

Pero aquella misma noche, más tarde, después de recoger al último niño y de que incluso la policía se hubiera marchado, con solo un coche patrulla aparcado enfrente de la casa que cada poco tiempo iluminaba el cielo con haces de luz, Ricky bajó y se encontró a Pearl sentada a la mesa de la cocina. Ricky llevaba una cesta de plástico con ropa sucia. La lavadora estaba fuera, en el jardín, conectada a una pared de la casa con una manguera. Pero Pearl lo miró con tal seriedad que Ricky se paró y dejó la cesta en el suelo. Pearl ya se había puesto el camisón y tenía una taza de té delante. Terry y ella dormían en el salón, en un colchón, desde que Ricky se alojaba allí. Le habían alquilado el dormitorio.

—Verás, Ricky. A lo mejor deberías marcharte unos días —dijo Pearl sin alterarse y con la mirada baja, examinando el té, como si intentara quitarle importancia a sus palabras—. Hasta que pase todo esto.

Como Ricky diría más adelante, bajo juramento, Pearl sabía que había cumplido condena por abuso sexual de niños. Lo acogió en su casa cuando Ricky estaba en libertad condicional después de haber pasado por la cárcel de Georgia. Se conocieron cuando los dos vivían en un motel destartado cerca del Fuel Stop, que pagaban semanalmente. Pearl, Terry y sus dos hijos compartían una habitación. Como Ricky no conocía a nadie, intentaba

costearse una para él solo. Pearl y Ricky se veían en los descansos del trabajo, en la lavandería, al lado de las máquinas de hielo del motel y cuando le pagaban al de la recepción. Una noche que estaban los dos en el aparcamiento a las puertas del motel, a Pearl se le ocurrió una idea. Su marido y ella querían alquilar una casa en Iowa, pero pagarla significaba trabajar más, y no tenían a nadie que cuidara a June y Joey. A lo mejor podían formar un equipo.

Eso fue dos meses antes. Y Ricky no acosó a los hijos de los Lawson. Era algo que se había prometido a sí mismo, y ha cumplido su promesa.

Ahora Pearl le ha pedido que se vaya.

Así que, esta mañana, Ricky lleva una bolsa de ropa limpia y otra de ropa sucia, con las prendas que llevaba el día anterior, las que quería haber lavado por la noche. Salen a la calle, y Pearl baja la ventanilla para saludar a Pitre con la cabeza antes de pasar por delante de la barrera policial.

Pitre devuelve el saludo. Reconoce a Pearl. Anoche le indicó dónde estaba el teléfono y repartió el café que había donado la gasolinera. También reconoce a Ricky, el joven que le dibujó el mapa que lleva sujeto en la carpeta. El sol está todavía ascendiendo. Los cansados padres aparecen poco a poco, pero cuando lleguen en suficiente número, Pitre los organizará en grupos con la ayuda del mapa del joven. Irá tachando las partes del bosque que registren. Encontrarán al niño. Está seguro.

Después, por la tarde, cuando Ricky acaba su turno en el Fuel Stop, por primera vez desde que se mudó con los Lawson no vuelve a la casa blanca en la que se siente tan orgulloso de vivir. La primera habitación que puede considerar suya. La habitación en cuyo armario está el cuerpo de Jeremy Guillory, rígido, encajado, envuelto en la manta azul de la cama de Ricky, con la cabeza y los hombros cubiertos con una bolsa de basura blanca, las botas que se cayeron mientras Ricky lo estrangulaba, bien colocadas a los pies del niño. La escopeta de aire comprimido, a su lado. Ricky metió a Jeremy en el armario y cerró la puerta antes de que los niños entraran en la habitación. Jeremy tiene un calcetín metido en la boca y un trozo de sedal,

que Ricky apretó con fuerza, alrededor del cuello. No paraba de hacer ruidos, como si hiciera gárgaras.

En lugar de a la casa, el padre de Ricky lo lleva a la caravana que tiene con su madre en otra parte de Iowa. El aparcamiento de caravanas es un sitio ancho y llano, con hierba pisoteada entre las parcelas. Sus padres viven en una blanca, de ancho sencillo. Cuando era adolescente tenían una casa en el pueblo vecino de Hecker; la había construido su padre, Alcide, pero en los años siguientes, con los gastos médicos de su madre, Bessie, no pudieron seguir manteniéndola y se mudaron a la caravana cuando Ricky y su hermano pequeño, Jamie, aún vivían con sus padres. Llama a la puerta de color marfil.

Va a abrirle Bessie, que se mueve lentamente. Han pasado veinte años desde que los médicos le amputaron una pierna, y todavía utiliza una muleta muy baqueteada. Difícil desenvolverse por el reducido espacio. Ricky la saluda con un rígido movimiento de cabeza y va directamente a la lavadora y secadora apretujadas en el otro extremo de la caravana. Abre la bolsa de la ropa. Pone la lavadora y mete al fondo los pantalones caqui. Los pantalones que llevaba ayer, cuando estranguló a Jeremy. Les echa el detergente encima. Pueden tener semen, o no. Al menos hasta que les llegue el agua.

Entonces Ricky se da la vuelta y le dice hola a Bessie.

Es casi de noche. Bessie lleva horas bebiendo. Tira de su cuerpo por el reducido espacio hasta la mesa. Se derrumba sobre una silla, y el vestido rosa con florecitas azules de andar por casa se hincha en el amplio regazo. Alcide retira las facturas de la mesa y también se sienta.

Ricky contempla la habitación sórdida, oscura. Se fija en las facturas. Se fija en la mugre de las encimeras, en los platos amontonados en el fregadero. La bombilla de encima de la cocina, fundida, sigue sin cambiar. En el aire cargado y acre flota un leve tufo al alcohol de Bessie. Ricky lo detesta. Lo detesta todo. Lo detestaba cuando vivía allí y aún más ahora, al ver lo que ha dejado.

En un rincón hay un televisor pequeño, colocado de tal manera que pueda verse desde la mesa de la cocina y el sofá marrón apoyado contra una pared. Está apagado, pero aún caliente al tocarlo. Bessie y Alcide llevan todo el día viendo la televisión, sabiendo que Ricky iba a venir. Han visto la casa blanca en la que vive a la luz lúgubre y fantasmal de las cámaras, han visto el

improvisado centro de operaciones de búsqueda enfrente. Han oído contar al reportero que ha desaparecido un niño, han visto la foto escolar del niño en la pantalla. Cuando la cámara mostró a la madre del chico, estaba llorando.

Bessie sabe que Alcide no dirá nada sobre lo que han visto. Alcide no es de hablar mucho, y aún menos de su hijo mayor. Así que tendrá que ser Bessie quien lo haga. Extiende el brazo sobre la mesa y toma a su hijo de la mano. Ricky tiene la mano fría, flácida. No aprieta la de su madre.

—Ricky —dice, y se calla. Ricky espera—. No tienes nada que ver con la desaparición de ese niño, ¿verdad?

Justo antes de hacer esa pregunta, ¿qué le pasa por la cabeza a una madre? Su hijo ha llegado a la puerta de la caravana, el hijo al que, ahora que es mayor y se ha marchado, raramente ve. Quiere a su hijo. Lo quiere desde antes de que naciera, desde que se peleó con los médicos para que naciera, este niño que ha tenido tantos problemas. Este niño que ha intentado matarse más veces de las que puede contar y que ya ha cumplido dos condenas por abuso sexual de niños. Bessie le dijo a un asistente social que le daba la sensación de no poder dejar solo a Ricky ni cinco minutos sin que fuera a acosar a alguien.

Ricky ya es adulto. Vive donde su madre no puede controlarlo. Ha desaparecido un niño de la calle en la que él vive.

Y pregunta.

—No —contesta Ricky.

El silencio que ella guarda entonces, ¿es el silencio dulce y agradecido de la confianza? ¿O uno tan negro y traicionero como la noche que empieza a caer al otro lado de la puerta de la caravana, arrojando el fracaso del final del segundo día de búsqueda y arrojando el bosque húmedo y oscuro y la ausencia de un cadáver? ¿Esconde el silencio tanto como la oscuridad?

—Ya verás cómo el chico está en el bosque —añade Ricky—. Lo encontrarán —dice, y los tres, el hombre, la mujer y el hijo que concibieron, se sientan juntos mientras cae la segunda noche.

Seis

Nueva Jersey, 1984

El vestido que le he puesto a Bessie en esta escena —rosa con florecitas azules, cuello de poliéster de nido de abeja con adornos de encaje, el vestido que se le hincha en el regazo cuando se derrumba en la silla y se vuelve para mirar a su hijo— no consta en ninguna transcripción ni ningún archivo policial. Es el vestido de mi abuela. Cuando imagino a Bessie veo a mi abuela, dos mujeres a las que llegarán a vincular muchas cosas. Recuerdo a mi abuela con el vestido, sentada en un banco de mimbre blanco en el porche de nuestra casa victoriana, con mi abuelo a su lado. Es un sábado de primavera por la tarde; el sol está pensando en iniciar el descenso; la luz va degradándose, aún brillante. La pintura gris del porche resplandece con la delicada luminiscencia de un cielo nuboso.

Estamos jugando a las damas, y es mi turno. Estoy sentada en un sillón de mimbre enfrente de mis abuelos; el tablero está en la mesa, entre nosotros. Yo tengo las rojas; ellos, las negras, y a mi lado hay un montón de piezas negras, el premio por todas mis damas coronadas. Siempre que mi abuelo mueve una pieza, mi abuela chasquea bajito la lengua antes de que él aparte la mano del plástico.

—Jimmy... —dice.

Mi abuelo suspira y mueve la pieza para que yo pueda llevármela. Me gustaría que no lo hiciera, pero también me siento orgullosa de ganar.

Mi padre va cada vez con más frecuencia a recoger a mis abuelos a la ciudad y los trae a Tenafly para que cuiden de nosotros. Su bufete está despegando, y de repente, en una pared de la habitación de mis padres aparecen un calendario con fechas señaladas con rotulador negro y un tablero de corcho con entradas para la ópera y el ballet clavadas. Mientras mis abuelos y yo jugamos a las damas, mi madre se viste en su cuarto. Esta noche van a ver *Tosca*, y por los altavoces que ha colgado mi padre por toda la casa resuenan las voces de barítono inflamadas.

Cuando se pone el sol me canso de estar con mis abuelos en el porche y subo la vieja escalera hasta la habitación de mi madre. Siento opresión en el pecho; no quiero que se vaya, no quiero quedarme sola con mis abuelos por la noche. Mis padres van retrasados —siempre van retrasados—, y mi padre está en calzoncillos blancos en el pasillo, al lado del dormitorio, eligiendo una corbata del perchero del armario. En el dormitorio está mi hermana Nicola, tumbada boca abajo en la cama de mis padres, viendo vestirse a mi madre. Mi madre se sube los pantis contoneando las caderas. Sujetador, nunca; sin pecho, como yo de mayor, detesta los sujetadores. Todavía lleva puestos los rulos de la caja de plástico de la cómoda. Aunque se pasó la adolescencia yendo a Coney Island en tren con una bolsa con aceite para niños para untarse la piel y un reflector solar casero de papel de aluminio, y aunque Andy y ella se ponen como tizones en cuanto empieza el verano, mi madre no tiene arrugas. A los veinticinco años yo estaré más arrugada que ella a los cincuenta y tantos. Es el don de sus genes italianos, dice. El don que le concedieron junto con la maldición de su pelo, dice.

Todas las mañanas de mi infancia se pone los rulos calientes y se peina a lo Jackie Onassis, un estilo que adoptó en la adolescencia, el único peinado que le va bien a la textura de su pelo, asegura. Mi padre se encarga de guardar el estuche de los rulos para los viajes. Mi madre asegura que se estropeó el pelo con lejía cuando era adolescente, intentando librarse del rizo. Una vez, durante un viaje que hicimos a Jamaica, estaba con ella en un salón de belleza y dos señoras, cada una bajo un secador, nos miraban y se reían. Una de ellas se acercó.

—Tu mamá debe de haber estado con un negro —le dijo a mi madre, asintiendo con la cabeza para recalcar sus palabras.

Mi madre se rio.

—Mi padre es italiano —dijo—. Vincent Jimmy Marzano, de Astoria, Queens.

¿Se podía ser más italiano?

La mujer enarcó las cejas y miró fijamente mis rizos.

—Pues entonces, ¡serás tú la que ha estado con un negro!

Mi madre volvió a reírse.

Ahora está frente a la cómoda que mi padre encargó a medida, los cajones todavía casi vacíos pero de un tamaño muy prometedor, y elige un collar que le regaló mi padre, unas sargas de cuentas negro ébano y rosa cuarzo que se unen en forma de flor grande. Me hace una seña y me pongo detrás de ella. Se retira el pelo del cuello y me estiro un poco para abrocharle el cierre del collar. Soy casi tan alta como ella. He heredado de ella el pelo, el amor por los libros y la sonrisa. Llegaré a tener sus caderas, su nariz, su estatura, su decisión. Cuando acabo de abrocharle el collar, se vuelve hacia mí con los ojos brillantes.

Es una noche rara, una noche mágica. Otras noches se viste sola, sin mi padre en el pasillo, y mi padre está en otro sitio, en la oscuridad, después de haber salido en el coche chirriando a toda velocidad por el sendero de grava. Una de esas noches mi hermano entra en la habitación y la observa en silencio mientras mi hermana y yo estamos tumbadas en la cama.

—¿A quién quieres más? —pregunta mi hermano de repente—. ¿A papá o a nosotros? —Unas palabras a punto de reconocer el peligro de lo que nunca puede llegar a hacerse: elegir.

Pero no esta noche. Esta noche es maravillosa. Mi madre se pinta los labios y se los seca. Mi padre se hace el nudo de la corbata, se alisa la chaqueta sobre los hombros y le coge la mano a mi madre. Salen los dos juntos, dejando tras de sí, como un recuerdo, una nube de perfume y loción para después del afeitado.

La misma noche, un poco más tarde, hacia las diez. La oscuridad, lo más oscura posible; el mundo exterior, silenciado; solo el destello de las luces de algún que otro coche al pasar frente a la ventana del cuarto de juegos camino de un sitio lejano, misterioso. Mi abuela está a unos metros de la ventana, en un sofá cama verde con tapicería de nudos. Al otro lado de la puerta del cuarto de juegos está la escalera que acaba de bajar, después de que ella y mi abuelo nos hayan arropado en nuestras camas. La casa está en silencio; solo quedan el zumbido del ventilador del techo batiendo el aire y el débil brillo amarillo de las luces nocturnas que flanquean los pasillos. Hay que dejar el ventilador encendido —normas de mi padre—, pero en la habitación alargada

de madera con los cubos de nuestras piezas de construcción y las estanterías de cómics, mi abuela tiritita. Se pone una mantita de lana rosa que tejió cuando yo nací. Mi abuelo y ella se han ido juntos a la cama, pero ahora está sola.

La escalera cruje con el ruido de una sola pisada.

La manta no es tupida; el aire frío se cuele por los huecos entre los nudos y la lana le rasca la piel. Se da la vuelta y se arrebujita. No puede entrar en calor sin el cuerpo de mi abuelo a su lado. Se han acostado juntos todas las noches desde que se casaron. Dentro de seis años mis padres celebrarán el cincuenta cumpleaños de mis abuelos en un restaurante de la ciudad y nos reuniremos para conmemorar el logro que suponen todos esos días, la acumulación de tantas noches. Coge la estampa de la Virgen María que guarda debajo de la almohada. En la estampa aparece la Madre Santísima con los ojos entrecerrados, en paz, las devotas manos juntas. Por detrás está escrito el nombre de la madre de mi abuela. Desde que murió su madre, hace décadas, mi abuela se pone la estampa cerca de la cabeza todas las noches. Toca la fría superficie apergaminada, le da las buenas noches a su madre. Mi abuela sabe adónde irá cuando se muera. Llama a ese sitio su hogar verdadero.

Las escaleras vuelven a gemir con el ruido de un cuerpo subiéndolas.

Mi abuelo lleva audífono; mi abuela, no. Debe de oír las escaleras, oír el fatigoso jadeo de mi abuelo en cada peldaño. ¿Sabe adónde va? ¿Sabe qué va a hacer allí?

La escalera sigue siendo el orgullo de mi padre. Les cuenta su historia a todas las visitas y tiene la barandilla reluciente. En la pared enfrente de la barandilla hay fotografías enmarcadas de nuestra familia, colocadas en orden inverso, de modo que subir las escaleras supone también retroceder en el tiempo: primero sonreímos para la cámara del colegio con cuellos almidonados y coletas demasiado apretadas, después hacemos gorgoritos tumbados boca arriba, de bebés. A continuación, mi madre, joven, con perlas y el peinado ahuecado, y mi padre, un niño rubio con la nariz pegada a una valla, mirando hambriento a un punto detrás de la cámara. Debajo de las fotos, grapada a los peldaños, hay una tira de alfombra de color burdeos que

sirve de felpudo, pero se escurre peligrosamente cuando la madera vieja protesta.

La escalera era tan ruidosa que yo oía los crujidos desde la parte trasera de la casa, en la habitación que compartía con Nicola. Escuchaba y me imaginaba a mi abuelo subiéndola: cómo se ponía de espaldas a la pared de las fotografías, se agarraba a la barandilla con las dos manos y subía de lado arrastrando los pies. Cómo aferraba la madera con sus gruesos dedos, y después la angina de pecho que le apretaba la boca en una dura línea de sorpresa, los dedos agarrotados y los brazos entrelazados, respirando al compás del dolor. Si soportaba este ataque, podría ser el último. Sobrelleva su vejez de la misma manera, sujetándose para vencer la presión del tiempo, como si esperase volver a ser algún día como antes, joven y con todo el futuro por delante.

Mi abuela lleva vestidos de andar por casa y todas las noches se enrolla los cortos rizos grises en rulos de gomaespuma que algunas mañanas no se molesta en quitarse. Pero mi abuelo todavía se hace una raya perfecta en los pantalones y lleva una gorra de tweed a juego. Al lado de la puerta tiene el bastón brillante y preparado para su paseo diario. Dentro de un par de años, todavía un año antes de que yo salga de una habitación en cuanto entre mi abuelo, esperaré a que se queden solos en la cocina de mis padres. Entonces les preguntaré si, como son viejos, se han acostumbrado a la idea de morir.

Cuando hago esta pregunta soy una niña muy seria de ocho años. Pienso en la muerte con frecuencia. He empezado a comprender que el silencio de mi madre, los arrebatos de mi padre, todo eso significa que algo va mal, que algo pasa con la bolsa azul que siempre tienen preparada para mi hermano, que algo significa que las participaciones de nacimiento de mis hermanas estén enmarcadas en la pared y la de mi hermano y la mía, no. A veces tengo la extraña sensación, la certeza, de que falta alguien.

No puede ser: somos cuatro, siempre hemos sido cuatro. Pero a veces solo de pensarlo —la muerte— se me corta la respiración.

Así que pregunto. ¿Ya se han acostumbrado?

Ante la pregunta, mi abuela se echa a temblar y agita las manos delante de la cara como si quisiera espantarme la idea. Pero mi mirada se encuentra con la de mi abuelo, sus ojos del mismo marrón intenso que los de mi madre.

—No —dice con calma—. El miedo no desaparece nunca.

Mi abuela está a punto de gritar. Tira de mí apretándome los hombros, como si alejándome de mi abuelo fuera a impedirme saber que lo que él dice es verdad. Pero noto que el pecho se me encoge, no de miedo, sino de gratitud repentina hacia él. Gratitud por haber reconocido quién soy, por la seriedad con que hago la pregunta.

Así que antes de que mi abuelo suba otro peldaño de la escalera, antes de que llegue trabajosamente a nuestras habitaciones, sepan una cosa: no era tan malo. Le entusiasmaba el poder de contar historias; cuando mi madre y sus hermanos eran pequeños, llevaba a casa un proyector del sitio donde trabajaba de montador de películas y los dejaba fascinados transformando el cuarto de estar en un cine. Sabía hacer reír a los niños y siempre llevaba en los bolsillos un caramelo o un perrito de cuerda de la tienda de todo a cien. Fue el primer artista que conocí, pintor y escultor. Él me enseñó a dibujar. Me enseñó a mirar hacia dentro, a guardar silencio y a pensar en medio del estruendo del mundo. En eso nos parecíamos, él y yo. En ese sentido estábamos los dos solos en mi familia. Yo lo quería. En el sentido familiar del amor, el sentido que no se cuestiona.

En 1984, cuando mi abuela está en su cama medio vacía y mi abuelo se detiene en la escalera, aún queda una posibilidad. Quizá esta noche, a diferencia de todas las noches anteriores, mi abuelo dé la vuelta. Bajará la escalera, y mi abuela se quedará con una historia del matrimonio —con una historia de su vida— en la que no lo oye subir. Me dejará en mi cama infantil, y a mi hermana en la suya, tumbadas en silencio, escuchando. Las dos sabemos qué escuchamos, pero nunca hemos pronunciado las palabras en voz alta.

O quizá esta noche, a diferencia de todas las demás noches anteriores, mi abuela deje su estampa, abra los ojos, se levante de la cama y se dirija hacia el ruido que no le queda más remedio que oír...

Pero no. La escalera.

Mi abuela en su cama, mi hermana en la suya, yo en la mía: escuchando.

Siete

Luisiana, 1992

Lanelle Trahan, la supervisora de Pearl y Ricky en el Fuel Stop, dirá más adelante que la noche que desapareció Jeremy ya sabía que quien lo había hecho era Ricky. Aquella noche había estado trabajando en la caja registradora, marcando el precio de los cafés extragrandes y las tarjetas de rasca y gana, y poniendo en marcha los surtidores de diésel para los camioneros que bajaban de las cabinas a pagar en metálico y andaban un poco patizambos después de tantas horas al volante. Apareció un bombero voluntario que, mientras le daba un billete arrugado de cinco dólares para pagar un paquete de cigarrillos y un café dijo:

—Una noche larga por delante.

—Sí, ¿eh? —respondió Lanelle con simpatía.

Y el hombre dijo que sí, que había desaparecido un niño en Watson Road, en Iowa, y habían avisado a su parque de bomberos y a otro. Se estaban presentando padres de toda la zona para ayudar, porque se habían enterado por las noticias de la noche.

—Un rastreo a lo grande —dijo el hombre—. Van a llevar perros y todo.

Joey, el hijo de Pearl. Fue en el primero que pensó Lanelle, el que supuso que había desaparecido. Joey siempre iba a jugar al bosque y, a veces, cuando Pearl llegaba para su turno se quejaba de que el niño se había hecho daño o se había perdido o algo peor. Madre mía, lo asustada que estará, pensó Lanelle. En el rato de descanso para fumar un cigarrillo, Lanelle llamó al dueño de la gasolinera para preguntarle si podía llevar unos termos de café y un par de paquetes de vasos para los rastreadores.

—Supongo que sí —dijo el dueño—. Pero cuando acabes tu turno.

Así que cuando Lanelle fue a casa de Pearl eran ya las diez, noche cerrada. Bloqueaba la carretera una hilera de coches patrulla, con los faros como un cordón de vigilancia, pero Lanelle se acercó a uno de ellos, bajó la

ventanilla —el aire de febrero entró helado, incómodo— y le dijo lo del café al agente de pelo cortado a cepillo, poco más que un niño. La dejó pasar.

A la luz de los faros la pintura de la casa aparecía fantasmalmente blanca, y en los sitios en los que estaba sucia o desconchada tenía una forma amenazadora, como si la casa fuera la piel de un ser que acechaba debajo. La parte trasera desaparecía en la oscuridad del bosque.

La puerta no estaba cerrada por dentro, y Lanelle entró. Ricky estaba barriendo la cocina. «Hola, Ricky», dijo, pero él siguió a lo suyo, con movimientos cortos y rápidos. Nunca se habían llevado bien. Lanelle oyó el estruendo de la televisión en el salón mientras dejaba los termos en la mesa de la cocina. En el salón, Pearl estaba tirada en el raído sofá marrón, viendo la televisión. En la pantalla aparecía la casa blanca, toda iluminada. Al verla, Lanelle se puso nerviosa, con la sensación de estar viéndose a sí misma en el suelo desde muy arriba. Se sentó al lado de Pearl.

—Pearl —dijo en voz baja—. ¿Han encontrado a Joey?

—Joey no se ha perdido —contestó Pearl—. Está arriba. Ricky ha estado cuidando a los niños. Es un crío de ahí abajo. Amigo de Joey.

Siguió viendo la televisión. Lanelle esperó un rato, pero no parecía que Pearl fuera a añadir nada más.

Si hubiera sido la calle de Lanelle la que hubiera estado iluminada con reflectores, seguro que ella habría salido con los demás. Pero Pearl actuaba como si no ocurriera nada especial. Lanelle dijo:

—He traído café para los que están buscando. El jefe me ha dado permiso.

—Gracias.

—Bueno —dijo Lanelle—. Pues ¿te parece que eche un vistazo ahí arriba? A ver cómo andan Joey y June.

A lo mejor el niño desaparecido se ha escondido ahí, pensó. A lo mejor solo están jugando. Cuando los críos de esa edad dan con un buen escondite, a veces no hay manera de encontrarlos.

—Como quieras —dijo Pearl.

Así que Lanelle se levantó. Sabía que la casa tenía una distribución rara y que para llegar a las escaleras había que pasar por el baño de al lado de la cocina.

TRANSCRIPCIÓN DEL JUICIO, 2003

P: ¿Qué ocurrió?

R: Fui hacia las escaleras y Ricky vino disparado hacia mí.

P: Muy bien.

R: Vino disparado y se me puso delante, sin dejarme subir las escaleras. Me dijo que no podía subir las escaleras. No quería que subiera. Y se puso como loco. Cuando Ricky se enfadaba, se enfadaba de verdad. Yo ya lo había enfadado más de una vez. Se ponía rojo como un tomate y echaba chispas por los ojos.

Vamos a detenernos en este momento. Ricky está en la escalera, con los ojos centelleantes, la vena de la frente abultada y la cara encendida. Extiende los brazos para impedirle el paso a Lanelle, con la escoba de lado a lado, empuñando un extremo con fuerza. Lanelle está un peldaño más abajo, con el polo verde del Fuel Stop, el maquillaje fatigado de final de jornada y un ligero olor a tabaco y diésel en el pelo.

Ha sido un día muy largo. Ha tenido un turno muy largo. Debería estar en casa, con los pies en alto, en lugar de en casa de la pobre Pearl.

Fue entonces cuando se dio cuenta, como diría más adelante. A Ricky le pasaba algo raro. Siempre le había pasado algo raro. Aunque nadie lo dijera.

Lanelle dio media vuelta y le dijo a Pearl que Ricky no la dejaba subir.

—Bah, son cosas de Ricky —dijo Pearl—. Ya ha buscado arriba. No lo hace de malas. Es que Ricky es así.

Lanelle sabía qué quería decir Pearl. Si toda tu vida la gente piensa que eres raro, acabas siéndolo. Pero había algo que no encajaba.

Así que Lanelle salió a la calle y llamó a la ventanilla del primer coche patrulla que vio. Todavía no había puesto de mando; los policías lo hacían todo desde el asiento delantero de los vehículos.

—¿Han registrado la casa de Pearl? —preguntó.

—¿Cómo dice, señora? —respondió el agente.

—Esa casa blanca —dijo Lanelle—. Justo ahí. ¿La han registrado?

El policía consultó su bloc.

—La señora de la casa dijo que la había registrado un tal Ricky.

—¿Y ustedes se han quedado tranquilos con eso?

—Sí, señora.

Más adelante, Lanelle no sería capaz de explicar, ni siquiera a sí misma, por qué no había vuelto a la casa y le había dado un empujón a Ricky para ir a mirar arriba. Claro, después dirían que de todos modos ya habría sido demasiado tarde, que el chico había muerto en el acto, y que lo único que había en aquel armario —lo que Ricky quería impedirle que encontrara— era un cadáver.

Pero Lanelle siguió pensando en ello. Siguió pensando en ello años y años.

Le dijo a los policías que había ido allí a ayudar y que haría lo que le dijeran. La mandaron al bosque con los bomberos de LeBleu, y se quedó hasta altas horas de la noche, iluminando con una linterna las hojas marrones de barro que brillaban con la humedad, observando el destello que le devolvían, buscando un color que no viniera a cuento. Recorrió las márgenes del barranco, se inclinó para examinar el fondo; en realidad, no esperaba encontrar un niño, pero siguió mirando, buscando.

De buena mañana ya estaba en la gasolinera, fregando los termos que se había llevado. Y Ricky ya había llegado. Durante todo el día, mientras devolvía las vueltas a los camioneros y los saludaba con la cabeza, Lanelle, sin poder evitarlo, miraba por las ventanas de la fachada de la parada de camiones: observaba a Ricky al cruzar el aparcamiento. Aquella cara de susto, como de perro pequeño. ¿Parecía normal? O sea, normal para Ricky. ¿O parecía que tenía algo que ocultar? Y aquellas manos suyas... ¿Parecían capaces de hacerle daño a un niño? Lo que sentía Lanelle no era una de esas cosas que le puedes contar a cualquiera, pero había algo que no encajaba.

R: Yo, desde luego, cuando tengo una visita de la que no me fío del todo, guardo las joyas en mi habitación. Cierro la puerta de mi habitación para que no entren.

P: ¿Es usted desconfiada?

R: Pues sí. Porque no quiero que entren allí, por lo que sea. Así que escondo las joyas.

P: Muy bien.

R: Así que empecé a desconfiar de Ricky, de que no me dejara subir.

Lanelle sabía qué significaba. Que Ricky tenía algo que ocultar.

No hay manera de saber en este momento en que Lanelle les da las vueltas a los camioneros, Pearl limpia los mostradores de la gasolinera y Ricky se carga al hombro la bolsa de ropa sucia que va a llevar a casa de sus padres, que dentro de tres meses, después de que hayan encontrado el cadáver de Jeremy en el armario, después de que a Ricky lo hayan esposado y metido en la cárcel, después de que en la primera página de todos los periódicos del estado haya aparecido la misma fotografía en blanco y negro del hombre del saco, del agresor sexual que ha asesinado a un niño, y después de que la casa de los Lawson se haya convertido en centro de mando de la policía, que ha rodeado de cinta amarilla el armario y la habitación de Ricky, y después de que hayan guardado todas las cosas de la habitación de Ricky en bolsas de plástico herméticas con el letrero PRUEBAS y de que hayan envuelto herméticamente el cadáver de Jeremy y lo hayan transportado al depósito, que Terry Lawson —marido de Pearl y padre de Joey y June— llevará una tarde a su hijo a dar una vuelta en moto.

No hay constancia de lo que dice Lawson aquella tarde. Es posible que diga: «Venga, hijo, vamos al lago». O quizá: «¿Por qué no te vienes conmigo a la tienda a dar una vuelta?». O «¿Te apetece un helado?». Le da la mano al chico para ayudarlo a subir y le coloca las piernecitas a ambos lados de la moto.

Después esa motocicleta se estampa contra el segundo vagón de un tren de pasajeros de Amtrak y se matan los dos.

El segundo vagón.

Conducía Terry Lawson. Su hijo iba detrás, agarrado a su cintura. Los testigos dicen que la zona estaba despejada, que se podía ver el tren «desde más de un kilómetro», y que dio un pitido fuerte justo antes de la colisión. ¿Cómo se choca contra el segundo vagón de un tren? Es posible que no veas venir el primer vagón y te des contra él. Pero ¿cómo chocas contra el segundo vagón?

Hay muchas cosas en este relato que la gente aún no puede saber, muchas cosas dudosas en los expedientes de los juicios venideros. En las páginas de la transcripción veo a Lanelle abrir el surtidor para otro camión mientras mira a Ricky por la ventana. Veo a Pearl reponiendo la leche en las jarritas. Veo a Ricky tratando de parar un coche que lo lleve.

El cadáver de Jeremy seguirá empotrado en el armario tres días más, mientras Joey y June juegan en el pasillo de enfrente. Durante tres días más, Pearl y Terry Lawson arrojarán a los niños en sus camas por la noche y los despertarán por la mañana para prepararlos para el colegio, y todo ese tiempo el cadáver de Jeremy seguirá al lado del pasillo, envuelto en la manta azul con el estampado de Dick Tracy, las botas y la escopeta perfectamente colocadas a sus pies.

Los mayores se toman el café; los niños, la leche, sentados a la mesa, y dentro de tres meses, el padre, Terry, morirá. También el chico, Joey.

Más adelante se acusó a Terry de haber abusado sexualmente de June. No se pudo demostrar.

Trato de estudiar el pasado, trato de leer entre las líneas de su texto, de ver a Terry sirviéndose más café y sentándose al lado de los cuencos que Ricky ha colocado para los cereales de los niños. ¿Dónde puso sus manos la noche anterior? Pearl y él le habían cedido su habitación.

Y Pearl, mírenla ahora, mientras abre la nevera y le recuerda a Joey que tiene que acabar de desayunar. ¿Qué ve? ¿Qué ve o qué es capaz de ver? ¿De qué aparta la mirada? ¿No sabía que el cadáver de Jeremy estaba allí? Tres días.

Y después Terry y Joey mueren. Y Pearl desaparece, con June.

Ocho

Nueva Jersey, 1985

Pasan semanas, meses, un año. El recuerdo de aquella extraña tarde en que mi madre echó a correr por el césped gritando y del ruido que hacía mi abuelo al subir la escalera por la noche se han acurrucado dentro de mí como en una crisálida en verano, a resguardo del calor. Contengo la respiración desde dentro, tratando de evitar que lo que hay allí se encienda.

En Pascua, justo antes de ir a casa de mis abuelos y sentarnos a su gran mesa de madera a comer los *manicotti* que ha preparado mi abuelo y las delgadas lonchas de ternera que ha enrollado y atado con bramante como si fueran regalos, mis padres nos dan a cada uno una cestita con huevos. Tienen la cáscara blanca, de azúcar, y el azúcar de los bordes coloreado y con adornos como de glaseado. Dentro esconden pequeñas escenas también de azúcar: un pollito piando en el nido o un conejito con una cesta. Cada escena es una obra delicada, elaborada. Pero la cáscara, aunque de azúcar, no es frágil. Es dura y consistente.

El silencio funciona así. No es frágil. Protege los momentos deslumbrantes y también los confusos. Como las veces en que se me seca la garganta en mitad de la noche y desafío la oscuridad de las escaleras para bajar a la cocina a por un vaso de agua. Allí me encuentro a mi padre, sentado a la mesa blanca. Tiene al lado un gran cuenco de cristal con patatas fritas. Una botella de vino vacía y otra empezada. A sus pies, el suelo está cubierto de envoltorios de helados. La televisión atruena con un programa de noticias. Mi padre sonrío burlonamente cuando entro en la habitación.

—¿Estás bien, cariño? —me pregunta entonces.

Es lo más cariñoso que puede ponerse, así que a veces se lo cuento.

—He tenido una pesadilla —le digo.

He soñado con brujas.

—Vuelve a la cama —dice—. Te quiero. Ven aquí —dice, y me acerco a él y le doy un beso en la mejilla.

Ahí está en su mejor momento, más cariñoso que el resto del día. Pero sé que no se acordará de nada por la mañana. Por la mañana esos momentos se habrán desdibujado, se habrán desvanecido en un sueño lejano, irreal.

La mañana brillante, real. La mañana es el momento de actuar. Mi padre compra un juego de altavoces nuevos y los distribuye por la casa, de modo que la cocina tiene un control, el salón otro, y todo se maneja desde la consola central. Se limpia los zapatos en el piso de arriba, se niega a contestar a las llamadas de los acreedores y su música de ópera atruena toda la casa, a veces a tanto volumen que me duelen los oídos. Sentados a la mesa de la cocina, mi madre y él preparan fiestas, fiestas que contribuirán a que la gente conozca el nombre de mi padre en esta ciudad nueva, y mi madre me enseña a separar las hojas de las endibias y a untar brie en el centro de cada una, a formar un montoncito de crema agria en una galleta salada y colocar un pegote perfecto de caviar en el medio. En las fiestas todos sonrían de oreja a oreja y les huele el aliento a vino.

Ese verano, mi padre decide presentarse a las elecciones municipales. Nos hacen camisetas iguales para el desfile del Cuatro de Julio, en rojo con letras blancas con pelusilla que dicen MI PAPÁ PARA EL AYUNTAMIENTO. La de mi madre es igual, pero en vez de papá pone DREW. En la fotografía que nos hicieron en el desfile aparecemos con los ojos entrecerrados por el sol, las camisetas rojas metidas por dentro de los pantalones cortos de cintura alta. Mi hermana Nicola lleva una banderita estadounidense. Yo estoy a unos metros de la familia, y el brillo de las gafas oculta mis ojos. Me han cortado demasiado los rizos; llevo el pelo encrespado. Con un brazo protegiéndome el pecho, no sonrío. Me aprieto el brazo con la otra mano, para mantener la calma.

Estoy quieta y firme como una crisálida este verano. ¿Noto que el silencio no puede durar? ¿Es eso lo que espero? Las tardes en que mi padre corta el césped, el aire se llena de repente del polvo verde y fresco de la hierba cortada, con un olor acre y húmedo, vivo e intenso. La espera me produce esa misma sensación. Se me mete en los pulmones. Me pesa en el pecho.

Entonces el verano da un giro y comienza su largo descenso. En el huerto que ha plantado mi padre en un extremo del césped se desboca la

albahaca, alta y fuerte. Las espalderas de las ju-días se abultan preñadas de gruesas vainas y las hileras perfectas de lechugas se hinchan grandes y redondas. El maíz se yergue muy derecho y los girasoles se arquean. Cortamos un girasol entero y mi madre lo tuesta en el horno hasta que el olor a fruto seco de las pipas inunda la habitación. Cada noche lo que comemos juntos sale del huerto que saqueamos generosamente, para anticiparnos al futuro desperdicio.

Una de esas noches mi madre se sienta al extremo de la mesa de jardín con un suéter blanco de punto de concha sin mangas, los brazos morenos. Yo de pequeña me quemó, pero algún día, cuando llegue a los treinta, de repente la piel se me bronceará fácilmente, por muchas veces al día que me unte de protector solar, como si mi madre reclamase mi piel. Mi padre está enfrente de ella, en una silla que hemos acercado a la mesa. Mis hermanos y yo estamos sentados en los bancos, dos a cada lado. He empezado a observar lo siguiente: que encajamos perfectamente alrededor de nuestras cosas, todo con espacio para los seis, y que no queda sitio para más. Mi madre sirve la pasta en los platos, el pesto, las tiras de calabacín con parmesano y orégano. Los sabores, dulces y ácidos y fuertes, son duraderos y fieles: los sabores del verano pasado, y del verano anterior, y de los veranos futuros.

Pero en esta ocasión deja el cucharón y mira a los que estamos sentados a la mesa.

Cómo empieza —las palabras que pronuncia— se me han borrado. Mi padre es al mismo tiempo el lastre y el desahogo de la casa, la roca y la ola que rompe contra ella, y de niña yo solo me adapto a lo que dice él y a sus cambios de humor, no a mi madre, que es estable. Es él quien domina la mesa; nosotros somos su corte, y él nos enseña las cosas del mundo, habla de política y de países y de los valores que quiere inculcarnos. Mi madre calla. Pasarán años hasta que me dé cuenta, cuando mi propio mundo se haga visible bruscamente, de lo lista que es.

—¿Me oyes? —me dice aquella noche—. Tu padre y yo tenemos algo que decirte.

Qué frase tan seria. Enarbola su gravedad como una señal de alerta. Algo en su voz me avisa de que, diga lo que diga, no me va a gustar. El aire está cargado de palabras aún sin pronunciar; yo, repleta de mi propio secreto.

Se me hace un nudo en la garganta. ¿Es que no se da cuenta de que la noche es alegre, la brisa, suave y la puesta de sol, radiante? Los violines de Vivaldi fluyen de los altavoces que mi padre ha colgado de los árboles. No hay pelea, mi padre no chilla, y mis abuelos están lejos, al otro lado del puente, en Nueva York.

No lo estropees, pienso.

—Quiero ponerme un jersey —digo. Respondo tajante, triunfal, como si hubiera ganado un premio.

—¿Tiene que ser ahora mismo? —pregunta mi madre.

—Tengo frío.

Mi madre suspira.

—Bueno, pero date prisa.

—Yo también tengo frío —dice mi hermana pequeña, Elize.

—Tráele un jersey a tu hermana —me dice mi madre—. El primero que veas. Da igual.

Su voz es cortante y forzada, pensé más adelante: la tensión de intentar aguantar un momento más cuando ya se ha aguantado demasiado.

La casa crece a mi alrededor, cubriéndome de sombras. Lo único que puedo oír en la oscuridad son los crujidos fantasmales que siempre hacen las paredes, ese ruido que arraiga en el tiempo, y el zumbido constante del ventilador del techo, con las aspas metálicas abriéndose y cerrándose al final de las escaleras. Nunca subo sola esas escaleras en la oscuridad. Es una cosa que evito. Las noches que cenamos en la cocina y uno de los niños está en el baño de al lado y mi madre me dice que vaya al de arriba, salgo de la cocina y me quedo en silencio en la oscuridad del comedor, cuento hasta cuarenta lentamente y vuelvo a la cocina. A veces piso más fuerte, después más flojo y otra vez más fuerte para imitar el ruido de ir y venir. A veces, cuando vuelvo a la mesa blanca de la cocina, mi madre me mira y dice: «Qué rapidez». La siguiente vez espero más tiempo. Es que no puedo contarle por qué no puedo subir las escaleras.

Dentro de unos años, cuando esté en quinto, iré al despacho de la orientadora escolar. Será una reunión rutinaria, a la que asistimos de dos en dos por orden alfabético, y en la habitación estará conmigo uno de los chicos

que más me gusta en el colegio: alto, ágil y bronceado, capaz de darle una patada a un balón de fútbol y mandarlo a las nubes.

—¿Estáis contentos de pasar a secundaria el año que viene? —pregunta la orientadora.

El chico la mira como si estuviera loca. Sabe que ya está en el sitio donde más gusta a la gente.

—Yo sí estoy contenta —le suelto—. Habrá muchos niños. —Me sonrío—. Así podré desaparecer.

Desaparecer: con eso sueño cada vez que mi abuelo se sienta al borde de mi cama. Me mira a los ojos con sus ojos marrones y retuerce la cara para escupir la dentadura postiza en la palma de la mano. Me la pone delante. Los dientes brillan como un ser marino. Sonríe, con una boca que de repente se convierte en un borde húmedo de color rosa con un agujero negro empapado en el medio.

—¿Lo ves? —dice, aunque ya me lo ha enseñado un montón de veces—. Soy brujo. Que no se te olvide. Como lo cuentas, vendré a pillarte. Siempre. Incluso después de muerto.

Vuelvo la cabeza y clavo la mirada en la falda amarilla de una muñeca que es también una lámpara. Su cuerpo ilumina la falda, la disuelve en un fulgor amarillo. Brilla en la habitación oscura, y mientras mi abuelo deja la dentadura en mi mesilla, acerca la mano al borde de mi camisón y aparta la tela de mis piernas, frías de repente, miro fijamente el amarillo y deseo deshacerme en llamas, disolverme. Su mano recorre mi pierna. Con la otra mano se baja la cremallera. Miro la luz tan fijamente que el aire se hace astillas. Noto que me tira de las bragas. Noto sus dedos. El aire se fragmenta en moléculas. Otra vez tengo frío entre las piernas —su mano se ha movido—, y después su mano vuelve, aferrando un trozo de carne suyo muy grueso. Me separa las piernas. Se frota contra mí.

Las moléculas dan vueltas a mi alrededor. Noto que me hago pedazos con ellas.

Todavía detesto el color amarillo.

Pero de niña, descalza en el comedor oscuro, mientras fuera la noche de verano pierde lentamente su luminosidad, me da más miedo lo que dirá mi madre. Así que voy.

Subo la escalera a toda prisa, intentando desconectarme de los crujidos del ascenso. Me obligo a prestar atención al ventilador en lugar de a la escalera. Las aspas del ventilador articulan un lento rugido; debajo, el frío vacío de su aliento. La habitación de mi hermana pequeña parece una buhardilla, con el techo inclinado; en realidad es un pasillo. Tendré que pasar por ella para llegar a la mía. Como hace mi abuelo cuando sube por la noche. En la cómoda hay un jersey con pelusilla amarillo pollito, las mangas plegadas hacia atrás como alas. Me paro. La sensación al mirarlo —el color amarillo en la oscuridad, el esfuerzo de dejar mi cuerpo quieto y vacío— no se borrará nunca. Entonces tomo una decisión: decirle a mi madre que no encontraba un jersey. Que he tenido que buscar. Detrás de mí está la camita de Elize. Noto la idea de esa cama apretándome la espalda. El saber que él también se detiene allí. Las veces que lo he visto de pie delante de mi hermana al entrar en su habitación. Lucho con mi mente para dejarla en blanco.

Después tengo que correr.

Cojo de mi habitación un jersey azul, mi color preferido. Otra vez cruzar la habitación de mi hermana, bajo el ventilador, descender las escaleras. Me detengo en el comedor oscuro; el suelo de tablas de madera está fresco y liso al pisar; mi cuerpo, inmóvil. En el silencio mi respiración resuena como el ventilador.

Atascada. Estoy atascada.

Después sigo.

Cuando salgo al porche, mi madre me ve y agita la mano.

—¿Por qué has tardado tanto? ¡Ven a sentarte! —grita.

Después del suelo liso, la hierba está dura. Me pincha los pies, y la brillante luz de fuera me llega desde muy lejos. Me resbalo por la madera astillada del banco y le doy a mi hermana su jersey suave y mullido. Estoy en mi cuerpo, pero no aquí, no realmente.

—Vuestro padre y yo tenemos que deciros una cosa —dice mi madre.

No puede ser nada sobre mi abuelo. Ella no puede saberlo. ¿Hay otro secreto?

—Teníais una hermana —continúa mi madre—. Se llamaba Jacqueline. Era la trilliza de Andrew y Alexandria. —Mi madre nunca nos llama por nuestro nombre completo (mi hermano es Andy, y yo, aunque lo detesto, Ali), y las palabras que elige y su significado me dicen que se trata de algo muy grave—. ¿Os acordáis de que os dijimos que Andrew y Alexandria estaban malos cuando nacieron? —Nicola la mira con los ojos como platos y asiente con la cabeza. Eso nos dicen cuando mi hermano se desmaya, que estuvo malo de pequeño y que esa es la consecuencia. Es lo que nos dicen cuando aparece de repente la vecina para cuidarnos y mi madre saca la bolsa azul del armario—. Pues Jacqueline también, pero estaba demasiado mala. Era demasiado pequeña. Murió cuando tenía cinco meses.

Me invade una sensación muy extraña. Yo ya lo sabía.

Aquella misma noche, más tarde, cuando mis padres nos han arropado en la cama, estoy despierta en la oscuridad de la habitación que comparto con Nicola.

—Ali —dice. Esta noche la dejo que me llame así—. ¿También nos vamos a morir nosotros?

—No —digo—. Venga, vuelve a dormirte. No nos vamos a morir.

—Pero ella se murió.

Reflexiono.

—Sí, pero nosotros no. Es una forma de morirte solo cuando eres pequeño. Nosotros ya somos grandes. —Tengo siete años, y ella, cinco—. No nos vamos a morir.

Mientras lo digo me doy cuenta de que es mentira. Que nos moriremos, algún día. Espero que mi hermana no lo sepa. Espero que no entienda lo de para siempre.

—¿Lo prometes? —dice.

—Lo prometo —digo.

Y mi hermana se queda tranquila. Pero yo sigo despierta en la oscuridad un buen rato. ¿Cómo sabía yo lo de la niña?

Nueve

Luisiana, 1992

Es Lorilei quien al fin lleva a la policía hasta Ricky Langley. El lunes por la mañana, temprano —su hijo aún desaparecido—, el sheriff va a verla a casa de Melissa y le pide que vaya a la comisaría para interrogarla. Con amabilidad pero con firmeza. Quieren someterla al detector de mentiras.

Pongámosla en una habitación pequeña de la comisaría. Del techo cuelga una lámpara en forma de cono como la que tenían mis padres en la cocina cuando yo era pequeña, la lámpara que aparece en todas las escenas de interrogatorios de las películas y bajo la que Ricky Langley grabará en video su confesión. Lorilei no es sospechosa («No, señora, nosotros no insinuamos nada», le repite el policía más alto y fuerte), pero lo cierto es que no tienen ningún sospechoso. Todavía.

Los hombres se presentan como Don Dixon, del departamento regional del FBI, y Donald DeLouche, de la oficina del sheriff del condado de Calcasieu.

—Pero puede llamarme Lucky, como me llama todo el mundo —dice el más alto, quitándose el sombrero y estrechándole la mano.

Menuda suerte, debe de pensar Lorilei.* ¿Dónde está su hijo?

En las voces de los hombres sentados a la mesa se mezclan la simpatía y la tensión. Lorilei no sabe si piensan que ella ha tenido algo que ver con la desaparición de Jeremy. Seguramente está demasiado cansada para que le importe lo que piensan. Que le traigan a su hijo y nada más.

—A ver, señora, me gustaría que lo recordase todo con el mayor detalle posible.

Lorilei suspira.

—Ya se lo he contado a los investigadores. Fui a la casa de al lado, y después lo que hice fue ir a la casa de los Lawson. Allí viven un niño y una niña, y Jeremy a veces juega con ellos. Me abrió la puerta un hombre que me dejó llamar por teléfono a mi hermano.

—¿Sabe cómo se llama?

Es la primera vez que se lo preguntan. Entonces no lo sabía, pero ahora sí.

—Ricky Langley —contesta.

Lucky se levanta, recoge el sombrero de la mesa y sale. Dixon va detrás de él.

Unos minutos más tarde entra otro policía en la habitación. Es más joven que los otros dos, y va bien afeitado. Se sienta en la silla que ha dejado Lucky y la acerca a la mesa.

—No se preocupe por ellos —dice—. Solo van a comprobar una cosa. Soy el agente Roberts. Vamos a ver. Les ha hablado del hombre que le abrió la puerta, ¿no?

Roberts la tiene allí varias horas, repasando el día en detalle. A veces entra otro policía y participa. Juntos reconstruyen todos y cada uno de los pasos de Lorilei. Por último, se la llevan a la oficina del sheriff.

Allí es donde le dicen que han encontrado a su niño. Muerto.

Aquel nombre, Ricky Langley, no les habría dicho nada a Lucky y Dixon veinticuatro horas antes. Pero la mañana del día 9, domingo, cuando aún seguían buscando, se fueron los dos al bosque a cazar gansos. Quizá más adelante les caería una buena por haberse ido de caza con un niño desaparecido. Quizá más adelante todo el asunto parecería un poco raro, pero los gansos caretos solo pasan dos veces al año y, de todos modos, lo más probable era que el chico hubiera muerto ahogado.

A primera hora de la mañana colocaron señuelos en unas planchas que impulsaron lentamente hasta que oyeron el graznido de la bandada en respuesta. Entonces amarraron las planchas donde estaban —a tiro de donde se dirigían los gansos— y cavaron dos hoyos a la altura del pecho en el cieno de la orilla. Acuclillados uno junto al otro en sus hoyos, con la mano en el rifle, el termo de café caliente entre los dos, Dixon contempló el cielo azul grisáceo y vacío y le dijo a Lucky:

—¿Qué te parece que el chico no haya aparecido? ¿Vas a seguir buscando?

Los hoyos estaban gélidos; el aire, demasiado tranquilo.

—Al menos hasta que acabe el día —dijo Lucky—. Pero no les hago falta. —Eché café en el vaso de plástico del termo y bebió un sorbo—. Hoy van a dragar el canal. Ya se ocupa la oficina del sheriff.

—Ya sé que no es mi caso, pero no creo que esté en el bosque —dijo Dixon—. Si estuviera allí, ya lo habrían encontrado.

—Para mí que se ha ahogado. Muchos chavales se ahogan así.

—Entonces también lo habrían encontrado.

—Puede —replicó Lucky. No parecía dispuesto a decir nada más.

Dixon esperó un rato, para pensarse las palabras. Después dijo:

—Si mañana por la mañana no habéis encontrado el cadáver, el FBI tendrá que intervenir más.

Según la Ley Federal del Secuestro, aprobada tras el asesinato del hijo de Charles Lindbergh, pasadas veinticuatro horas se hace efectiva la presunción de que un niño desaparecido ha traspasado las fronteras del estado. Jeremy llevaba desaparecido treinta y seis horas.

Muy pronto el caso dejaría de estar en manos de Lucky.

—Ya lo sé —dijo Lucky.

—Ellos tomarán el mando.

—Ya lo sé. —Lucky se puso a jugar con el rifle. Movié el seguro, lo levantó hasta los ojos. Ni un ganso. Apuntó al blanco inexistente—. De acuerdo. Mañana llevo a la madre a comisaría.

Aquella noche, después de que Dixon y Lucky abandonaran la cacería, tras largas horas metidos en los hoyos sin ningún resultado, Lucky se pasó por la oficina del sheriff de camino a casa. Para terminar unos papeleos, pensó, y preparar la visita de la madre a la mañana siguiente. Estaba sentado a su mesa, con las hojas de papel iluminadas por la cálida luz amarilla de la lámpara del escritorio, cuando sonó el teléfono. Llamaba una agente de la libertad condicional.

—Me he enterado de lo de su chico perdido —dijo con voz gangosa—. Debería saber que hay un hombre en libertad condicional condenado por abuso sexual de menores en Georgia. Aunque no está a mi cargo, porque Georgia no mandó los papeles, debería saberlo. La última vez que lo vi fue en diciembre. Después desapareció.

Mucha gente se esfumaba con la libertad condicional. La agente tenía buena intención, Lucky lo sabía, pero probablemente no serviría de nada.

—¿Cuál es la última dirección que tiene de ese hombre?

—Voy a ver —dijo la funcionaria. Lucky oyó un susurro de papeles—. Estaba viviendo con sus padres en Iowa. —Repitió «Iowa»—. Lo pronuncian de una forma curiosa, ¿no? Aquí dice que siente preferencia por los niños de unos seis años. ¿Qué edad tiene el chico que ha desaparecido ahí?

A Lucky le dio un vuelco el corazón.

—Seis.

—Pues podría intentar encontrarlo —dijo la agente—. Se llama Ricky Langley.

Cuando Lucky y Dixon se meten en el aparcamiento del Fuel Stop son poco más de las diez de la mañana del lunes; el cielo es de un azul claro, ingrátido. Llevan una orden de detención de Ricky Langley por saltarse la libertad condicional en Georgia, con la firma del juez aún reciente. Dixon sale del coche. Hay un joven con orejas de soplillo al volante de un tractor, extendiendo conchas trituradas por el suelo. Dixon lo saluda con la mano y le hace señas para que apague el tractor.

—Bájese —dice, mirando con los ojos entrecerrados al hombre. Pelo castaño, flaco, con gafas—. Soy el agente Dixon, y este es el inspector DeLouche. ¿Es usted Ricky Langley?

—Sí, señor.

Lucky todavía no ha dicho nada, pero echa a andar hacia Ricky.

—Tiene derecho a guardar silencio —dice. Levanta polvo de las conchas al caminar—. Tiene derecho a un abogado. Si no puede pagar un abogado, se le asignará uno de oficio. —Ricky no responde y Lucky no se para—. ¿Comprende los derechos que acabo de explicarle?

Lucky está ya al lado de Ricky.

—Sí, señor.

—Vamos a hacerle unas preguntas —continúa Lucky—. Nos va a acompañar.

Ricky se queda quieto, como una presa en una escena de caza. Después baja los ojos, lo que ayuda a Dixon a comprender que han dado en el clavo, como dirá más adelante. Cuando están a punto de reconocer que lo son, los culpables bajan la mirada.

De pronto Ricky dice:

—Tengo una chaqueta ahí dentro.

—¿En la gasolinera?

—Sí.

—Bien. Voy a buscarla.

Lucky vuelve a la gasolinera, a por la chaqueta y a por las tarjetas de control horario, que demostrarán las horas que trabajó Ricky el día que desapareció Jeremy. Dixon se lleva a Ricky al coche patrulla. Lo esposaría allí mismo si tuviera que hacerlo, pero Ricky va por voluntad propia, unos pasos por delante. Andan rígidamente, con el cuerpo tenso, erguido, los dos en estado de alerta por razones distintas. El aire de febrero es frío y seco como una habitación vacía. Cuando llegan al coche, Dixon se inclina para abrir el asiento trasero y le indica a Ricky que entre. Ricky obedece. Dixon le pone el cinturón de seguridad y vuelve a decir, con dureza:

—Tiene derecho a guardar silencio. —Ricky vuelve a bajar la cabeza—. Tiene derecho a un abogado. —Repite la retahíla otra vez. Quiere que la detención sea irreprochable—. ¿Comprende los derechos que le he explicado?

—Sí —responde Ricky. Parece hundido.

Dixon se sienta en el asiento del conductor. Mira a Ricky por el retrovisor. Como le han enseñado, toma nota de que la yugular de Ricky late leve y rápidamente bajo la barbilla bajada. La tensión de los tendones del cuello. Ricky aprieta con fuerza los puños. Parece estar conteniendo algo. Parece que deseara desesperadamente que aquel momento no fuera real.

Está a punto, decide Dixon. Se vuelve hacia atrás.

—Vamos a ver, Ricky. —No le ve la cara, solo la coronilla, la mata de pelo oscuro—. Quiero que me mires a los ojos, de hombre a hombre.

Ricky no se mueve.

—De hombre a hombre, Ricky. —Suaviza el tono. Con alguien como Ricky, alguien al que han considerado raro toda su vida, un tío al que no

respetar a nadie, Dixon sabe que lo mejor es parecer tranquilo. Parecer que te lo tomas en serio—. Mírame a los ojos, Ricky.

Ricky levanta la mirada un segundo. Al verle los ojos, Dixon lo sabe seguro. Tiene las pupilas enormes, como agujeros negros. Dixon lo tiene pillado.

—Quiero que me mires a los ojos. —Ricky desvía la mirada—. No, quiero que me mires a los ojos, Ricky, y me digas si sabes algo de la desaparición de Jeremy Guillory.

Los hombros de Ricky se estremecen. Como las sacudidas de un cuerpo a punto de abandonar la vida.

Y de repente:

—Fui yo. —Ricky toma aliento—. Lo hice, lo hice. No sé por qué lo hice, pero lo hice.

Deja caer la cabeza entre las manos. Ya está. Así de sencillo. Tres días y todo ha acabado. Se acabó.

—¿Dónde está el cadáver? —pregunta Dixon.

—En el armario. En mi habitación.

Dixon se da la vuelta sin pronunciar palabra y sale del coche. Cierra con llave la puerta de atrás.

Ricky se queda solo, después de haber confesado un asesinato.

¿En qué piensa? Aquella noche, cuando todos los padres habían recogido a sus hijos y se habían ido a casa, y Pearl le dijo que a lo mejor debía marcharse de la ciudad como si no pudiera mirarlo a la cara y se acostó en el colchón del salón al lado de su marido, Ricky subió a su cuarto en la oscuridad. Joey y June dormían en sus habitaciones, al otro lado del pasillo. La casa estaba en silencio. Ricky se sentó en la cama y escuchó el silencio.

Era la primera vez que se quedaba solo desde hacía horas, la primera vez desde que Jeremy llamó al timbre aquella tarde. No podía dormir —tenía el corazón desbocado— y no dejaba de pensar en Jeremy. Pensaba en que Jeremy tenía los ojos abiertos cuando lo agarró, en cómo se le cerraron. Sabía que era imposible, pero a solas en su habitación, sabiendo que el niño estaba en el armario, no dejaba de pensar que oía una respiración. No dejaba de imaginarse aquellos ojos abriéndose. Alguien lo observaba.

Había una escalera detrás de su habitación que llegaba hasta el bosque, a poco más de cinco metros. Si Ricky quería deshacerse del cadáver. Pero no; bajó sigilosamente a la cocina en mitad de la noche y cogió un rollo de papel de aluminio. Tapó las dos ventanas y les puso cinta adhesiva para que no entrara la luz.

No sabía quién no quería que lo viera, ni por qué necesitaba que desaparecieran las ventanas. Simplemente necesitaba que el mundo se hiciera más pequeño, cerrado y hermético a su alrededor.

Es la misma sensación que debe de tener Ricky ahora, en el coche patrulla, con el brillante sol invernal colándose por las ventanillas, calentando el interior. Que el mundo siga así de pequeño, en suspenso. Se refugia en esa sensación largo rato, no sabe cuánto tiempo.

Hasta que vuelve Dixon y dice:

—Vamos a la casa.

La calle llevaba días llena de gente, perros, policías a caballo y remolques para las barcas de rastreo, pero cuando Dixon y Lucky detienen el coche patrulla, la calle está vacía. Ricky va detrás, esposado, con la cabeza gacha.

—Esta es la casa —dice Lucky. Dixon sabe replegarse. Al fin y al cabo, el caso lo llevará Lucky—. El chico está ahí dentro — añade Lucky. No es una pregunta, pero mira a Ricky.

Ricky levanta ligeramente la cabeza. Asiente.

—Muy bien. Vamos —dice Lucky.

Lucky no llama a una ambulancia. No se da prisa. Más adelante revivirá este momento al declarar como testigo, le dirá al jurado que claro que no se dio prisa, que ya sabía que el niño estaba muerto. Y lo repite dos veces, como para reafirmarse en su decisión. Es un momento extraño que se le clava como una espina, un momento extraño que tiene que revivir. El niño estaba muerto. Darse prisa no hubiera servido de nada. Lucky podría haber llamado a una ambulancia, podría haber entrado corriendo en la casa, incluso podría haber pasado de ir a cazar el día anterior, y no hubiera servido de nada. Jeremy estaba muerto. Es curioso dónde quiere refugiarse la mente. Curioso dónde se empeña en creer que puede haber alguna diferencia.

Lucky sale del coche.

El ayudante que aparece con una cámara de video tiene espinillas en la cara; es así de joven. O al menos así me lo imagino al leer la transcripción. Durante las horas siguientes ese hombre grabará cuanto encuadre el objetivo de la cámara. Es el único de los presentes que no dice nada, que no reacciona; se limita a grabar. Es un misterio en esta transcripción, pero pensemos en lo que ve. En lo que le exigen que observe. Me gustaría suponer que es nuevo en el trabajo; me gustaría pensar que mira asombrado. Veo su piel arañada por la cuchilla de afeitar y el cuello flaco como el de un pollo.

Dixon lo cala enseguida, mueve la cabeza. Ya ha estado con los fotógrafos de la policía en la habitación, fotografiando el lugar del crimen. Está bien que el departamento haya empezado a incorporar video, pero lo tratan como un trabajo de mierda para los policías nuevos.

—¿Preparado? —dice Dixon.

Se enfunda unos guantes de látex y desdobra una bolsa transparente con el rótulo PRUEBAS. Ojalá el chaval haya visto ya algún cadáver. Lo único que les faltaba es que el cámara se pusiera a vomitar.

—Preparado —dice el chico. No lo parece.

—Voy a por el sospechoso —dice Lucky, muy serio ahora que van a grabar una cinta.

Cuando vuelve, Lucky lleva a Ricky al lado, esposado. Ricky va arrastrando los pies, sin levantar la cabeza. Se para en seco en la puerta. Después cruza el umbral.

—Empieza a grabar —dice Lucky.

Ya ha empezado.

—A ver, lo que quiero que hagas —dice Lucky, y se calla—. Lo que quiero que hagas, Jeremy... —Ese pequeño lapsus, llamar a Ricky con el nombre de su víctima, es la única señal del nerviosismo de Lucky. La única señal de lo importante que es para él ese momento. En la transcripción posterior se añadirá un [sic]—. El cámara va a entrar contigo y quiero que me lleves a la habitación en la que pasó. Quiero que le enseñes la habitación y no

quiero que toques nada. ¿Entendido? Sé que hay armas ahí dentro, así que, como digo, no quiero que toques nada.

Lucky mira expectante a Ricky.

—Sí —dice Ricky.

Entran.

Es una situación incómoda, con los tres subiendo la escalera, el cámara detrás de Ricky. La película quedará borrosa en la pantalla de televisión, los cuerpos casi como sombras, la camisa negra de Ricky, una mancha de noche oscura a la lúgubre luz. Por el ángulo de cámara los techos parecen más bajos; las paredes, más juntas. Los tres hombres suben a pasos rápidos, sin pronunciar palabra. Llegan a la habitación.

—¿Aquí? —pregunta Lucky.

Ricky asiente con la cabeza, pero recuerda que tiene que contestar en voz alta.

—Sí.

—¿Algo que añadir antes de que entremos? —le pregunta Lucky a Dixon.

—Sí, espera un momento —dice Dixon.

A lo mejor ahora que ha llegado el momento tiene dudas sobre si debe dejarlo en manos de Lucky. Ha sido cosa suya. Fue él quien le dijo a Lucky que hiciera algo, ¿no? Fue él quien consiguió que Ricky confesara. O a lo mejor solo quiere asegurarse una vez más de que la detención sea irreprochable. Por la razón que sea, vuelve a insistir.

—Ricky, cuando te detuvimos en la gasolinera y entraste al coche conmigo, ¿te amenacé o algo parecido?

Ricky niega con la cabeza. Murmura:

—No.

—¿Fui educado contigo?

—Sí.

—Y te dije, Ricky mírame a los ojos, de hombre a hombre, y te expliqué tus derechos. Y todo lo que me dijiste fue de forma voluntaria.

—Sí, señor.

—Pues adelante.

Dixon le hace una seña con la cabeza a Lucky. Están listos.

Entran en la habitación.

—Deja de grabar —dice Lucky, y el chico obedece, titubeante. Después, dirigiéndose a Ricky, Lucky dice—: Enséñame el armario. —Ricky empieza a moverse—. No te acerques. Señálalo.

Ricky lo señala.

—¿El crío está ahí? —Otra vez Dixon.

Conoce la respuesta. Ya ha subido allí, cuando Lucky fue a buscar a Ricky. Pero ahora observa a Ricky. Observa las pequeñas grietas de angustia que han empezado a asomar a su cuerpo.

—Sí —dice Ricky.

—¿Está ahí sin más o...?

—Lo envolví en unas mantas.

Lucky da unos pasos y con un gesto les indica a Dixon y Ricky que salgan de la habitación. Se acerca al armario. Tiene la puerta blanca; la pintura está desconchada, con una costra de mugre. Está abierto de par en par. Dentro hay un montón de mantas. No tienen la forma de un cuerpo. Es solo un bulto. Espera hasta que nota que el cámara se pone detrás de él. Hace un movimiento con la cabeza. El cámara empieza a grabar otra vez. Lucky pronuncia cada palabra cuidadosa y lentamente.

—Son las 15.35. Hemos vuelto a la habitación. Es el 10 de febrero de 1992. Estamos en la habitación orientada al sudeste de Ricky Langley, y el departamento de fotografía ha terminado de tomar imágenes fijas. Estamos a punto de retirar la manta o la colcha o lo que sea con lo que Ricky asegura haber tapado el cadáver. —Enfoca el interior del armario con una linterna. El haz de luz atraviesa la oscuridad y tiñe el fardo de amarillo. Después se mueve hacia un lado para que la cámara pueda enfocar el contorno. Lucky retrocede, mete la mano en el armario—. Vamos a poner esto... Es una cortina o una colcha de Piolín... La meto en esta bolsa.

A partir de ese momento la cinta es un tanto insoportable. Lucky detalla todos y cada uno de los pasos. Debe de estar desesperado por hacer bien las cosas. Levanta una capa tras otra y cada vez muestra a la cámara la manta antes de meterla en la bolsa.

Pero ¿y la primera bolsa, en un rincón, a la espera de que la cierren con cinta adhesiva, la bolsa de plástico que lleva escrito PRUEBAS? ¿No hay dudas

sobre el contenido de la bolsa? Se equivocarán al etiquetarla y la confundirán con una bolsa de la ropa que le quitaron cuidadosamente a Jeremy más adelante. ¿Y la bolsa que después llena Lucky? También se equivocarán y la mezclarán con otra que no contiene nada importante.

He visto un fragmento de este video. He visto a Ricky, Lucky y Dixon subiendo las escaleras del porche de los Lawson, a Ricky con las manos esposadas llegando a la puerta por la que había entrado Jeremy unos días antes. La confesión que me enseñaron en el bufete, el video que me empujó a esta historia, fue filmado justo después, cuando Dixon y Lucky se llevaron a Ricky a la comisaría. Ricky parecía un conejo, con los ojos desorbitados, inmovilizado por las esposas apretadas a la altura de la cintura. El resto de sus palabras me llegan con el fogonazo en picado de la memoria, como si mi cuerpo solo pudiera absorber a golpes, con tragos de negrura entre medias.

Únicamente la transcripción —al verla ahora— apacigua la memoria.

La manta azul es la última capa que retira Lucky en el video.

—Cubre la parte inferior de la víctima una colcha azul con un dibujo... Puede ser Dick Tracy con una pistola en la mano, de colores. En este momento la retiramos y vemos los restos de la víctima.

La cámara no se detiene mucho. Enfoca el pelo rubio y después vacila ante la cara del niño. Pero en los labios de Jeremy —demasiado pequeño para que lo recoja la cámara, y además nadie lo mira tan de cerca: a nadie le gusta ver un cadáver tan de cerca—, hay un pelo púbico oscuro, uno solo.

Cuando cortan muestras de la camiseta blanca de Jeremy, las muestras que Calton Pitre recordará décadas enteras, encuentran manchas de semen en el tejido. El semen coincide con el de Ricky. Pero ¿y el pelo en los labios? No es de Ricky. Lo comprueban dos veces. Dos veces con el mismo resultado: no es de Ricky.

Ricky mató a Jeremy; lo sabemos con certeza. Y el pelo púbico podría haberse desprendido de la manta. Pero las mantas no son solo de Ricky. Hay demasiadas personas. También pueden ser de las camas de Joey y June. Es posible que el pelo se pasara a ellas al lavarlas.

Pero es posible que no. ¿El pelo es de Terry, que en este momento sigue vivo, no se ha llevado a su hijo a dar una vuelta, está fuera de casa en lugar desconocido mientras la policía procede al registro? ¿Pertenece el pelo, no al

predador sexual convicto, sino al padre que quizá también sea un predador secreto?

Lucky continúa el relato.

—Se observa un calcetín que parece estar en la boca de la víctima. La víctima va vestida con camiseta blanca, pantalones de chándal azul claro o turquesa con una tira amarilla en el bajo, y calcetines blancos, y las botas que la madre dijo que llevaba están aquí.

Verde mar. Lorilei asegura que los pantalones son verde mar. Hace cuatro días los sacó de la secadora y los dobló, alisó los bordes de la cinturilla, hizo la raya de las perneras. Los juntó con aquella camiseta. Llevó las prendas a la cómoda que compartía con Jeremy en casa de Melissa y puso los pantalones en el cajón de abajo, la camiseta en el cajón de arriba. Los colocó cuidadosamente. Como si estuviera acostando a un niño.

Todas estas prendas que lleva Jeremy —todas estas pruebas— tienen historia. Las pruebas conservan la vida que tuvieron juntos. Conservan el amor de la madre.

—En un rincón del armario también se ve la escopeta de aire comprimido. Según la madre, era de la víctima, Jeremy —añade Dixon.

En la comisaría, Lorilei se cubre la cara con las manos y llora.

Diez

Nueva Jersey, 1986

Solo puedo trabajar con un relato sumamente sucinto de la siguiente historia —que me contó una vez mi madre años después y nunca repitió— y los escasos recuerdos que yo puedo ofrecer. Así que reconstruiré la historia con estos vestigios. Es un año después de que mi madre nos contara lo de Jacqueline. Estamos en la isla de Nantucket, en Massachusetts, donde hemos alquilado una casa para el verano, y nos hemos traído a mis abuelos. Elize tiene cuatro años, es una muñeca de naricita minúscula y largos rizos rubios. Últimamente ha hecho de modelo para la empresa de ropa británica de unos amigos de mis padres, y ahora mismo lleva uno de los vestidos blancos con volantes típicos de la marca. Quizá el de la faja de satén verde a juego con sus ojos. Pronto se hará de noche, y en la casa hay una actividad febril, con los adultos vistiéndose para la cena. Mi hermana se ha apartado de los demás, en un raro momento de soledad, y se sube a uno de los magníficos sillones tapizados del salón. La casa perteneció a un capitán de la época de los balleneros, y cubren las paredes los oscuros retratos al óleo de sus hijas, muertas mucho tiempo atrás, todas con expresión taciturna y una placa dorada con el correspondiente nombre debajo: PRUDENCE VIRTUE CHASTITY. Mi hermana mira las caras raras y le devuelve una mueca a una de ellas. Intenta imaginarse lo que le han contado: que todas fueron en su momento niñas, como ella.

Aprieta con una mano el premio que acaba de conquistar: un billete de cinco dólares.

Mi madre sale de la cocina con un vaso de vino en la mano, el pelo todavía con los rulos blancos de plástico, el vestido negro aún desabrochado por la espalda.

—¡Vaya! ¡Estás aquí! —dice. Toma un sorbito de vino, distraída. De repente se fija—. ¿De dónde has sacado ese dinero, cielo?

Debe de pensar que mi hermana lo ha sacado de su bolso abierto o de un cajón de la cómoda. Un desliz inocente, motivo suficiente para una lección cariñosa.

Pero lo que dice mi hermana es «me lo ha dado el abuelo».

—¿Ah, sí? —dice mi madre.

Todavía piensa que será una historia tierna. En la isla hay una tienda de chucherías donde por un centavo te compras una gominola roja en forma de pez o de osito toda pegajosa, y mi abuelo ya nos ha llevado allí una vez. Nos dio un cuarto de dólar por cabeza y cada uno de nosotros llenó de chuches una bolsa de papel blanco. Nos mima, igual que a mi madre y sus hermanos cuando eran pequeños. Siempre llevaba caramelos en los bolsillos para dárselos. Mi hermana es demasiado pequeña para el ratoncito Pérez, pero mi madre razona que quizá mi abuelo le haya dado los cinco dólares por acercarle la gorra o el bastón. Mi madre le sigue la corriente.

—¿Y cómo te has ganado ese dinero? —pregunta.

—Sentándome en sus rodillas —contesta mi hermana.

Los susurros que se oyen después son como espadas envainadas, furia y prisa contenidas. Nadie levanta la voz; las puertas permanecen cerradas. Detrás de una de ellas me interrogan, y sé que tengo que hablar en voz baja, que mis padres no quieren que mi abuelo, mi abuela y mi hermano se enteren. Contesto con sencillez. Sí, mi abuelo me ha tocado. Sí, lleva pasando muchos años. Me hacen más preguntas —dónde, qué recuerdo, qué vi— para determinar cuánto tiempo. La respuesta es cinco años. Me echo a llorar. No por lo que pasó, sino por lo que ahora sabe mi madre. Por una parte yo lo esperaba, pero estoy aterrada, más que otra cosa. Estoy convencida de que estaremos a salvo si mi madre no sabe esto de su padre. Estoy convencida de que tengo que librarla de eso. Que decir en voz alta que un padre es capaz de una cosa así sería espantoso.

Nos preguntan lo suficiente, primero a mí y después a mis hermanas, para hacerse una idea. Después nos vamos todos a cenar.

¿Es posible? ¿Es posible que esto esté bien? ¿Que nos lleven a una gran mesa redonda de un restaurante con mantel de algodón de cuadros blancos y rojos

—el restaurante al que vamos aquellos años se llama como mi abuelo, Vincent— y que saquen una silla para aquel hombre cuando acaban de enterarse de lo que ha hecho? ¿Pueden sentarse enfrente de la mujer, su esposa, mi abuela, a la que decidirán proteger guardando el secreto? ¿Cuántas veces ven las manos de mi abuelo durante esa cena y piensan en lo que esas manos han hecho?

¿O es que estoy confundiendo mi interés por el pasado con el de ellos? ¿Es posible que mis padres se sienten enfrente de él y no se imaginen, ni por un momento, las acciones que hay detrás de las palabras que les han dicho, que no vean la historia desarrollarse ante sus ojos?

Solo sé lo que ocurre después: que mis padres no le dicen a mi abuelo lo que les han contado. Tampoco se lo cuentan a mi abuela. No dan ninguna muestra de que pase nada. Las vacaciones acaban. Volvemos a la casa victoriana gris. Mis padres dejan de pedirles a mis abuelos que vayan a pasar la noche, y el abuso cesa sin que nadie diga nada. Adaptan el recuerdo con tanto esmero como un guion.

Y desde allí, como antes, mi padre va en el gran Chevrolet gris al barrio de Queens, donde se crio mi madre, cruzando el puente de George Washington. Como antes, aparca delante de la puerta con toldo de color burdeos de la casa de ladrillo en la que mi madre fue niña, en la que espera mi abuelo, con la gorra puesta y una chaqueta de tejido sintético sobre los hombros, listo para su paseo. Mi padre le tiende una mano a mi abuelo y recoge el bastón de madera con la otra. Como antes, mi padre le ofrece su hombro al anciano para que se apoye, y van despacito hasta el coche. Lo ayuda a subir el estribo y mete el bastón debajo del asiento. Cierra la puerta de golpe y va hasta el lado del conductor. Lleva a mi abuelo por el puente, a nuestra casa.

Los personajes de esta historia siguen queriendo creer que pueden controlar el pasado, dejarlo limpio como se limpia el lugar de un crimen. Quieren creer que, una vez limpio, ese lugar no es más que un dormitorio. Mis padres me dicen ahora que consultaron con un psicólogo que les dijo que lo mejor para sus hijos sería actuar con indiferencia. Actuar como si lo ocurrido no tuviera ninguna consecuencia.

No es que no les crea. O no exactamente. Pero dudo de la lucidez de esa recomendación. Refleja perfectamente, demasiado perfectamente, los silencios de mis padres que ya conozco. El silencio sobre los arrebatos de cólera de mi padre. El silencio de muchos años sobre mi hermana perdida. Refleja —pero aún no hemos llegado ahí— lo que le ocurrió al cadáver de mi hermana.

De momento basta con comprender lo siguiente: que necesitan dejar atrás el pasado.

Así que en el recuerdo mi abuelo está allí, como un nudo en mi garganta, sentado en el sillón del salón al pie de la escalera. Está allí en Navidad, está allí en Pascua, está allí un domingo y mi abuela, a su lado, me pregunta si quiero jugar a las damas con ella, y yo no digo que soy demasiado mayor para jugar a las damas. Él está allí cuando cumpla trece años y me pongo el primer vestido de mayor, de terciopelo negro con pronunciado escote en uve por la espalda. Está allí cuando me pongo de puntillas y doy vueltas para que ondule la falda de crinolina. Es su aliento caliente lo que se inclina sobre mi cuello mientras susurra lo mayor que parezco, lo bien que se acopla mi cuerpo al vestido. Él está allí cuando cumpla quince años y empiezo a enfadarme.

Dejamos a Lorilei sentada en un banco de la comisaría, con la cabeza entre las manos, llorando. Está embarazada de su segundo hijo, el niño que crecerá a la sombra de su hermano.

En los meses siguientes a la detención de Ricky, Lorilei tiene que mantener un difícil equilibrio entre la rabia y el dolor. El traguito en el porche la noche que empezaron a buscar a Jeremy se convertirá en meses de alcohol, meses de drogas. Volverá a sus antiguas costumbres, y el pasado desbordará al presente. Durante todo ese tiempo seguirá creciendo dentro de ella la nueva vida, pero ella no será capaz de darle sustento. Simplemente crecerá.

De un año más tarde hay un recorte de periódico con una dirección que coincide con la de Lorilei. Al leerlo imagino a una mujer (se niega a identificarse, pero seguramente tendrá el pelo del tono castaño claro que con

frecuencia es rubio en la infancia) saliendo de una casa para hablar con los policías que bajan de un coche patrulla. Lleva un niño en brazos.

—No hace falta que entren —dice.

—Señora, venimos por un supuesto incidente doméstico —dice uno de los policías—. Ha avisado un vecino.

—No hace falta que entren —repite la mujer. El sol la obliga a entrecerrar los ojos. El izquierdo ya empieza a hincharse. El niño que tiene en brazos se revuelve, y ella lo estrecha contra el pecho. Le ha puesto el nombre de Cole. Llevará el apellido de su padre—. Verá, si él se marcha —señala la casa con la cabeza—, no tengo otra manera de pagar las facturas. —Mira fijamente al policía—. Que pase buen día —dice con decisión. Y vuelve a entrar en la casa, con el niño en brazos.

Un año más tarde, cuando al fin Ricky es condenado por el asesinato de su hijo, Lorilei no está en el juzgado. Espera en una habitación del motel de enfrente. Su hermano Richard está en la sala cuando el jurado pronuncia el veredicto. Tres horas han pasado deliberando. Ricky morirá por la muerte de Jeremy.

Richard cruza la calle para ver a Lorilei. Se acabó, le dice. Ya está.

Cuando empecé a escribir este relato creía que era por el hombre del video. Pensaba que era por Ricky. Veía en él a mi abuelo. Quería comprender.

Pero ahora creo que escribo por Lorilei. Su historia no acabó la tarde que Richard la abrazó en la habitación del motel mientras al otro lado de la calle se llevaban esposado a Ricky. Diez años después del primer juicio, la pena de muerte de Ricky fue anulada. Lo sacaron del corredor de la muerte y lo devolvieron a Calcasieu para que esperase otro juicio.

Aquel juicio se celebró en 2003. Era el que acababa de terminar cuando fui a Luisiana. Que acabara de terminar fue la razón por la que la abogada me enseñó el video.

Tengo la transcripción. El segundo día del juicio, el fiscal llama a declarar a Lorilei. Le cuenta al jurado que le dio a Jeremy la escopeta de aire comprimido.

—Fue la última vez que lo vi —dice. Se contiene—. O sea... la última vez que lo vi vivo.

Les cuenta que fue a casa de los Lawson a buscarlo. Que conoció a Ricky. Que llamó por teléfono.

El fiscal le da las gracias. El juez le da permiso para retirarse. Lorilei vuelve a su asiento. El juicio continúa.

Pero el cuarto día la llama a declarar la defensa.

Los miembros del jurado deben de sentirse muy confusos. La mujer es la madre del niño muerto. Ya ha testificado. Llevan días enteros viendo fotos del cadáver de Jeremy. En una ocasión uno de los jurados se vino abajo y se echó a llorar, y el juez tuvo que interrumpir el juicio. ¿Por qué llama la defensa a la madre?

Pero Lorilei se levanta y se dirige al estrado. Ya conoce todos los detalles de la vida de Ricky. Ha pasado años enterándose. Se sienta en el asiento de madera, se alisa el vestido en las caderas y se vuelve para mirar al jurado.

—¿Hay algo que quiera decirle al jurado? —pregunta el abogado. Es británico, alto y delgado. Defiende a Ricky desde hace veinte años.

—Sí —responde Lorilei en tono firme.

La sala debe de quedarse en silencio, todo el mundo absorto. Lorilei pronuncia las palabras que ha ensayado.

—Aunque puedo oír el grito de muerte de mi niño, también puedo oír el grito de Ricky Langley pidiendo ayuda.

Testifica a favor de Ricky. Intenta que siga vivo.

Leo sus palabras en el juicio, y lo que veo es a mi padre doblando los dedos alrededor de la mano de mi abuelo. Nota el peso de la mano de mi abuelo en la suya. Levanta y ayuda al anciano a subir al coche para cruzar el puente y llevarlo a casa con nosotros.

Quiero —necesito— comprender.

SEGUNDA PARTE

Las consecuencias

Once

Arizona y Luisiana, 1964-1965

Es 1964, y Alcide Langley, de veinticuatro años, el hombre que será el padre de Ricky, va al volante de una furgoneta por una carretera de Red Rock, Arizona. Quizá comprender signifique volver al principio, y por ahí debo empezar con Ricky. Me imagino la furgoneta que tenían mis padres cuando yo era pequeña, pero eso era a principios de los ochenta, así que quitémosle los paneles de madera de imitación y la dirección asistida. Démosle a esta familia un coche más pequeño, y en la parte trasera, cinco niños apretujados, cuatro sentados y el más pequeño en equilibrio entre las rodillas de sus hermanas. En el maletero van sus cosas, metidas en cajas de cartón atadas con bramante; bajo los pies de las chicas hay unas cajas más pequeñas que las obligan a llevar las piernecitas casi tiesas. Delante del coche, muy lejos, se yergue la roca epónima,* de un rojo y naranja llameantes, más un incendio que un horizonte, algo que Alcide, nacido en la pantanosa Luisiana, jamás ha visto. La tierra resplandece como iluminada desde dentro.

Como abrasada y árida. Al volante, Alcide suspira por la exuberancia de los verdes —siente como un recuerdo detrás de todo—, la esperanza de los azules de California. Al ver una palmera recortada contra el cielo tiene la sensación de que incluso su vida es una película. Él no quería marcharse, pero el trabajo en una fábrica de automóviles que le había proporcionado su tío fue lo que les permitió a Bessie y a él trasladarse a las afueras de Los Ángeles hacía cinco años. Aquel trabajo los mantuvo a todos: a él, a Bessie y a los cinco niños a los que Bessie manda callar volviéndose en su asiento. Alcide perdió el trabajo. Sin él, ya no tienen nada que hacer en California.

—¡Ya vale! —le dice Bessie a Oscar.

Está incordiando otra vez a su hermanita Darlene, le da codazos, hasta que la niña se retuerce riendo; como siga así, a Darlene se le va a caer la más pequeña, Vicky, que está entre sus rodillas y las de Francis. Oscar, el mayor, tiene cinco años, pecas, un corte de pelo que le hizo Bessie con la ayuda de

un cuenco y sonrío enseñando una mella cada dos por tres. Un día un abogado presentará una foto suya junto a la de otro niño con la misma sonrisa y subrayará el parecido entre los dos, pero todavía no: es aún el 28 de febrero de 1964, y al menos durante unos momentos, Oscar sigue vivo. Le da otro codazo en el costado a Darlene, que grita ¡mamá!, y el bebé se ríe. También al bebé le quedan unos minutos de vida.

Bessie no le hace caso a Darlene. Ya se arreglarán los niños entre ellos, como siempre. No es que le guste volver a casa, pero seguro que con la familia cerca las cosas resultarán más fáciles.

Se instalarán en el pequeño grupo de pueblos alrededor de Lake Charles, en Luisiana —Hecker, LeBleu, Iowa—, donde vive el hermano de Bessie y donde está enterrado el padre de Alcide. Bessie y Alcide fueron novios en aquellos pueblos. A lo mejor se morrearon detrás de las pacanas que rodean el viejo cementerio, o se rieron en el aparcamiento de la gasolinera. Los dos dejaron el colegio después de octavo; Alcide un chico del pueblo, y Bessie recién llegada de Indiana. Él tenía diecisiete años y ella dieciséis cuando pasaron por el altar. Se casaron por amor, no por necesidad: Oscar no nació hasta diez meses después, el siguiente abril. Cuando el periódico local publicó la lista anual de los nacimientos de primavera, el hijo de Bessie y Alcide figuraba como «Langley, varón». Aún no habían escogido nombre, de tanto como deseaban empezar una familia. Al final se decidieron por Oscar, por la historia de aquel nombre en ambas partes: así se llamaba el padre de Bessie y el hermano que Alcide había perdido cuando era pequeño, muerto en un accidente de coche a los dieciocho años. Alcide tenía ocho entonces. Su hermano era un dios para él. Después, un dios perdido.

Un año más tarde, Bessie volvió a quedarse embarazada. En esta ocasión fue una niña, y el nombre de Francis se les ocurrió más fácilmente. Darlene llegó al año siguiente. Entonces a Alcide se le metió en la cabeza que podían probar suerte en Los Ángeles. Bessie siempre había querido ir allí; estaba acostumbrada a la idea de que la extensión de un país era algo que podía cruzarse. Se acabó el vivir con los padres de él y los ocho hermanos y hermanas y sus familias, unas raíces tan fuertes que te ataban. Una vida nueva. Una aventura nueva.

Pero resultó más difícil de lo que pensaban. Y también más solitario. Y ahora ya no queda más remedio que volver a casa, sin dinero, sin perspectivas, todo el camino de vuelta con Alcide al volante, como un perro con el rabo entre las piernas. Alcide lleva ya siete horas conduciendo por la autopista interminable. Y así seguirá otras veinte. A su lado descansa Bessie, y si su asiento tiene cinturón de seguridad (algo que en 1964 empieza a ser normal para los asientos delanteros, pero raramente se ve en los traseros), no se lo ha abrochado.

Casi treinta años después, cuando los abogados cuenten esta historia en el juicio por asesinato del hijo nonato de Bessie y Alcide, trasladarán lo que ocurre a continuación a una noche oscura como boca de lobo, como si fuera inconcebible a plena luz del día. Pero en 1964 son las dos de la tarde, y Alcide suda al sol. No hay aire acondicionado, y el aire que entra por la ventanilla bajada parece salir de una estufa. Detrás del parabrisas el calor del sol debe de concentrarse y aplastar a Alcide. Los niños necesitan comida; los niños necesitan ropa; los niños necesitan. No puede darles a los niños lo que necesitan. Es posible que le escuezan los ojos por el sudor y que levante una mano para enjugárselo, y así, en el preciso instante en el que la mano le tapa los ojos, en el que los ojos no están fijos en la carretera y la mano no está sobre el volante, quizá sea así como ocurre. En los juicios los abogados cuestionarán si Alcide iba borracho en aquel momento. ¿Lleva una petaca escondida debajo del asiento, una petaca con alcohol, y para echar un trago tiene que equilibrar el volante? ¿Es eso, sin embargo, lo que hace soportables las largas horas de derrota, de llevar a su familia hacia la derrota? Hay que endurecerse para ciertos actos. Pero como Alcide está a punto de perder tanto, tengo que encontrar una forma más amable de contar esta historia. Alcide suda al sol.

No ve el estribo del puente.

El coche se sale de la carretera y choca contra el estribo. El parabrisas se hace añicos, la familia salta por los aires. Oscar, el único chico, el niño querido: la cabeza separada del cuerpo. La niña pequeña muere. Las demás hermanas, Francis, Darlene y Judy, viven. Alcide vive; las niñas tendrán padre. Y Bessie, inconsciente en el fondo de una zanja de hormigón, empieza

a entrar en un coma que la mantendrá en un sueño oscuro durante días, pero también ella vivirá. Las niñas tendrán madre.

Tiene las caderas destrozadas. La pelvis destrozada. En los años siguientes se someterá a treinta operaciones en la pierna derecha, hasta que los médicos se rindan y la amputen. Ahora, mientras Bessie está en coma en un hospital de Arizona, Alcide hace los preparativos para llevar a las niñas a Luisiana. El mismo periódico local que anunció el nacimiento de Oscar publica una nota sobre el accidente y el servicio religioso que se celebrará en un cementerio, rodeado de pecanas, en Jefferson Davis.

Alcide entierra a Oscar y a la niña en el cementerio de Hebert, en una tumba sin nombre, al pie de la lápida de su padre, con espacio para cuando él muera y, a su lado, espacio para Bessie. De pie ante la tumba, viendo a sus hijos bajar a la tierra, seguramente piensa en cuánto tiempo tardará Bessie en necesitar el sitio. Tiene que ponerse derecho, enjugarse las lágrimas y rezar para poder mantener a la familia que le queda. Después se traslada con las chicas a casa de Lyle, el hermano de Bessie, y su mujer, Luann. Lyle y Luann son pentecostalistas estrictos. No tienen sanitarios dentro de la casa, y pasadas varias décadas, cuando se celebren los juicios, seguirán sin tenerlos. No oyen música. Acogen a niños que necesitan ayuda —son bondadosos en ese sentido—, pero a veces, entre la severidad de Luann y que no paran de acoger niños incluso cuando la despensa está vacía, no sabes si es generosidad o que Dios no les da suficientes sufrimientos para que demuestren su fe en Él y se procuran ellos más privaciones.

Pero están ahí cuando Alcide los necesita. Pronto encuentra trabajo, en una empresa de transportes de larga distancia que lo tiene en la carretera días enteros. Me lo imagino la primera mañana. Se levanta temprano y se queda unos momentos fuera, ya preparado para marcharse, justo después del amanecer. Recorrerá a pie el kilómetro y medio hasta el lugar de carga. Es octubre; la hierba está húmeda y selvática con el rocío de la mañana, la tierra, más viva aún que en California. Nota ese nuevo olor como un pedazo de tierra en la garganta. Podría atragantársele todo lo nuevo. Darlene y Judy lo siguen y se quedan delante de la casa, en silencio, observándolo con los ojos muy abiertos como llevan haciendo toda la mañana. Darlene ya tiene casi

cuatro años, y ha hablado muy poco en las últimas semanas. Judy tiene dos y no para de preguntar «¿Dónde está Oscar? ¿Dónde está mamá? Quiero bebé».

—Niñas, hacedle caso a Luann, que yo volveré pronto —dice Alcide. No dice *a casa*. Darlene retuerce la cara como si fuera a echarse a llorar—. Venga, cielo, todo irá bien. —Se frota el cogote; le roza el cuello de la camisa. Tiene esa camisa de franela desde hace años, pero Luann se ha empeñado en remendarle un codo y almidonarle el cuello, y la rigidez le irrita la piel. Con una mano sujeta la visera de una gorra blanca, nueva, con el logo de la empresa de transportes. La alisa, la ahueca con los dedos, la aplasta, vuelve a alisarla—. Todo irá bien —repite.

Y se marcha.

Para verlo allí, a pie firme en la hierba, con el sol dándole en la ancha cara, el sudor posado en los pliegues de la frente, recorro a la fotografía de Bessie y él en el decimoquinto aniversario de su boda que publicó el periódico local. Tiene la cara cuadrada, la piel áspera, los párpados caídos por la edad detrás de las gruesas gafas. Intento borrar el tiempo de la fotografía, eliminar lo que han acarreado las décadas.

Pero hay partes de la historia en las que el testimonio es tan poderoso, tan impresionante lo ocurrido, que los hechos sobrepasan mi imaginación.

Como lo que le sucedió a Bessie. Cuando se despierta del coma la trasladan al Hospital Charity de Nueva Orleans, a tres horas de Hecker, donde viven las niñas con Luann y Lyle. Demasiado lejos para estar cerca de sus niñas y demasiado cerca para ser la lejanía liberadora que los llevó a Alcide y a ella a California. Es un estancamiento, un compás de espera. Un intermedio.

Allí, en Luisiana, el estado que Bessie tanto deseaba abandonar, los médicos construyen una escayola para sujetarle el cuerpo. Le ponen tiras de yeso húmedo desde los tobillos hasta la parte superior del pecho, y toda ella queda aprisionada en una blancura rígida. Un orificio a la altura de los genitales permite la salida de los excrementos. Le separan las piernas con una barra de metal entre los tobillos de la que los auxiliares de enfermería tiran para moverla. Solo le quedan libres los brazos, y cuando Luann lleva a

Darlene a verla al hospital —Darlene es muy pequeña, pero un día será ella quien suba al estrado de la sala de audiencia a contar la historia de su familia —, Bessie puede levantarlos. «Mamá», dice Darlene, y Bessie la estrecha y se echa a llorar. Darlene recordará siempre ese abrazo: el familiar apretón de los brazos, el familiar cariño de su madre, las turbadoras lágrimas húmedas en la cara de su madre y, en lugar del blando regazo, tan familiar, la escayola.

Pasan los meses y Bessie sigue en el hospital. Un mes, dos, tres. Tumbada de espaldas, escayolada, mira el techo. ¿Qué clase de sufrimiento interior estará soportando en aquel sitio ella sola? ¿Con qué tendrá que cargar más adelante? Pasa tantas horas mirando el techo que seguramente verá dibujos en los azulejos. Los azulejos están resquebrajados y tienen manchas de humedad. A veces las líneas alargadas del color de la herrumbre deben de parecerle una garra; otras, como las piedras jaspeadas que recogía en la orilla del río cuando era pequeña. Le encantaban aquellas piedras cuando estaban húmedas, brillantes y centelleantes a la luz del sol. Pero perdían el brillo en cuanto se secaban.

Bessie está sola, rodeada por una cortina colgada de un riel alrededor de la cama. Pero más allá de la cortina la habitación está llena de mujeres invisibles. Unas salas previstas para veinte albergan cuarenta. Solo le llegan sus quejidos, que se cuelan por el fino tejido de la cortina.

Y los olores. La descomposición paulatina, la conciencia de la muerte cercana que invade lentamente tus fosas nasales, que se arrastra por tu piel. También entran las infecciones. Dentro de varias décadas, un médico recordará la noche en que murieron ocho mujeres en una sala y dará gracias por que ya hayan pasado esos tiempos. Pero Bessie está inmersa en ellos. Lo único que puede hacer es esperar dentro de su cápsula blanca. Intentar no oír nada. Intentar no oler nada. En los meses que pasa allí inmóvil llevan regularmente al hospital a presos de Angola. Angola, la penitenciaría en la que un día estará preso su hijo. Es una transacción comercial: les pagan a los guardias, técnicos y médicos que tratan a los presos para que hagan la vista gorda cuando se escapan. Al menos en una ocasión, mientras Bessie yace inmóvil en su cama, se oye un tiroteo cuando descubren a un preso. Bessie lo oye a través de la cortina.

Distingue el ruido de las pisadas, reconoce, cuando las pisadas son lo suficientemente fuertes, al celador a punto de asomar la cabeza por la cortina y llevarla en una camilla a que le hagan una radiografía. A veces oye voces y no distingue si son reales o si se las inventa para tener compañía. A veces los auxiliares le llevan medicamentos nuevos, que se traga tumbada de espaldas en su catre. Medicamentos para las infecciones, medicamentos que la ayudan a dormir, medicamentos para el dolor. La mayoría, medicamentos para el dolor. Las medicinas no le quitan el dolor. Cuando Alcide va a verla le lleva botellas de alcohol, y cierran la cortina cuando él desenrosca el tapón y sirve un poco. Los primeros meses, todavía con miedo a que se dé cuenta una enfermera, Alcide echa el líquido con lentitud, para disimular el ruido. Después lo hace rápidamente, cuando comprenden que nadie lo va a notar. Con cuidado, le da el vaso a Bessie, que lo inclina para beber. El alcohol quema al entrar en el cuerpo de una mujer tan desnutrida que ha perdido la mitad del peso corporal. Pero ayuda.

En Navidad los médicos la dejan salir del hospital unos días. A Alcide le prestan una camioneta, y con la ayuda de los auxiliares coloca a Bessie tumbada sobre unas almohadas que le ha preparado Luann. Luann y Lyle se trasladan al cuarto de estar y les ceden su dormitorio a Bessie y Alcide. En la cama, Bessie puede tener a sus niñas a la altura de los ojos. Por la noche Alcide se acuesta a su lado. También entran las niñas, y se inclinan sobre ella, una a una, para acercar la frente a sus labios. En esos momentos vuelven a estar todos juntos, como una familia, es decir, todos los que quedan. Las niñas se acuestan, y Bessie y Alcide pasan la noche juntos. La familia celebra el comienzo del año 1965. Después, Bessie vuelve al hospital.

Pasa otros cinco meses inmóvil, revestida de yeso, otros cinco meses de radiografías y medicamentos para las infecciones y medicamentos para el dolor que no funcionan y cinco meses de whisky. Su cuerpo se debilita dentro de la escayola, hasta que llega a pesar treinta kilos. Tiene el tamaño de una niña.

Pero mientras mengua, la escayola se estrecha. No por todas partes. Solo por el abdomen.

Bessie está embarazada de cinco meses.

TRANSCRIPCIÓN DEL JUICIO, 2003

Juez: Sé que no puedo hacer preguntas, pero...

Abogado: ¿Quiere que haga yo la pregunta?

Juez: Solo quisiera saber cómo se puede quedar una embarazada con ese trasto.

Abogado: Señoría, yo intentaba ser delicado y no hacer esas preguntas.

Juez: Solo he dicho lo que está pensando todo el mundo... ¿Qué pasa?

Abogado: Creo que hemos decidido dejarlo a la imaginación de cada cual, ¿no es así?

En la sala de audiencia la historia se cuenta de la siguiente manera: tiene todo el cuerpo escayolado y se queda embarazada.

Ricky crece dentro de ella.

Imaginemos la alegría de Bessie cuando los médicos se lo dicen. Su bebé ha muerto y su niño ha muerto y el año le ha traído una pena y un dolor inimaginables, y de todo ese dolor ha surgido una nueva vida, en una cama navideña. Los médicos le habían dicho que no volvería a quedarse embarazada.

Este niño es un milagro.

Imaginemos a los médicos junto a la cama de Bessie. Las batas blancas, los estetoscopios alrededor del cuello, las vidas y la educación que han tenido. Sí, saben que Bessie está feliz, pero ese embarazo no puede considerarse un milagro. Ha tomado todos los medicamentos que pueden darle, muchos de ellos perjudiciales para una embarazada. El feto tiene cinco meses, lo que significa que lleva cinco meses desarrollándose apretado contra la dura escayola. Le han hecho incontables radiografías, que podrían haber puesto fin al embarazo, pero el feto ha sobrevivido, y quién sabe con qué ha sobrevivido.

—No puede llevar el embarazo a término —dice un médico—. Es arriesgado. Para usted y para el niño.

—Esto demuestra que puede volver a quedarse embarazada —razona el otro con ella—. Es mejor que su cuerpo se cure. Es mejor prepararlo para otra oportunidad.

Quizá Alcide la tome de la mano mientras escuchan, y quizá la presión de sus manos unidas, cómplices, transmita el conocimiento de algo que los médicos no saben: el whisky. Han de pasar ocho años hasta el caso de Roe contra Wade; el Charity es un hospital universitario católico y, sin embargo, los médicos insisten: ese niño no debe nacer.

Pero esa madre no está dispuesta a dejar que su hijo muera.

Así que los médicos hacen lo que tienen que hacer y, con una sierra, cortan una ancha luna en la escayola, a la altura del abdomen de Bessie. Bessie hace lo que tiene que hacer una madre: esperar, encerrada en la escayola. Y el niño sigue creciendo.

El 11 de septiembre de 1965, a Bessie le hacen un tajo alargado y le sacan un niño. Tres kilos y medio. Ricky Joseph Langley: así lo llama Bessie, el chico que ocupará el lugar del hijo muerto. Alcide y Luann van al hospital para llevárselo a casa, donde esperan sus hermanas, locas por ver a su nuevo hermano.

Dentro de varios años, un abogado se presentará ante un jurado de doce miembros con un montón de papeles sujetos con cinta aislante sobre los riesgos para el embarazo de todos los medicamentos que tomaba Bessie. De repente se le cae la última página, y todas las demás se desprenden y van a parar al suelo. Demeral y codeína. Librium. Atropina, hidrato de cloral, Diabex y Fluothane. Imferón, Lincocín, Luminal, Menadiona, Nembutal y Vistaril. Y todas las radiografías.

Dentro de varios años, los doce miembros de ese jurado condenarán a muerte al hombre que ahora es un niño. Lo enviarán a una pequeña celda alicatada de un bloque donde oirá cinco veces a los guardias ir a la rejilla de otro hombre, sacarlo de la celda, llevarlo por un corredor y meterlo en una cámara de la que nunca saldrá. El hombre que ahora es un niño esperará en su celda y oirá las pisadas del condenado desvaneciéndose por el corredor. El hombre que es ahora un niño esperará a saber cuándo le llega su turno.

Pero todavía no ha pasado nada de eso. Estamos en 1965. En 1965, una orgullosa hermana mayor levanta el pico de una manta y mira al hermano que es ahora suyo.

—Dos brazos, dos piernas, cinco dedos en las manos, cinco dedos en los pies —dirá Darlene años más tarde, recordando aquel momento.

El bebé era perfecto. Ella lo comprobó.

Doce

Nueva Jersey, 1987

Me enamoro del derecho por los objetos. El alféizar de la ventana del despacho de mi padre está abarrotado de objetos: un guardabarros metálico de coche que ha sobrevivido a un choque; una reproducción en plástico de una columna vertebral, descentrada y mellada como con un cuchillo; un par de casquillos de bala que revuelvo en la mano como si fueran canicas, los restos de unas balas que no alcanzaron a un cliente de mi padre. Cuando mi padre gana aquel caso, los casquillos desaparecen del alféizar. Un día, un par de semanas más tarde, mientras mis padres se visten en su habitación para salir, mi madre le da una sorpresa con una cajita envuelta en papel y atada con una cinta. Mi padre desata la cinta, rompe el papel, levanta la tapa y allí está el trofeo que no había echado en falta: los casquillos agrietados, engastados en oro como gemelos. Mi madre le sonríe, le toma de la mano y le dobla delicadamente la muñeca. Desliza con cuidado la punta metálica en un ojal de la camisa, cierra el extremo y protege así el puño de mi padre con la suerte de otra persona.

Una década y media después, cuando yo sea mayor y haya seguido a mis padres en el camino del derecho —cuando aún estoy segura de creer en el derecho—, me encargarán que haga las prácticas en la enorme sala de un bufete de Luisiana mientras espero a que haya un despacho libre. La sala de prácticas no tiene ventanas y está en el centro de un edificio que parece una madriguera. Alberga una serie de mesas de trabajo apretujadas, como la que tenía mi madre en el cuarto de juegos cuando yo era pequeña. En cada mesa hay un ordenador beis enorme de los que aún usan disquetes. Los ordenadores contienen una base de datos de expedientes que modificaremos para todos los casos que pasen por el bufete.

Apoyado contra la librería de un rincón hay un maniquí que debió de servir para ilustrar la posición de un acusado de asesinato con arma de fuego. Lleva un collar multicolor de Carnaval. El maniquí es negro, con un brazo

blanco, y uno de los estudiantes en prácticas ha colocado el brazo en una postura permanentemente lasciva, en la entrepierna. En el suelo, a mi izquierda, hay una caja de cartón grande con la tapa levantada, llena de mantas de fieltro dobladas. No son para cuando tenemos que quedarnos a trabajar hasta las tantas de la noche. Abrigan demasiado para resultar útiles con la bochornosa humedad de esta región pantanosa. Lo que se rumorea entre los estudiantes es que se utilizaron para ilustrar la muerte por asfixia de un niño. Trabajando en esa habitación una tarde tras otra, examinando los casos mientras los altavoces de mi ordenador retumban con los Pixies, los objetos volverán a ser lo que más me atraiga, lo que me devuelva esa sensación de la infancia, al enfrentamiento entre el relato y el artefacto. Al lado de la caja hay una escayola blanca con la forma del torso y las piernas de una mujer.

Bessie.

Miro la escayola todos los días y recuerdo los casquillos resquebrajados en las muñecas de mi padre, los mismos que respaldaron el relato de algo hace tiempo. Acostada con esa escayola, inmóvil y aprisionada... ¿Es posible que Bessie quisiera hacer el amor con Alcide, que Ricky naciera de un intento desesperado de conexión, de un intento desesperado de recuperar lo que se había roto en el accidente? ¿O se empeñó Alcide, bebedor y con mal genio, mucho peor después del choque? Lo que ocurrió, lo que originó a Ricky, ¿fue amor? ¿Violación? ¿Algo intermedio difícil de definir?

Mi madre decide estudiar derecho cuando yo tengo doce años. El derecho ocupa nuestra casa rápidamente. En las estanterías están las memorias de los belicosos abogados que mi padre admira. Escucha casetes de sus alegatos finales mientras hace flexiones en la alfombra del descansillo de la escalera, o mientras se limpia los zapatos con un cepillo de madera sentado en los peldaños. Con cuarenta y pocos años, mi madre asiste a la facultad de derecho no en horario nocturno, sino diurno, con alumnos de poco más de veinte. Por la noche, mientras hace la cena en la cocina, extiende sus libros sobre la mesa de formica blanca. Cada uno tiene diez centímetros de grosor, con tapas duras de color burdeos. Abre uno y se inclina sobre las páginas,

finas como las de un diccionario, y se moja la yema de un dedo para pasarlas. A veces deja el dedo en un sitio y levanta la cabeza para buscar un rotulador con el que subrayar el texto. Después, uno de nuestros lápices del número 2. Escribe una nota en el margen, se echa hacia atrás y muerde el lápiz por el medio. Yo muerdo los lápices igual. Muy pronto la casa se llena de lápices medio astillados por el centro. Años más tarde, aún recuerdo el sabor a cera de la pintura amarilla, el sabor a papel de la madera astillada, el de metal del grafito. Cuando la cena está a punto, nos llama. Ponemos los platos en el otro extremo de la mesa y comemos mientras mi madre estudia.

Resulta que a mi madre se le da bien el derecho. Saca buenas notas y se inscribe en prácticas de juicios. Mi padre empieza a encargarse de la cena: envuelve chuletas de cerdo en tiras de beicon y queso provolone, las pone a la plancha y las empapa de ketchup. Nos han criado a la manera de mi madre, con algarroba en lugar de chocolate; de muy pequeños nos enseñaron que la palabra «golosina» significaba plátano con yogur natural, sin azúcar, al menos hasta que llegamos a la guardería y nuestros amigos nos corrigieron. La grasa ahumada y fuerte mezclada con el dulzor fresco del ketchup impacta en la lengua. Aquel año mi padre nos hace los disfraces de Halloween y se entrega a la tarea con el entusiasmo del novato. A mí me convierte en el león cobarde de *El mago de Oz* con tela amarilla y una grapadora. Ese otoño tiene mucho éxito la serie de televisión Alf, sobre un alienígena cubierto de pelo marrón y nariz porcina, y mi padre le hace a mi hermano un traje con fieltro y grapas y un hocico con un cartón de papel higiénico pintado. Al año siguiente las tiendas se llenarán de disfraces de Alf, pero aquel año, cuando los niños se ponen en fila en el auditorio de la ciudad el día de Halloween, el funcionario del ayuntamiento que hace de juez examina a los que van vestidos de payasos o con sombreros de bruja, con sus disfraces negros de ninja y los rosas de cuento de hadas, y le prende la cinta azul en el pecho a mi hermano. Cuando tenemos vacaciones en el colegio y en la facultad de derecho todavía no ha acabado el curso, le toca a mi padre descansar, y mi madre nos lleva con ella a clase y a la cafetería. Mi hermano sigue tan flaco que da miedo; cada vez que le apetece comer algo, lo celebramos, y después hablamos de lo mucho que nos gusta la facultad de derecho, cuando en

realidad lo que queremos decir es lo mucho que nos gustan los macarrones con queso.

Pero a mí lo que me impresiona son los profesores. Me siento con las rodillas juntas en una silla de respaldo recto, ante una mesa abatible, rodeada de estudiantes insufriblemente mayores, y miro a una mujer de melena corta y canosa que lleva un traje de chaqueta burdeos. Nunca he visto a una mujer con traje de chaqueta. De pie ante un encerado de tres paneles, da un golpecito en la pizarra con la tiza y empieza a hablar. «Imaginemos...», les dice a los alumnos, y se pone a describir una serie de circunstancias. Todavía no he aprendido a llamar hipótesis a lo que sale de los labios de la señora, la sucesión de situaciones que esbozan los profesores de derecho para enseñar a los estudiantes a analizar cómo se aplica un principio a diversas circunstancias. Yo reconozco lo que es: un relato.

El dinero del préstamo para los estudios de derecho de mi madre parece caer del cielo. A mis padres siempre les ha encantado el dinero, siempre han creído que cuando gasten el que tienen aparecerá más. Nos llevan al Caribe francés, donde alquilan una casa al borde de un acantilado. Resulta que han calculado mal: la cena de la primera noche cuesta tanto como lo que tenían pensado para toda la semana. Pero ya estamos allí, el viaje ya ha empezado, y enseguida nos invade la sensación de lo mágico.

Por el día corremos descalzos por la playa, intentamos encaramarnos a los cocoteros, pero en cuanto trepamos un trecho nos desplomamos en la arena, riendo. Recogemos los cocos caídos alrededor de los troncos y los estrellamos contra las rocas para acceder a la dulce pulpa del interior. Mi padre ha instalado altavoces en la casa, y por la noche inunda la terraza de canciones sentimentales francesas. Mi madre y él hacen manitas y se besan mientras escuchan la música. Mis hermanas y yo nos quedamos en la terraza, la frescura de las baldosas de esquisto contra las plantas de los pies —parece como si no nos pusiéramos zapatos durante una semana—, y cuando damos vueltas, por turnos, las faldas de seda turquesa a juego que nos ha comprado mi madre se nos enredan entre las piernas y nuestra risa flota sobre el mar. Estamos todos felices y alegres y lejos, muy lejos, de casa.

El último día esperamos en la pista de un aeropuerto el avión que nos llevará a casa. Vuelta a los sábados con la visita de mis abuelos, vuelta a mi padre sentado hasta altas horas de la noche a la mesa de la cocina, bebiendo, o al chirrido de las ruedas de su coche que hacen volar la grava en la oscuridad. Recuerdo una pesadez en el cuerpo desconocida hasta entonces, pero quizá sea obra del tiempo y la memoria. En la pista, la luz del sol reverbera sobre los cuerpos parados de los aviones de plata, tan brillante que me hace daño en los ojos.

Mi hermano está enfrente de mí. Sigue muy delgado, sin haberse librado del todo de los bosques peligrosos de nuestro nacimiento, y el corte de pelo a cepillo que le hizo mi madre para el viaje acentúa el contorno de su cabeza y resalta los ojos redondos e interrogativos. Mientras esperamos se pone las palmas de las manos bajo la barbilla, dobladas como patas, y saca los dientes de abajo. Con los ojos grandes y la cabeza pequeña parece una ardilla. Mis hermanas y yo nos reímos. Ya es el gracioso, el que, después de tanto tiempo enfermo, lo único que quiere es hacer reír a los demás. Después cuenta un chiste, uno de siete hermanos chinos. Al final uno se fríe en la silla eléctrica.

—¿Eso qué es? —pregunto. Soy orgullosa y detesto tener que preguntar, pero hay algo en las palabras «silla eléctrica» que requiere una respuesta.

—Lo condenan a muerte —contesta mi hermano.

Cuando comprendo esos términos me opongo a la pena de muerte. La muerte es lo que me da miedo. La muerte es por lo que perdí a mi hermana; la muerte es lo que temen los mayores para mi hermano; la muerte es con lo que tengo pesadillas. Gracias a los libros de mi madre y a las historias de mi padre he empezado a pensar en la constitución como un documento de esperanza. Las leyes que tanto quiero, ¿pueden imponer la muerte? Me dan igual las razones de los libros de derecho. Así es como comienza: con el horror. A partir de aquel momento, siempre estaré en contra de la pena de muerte.

Para la graduación de mi madre, mi padre encarga que planten una carpa blanca en nuestro extenso jardín trasero. Esa noche la oscuridad envuelve la tienda, y en un momento dado la banda deja de tocar, la gente que ha invitado

mi padre se calla y un camarero con chaleco sale de la negrura con una tarta en llamas. El camarero la deja sobre la mesa con gesto triunfal. Mi madre tiene los ojos húmedos y brillantes a la luz de las velas cuando se inclina y nos hace señas a los niños para que nos acerquemos. Apagamos las velas juntos, y de repente se ve con claridad lo que pone en la tarta: L y M-L. Mi padre, alto e impecable con esmoquin, le aprieta la mano a mi madre. Van a ser socios en el bufete.

El edificio que encuentran para alquilar está en el centro de nuestra ciudad, al lado de las vías del tren, enfrente de la antigua estación. Al otro lado de la estación está la iglesia católica, muy grande. A unos pasos de su nuevo despacho está el cine, y hay un quiosco que vende chicles, cómics de *Archie* y cuadernillos de juegos de lógica. A la vuelta de la esquina está el único edificio de pisos, donde florece exuberante todas las primaveras el único magnolio. Mi padre se queda con la tercera planta para sus casos penales y demandas por negligencia. En la segunda planta, mi madre ejerce como abogada de familia.

A mí me crían con el derecho como a otros niños los crían con la religión. Cuando mis hermanos y yo nos sentamos a la mesa en las comidas familiares, no inclinamos la cabeza para bendecir los alimentos. Al contrario; las levantamos bien alto para intentar pillar las palabras que intercambian mis padres. Las peleas por divorcio de las que se ocupa mi madre, las mujeres maltratadas que defiende en los primeros años, cuando aún acepta trabajo mal pagado. Las demandas por negligencia médica que no dejan ningún beneficio si mi padre pierde, pero una enormidad si gana, una tercera parte de la indemnización. Una apuesta que además satisface la curiosidad.

—Me gusta el derecho porque aprendo un poquito de todo —me dice mi padre.

En sus palabras reconozco algo de mí misma, y algo de lo mucho que me gustan los objetos del alféizar de su ventana.

Aprendo a escribir en los cuadernos alargados que robo en el despacho de mis padres. Tumbada boca abajo en la alfombra nudosa, intento llenar las hojas rayadas con mi escritura. Me he inventado un personaje que se llama Cassie. Vive en la misma isla a la que vamos nosotros todos los veranos y va

al mismo cine. La diferencia es que Cassie quiere a un chico, Bobby, y en eso no se parece a mí.

Cumplo diez años, once, doce, y aunque todas mis amigas hablan de chicos, a mí no me gusta ninguno. Pienso que el amor es una tontería que solo sirve para distraerte, y me compadezco o me burlo de mis amigas, según me dé, cuando hablan del tema. No me gusta la música pop, porque todas las canciones hablan de amor, y creo que la mayoría de las revistas para preadolescentes de la tienda de cómics de abajo son una bobada, porque solo hablan de enamorarse. No es solo que me vea demasiado alta, demasiado patosa y demasiado morena, con el pelo encrespado en una ciudad de pelos lisos y rubios, como para gustar a algún chico. Es algo más profundo, pero no sé qué. Lo que siento es como lo que le contesto a mi madre unos meses después de Navidad, un día que me pregunta qué ha pasado con un muñeco de peluche nuevo.

—¡Chis! —digo, señalando un rincón de mi habitación—. Está durmiendo.

Cuando vuelve a preguntarme días más tarde («¿Todavía no se ha despertado?»), la respuesta debe de proceder de una parte de mí que comprende más lo que le ocurre a mi hermano de lo que dejo ver.

—Está en coma —digo.

Pero es algo que mi madre me cuenta más adelante, que pasa a formar parte de la tradición familiar, y cuando cuenta la historia, mi madre siempre pone una expresión de cierta perplejidad y un tono de voz demasiado dulce. Lo que recuerdo de aquellos años es estar al lado de mi cama, el olor a primavera de la hierba cortada y el rugido del cortacésped de mi padre que entran por la ventana abierta, la luz del sol que parece lejano filtrándose por el cristal. Me subo al colchón y me pongo de pie, derecha, algo que me tienen prohibido. Apoyo con fuerza los pies descalzos en la manta blanda para mantener el equilibrio. Aprieto los puños contra los costados, con los brazos en jarras, imaginando que soy una boxeadora, y en esa postura juro ser fiel a mí misma. Jamás me enamoraré, jamás haré esas memeces que parecen gustarles a las chicas que yo conozco. No perderé la cabeza. Nunca jamás. No sé muy bien qué me estoy prometiendo a mí misma, salvo una cosa: una

vida diferente. Llevo dentro de mí la certeza del camino que voy a tomar como un secreto, como una deuda, como un futuro merecido.

No parece tan extraño. Estoy rodeada de secretos inexpresados. Bajo lo que puede expresarse sigue vibrando un mundo que pertenece únicamente a la oscuridad. Mis hermanas y yo no hablamos de las noches de los últimos cinco años, que se han esfumado como si no hubieran transcurrido. Si por la noche mi padre se echa encima de la cama, lamentándose, yo entiendo que esa es una vida distinta a la que llevan mis padres en su despacho del centro de la ciudad. Si por la noche, cuando bajo a la cocina, ya no está cariñoso conmigo sino enfadado, enfadado conmigo o con el mundo, y me maldice o me dice que quiere morirse, entiendo que eso no ha ocurrido, ni tampoco las noches en que su coche sale disparado por el camino de entrada mientras mi madre, en albornoz, se queda sollozando en la puerta. Y a la mañana siguiente, cuando veo a mi madre oscureciéndose las cejas delante de la cómoda con las bombillas que le iluminan la cara, siempre dice: «Seguro que tu padre no dijo eso», o «Será que no te acuerdas». Entiendo que tengo que poner una cara tan inexpresiva como la que preparo cuidadosamente cuando suena el timbre los sábados por la tarde y son mis abuelos, a quienes mi padre ha dejado en el porche mientras él va a aparcar el coche en el camino de entrada. Si alguna noche no puedo dormir porque veo la rendija de luz en la puerta y espero oír el crujido de las escaleras, ni se me ocurre decir palabra sobre ello a la mañana siguiente. Todavía me hago pis en la cama a los doce años, y aunque no conozco las palabras para explicar por qué, si las conociera diría que me hace sentirme segura. Que cuando noto la cama cálida y húmeda sé que esa noche nada vendrá por mí. Que nada querrá venir por mí. Por la mañana retiro las sábanas apestosas, doblo la funda del colchón sobre las partes mojadas para que no me rocen y, conteniendo la respiración, bajo el fardo al sótano, donde puedo echarlo al aire y dejar que caiga al pie de las escaleras, y ya se encargará de todo la asistenta que han contratado mis padres. Es ella quien, por la mañana, recoge las botellas de vino vacías y los envoltorios de helado que ha dejado mi padre en la mesa de la cocina. Todas las mañanas, gracias a una serie de servicios minuciosamente prestados, la casa queda borrada y comienza de nuevo mientras mi familia duerme en el piso de arriba.

Así que quizá sea también por esto por lo que llego a querer tanto los objetos del despacho de mi padre: porque los secretos que encierran no pueden borrarse. Las pruebas están allí, fehacientes. Esperando a que el futuro venga a indagar.

Trece

Luisiana, 1965-1983

Después del accidente, la casa que se construye la joven familia está embrujada, pero perdura. Bessie se queda en el hospital varios meses tras el nacimiento de Ricky. Después la dejan volver a casa, y Alcide y ella viven con Lyle y Luann en la casa de dos dormitorios. Luann se ocupa de los cuatro niños, Lyle lleva a casa su paga, y Alcide trabaja en la carretera, en la empresa de transportes. Las noches que libra, Lyle y Luann les ceden la cama marital y duermen en el cuarto de estar. Es una situación difícil. Bessie y Alcide estaban acostumbrados a vivir solos en California. Ahora Luann se mete en todo lo relacionado con los niños, pero ¿se le puede echar en cara, cuando es ella la que los está criando? Lo único que puede hacer Bessie es abrirse paso por la casa con la muleta, abrirse paso entre los estratos de dolor y las inyecciones que Luann le ayuda a ponerse. Es más fácil no enfadarse. Bessie siempre ha sido más descontrolada que Luann, pero se pliega a sus manías pentecostalistas. Ni música, ni televisión, ni bebida. Luann llena los silencios hablando de Dios. Seguramente huele el alcohol en el aliento de Bessie; seguramente adivina lo que le trae Alcide de sus paradas en la carretera. Pero también Luann hace lo que puede; se muerde los labios para guardar silencio, pone la otra mejilla como le dice la Biblia. Las dos mujeres nunca llegarán a ser amigas, pero se soportan en silencio.

Quizá a Alcide le resulte más difícil. A sus veintisiete años, quiere mantener a su familia. Los cuidados que recibe Bessie en el Charity están subvencionados, y el trabajo en la empresa de transportes es bueno, pero las demás facturas se comen el sueldo de Alcide. En casa de Lyle están de huéspedes, apenas contribuyen a su manutención. Intenta no dejarse quemar por eso. También él guarda silencio. Espera. Ahorra todo el dinero que puede. Se repite que todavía son jóvenes, que tienen tiempo para empezar de nuevo. Cuando se para a tomar café en la carretera, le llaman la atención los folletos de parcelas en venta que hay a la entrada de las cafeterías. Se lleva

los folletos a su mesa y los hojea mientras la camarera le sirve más café. «¿Todo bien, cielo?», pregunta la camarera. Alcide asiente distraídamente, mira las fotos con grano de las parcelas rurales, con la cabeza en otro sitio, en un futuro imaginado. Quizá en esas doce hectáreas cerca de Moss Bluff, con garranchuelo entre la hierba y un arroyo. Se imagina a Bessie sentada a la orilla. No a la Bessie de ahora, agarrada a la muleta, con el adusto gesto del dolor en el rostro, sino a la Bessie de hace diez años, una chica de dieciséis con el pelo del color del cañaveral y los dientes tan brillantes como el blanco de su vestido de algodón. Una sonrisa que siempre le traía a la memoria las risas con sus hermanos cuando era un muchacho. O a lo mejor ese otro anuncio, el de una casita estrecha y alargada en Nueva Orleans, convencería a Bessie de vivir en una ciudad. De repente ve a Bessie intentando ir de una habitación a otra en una casa así, con todas las habitaciones seguidas. Todavía no sabe que dentro de unos años los médicos le amputarán la pierna, pero ahora la tiene continuamente infectada y le cuesta mucho andar. Alcide suspira y deja el folleto. Da un largo sorbo de café, nota el amargor de los posos en la garganta, traga, deja la taza vacía. Busca diez centavos en el bolsillo, deja la moneda en la mesa, se levanta. Los médicos dicen que hay tres operaciones al año por delante, y el dolor es ya como una niebla que rodea a Bessie. Dolor o pena, quién sabe. Pasará mucho tiempo hasta que recupere a su mujer. Si acaso recupera a su mujer algún día. Se pone la gorra de la empresa y recoge los folletos. Vuelve a dejarlos en el estante de la entrada, un poco arrugados. Para que sueñe otro hombre.

Así que es un alivio, debe de serlo, auparse hasta la cabina del camión, arrancar el motor con un gran rugido y sacar el vehículo del aparcamiento. Encaramado en la cabina, deja que los kilómetros de negro alquitrán le despejen la cabeza. Ni pasado detrás ni futuro delante. Solo la carretera. Su única responsabilidad, seguir adelante, con la claridad de las brillantes líneas blancas de división entre los carriles. A veces, quizá por la noche, sin ninguna distracción, o quizá por la tarde, cuando el sol brilla en lo alto, el parabrisas concentra el calor y se pone a sudar y vuelve a notar los duros bultos del volante un poco resbaladizos, a veces, debe de volverle a la memoria el accidente. El ardiente sueño ahogado del recuerdo de aquella tarde. La mano que enjuga el sudor de la frente. El hormigón que se abalanza

sobre él por el parabrisas, como si fuera aquella mole lo que desencadenase la colisión y no él. No el coche. Ni su familia. Después, el grito de Bessie. El impacto lo alcanzó a él por el volante, le recorrió los huesos. El olor a quemado. La última vez que vio a Oscar.

Pero Alcide es un hombre pragmático, que se define por su capacidad para seguir adelante y se siente orgulloso de ello. Una destreza que aprendió de joven, tras la muerte de su hermano en un accidente de moto. Una destreza que ahora necesita.

Así que se siente bien la mayoría de los días. Sale a la carretera, hace los repartos, vuelve cuando puede, le da un beso a su mujer en la frente y se sienta a la mesa de Lyle en la casa de Lyle a comer lo que ha preparado la mujer de Lyle. Cuando le invade la pena, y cuando siente más cólera que pena, coge una de las botellas de whisky de Bessie y se traga el silencio. No se olvida de darles un beso a sus hijas, no se olvida de amar a su esposa destrozada, ni de esconder las botellas vacías para que no las vea Luann. Son años difíciles, pero albergan una especie de esperanza. Alcide espera comenzar de nuevo. Espera empezar desde cero.

Y cuando Ricky cumple cuatro años, puede hacerlo. Ha llegado otro niño, Jamie. Un hijo cuya vida no tiene nada que ver con el accidente. Los médicos tienen que rajarse otra vez a Bessie para sacarlo, y Jamie será tuerto y duro de oído, pero es un niño perfecto. Dos chicos, tres chicas, un aumento de sueldo que al fin le deja algo de dinero. Alcide encarga el catálogo de viviendas prefabricadas, y entre Bessie y él eligen la única que pueden permitirse. Nada del otro mundo —cuatro habitaciones con armazón cuadrado, sin florituras—, pero será su hogar. El otoño es claro y brillante, con buen tiempo para edificar. Alcide no es ni imprudente ni ingenuo; sabe que no pueden ir muy lejos. Ya no se le llena la cabeza de sueños de California. Alguien tendrá que ocuparse de los niños cuando operen a Bessie. Pero al menos sí pueden irse allí al lado. Construirá en la parcela de Luann y Lyle.

Alcide todavía es fuerte —nunca perderá los músculos de sus anchos hombros—, aunque ya con la cintura un poco blanda de conducir el camión. Lyle y él pasan muchas horas trabajando al sol, colocando el armazón de la

casa, levantando las paredes. Con cada viga de madera, con cada clavo que le inserta, apuntala la nueva vida de su familia.

Cuando lo imagino allí, arrodillado ante el armazón de la casa, con un clavo entre los dientes, dando martillazos en un tablón a pleno sol, con el sudor corriéndole por la frente y la espalda, veo a mi padre, un caballete en el jardín trasero y una de las reparaciones en marcha. Oigo un radiocasete retransmitiendo a todo volumen un partido de béisbol, el golpe del bateador y el rugido del gentío. Estoy en la linde del césped, las briznas me pinchan pero son suaves entre los dedos de los pies, y así debió de estar Ricky, observando a Alcide martillar en medio del calor. El hijo mayor. A los cuatro años, Ricky parece un niño normal. Un poco orejudo. Un poco flaco. Pero se ríe cuando Darlene o Judy le hacen cosquillas. Y ahora es un hermano mayor.

Ricky se acerca despacito a Alcide, que al levantar la mirada debe de ver a su hijo aureolado por la fuerte luz de la tarde. Por la radio, Waylon Jennings acaba meloso el último verso de una canción de soledad y el rasgueo de la guitarra se desvanece en el aplauso del público. Ricky todavía es tímido delante de su padre. Se queda allí plantado, esperando. Alcide tiene una fugaz visión de Oscar a los cuatro años, de Oscar corriendo a recibirlo a la puerta y él de rodillas para agarrarlo y pelear.

Alcide se saca el clavo que tiene entre los dientes y se lo enseña a Ricky.
—¿Vas a ayudarme, hijo?

Ricky asiente con la cabeza. Se agacha y coge el clavo, con expresión seria y atenta.

—Ponlo aquí —dice Alcide, señalando el tablón—. Eso es. Así. —El niño da unos pasitos.

Alcide baja lentamente el martillo hasta el clavo y da unos golpecitos, con cuidado de no pillarle los dedos a Ricky.

—Bien, muy bien. Ve a por otro, anda.

Tendrá que rematarlo más tarde, meter los clavos dentro de la madera. Pero de momento el sol está alto, la cerveza fría, la música es buena y él está allí con su hijo, su hijo vivo y sano. Espera a que Ricky encuentre otro clavo en la caja. La tarde podría durar todo el día. A Alcide no le importaría. Que la tarde durara hasta el inicio de una nueva vida.

Alcide clava las últimas vigas en el armazón de la casa. Lyle y él recubren la madera con una sustancia selladora para protegerla de la humedad de Luisiana. Mientras aplican con las brochas el líquido de olor agrio a los tablones, el sol empieza a desaparecer en el cielo, poniendo así fin a la tarde, y Ricky vuelve a casa a la llamada de Bessie, ¿qué parte del pasado están sellando? ¿Cuántos recuerdos de los que guarda Alcide se han colado en la casa que construye, cuánto se ha filtrado por sus puertas? Piénsese lo que se quiera de la bebida, de que últimamente no sirve para contener la furia, pero la pena se le escapa a Alcide, lo pilla por sorpresa. Esas veces en que se refrena a tiempo y descarga el puño sobre la mesa, de repente consciente de la vena abultada en la frente, de la rabia en la garganta, de Ricky encogido de miedo y tembloroso en la puerta. Piénsese lo que se quiera de Bessie cuando se encierra en la habitación a llorar y Alcide no tiene que preguntarle por qué: la sonrisa de Oscar asoma a la de Ricky, la voz de Ricky es un eco. Lo cierto es que el mismo periódico que publicó los artículos sobre el accidente que podría haber matado a esta familia publicará una nota sobre el decimoquinto aniversario de bodas de Bessie y Alcide. Una casa embrujada, es posible, pero ellos sobreviven.

El fantasma se le aparece a Ricky en un sueño, y a sus cinco años, a Ricky no le queda más remedio que tomarlo de la mano y seguirlo. Vuelan hacia el cielo nocturno, las estrellas del Cinturón de Orión y Perseo centelleantes por encima de ellos; por debajo, la única ciudad que conoce Ricky, dormida y oscura. Desde esa altura los tejados se inclinan en hileras como los remates de las criptas de los cementerios de Luisiana, y con la distancia las casas de los vivos se tornan tan pequeñas y perfectas como las de los muertos. El fantasma y Ricky vuelan durante mucho tiempo. Ricky no puede verle la cara, solo notar cómo el viento agita sus ropajes blancos, y aunque en el sueño tiene miedo y está cansado, no se atreve a soltarle la mano, con la tierra tan lejos. Siguen volando largo rato, rodeados por el aire frío y sibilante, y allá abajo, en el suelo, ve flores rosas y moradas iluminadas a pesar de la oscuridad. Sabe que son las flores que su madre recuerda de California, de las que habla cuando cuenta cosas de una época más feliz.

Siguen volando.

De repente, Ricky ve, muy abajo, a un hombre sentado con las piernas cruzadas al borde de una carretera, meciendo algo en el regazo y estremeciéndose. Su padre, Alcide, es joven, más joven de lo que Ricky recuerda haberlo visto, delgado y con una mata de pelo oscuro. A su lado hay una furgoneta marrón, con el morro destrozado y metido hacia dentro como Ricky ha visto en los cómics, y todo alrededor, cristales rotos que brillan como las estrellas.

Su padre está meciendo la cabeza de un niño, cantándole. Pelo castaño como el de Ricky, ojos oscuros como los de Ricky, un redondel de sangre donde se ha cercenado el cuello. No sabe cómo, pero lo sabe: el chico tiene cinco años, como él. Pero el chico no está muerto: la cabeza se vuelve, se le abren los ojos castaños y miran a Ricky, y sonrío. Le sonrío a Ricky como si Ricky fuera amigo suyo.

El sueño confunde a Ricky mucho tiempo. Lo recordará incluso treinta años más tarde y lo contará en una habitación llena de funcionarios de prisiones. A los cinco años reflexiona continuamente sobre ello, y de repente, una tarde, al despertarse de la siesta, le pregunta a Bessie quién es el chico. El chico de pelo castaño, como él.

Cuando yo era pequeña, mi madre tenía un archivador blanco en el cuarto de juegos alargado que compartía con mis hermanos. Todo lo demás de la habitación era nuestro, dominio inconfundible de los niños. En el suelo, serpenteaban los laberintos que habíamos construido con bloques de juguete, y los trocitos de plastilina incrustados entre las tablas del suelo daban al aire un ligero olor a sal. En un rincón había un piano que habían comprado mis padres con la esperanza de que uno de nosotros cuatro saliera con las dotes para la música que ellos no tenían; casi siempre estaba desafinado porque lo aporreábamos. En una pared había dos mapas plastificados: uno de los continentes y otro grande de Estados Unidos. Siempre que volvíamos de un viaje en familia, los niños nos reuníamos debajo de los mapas y levantábamos las caritas satisfechas para ver cómo mi padre señalaba los sitios en los que

habíamos estado con lápiz de cera negro, trazando nuestras aventuras por el ancho mundo.

El cuarto de juegos era territorio conquistado, nuestro y solo nuestro. Sin embargo, yo sabía, aunque no me lo hubiera dicho nadie, que el archivador de metal blanco, no. Perteneía a mi madre, a otra casa y a otra vida, una vida anterior a nosotros. El archivador era de un blanco acerado y brillante, frío al tacto y resistente, con un solo cajón que había que agarrar para después tirar de él con fuerza y abrirlo. Yo observaba a mi madre realizar esa operación con la palma de una mano. Lo que metía allí nunca salía. Copias de nuestros historiales médicos, las notas del colegio, copias de nuestras partidas de nacimiento y, sobre todo, las fotografías para las que habíamos sonreído unos días antes y que se metían a empujones hasta que el archivador las engullía. Mi padre nos contaba muchas veces historias de su infancia, pero mi madre raramente, y a mí el archivador me producía una sensación como la que me producía el pasado de mi madre. Era algo que se me ocultaba y que albergaba la atracción de lo prohibido y una especie de silencio impenetrable como una roca.

Así que, una tarde en que, cosa rara, estaba yo sola en la habitación, imité el movimiento que hacía mi madre con la palma de la mano y fui recompensada con un informe médico que, como comprendí lentamente, no se refería a mí ni a mis hermanas, sino a otra chica. No se lo conté a nadie. No había buscado el informe. No sabía que existiera para ponerme a buscarlo. Pero allí estaba: la prueba de la existencia de un bebé, de una hermana desaparecida.

Bessie se agarra a la jamba de la puerta y se apoya con fuerza en la muleta. Las habitaciones son pequeñas, pero están limpias; el papel de la pared es nuevo. Ha estado haciendo las camas en la habitación de Darlene y Ricky, y el esfuerzo, el tener que mantener el equilibrio, la ha dejado agotada. Jamie, el bebé, duerme la siesta. Las niñas y Ricky han vuelto del colegio. Ricky se ha quedado dormido en el sofá enfrente de la televisión y cuando se despierta corre hasta ella y le tira del borde de la bata. Bessie conoce aquella expresión de susto. Debe de haber tenido el sueño otra vez.

—Mamá, ¿quién es el chico? —pregunta Ricky.

Bessie está a punto de decirle que el sueño no es de verdad, que es solo un sueño y que el chico tampoco es de verdad. Ni Alcide ni ella han hablado del accidente con los niños. Pero cuando empieza a hablar, le salen otras palabras.

—Ven conmigo, cielo.

¿Quién sabe por qué irrumpe el pasado en los momentos en que lo hace? ¿Quién sabe por qué de repente un secreto pesa demasiado para seguir guardándolo? Nunca les ha hablado de Oscar a los niños. La tarde se presenta peligrosamente ante ella, el abismo de tantas horas por salvar. Quizá sea el tiempo lo que abre la puerta. O quizá sea que siempre ha tenido en mente contárselo. Quizá se haya guardado tanto los pensamientos que eran un secreto incluso para sí misma.

Francis, Darlene, Judy y Ricky la siguen a su habitación. Darlene tiene nueve años, y me la imagino excesivamente responsable, casi como una adulta, la que forjará la historia de la familia. Un poco regordeta para su edad, se parece a Bessie. Judy tiene ocho años y es tan cabezota que prefiere dormir en el cuarto de estar a compartir habitación con su hermana. A Judy le pongo los andares de chicazo de mi hermana y mi expresión ceñuda, la que exhibirá en sus respuestas secas como testigo en el juicio cuarenta años más tarde. Francis tiene once años y sigue a los demás de mala gana, ya con un pie fuera de la habitación.

Y por último, Ricky.

Bessie señala el armario.

—Darlene, mira a ver si puedes abrir eso.

Darlene está asustada. Ha visto el baúl que señala su madre, pero solo por entre los vestidos colgados mientras Bessie se arregla por la mañana. Siempre ha sido una sombra en el oscuro hueco del armario. Se arrodilla ante el baúl y tira con fuerza, pero no puede moverlo. Judy se pone de rodillas a su lado, y entre zarandeos y sacudidas, arrastran el baúl bajo la mirada de Bessie. Cuando casi lo tienen en la puerta del armario, Bessie dice:

—Vale, así está bien.

Las niñas sueltan los tiradores metálicos y se apartan.

Bessie se coloca en el suelo. Es una operación complicada, pero ya está acostumbrada. Primero Darlene coge la muleta y se la pone delante, como un

guardia el fusil, con la cara ladeada y la nariz arrugada por el olor de la toallita enrollada y sujeta con una goma elástica en la que Bessie apoya la axila. Francis se pone al otro lado, y mientras Bessie dobla las rodillas, se coloca de tal manera que su madre pueda sostenerse en el hombro de Judy. Después Francis se da la vuelta, y con la ayuda de Judy baja a Bessie hasta el suelo. Las niñas se sientan a su lado. Ricky, algo tímido como siempre, se deja caer en la alfombra, un poco más allá.

El cierre del baúl está oxidado, pero Bessie lo levanta fácilmente con la mano. Los niños observan, fascinados. Saben que su mamá hurga muchas veces en el baúl. Lo saben como saben los niños lo que pasa detrás de las puertas cerradas. Pero nunca les han permitido mirar.

Dentro del baúl hay un montón de papeles. Fotografías, a docenas, en blanco y negro, sepia e incluso unas cuantas nuevas de Polaroid. Algunas están envueltas en sobres de celofán. ¿De quiénes son esas caras desconocidas, se preguntarán los niños, esas caras en blanco y negro y con ropa oscura tan rara?

Darlene empieza a chuparse un pulgar, una vieja costumbre. Francis está sentada sobre una rodilla, con la otra pierna extendida, y cambia de postura para ver mejor. Nadie dice nada. En la tranquilidad de Bessie, en sus movimientos metódicos, hay algo que despierta una emoción oculta en los niños. Esperan, sin saber qué.

Las manos de Bessie saben qué hacer. Desliza la derecha por el borde del baúl, hacia el extremo de la bisagra, y saca dos fotografías. Después se echa hacia atrás y las endereza sobre el regazo.

Los niños se apiñan. Una de las fotografías es de un bebé con gorrito y faldones de bautizo. La foto es en blanco y negro, pero las mejillas y los labios del bebé están coloreados de rosa. Parece un muñeco.

—Es vuestra hermana Vicky.

La otra fotografía es de un niño de pelo castaño cortado a tazón que sonrío a la cámara, sin incisivos.

Ricky lo reconoce inmediatamente.

—¡Soy yo! —dice, encantado, y se levanta de un salto para quitarle la foto a Bessie.

Bessie no lo deja.

—No, cielo —dice—. Es vuestro hermano Oscar Lee.

Hermano. La palabra debe de deslumbrar a Ricky, ese niño solitario, ese niño cuyo único hermano es un bebé demasiado pequeño para jugar con él y que se pasa los días con Bessie y las chicas. Ese niño que siempre tendrá hambre. Hermano.

—¿Dónde está? —pregunta, pero en cuanto pronuncia las palabras lo sabe. Lo reconoce. El pelo castaño, los ojos, la sonrisa. Es el chico del sueño.

—Murió, cielo. Vicky y él murieron. Antes de que tú nacieras.

Algo debe de asomarles a la memoria a Francis, Darlene y Judy. Eran cuatro, tres y dos aquel día en el coche. El chirrido de las ruedas cuando Alcide tomó conciencia de la situación, el sol sesgado por las ventanillas, el golpetazo brillante, ardiente. El dolor. Nadie ha hablado de Oscar desde que murió. Ni del bebé. Pero el recuerdo tiene que seguir dentro de Darlene, vivo: las manos bajo las axilas de la niña, sujetándola derecha, el pecho de la criatura, diminuto como el de un pollito. Las rodillas de Darlene apretadas contra las de Francis, haciéndole el caballito a Vicky, intentando que se ría. Y de repente el coche salió disparado. El choque. La niña se soltó.

Dentro de tres décadas, cuando Darlene sea adulta y preste declaración como testigo en el juicio de Ricky, contará lo de aquella tarde con el baúl de una manera sencilla:

—Eso es lo que nos contó mamá del accidente.

Ricky vuelve al baúl una y otra vez para examinar la foto del niño. A los cinco años, Ricky es todavía pequeño para su edad, flaco y dentado. Tartamudea y se hace pis encima cuando se pone nervioso. No tiene amigos. Oscar se hace amigo suyo. Un día Ricky roba la foto, la coloca contra las raíces de un árbol y mantiene largas conversaciones con ella. La lleva en el bolsillo al colegio, y la acaricia con dedos pringosos de gelatina cuando no tiene a nadie con quien comer. A veces una de sus hermanas lo oye hablar en una habitación en apariencia vacía, y cuando le pregunta con quién habla, Ricky contesta: «Con Oscar». A veces, Darlene le pide que cierre la ventana de al lado de su cama —tiene frío—, y Ricky dice que no puede, que si no se da cuenta de que Oscar está allí, entre los árboles. No quiere que Oscar esté

solo. La familia llega a la conclusión de que Oscar es inofensivo, un amigo imaginario del chico que no tiene amigos.

Entonces empiezan los llantos. Bessie encuentra a Ricky sentado en la alfombra, delante del televisor. Tienen una fotografía de unas manos en actitud de oración encima de la tele, pero Ricky la ha puesto boca abajo, como para no ver la imagen. Ricky está de rodillas, balanceándose, agarrándose la cabeza.

—¡Haced que pare! —grita—. ¡Haced que Oscar no me vea!

Cuando Bessie le dice que allí no hay nadie, Ricky llora con más fuerza.

DECLARACIONES DE PERIODISTAS Y AGENTES DE POLICIA, 2003

Ricky dijo que en un sueño se le había aparecido un fantasma que lo llevó al lugar del accidente de coche. Después de este sueño empezó a hacer preguntas y averiguó lo del accidente y su hermano. Aseguró que su hermano era su «tormento y su mejor amigo». Dijo que el hermano lo atormentaba por haber ocupado su sitio en la familia.

El hermano murió en un accidente de coche antes de que naciera Ricky. Dijo que su hermano era una espina que tenía clavada y que quería librarse de él.

Dijo que tenía que echar a Oscar de su vida.

Una tarde, cuando Ricky está en sexto, Bessie contesta el teléfono, y es la profesora de su hijo.

—¿Quién es Oscar Lee, señora? —pregunta.

Bessie, estremecida, pregunta por qué, y la profesora se lo explica. Ricky ha ido a la pizarra del aula y delante de toda la clase ha escrito YO SOY OSCAR LEE LANGLEY. Al recordarlo, ya de adulto, Ricky dirá que fue entonces cuando empezó a abusar de niños más pequeños que él. Cuando tenía nueve o diez años, dirá. Era fácil: los adultos siempre despachaban a los niños para

que jugaran juntos. Luann acogía niños como si fueran gatos callejeros. Siempre había muchos en la casa.

Darlene lo contará de otra manera. Ricky era muy flaco, con unas gafas grandes y gruesas y orejas de soplillo, siempre nervioso e inquieto. Que todo iba bien, que Ricky no era raro, era algo por lo que toda la familia se había confabulado para protegerlo. «Es que era nuestro Ricky, y ya está», dirá Darlene cuando el abogado de la defensa le pregunte si Ricky parecía enfermo, y quizá ella quiera decir «Bueno, normal no era, pero...». Sí, cierto que Bessie bebía, y sí, cierto que la prima de Bessie se presentaba algunos días cuando los niños estaban en el colegio con una botella de whisky en el bolso para Bessie porque Bessie no podía andar bien para salir a por ella, y sí, cierto que a veces, cuando los niños volvían a casa, Bessie ya estaba borracha, y Alcide, enfadado. Pero ¿quién podía echárselo en cara? La pierna se infectó una y otra vez hasta que los médicos acabaron por amputársela. Hicieron lo que pudieron con lo que tenían. Luann y Lyle hacían que Ricky tuviera cuatro padres, no dos. Los niños estaban cuidados, dirá Darlene. Eran felices.

Pero lo escrito en la pizarra —tan públicamente— los preocupa. Alcide no confía en los terapeutas, piensa que lo único que le pasa a Ricky es que es raro y probablemente «marica», dice, y desde luego, no está bien de la cabeza, pero aunque Bessie lo apoya en casi todo, en esto se resiste. Imaginemos a Ricky, un niño delgaducho, sentado en un sofá; no comprende por qué están en el médico pero no hay camilla y el médico no lleva bata blanca. El médico le explica a Ricky que Oscar está muerto.

—Y que hables de él le hace daño a tu madre, hijo. Vas a ser buen chico, ¿vale? ¿Vas a dejar a tu madre en paz?

Quizá Ricky lo entienda. O a lo mejor solo se da cuenta de que si quiere que lo consideren normal tiene que dejar de hablar de Oscar. Sea como sea, las palabras del médico surten efecto, y Ricky no vuelve a mencionar a Oscar. La familia piensa que todo ha pasado.

No ha pasado. Simplemente, no se expresa. Cuando tiene dieciocho, una noche Ricky está bebiendo con otros dos chicos: tres amigos en una camioneta prestada, pillándose una cogorza con la botella de licor de menta que han podido comprar juntando todo su dinero y que se pasan unos a otros

en la cabina. La noche de Luisiana está plagada de cigarras, de estrellas, un silenciamiento de lo artificial capaz de presentarte un futuro por delante. La cabina de la camioneta es un espacio cerrado como el que le ha dado seguridad a Ricky toda su vida. Tiene a sus amigos al lado. Tiene amigos. Cuando le llega otra vez la botella, cuando nota el dulzor pegajoso en los labios, se envalentona. No sabe que sus amigos tendrán el mismo problema con los niños que él. No es capaz de explicar la característica que los une, el conocimiento oculto. Tiene que dejar que la priva haga efecto.

Dice: «He estado pensando cosas que no quiero pensar». Dice: «Creo que necesito ayuda».

En el centro de salud mental, un asistente social del turno de noche responde a la llamada de recepción. Imaginemos lo que ve. En el pasillo revestido de linóleo, bajo las luces fluorescentes, hay un adolescente borracho, con tupé, gafas gruesas como gelatina, canijo y retorcido, con el rostro protegido por una expresión burlona. Ricky debe de dar la impresión de hablar en broma cuando dice «He venido a que me ayuden». Detrás de él, por las puertas de cristal, el asistente social ve una camioneta herrumbrosa con otros dos chicos dentro, las ventanillas bajadas, las luces de los faros atravesando implacables la oscuridad, la música country a todo volumen. Una vueltecita en un coche robado. Travesuras de quinceañeros. Lo que esos chicos consideran divertido es asqueroso. El asistente echa a patadas a Ricky en menos tiempo del que ha tardado Ricky en pronunciar unas palabras.

Cuando esos chicos sean hombres, uno de ellos testificará en el juicio de Ricky. Dirá que Ricky iba en serio aquella noche. Ricky quería que lo ayudaran.

Pero el fiscal, el ayudante del fiscal del distrito, Wayne Frey, observará que la palabra del amigo difícilmente puede considerarse válida, al ser un pedófilo convicto a quien él mismo ha condenado.

—Así que ¿qué teníais? ¿Una pequeña asociación de abusadores? —preguntará Frey con desprecio.

A los dieciocho años, en la cabina de la camioneta, Ricky ya no habla de Oscar. Del mismo modo que nadie habla del alcoholismo de Bessie ni del silencio de Alcide. Pero algo se ha colado dentro de Ricky. Algo que permanece acechante, a la espera.

Catorce

Nueva Jersey, 1990-1994

Niña solitaria, sigo siendo solitaria en la adolescencia. El verano antes de empezar séptimo curso, volvemos a alquilar una casa en Nantucket y unas garrapatas nos transmiten la enfermedad de Lyme a mis hermanas y a mí, pero todavía no lo sabemos. Aquel verano, Nicola y Elize sufren infección de las vías respiratorias, y los antibióticos que les dan eliminan la enfermedad antes de que la detecten. Yo estoy sana todo el verano, encantada con los largos paseos por el centro de la ciudad con un libro que voy leyendo mientras camino. Paso horas enteras acurrucada en un asiento de la cafetería, observando a los chicos irlandeses que trabajan allí, tanteando la idea de enamorarme de ellos.

Hasta que volvemos a la casa gris victoriana y empieza el colegio no se manifiesta claramente que algo va mal. Llevo ya varios años haciendo deporte, en el equipo de baloncesto de la ciudad, con Nicola, y para jugar al fútbol me recojo el pelo. Nicola es una deportista nata, pero yo nunca he sido la más rápida del equipo, eso nunca ha sido mi fuerte. Pero ahora, cuando intento correr se me doblan las rodillas, como para obligar a mi cuerpo a conservar las pocas energías que tengo. Me siento cansada y me duele todo el cuerpo desde muy dentro. Tumbada en mi cama por la noche a la luz amarilla de la lámpara-muñeca, estoy sola, pero noto las manos de mi abuelo reptando por mi cuerpo. Por eso me parece normal que me duela. No hay manera de escapar de los recuerdos; no cuando vienen de dentro.

Cuando duermo caigo en un sueño profundo e implacable. Cuando mi madre me despierta por las mañanas para ir al colegio, pongo la boca contra el algodón almidonado de la almohada. Me empeño en no despertarme, en aferrarme a la oscuridad. Pierdo un día de clase, luego una semana, después un mes. Las pruebas de mononucleosis dan negativo una y otra vez, un alivio para mí —en el colegio los chavales la llaman la «enfermedad del beso», y yo sé que no he besado a nadie, salvo las veces en las que no quiero pensar—,

pero no siento curiosidad por saber qué me produce ese sueño. Solo quiero descansar.

Mis padres acaban por encontrar a un especialista y, cosa rara, me llevan juntos a verlo. El médico tiene una expresión seria con su bata blanca, y la mano fría cuando me sujeta la pantorrilla y me dobla y me estira la rodilla. Me mira la rótula, le da un golpecito, después otro en una cadera. Les hace un gesto a mis padres para que salgan con él de la consulta.

Vuelven, y mi madre se queda al lado de la camilla y pone mi mano derecha en la suya. Tiene la mano caliente; yo siempre las tengo frías, y sus manos siempre me parecerán calientes. La miro, pero ella desvía la mirada. Me aprieta la mano.

La enfermedad de Lyme es algo nuevo por aquel entonces, apenas se sabe nada de ella. El médico no me ha hecho pruebas específicas. Solo somos capaces de ver lo que podemos nombrar. Se agacha enfrente de la camilla. Sus ojos son de un azul frío, demasiado brillantes.

—No te pasa nada —dice, en un tono artificialmente agudo, como si le hablara a un niño pequeño—. Nada físico. A veces, cuando una persona está muy triste...

Algo resuena en mi interior. Odio al médico. Lo odio inmediatamente.

Fuera, en el aparcamiento, mis padres se me adelantan precipitadamente. Estoy que echo chispas de rabia y dolor. Intento no llorar. ¿Qué ha visto el médico al reconocerme?

—¡Me duelen las rodillas! —digo—. ¡No son imaginaciones mías! — Cuando llegamos al coche tengo los ojos ardiendo. Hago esfuerzos para que no se me escapen las lágrimas—. No le creéis, ¿verdad?

Mi padre arranca el motor, mueve el volante. Le toca a mi madre contestarme. Durante unos momentos solo hay silencio y mi padre al volante. De repente mi madre se vuelve hacia mí en el asiento. Sigue sin mirarme a los ojos.

—Cariño, no podemos descartar nada —dice.

Intentar recordar aquel año ahora es como pasar de una imagen a otra, siempre con la sensación de lejanía de un sueño. El bullicio de mis hermanos al marcharse al colegio por la mañana, los labios de mi madre en la frente al darme un beso de despedida, las horas de sueño con el sol que entra cálido

por la ventana. Arrastrar la manta rosa que tejó mi abuela cuando nací hasta el sofá del salón, donde paso el día entero tapada con la lana áspera que me irrita por todas partes. La jarra de cristal que lleno de infusión de canela muy cargada, para saborear el calor a sorbitos. En aquel sofá gris me columpio entre la vigilia y el sueño, entre una especie de nada beatífica y el aburrimiento mortal por seguir en aquella casa, por que el tiempo no transcurra con suficiente rapidez. Ni siquiera cuando lo paso durmiendo.

Mis padres encuentran a otro especialista, que me diagnostica la enfermedad de Lyme y me prescribe antibióticos por vía intravenosa. A partir de entonces, cuando el colegio suelta a los chicos, casi todas las tardes tengo a alguien a mi puerta, una compañera que envía el colegio con un abultado sobre de papel manila lleno de trabajos de clase. La puerta que han puesto mis padres en la casa es de roble macizo, con un vitral con lirios en el centro, y lo primero que veo de la chica que viene aparece en el lirio, la cara fragmentada por las hojas, como un Picasso. Abro la puerta. La chica lleva medias, la falda del colegio, el pelo recogido en una cola de caballo con el brillo del cepillado. Sonríe y me planta el sobre en las manos.

—Para ti —dice.

Me miro como desde fuera. Los pantalones de chándal oscuros y la sudadera enorme que no me quito para nada, en su momento destinados a las noches frescas de verano en la playa de Nantucket, pero en los que ahora me gustaría desaparecer. El pelo, que llevo varios días sin lavarme, me sobresale de la cabeza como una aleta encrespada. Las vías de plástico de la medicación intravenosa salen de las venas de mi mano y se enrollan pegadas con esparadrapo alrededor de mi brazo. ¿Veó la vergüenza reflejada en los ojos de la chica? Hasta un niño puede notar cuándo alguien está enfermo y ha dejado de luchar. Y yo lo noto. Me siento indefensa.

Pero lo raro es que estoy bien. El mundo del que ahora formo parte es el de los libros que leo. Cuando estoy despierta, leo. El libro de inglés tiene uno de los primeros relatos de Fitzgerald, y lo leo, y después de leer los demás llego a *El gran Gatsby*, siguiendo la trayectoria del prolongado sueño de Fitzgerald. Sé que a mi madre le encantaba Zelda, y los libros me permiten imaginármela más joven, en su apartamento de Nueva York, los divertidos almuerzos de los que me ha hablado. En el estante de mi padre encuentro a

Michener, y en sus miles de páginas, la exploración del ancho mundo que tanto deseaba mi padre. Llego a conocer a mis padres mejor y por separado gracias a sus libros. En los libros encuentro la palpitación de todo lo inexpresable. Los personajes lloran como yo querría, aman como yo querría, gritan, mueren, se dan golpes de pecho, aúllan llenos de vida. Mis días están tejidos con el pegajoso hilo del sueño.

Cuando vuelve el verano, mi padre se da cuenta de que está harto de ir únicamente a Nantucket. Hemos estado en Francia: un mes idílico en una casita de piedra al lado de una carretera de montaña, un poco más abajo de la casa que todavía tiene encima de la puerta el apellido de soltera de mi abuela materna, ZANNE, pero mi padre declara que aún no hemos visto América. Se enamora otra vez, del oeste otra vez, y Garth Brooks vuelve a los altavoces de nuestra casa, y los vaqueros de mi padre a acampanarse por encima de las botas. Durante meses despliega los mapas en la mesa de formica de la cocina y ordena las tarjetas perforadas de seis por diez centímetros que le he visto toda mi infancia en el bolsillo de la camisa, junto a una pluma para tomar notas, tarjetas que nunca le faltan y que no veo que compre nunca. No las echaré en falta hasta que, de repente, cuando se hace viejo y cambia de estilo de camisas, desaparecen.

En esas tarjetas traza sus planes. Iremos en avión al oeste y alquilaremos una autocaravana. Recogeremos a mis primos en Arizona, seguiremos hasta el Gran Cañón del Colorado y pasaremos por Utah; después bordearemos California, para ver los parques nacionales. Mi madre y él llegan a un acuerdo: una noche de hotel en el Gran Cañón. Lo demás, sí, en la autocaravana. Mi padre hace planes, una noche tras otra.

El viaje es fantástico y, a la vez, desastroso. Al recordarlo ahora, al imaginar a mi padre encaramado en el asiento del conductor de la cabina, junto a la ventanilla, la mujer que ama a su lado y los cuatro hijos que han tenido en la trasera, siento la satisfacción que debió de brindarle aquel verano. El triunfo que le supuso que aquel mundo fuera suyo. Que él, sin padre y con una madre

que siempre tuvo que luchar, pudiera ofrecernos América. Nos enseña los relucientes colores herrumbrosos del cañón Bryce, cuando el sol cae sobre las altas rocas rojas a mediodía, las sombras que proyectan los riscos y las cornisas. Nos enseña la vastedad del Gran Cañón y los senderos de los nativos delineados en la roca del fondo. Con una esposa hija de inmigrantes —madre francesa, padre italiano— y procedente él mismo de una familia rusa y polaca, reclama esta tierra. América. Su entusiasmo no conoce límites.

Pero yo voy acurrucada en un colchón delgado con armazón metálico en la trasera de la autocaravana y veo pasar el paisaje por una ventanilla minúscula y oscura. Tomo más de veinte aspirinas al día, por indicación del médico, para intentar rebajar la hinchazón de las articulaciones. El dolor empieza como una especie de quemazón en las rodillas y los dedos y se asienta, punzante, hasta producirme náuseas, gracias al frío del aire acondicionado. Mi padre pone el aire acondicionado muy fuerte, y aunque me quejo, a él y a mi madre, o no me oye o no me cree. Y lo que dice tiene sentido: él tiene calor y yo, dolor, pero ¿por qué tendría yo que pensar que mi dolor supera a su calor?

Es una lógica a la que nunca podré replicar, igual que en mi familia un dolor siempre será tu dolor o el mío, uno que hay que contraponer al otro y sopesarlo, pero nunca será el dolor de la familia. Lo que ocurre en una familia, ¿es problema de la familia o del más afectado por el problema? Este individualismo de confrontación tiene un coste.

Pero luego seré yo quien lleve botas vaqueras y una gran hebilla de cinturón, aunque vivo en Massachusetts. Iré en pos de ese amor que mi padre intentó enseñarme.

Empieza octavo curso. No ir al colegio ya parece más normal que ir. Me paso los días en la guarida de la escalera, la habitación en la que jugábamos de pequeños, mi habitación. Todas las semanas mi padre va en coche a Queens y cruza el puente con mis abuelos para que nos vean. Todos los sábados mi hermana Nicola juega a las damas con mi abuelo en el porche, como solía hacer yo. Ya no puedo. Ni siquiera puedo verlos jugar. Tengo demasiado presente que lo vi manosearla en nuestra habitación. Demasiado presente que

me manoseó a mí. El saberlo me pone la carne de gallina. Ni siquiera puedo ir al baño sin pensar en sus manos sujetándose aquello, el movimiento que yo no comprendía. Pero sé que no se me permite decirlo, como sé que no se me permite contarles lo que pasó a mis amigos del colegio. Mi madre me ha dicho que perjudicaré la carrera política de mi padre si lo cuento. Mi padre me ha dicho que le haré daño a mi madre. Los dos me prohíben que se lo cuente a mi abuela, porque le haría daño, y a mi hermano. Está muy unido a mi abuelo y, siendo el único chico en una casa de chicas, lo necesita.

Así que parece que tengo que cargar con el dolor yo sola. En Halloween, cuando empiezan a aparecer los fantasmas y las brujas en los adornos de la ciudad, yo siempre me pongo nerviosa y se me quita el sueño, como si mi subconsciente se creyera lo que me decía mi abuelo, que es un brujo, que algún día me pillaré.

Empiezo a esconderme. Me tiño el pelo de rojo camión de bomberos, a veces de morado, una vez de verde, y adopto un estilo de faldas largas y amplias de colores chillones y botas Doc Martens burdeos, tan grandes que cuando empiezo el instituto los demás chicos las llaman «zapatos de payaso». Así es como puedo desaparecer: ofreciéndole a la gente algo distinto que mirar, la ropa que llevo en lugar de a mí. Hago pellas, pierdo tantas clases que en el instituto ya no me ponen notas. Mis amigos se han dado cuenta de que no me dejen tocar fácilmente. Si alguien me da un abrazo por sorpresa, mi cuerpo se revuelve con fuerza y el otro se lleva automáticamente un codazo en el estómago, o de repente me quedo alelada, con el cuerpo rígido. En el cumpleaños de mi abuela, mi familia va a un restaurante de Nueva York, y allí —mi abuela sentada a la izquierda, el abuelo con su aliento caliente a mi derecha— lo que hay dentro de mí y no puede salir acaba por resultarme insoportable. Voy al baño y me obligo a vomitar. Sentirse vacía es un alivio maravilloso, y a partir de entonces tengo otro secreto. Mis padres deben de ver los envases de comida vacíos en la cocina, la porquería que dejas a veces en el baño. Deben de ver que su hija se ha vuelto huraña y silenciosa. Pero no hablamos de ello. Como tampoco hablamos del tajo que tiene mi hermano en el estómago, de la hermana desaparecida, de que el teléfono esté desconectado a veces y que cuando está conectado los acreedores llamen día y noche, carcomiendo esa vida que han construido mis padres como el pasado

del que los dos han escapado, ahora que los arrebatos de mi padre son tan tremendos que incluso el bufete tiene problemas. Si solo reconocemos las cosas buenas, quizá sean las únicas que haya.

Una noche, mis padres convocan una reunión familiar alrededor de la mesa de formica de la cocina. La habitación todavía tiene el empapelado de rayones de colores vivos que parecen hechos con ceras, el que eligió mi madre cuando éramos pequeños. El reloj de la pared es de lápices de madera. Por encima de la mesa cuelgan tres conos de luz con interruptor de cordón, uno rojo, uno azul y otro amarillo, unos colores alegres y amables. Cada cono proyecta un círculo de luz, como en una sala de interrogatorios.

—Los abuelos se vienen a vivir a Tenaflly —anuncia mi madre—. Así podremos verlos mucho más.

Al escribir el recuerdo, me doy cuenta de que intento verle la cara, pero me lo impiden las sombras; está fuera del círculo de luz, y el recuerdo queda cerrado herméticamente. Mis abuelos se mudan al centro de Tenaflly, al edificio de pisos señalado por un magnolio que está en la única calle principal de entrada al pueblo y la única de salida. A las pocas semanas de la mudanza, mi abuela resbala en el baño. Mientras se recupera en el hospital sufre un derrame cerebral. Tres días después muere. Él se queda solo en aquel apartamento.

—¿Por qué no vas nunca a ver al abuelo? —me pregunta mi hermano Andy.

Tenemos dieciséis años y estamos en el pasillo al que dan nuestras habitaciones. Mi hermana pequeña, Nicola, y yo hemos dejado la habitación que compartíamos en la parte trasera. Ella está ahora en el cuarto de la entrada de la casa, que antes ocupaba la más pequeña, Eliza, y yo me he instalado en la que era la habitación de mis padres, en lo alto de las escaleras de madera. Me he librado de mi cama —un colchón en el suelo se parece más a mi sueño de un apartamento en Nueva York—, y también he puesto en el suelo el equipo de música. Dos grandes sillas verdes de tazón para leer acurrucada; el incienso que compro en abultados paquetes a pesar de que el olor me da dolor de cabeza. En una pared he empezado un mural con

imágenes que recorto de las revistas: las piernas extendidas de una chica de calendario, textos en gruesos trazos negros, rosas. Con un bote de pintura negra escribo poemas enteros en las demás paredes. Marianne Moore: «Tus espinas son lo mejor de ti». E. E. Cummings: «Compadecer a este monstruo agobiado, el género inhumano, no». *Meditación*, de Richard Eberhart: «Pues la muerte ha hecho esto, y me lo hará a mí, y con su aliento cocerá mi barro cuando yo esté inerte»: lo pinto en el techo, encima de la cama, para que sea lo último que vea por la noche y lo primero que vea por la mañana. Me gustan las rosas y las imágenes de pistolas y guitarras. Me gustan las casetes de la Steve Miller Band y de Johnny Cougar antes de llamarse John Mellencamp, y no me interesan demasiado ni la televisión ni el cine. Tengo amigos que van al *Rocky Horror Show*, y un día subo al escenario y le saco una gominola de la boca a un tío porque parece que eso es lo que hacen las adolescentes como yo, con medias de rejilla y botas Doc Martens. En el fondo soy tan tímida que a veces me cuesta trabajo incluso hablar, tan tímida que tengo la impresión de que me han cosido a los labios plomos de pescar y me han dividido la piel en dos hileras, de modo que mover la boca me resulta doloroso y pesado. La habitación de mi hermano está empapelada con carteles de películas, con el mismo estilo chillón que cuando tenía ocho años. Todos los meses pone algunos nuevos, sin quitar los antiguos, así que en algunas partes las paredes están curvadas por los carteles, con seis, siete y hasta ocho años de películas por debajo. Seguirá haciéndolo hasta el instituto, y para entonces la habitación parecerá más pequeña, cinco centímetros rebajados a cada lado por el peso de los pósteres.

Nos encontramos frente a frente en el pasillo, él al lado de su puerta, yo de la mía. Él sigue siendo el gracioso, tan flaco como cuando era pequeño. Se le escapan los mechones rizados de la gorra de béisbol. La cazadora vaquera que lleva está prácticamente cubierta de parches de recuerdo de los viajes a Disneylandia, ballenas de Nantucket, un plastrón de la época que pasó el tío de mi padre en el ejército. Aquel hombre fue un boxeador famoso cuando volvió a su país, y al menos en una ocasión, cuando mi hermano conoce a un jugador de béisbol que es su ídolo, el jugador reconoce el nombre del parche que lleva mi hermano y sonrío, y se ponen a hablar de los días de gloria del boxeador. Quién sabe cómo encuentra cada cual su papel en una familia, si

eliges el papel o te lo asignan, si está en función de cómo se crece en diferentes familias, incluso los hermanos, incluso los gemelos. Con pasados diferentes. Pero mientras que yo me revuelvo para escapar del pasado, mi hermano se empapela en él. Al hacerse mayor será el custodio de la familia, el que recuerda los cumpleaños y aniversarios y hace la lista de las tarjetas de Navidad todos los años, el que se pasa horas enteras organizando las fotos familiares que yo soy incapaz de mirar en álbumes que después imprime.

—¿Por qué no vas a verlo nunca? —vuelve a preguntar.

Eso es lo que se dispone a hacer él ahora. Examino su rostro unos momentos, esperando ver una expresión acusadora. O de curiosidad. Pero en sus ojos castaños —un castaño heredado de mi madre y de mi abuelo, el castaño que los vincula en la familia— no hay ninguna de las dos cosas, solo la expectación repetitiva de la pregunta que me hace, a mí, cuyo papel en la familia es el de separar. A mí, la que, confusa, frenética y enfadada, ya quiere marcharse de allí. ¿Somos ya quienes seremos siempre?

Quizá exista otra posibilidad, unos instantes. Otra oportunidad. Un mundo en el que se lo cuente todo, en este momento, y sí, se armará la gorda, pero después todos hablaremos. Mis padres se enterarán de lo que llevo encima. Mi hermano se enterará de qué es lo que nos ha convertido en extraños y por qué yo siempre parezco enfadada con la misma familia que él siente tan cercana.

Lo miro a la cara largo rato. Después me doy la vuelta, entro en mi habitación y cierro la puerta.

Quince

Luisiana, 1984-1985

Las notas de la asistente social encargada de la admisión en la clínica de salud mental de Luisiana —notas que más adelante se incorporarán al expediente judicial— presentan al joven de diecinueve años y pelo castaño deprimido, sumiso y «excesivamente obediente». Ricky Langley está deseoso de agradar, escribe la asistente social, pero parece observar que Ricky quizá no sepa cómo hacerlo. Tras las gafas de gruesos cristales, los ojos castaños de Ricky están demasiado quietos, con una mirada fija que parece indicar una desconexión de base con la vida, una desesperanza de base. No se acalora ni se enfada; se limita a estar. La asistente social le da una hoja de mimeógrafo con una lista de los problemas que puede estar experimentando Ricky y le pide que señale con un círculo los que experimenta en aquellos momentos. Ricky señala los siguientes: «nerviosismo», «depresión», «infelicidad», «culpa», «sensación de inutilidad», «intranquilidad», «mis pensamientos». No señala «educación», «ira», «amigos», «autocontrol», «temores», «niños». Empieza a señalar «tensión», pero no acaba. El bolígrafo deja un arco en el papel. Empieza a señalar «problemas sexuales», pero tacha el círculo; después le remuerde la conciencia y traza el círculo completo. El papel da testimonio de su lucha. Hace tan cerrada la señal alrededor de «quiero hacerle daño a alguien» que roza casi todas las letras, tan cerrada que casi estrangula la idea aun admitiéndola, como si quisiera ser su propia negación.

Ha pasado un año desde aquella noche achispada y plagada de estrellas en la que necesitaba ayuda. Ahora lo obligan a recibirla. No, señala en el formulario de admisión, no ha estado allí antes. No, no tiene ingresos. No recibe ninguna prestación. ¿Cuándo trabajó por última vez? Hace dos años. Le dice a la asistente social que a veces se escapa hasta la orilla del río Calcasieu y duerme allí. Las ramas de los árboles lo cobijan; el borboteo del agua lo tranquiliza. Cuando se despierta, caza y pesca para comer y se dedica a lo que él llama su pasatiempo: «las excavaciones arqueológicas». Examina

minuciosamente el limo de la orilla, en busca de una punta de flecha o una astilla de vidrio, algún retazo del pasado. El pasado lo atrae. Puede parecerle más real que el efímero presente, como le pasó en su momento con Oscar. Le duele la cabeza «todo el rato», le dice a la asistente social. Solo lo alivia el río, o ir a dormir al cementerio. Los muertos están tranquilos, como el río.

También lo alivia beber. Sí, marca en el formulario, bebe o se coloca con frecuencia para soportar el estrés. Pero no, no antes de salir o para las relaciones sociales. Puede dejar en blanco la pregunta sobre las fiestas. No, no ha perdido tiempo en el trabajo ni el colegio por las drogas o el alcohol, porque no tiene ni trabajo ni colegio al que ir. Beber no le ocasiona conflictos con sus amigos, porque no tiene amigos. ¿Cuántas veces tiene que decirlo? Prefiere estar solo. ¿Y los hermanos?, pregunta el formulario. «La verdad es que no me siento unido a nadie.»

«Bebo o me coloco con frecuencia yo solo.» Eso sí lo señala.

—¿Quién te crio, Ricky? —pregunta la asistente social.

Ricky acaba de escribir en los formularios que vive solo. La asistente social tiene que corregirlo: vive con Bessie, Alcide y Jamie, los cuatro en una reducida caravana. Las facturas de los médicos les costaron a Bessie y Alcide la tierra en la que construyeron su casa y también la casa. Me imagino a la asistente social, una chica joven, recién salida de la escuela de Baton Rouge, con el pelo recogido en una cola de caballo y una foto de su novio con marco de plástico plateado en la mesa. Quiere salir a fumar un cigarrillo; ya se ha pasado su hora. Quiere que su novio la lleve a cenar el viernes por la noche y quiere otro trabajo, en cualquier sitio menos este.

Ricky no contesta.

La asistente social suspira.

—Ricky, ¿quién te crio?

—Luann y Lyle.

Eliminar a Bessie y Alcide. Es fácil leer entre líneas en la amargura de un joven. De una cita a otra sus respuestas se acortan. Fácil de imaginar su puño apretado contra las rodillas, la cabeza gacha: si ella no puede ver los ojos de Ricky, no lo verá a él. Él no tendrá que contestar. Intentó abusar de un niño de siete años en la región de Allen. «Tentativa de abuso sexual», dice la acusación. Como el chico se resistió, Ricky le dijo que le iba a pegar un

tiro. El padre del chico denunció a Ricky a la policía. Por eso está aquí Ricky ahora.

Una prueba más de que todo el mundo piensa que le pasa algo. Ricky no sabe qué le escuece más, si la vergüenza o la rabia. A veces ni siquiera puede distinguirlas; solo sabe cómo se siente cuando se le ponen las orejas como tomates y el corazón le golpea el pecho, desbocado. Ni ve ni oye ni puede pensar. Esa sensación —no querer tener esa sensación— es por lo que no se graduó en el instituto. Hubo un malentendido con un coche del colegio cuando estaba en noveno curso. Le habían dicho que podía llevarse el coche para hacer un recado para el colegio —Ricky lo jura, pero no hace falta; lo apoya el profesor de mecánica—, pero a alguien se le olvidó decírselo a la dirección del colegio, que inmediatamente lo denunció. Ricky fue detenido. Robo de vehículo a motor. Todo quedó aclarado antes de que lo denunciaran —todo el mundo coincidió en que se trataba de un error—, pero a Ricky le escoció tanto que nunca volvió.

Porque se dio cuenta de lo siguiente: pensaron que iba a robar un coche. Seguro que si se hubiera llevado el coche una de sus hermanas sí le habrían creído.

Dejó el colegio. Cuando los demás chicos estaban en clase, él estaba en el río, pescando. Nunca había tenido muchos amigos, pero dejar el colegio supuso cortar definitivamente aquel cordón. Fue como si todos siguieran caminos opuestos a partir de entonces. Todos los demás por un lado. Él, por otro.

La asistente social tamborilea con los dedos en la mesa.

—Así que no te graduaste, Ricky. Le pasa a mucha gente. Pero ¿tienes trabajo?

—Estoy harto de dejar trabajos.

En estos formularios del centro de salud mental de Lake Charles de mediados de los ochenta, Ricky niega que hayan abusado físicamente de él. Niega que hayan abusado sexualmente de él. Pero diez años después de estas sesiones, una asistente social elaborará un informe que tendrá gran peso en el juicio. El informe asegura que su hermana Judy decía que Lyle y Alcide pegaban a Ricky. Ricky perdió la confianza en Alcide, pero incapaz o reacio a cortar con toda su familia, siempre volvía con Lyle. Judy decía que en una

ocasión en que Ricky se presentó en su casa, Lyle le dio tal paliza que ella tuvo que apuntarle con una pistola para que lo dejase. Judy se lo contó a la asistente social, que lo puso por escrito para la defensa, que a su vez se lo entregó al perito, quien lo leyó en el juicio, y el taquígrafo del tribunal tomó nota: estoy jugando al teléfono roto con el pasado.

A Ricky le programan cinco citas en julio y acude a todas. Dice que el mes anterior, después de su detención, se tomó cuarenta aspirinas de las que se compran sin receta y esperó la muerte. La única manera de librarse de los sentimientos malos era matarse. Pero las pastillas solo consiguieron que le doliera el estómago y le pitaran los oídos. Así que aquí está. Enfadado pero esforzándose. A veces se da grandes tajos en los brazos y mira cómo sangra. Bebe productos de limpieza y se mete entre los coches, desafiando a los vehículos a que lo atropellen. Le dice a la asistente social que quiere que lo ingresen en el hospital para que no pueda abusar de nadie.

—Me da la impresión de que cuanto más intento no hacerlo, más lo hago.

Pero no lo hospitalizan. Va limpio y aseado, señala la asistente social. Actúa correctamente. No está tan enfermo. En lugar de hospitalizarlo, lo envían a terapia.

Y Ricky se escapa. No piensa hablar del asunto sentado en una silla; no le hacen caso. Le hará daño a alguien. Necesita que lo encierren, pero ni siquiera en eso se lo toman en serio. Nervioso, incapaz de quedarse quieto, un desastre para conservar un trabajo, un desastre cuando intenta suicidarse y un desastre a la hora de recibir tratamiento, acaba huyendo. Atraviesa la pantanosa Luisiana en autostop, los pinares de Texas, y llega al desierto de Arizona, donde la roca roja arde más que el sol, más que ninguna roca que haya visto hasta entonces. Se le abrasa la piel, pero no le importa. El color resplandeciente es maravilloso, el aire seco entra ligero en sus pulmones. Continúa hacia el oeste. Parece como si necesitara encontrar el principio.

Cuando llegue a California se detendrá. De California son las fotografías felices, las fotografías que tenía guardadas su madre en el pesado baúl cuando

era pequeño. De antes de lo que hace beber a Bessie, de lo que enfada a Alcide. Ricky vivirá con su tío en California. Se construirá una vida mejor.

Estas notas de los asistentes sociales son de las primeras que leí sobre Ricky. La Navidad después de leerlas volví a casa de mis padres. Hice el viaje en coche pensando en él, en su deseo de escapar y en su esperanza.

Suelo ver a mi familia en sitios neutrales, hoteles y restaurantes, pero en Navidad me gusta volver a la casa gris. Mi padre y Andy colocan luces en el tejado ornamentado. Cada año que mi familia ha vivido en la casa han colocado al menos una figurita de plástico iluminada más, de modo que el jardín delantero es un auténtico ejército de Papás Noel, galletas de jengibre con forma humana, soldados de juguete y muñecos de nieve. Por otro lado, el tiempo ha dejado la casa para el arrastre, las reparaciones de Greg, hace tantos años ya, inservibles, pero las luces la transforman en algo nuevo y a la vez familiar.

Celebraban una fiesta de Navidad y habían invitado a todo el vecindario. Aquella noche bajaba yo por las escaleras, con una copa de vino en una mano y la otra agarrada a la barandilla. A mi alrededor, mezcladas con los villancicos de los altavoces, se oían las voces de personas que conocía de toda la vida. Y dominándolo todo, el centro de atención: la voz de mi padre. Lo oí contar a un grupo de personas que yo estaba escribiendo un libro sobre algo que había ocurrido en el pasado.

—Pero no os preocupéis —dijo, articulando las palabras con dificultad por el alcohol—. Alexandria es la única que se acuerda.

Me quedé de piedra en las escaleras. Mi familia siempre había guardado silencio sobre el abuso, pero nadie había dado a entender que no hubiera sucedido.

Mi padre siguió hablando. El momento que a mí me había cambiado por completo no había cambiado nada para él.

Vete a casa, le dice a Ricky su tío. No habrá una nueva vida. No puede quedarse en California. El tío le compra un billete de autobús, y con ello

deshace el viaje que Ricky acaba de hacer. Cuando llega a Luisiana, Ricky llama a su agente de la libertad condicional. La agente le dice:

—La próxima vez que te marches, dímelo antes.

Los pensamientos empiezan otra vez. Cuando duerme ve a un niño. El niño está desnudo, y Ricky acaricia la piel joven, intacta, y hasta más tarde, después de las caricias, no se despierta, con las sábanas revueltas y un jadeo culpable. Lo que significa que ha vuelto a hacerlo, aunque solo en el sueño. Cuando le cuenta a la asistente social estos pensamientos, los define como pesadillas, no como deseos ni fantasías. Pero se masturba una vez a la semana. Solamente puede masturbarse cuando piensa en niños, dice. Ricky nunca ha salido con nadie. Es virgen. Su única amiga es una chica de dieciséis años y dice que tienen una amistad platónica. A veces ha obligado a niños y niñas a quitarse la ropa y a hacerle una felación. Después se ha quitado la ropa y les ha hecho otro tanto. La última vez el chico se negó y Ricky le dijo que iba a pegarle un tiro.

—No sé por qué quería hacerlo —le cuenta a la asistente social.

Pero todo eso es cosa del pasado, dice Ricky; todo eso se acabó. Está harto de esa vida. (Tiene que estarlo. Tiene solo diecinueve años. Si no está harto ahora, ¿qué le espera en la vida?) Tendría trabajo si se hubiera quedado en California, le dice a la asistente social, le dice a su madre, se lo dice a cualquiera que quiera escucharlo.

—Mientras tenga algo que hacer, estoy bien.

Empieza un curso de reparación de motores por correspondencia. Dice que quiere aprender un oficio. Quiere marcharse de la caravana de sus padres y vivir solo. No está bien que un hombre hecho y derecho viva con sus padres y su hermano pequeño. Su hermano Jamie tiene dieciséis años, y Jamie es normal. Ricky debe de saberlo, de la misma manera que sabe que él no lo es. Dentro de unos años, después de los juicios, cuando la penitenciaría del estado imprima la lista de los nombres de las personas que Ricky ha pedido que lo visiten, Bessie, Alcide, Darlene, Judy, Francis e incluso los maridos de las hermanas estarán incluidos, pero no el nombre de Jamie. Nueve es un número raro, que no cuadra con los números redondos que prefiere la administración penitenciaria. Seguramente Ricky podría haber pedido más. Pero el nombre de su hermano no aparecerá en la lista.

Pasa un mes hasta la siguiente cita en la clínica. Ricky acaba de cumplir veinte años. Informa de que al fin había encontrado trabajo. Era en un concesionario de coches, pero lo dejó a las dos semanas. Le dice a la asistente social que no sabe por qué lo dejó; sencillamente le apetecía dejarlo. La asistente social vuelve a preguntarle por qué. En esta ocasión, Ricky se lo cuenta: al ir al trabajo, todos los días veía niños jugando, y los veía otra vez al volver a casa. Veía a los niños y quería. Quería. Ricky quiere dejar de querer. Dejó el trabajo para no tener que pasar cerca de los niños. Mientras tiene algo que hacer está bien, pero ya no tiene nada que hacer. No está bien.

Bessie lo acompaña a la siguiente cita. Me la imagino con el vestido bueno, pero, cohibida, lleva un abrigo abierto por encima a pesar del calor. Se alegra de que su hijo haya vuelto a casa, le dice a la asistente social, pero tenerlo allí es agotador.

—Me da la impresión de que si lo dejo solo un minuto, irá a acosar a alguien.

Le tiene prohibido que se escape y se vaya a vivir al río, pero es adulto. ¿Qué puede hacer ella? Y Alcide no sirve de ayuda.

Imaginemos a Ricky, sentado al lado de Bessie. Están en dos sillas metálicas, y la asistente social en una silla de oficina, en diagonal a ellos. Debe de resultar humillante haber ido allí con su mamá, con una sola pierna y todavía con la muleta vieja porque no pueden permitirse nada mejor. Debería ser él quien la acompañara al médico, no al revés. Una persona puede sentir rabia y al mismo tiempo vergüenza. Una persona puede odiar ardientemente a su madre y a la vez quererla lo suficiente para desear ser algo que la haga sentirse orgullosa. Una persona puede sentirse angustiada por todo lo que quiere ser y no ver la manera de conseguirlo.

—He estado pensando en morirme o que alguien me mate —suelta Ricky de repente.

Está bebiendo más últimamente, desde que vive con Bessie y Alcide. Botellas enteras de licor de menta. La semana pasada se bebió cincuenta dólares. «Le advertí de que beber podía afectar a su forma de pensar», escribe la asistente social.

Hay una última página en el expediente, bajo el título «Contrato de no suicidio ni homicidio». «El abajo firmante accede voluntariamente por la

presente a no intentar infligir daño intencionadamente ni a él ni a otros durante la terapia (el tratamiento) en este centro.» Ricky firma. El acuerdo es estándar —seguramente el mismo para todos los pacientes—, pero al verlo ahora llama la atención la palabra «durante». Ricky asiste a la última sesión de terapia el 1 de octubre de 1985. El 24 de febrero de 1986 se recomienda el cierre del caso. El 16 de mayo se cierra. Ricky vuelve a marcharse de casa, a Georgia.

Dieciséis

Nueva Jersey, 1994-1996

Cuando tengo dieciséis años el chico que me gusta se llama Luke. Tiene veintidós y vive en Colorado, en una zona residencial que, en las fotografías que me envía, está rodeada de casas de dos plantas y salpicada de iglesias. Por internet, en el grupo de chats al que me apunto porque todavía no voy al colegio con regularidad, me dice que quiere a su exnovia, Crystal, pero que ella no quiere saber nada de él y él necesita pasar página. Parece que está pasando página conmigo. Va a clase en una universidad popular para poder graduarse. En la biblioteca de mi padre he encontrado libros de Robert Heinlein plagados de mundos utópicos, de ciencia ficción, y Luke conoce esos libros y también le gustan. Me envía montones de fotografías que hace cada pocas horas, cada fotografía numerada por detrás a lápiz, para que vea cómo transcurren sus días. El aparcamiento del McDonald's del que es encargado, gris y aburrido al sol de la tarde. Su sonrisa mientras sostiene la cámara delante de él. Un gorro de papel en la cabeza que me recuerda a los barquitos que hacía yo de pequeña.

La siguiente foto es del aparcamiento de su universidad (empiezo a darme cuenta de que en su Colorado hay mucho asfalto). A continuación, el espantoso sofá con tapizado de cachemira del salón de sus padres. El chuchito negro con el que se crio, con la boca abierta y la lengüecita rosa colgando. Hay una foto de Crystal. La examino. Es una chica pequeñita, con melena corta de pelo fino y liso pegada a la cara y una diminuta cruz de oro al cuello. Me doy cuenta sin remordimientos de que parece bastante normal y no mucho mayor que yo. Después, aquella misma noche, fotos de su habitación, de su equipo de música, de los pósteres de Pink Floyd en la pared. Caigo en la cuenta de que debe de vivir con sus padres, y, aunque es seis años mayor que yo, no parece muy distinto de mí en ese sentido. Por fin les he contado a mis padres lo de mi trastorno alimentario y me han buscado un programa terapéutico en el que paso parte del día. Me siento demasiado incómoda en

las sesiones para hacer amigos allí y no he mantenido el contacto con nadie del colegio. Luke y yo hablamos por teléfono ocho, nueve, diez horas de una vez, toda la noche, hasta la mañana. A veces me quedo dormida con el teléfono al lado, en la almohada, oyéndolo respirar. Tiene la voz grave y lánguida, y como es lo único que conozco de él, parece una extensión que lo engloba a él, como si fuera tan firme y amable como su voz.

Los recibos de teléfono son monstruosos, setecientos dólares un mes. Mi padre vocifera, pero paga.

Luke viene a verme. Mis padres han decidido que duerma en casa de un amigo, pero la primera noche se queda en mi habitación, y allí pasa el resto de la semana. No sé si no le dan importancia o suponen que es demasiado tarde para protegerme, como a veces pienso yo. En persona, Luke es más bajo que yo, y tiene la barbilla salpicada de acné. Quizá para cubrirse las espaldas, dice:

—Tienes suerte. No me importa que seas tan alta. A otros sí les importaría, pero a mí no.

Cuando dice esto estamos debajo de una farola en el centro de mi ciudad. La maniobra, la inseguridad que intenta disimular, es tan evidente que, a pesar de mis dieciséis años, la veo acentuada por el amarillo de la farola y, sin embargo, no puedo replicar. Quiero que me quiera. Lo quiero como un premio y porque supuestamente es lo que tengo que querer y porque me salvará. En el aparcamiento del estanque de los patos me da mi primer beso, y cuando sus labios chocan con los míos me quedo sin respiración. No es mi primer beso. Antes que el suyo, húmedo en mi boca, está el sabor de mi abuelo.

Cuando tengo diecisiete años el chico que me gusta se llama William. Estudia en la Universidad del Bronx, con una beca por jugar al fútbol, y ha empezado a catear desde que descubrió a Bob Marley y la maría. Es grandote y tierno, de cabeza redonda y rubia como Charlie Brown, pero algunas mañanas después de nuestras citas tengo cardenales en los brazos de lo fuerte que me agarra, y a veces, cuando lo veo, un temor innombrable me corta la respiración. Es como si nadara por algo que no puedo ver; ni siquiera puedo recordar las horas cuando las estoy viviendo.

La atención que me prestan los chicos me deja libre para sentirme querida. Los chicos son un peligro. No sé distinguir entre el amor y el dolor cuando van mezclados. Es lo único que he conocido. No distingo quién es de fiar y quién no, ni siquiera sé qué es la confianza; solo sé que necesito que alguien lo sea.

Más adelante, a los dieciocho años, encuentro a alguien que es realmente de fiar. Dima es chelista, de Ucrania. Su familia se trasladó de Kiev a Nueva York para que pudiera solicitar el ingreso en la Escuela Juilliard. Pero cuando llegó el momento, se estrelló en la audición. A los veintitrés años, estudia en una universidad popular de la ciudad. Tiene las manos marcadas con manchas furibundamente rojas donde sé que ha apagado cigarrillos, y por los pálidos antebrazos le serpentean unas profundas cicatrices blancas, pero conmigo no es sino amable. Una noche, mientras nos besamos en su cama, baja la mano por mi vientre y, antes de que yo entienda qué está pasando, deja de ser Dima y a mí me entra el pánico, trago saliva, se me corta la respiración, me echo a temblar y a llorar hasta que me dan palpitaciones y me arden los ojos. Entonces me meto bajo la costra de silencio, en ese sitio muy profundo en el que paso los días. Me disuelvo.

Dima deja la mano completamente inmóvil sobre mi cuerpo. Espera. Su mano es cálida, y bajo ella noto que mi cuerpo se calma poco a poco. «Respira», dice, y al respirar recupero mi cuerpo. Movemos su mano un poco más abajo cada noche. Noche tras noche, perforo los estratos de la memoria hasta que salgo a la superficie y allí está él. Dormimos en el pequeño apartamento de Bay Ridge, en Brooklyn, donde Dima vive con sus padres y su hermano pequeño. Las paredes de su habitación están cubiertas de estuches de casetes clavados como empapelado, las obras de todos los músicos que le gustan por orden alfabético. En el salón hay un gran recipiente de cristal con soportes de caoba tallada que contiene una carpa que su padre sacó de Ucrania en una bolsa de plástico llena de agua y llevó escondida durante todo el viaje por Rumanía, Italia y los mares y océanos hasta Estados Unidos. El padre siente esa clase de amor por el pez y por Dima. Escondidos en su habitación, mientras me pone música, desde Alpha

hasta Yes, su mano no deja de bajar, y yo trago saliva, respiro y al final me tranquilizo, y la carpa traza círculos perezosamente en la suntuosa pecera. Me tomo la historia de Dima como una prueba, resplandeciente como una hoguera: no logró lo que quería su familia, pero de todos modos lo quieren.

La semana de nuestra graduación, mis padres nos preparan una fiesta a mi hermano y a mí en la terraza que están construyendo. Está todavía a medio hacer, con las vigas desniveladas y sin anclar, lo que le da a la noche un aire distorsionado.

Es una fiesta portentosa, punteada de luces, música alta y una pista de baile en el jardín trasero. Mi hermano está delgado pero sano. Mientras que yo he intentado ocultarme y quedarme al margen, él ha encontrado un hueco en el departamento de teatro del instituto y es el centro de atención de cualquier sitio al que va, con sus gestos exagerados y su risa teatral. Esta noche está pedo, y sus amigos también.

Así que Dima y yo nos escondemos en la cocina, a hablar de nuestras cosas. Hay algo que no puede decirme: que quiere que me quede cerca, que me quede con él, que vaya a la universidad en Nueva York. Hay algo que yo no puedo decirle: que la razón por la que esta noche sonrío, la razón por la que el mundo me parece más llevadero, es que estoy viva porque sé que al fin voy a marcharme de verdad.

—Ven aquí —le digo, y me apoyo en el frigorífico.

—Todo el mundo está fuera —dice.

—Me da igual —digo, y es verdad.

Por una vez, cuando sus labios encuentran los míos es como si borrarán el pasado, como si borrarán el recuerdo del besuqueo pegajoso de mi abuelo, y si me concentro en la sensación oscura y húmeda de su lengua en mi boca consigo que todo lo demás desaparezca. Mi pelea con el pasado aquella noche es como un baile: primero, sentir a Dima, después, el pasado, y al fin me vuelvo entre sus brazos y otra vez es él. Todos los yoes que alguna vez he sido están en la cocina, apretados contra la blanca superficie fría, dura y suave de la nevera. La niña de seis años que bajaba por la noche a la cocina y hablaba con su padre, sabiendo que no podía decir lo único que de verdad necesitaba decir. La niña de nueve años, cuando bajo a la cocina a llenar el vaso de agua de mi abuela. Saco del congelador un cubito de hielo de plástico

con un bicho envuelto en resina dentro, una broma que gastamos mis hermanos y yo, porque nos encantan los cojines de pedos, el apretón de manos vibrante y la flor de plástico con chorro de agua que nunca engaña a nadie, y lo echo en el vaso de mi abuela. De repente tengo a mi abuelo detrás, su denso aliento, y me doy la vuelta rápidamente; no quiero que vea el vaso y me estropee la broma. Pero lo que está mirando no es el vaso, sino mi cuerpo, mirándolo sin disimulos. Mientras Dima y yo nos movemos hacia el suelo, por la ventana se deslizan las voces de personas que conozco de toda la vida. Durante unos momentos me siento como en un precipicio entre el ahora y un futuro en el que todo esto habrá acabado, en el que esta casa ya no será mi mundo, cuando yo cree algo nuevo y desconocido para mí y me marche, al fin, al fin.

El sexo en el suelo de la cocina es excitante. Sé que yo debería parar, que debería importarme que alguien entre y nos vea allí tirados en el linóleo de mi infancia, con el vestido enrollado alrededor de la cintura, los dientes en el hombro de Dima. Pero nos observo como desde arriba, nuestras piernas extendidas sobre el suelo como si estuviéramos nadando, y sé, no sé cómo, que esta noche nada nos hará daño. No con todo lo que ya nos lo ha hecho. Esta es mi forma de marcharme, finalmente. Esta es mi forma de librarme del pasado.

Normalidad, eso es lo que quiero. Todo lo demás puede quemar.

Diecisiete

Indiana, 1986

El teléfono de Ruth suena justo después de las once de la noche, cuando ya se ha levantado de la cama pero está todavía en pijama; aún no se ha puesto el uniforme blanco de auxiliar de enfermería ni ha encendido la cafetera. Seguramente, durante unos segundos pensará en no contestar. Nadie llama tan tarde por algo sin importancia. Nadie llama para dar una buena noticia. Pero el teléfono no para de repiquetear en la cocina, y se dirige hacia él caminando por el suelo de baldosas.

—¿Sí?

—¿Tía Ruth?

Al principio no reconoce la voz de Ricky. Bessie y ella no tienen mucho contacto. Apenas ha conocido a los hijos de Bessie. En el estrado, seis años más tarde, en el primer juicio de Ricky, dirá que solo había visto a Ricky una vez antes de aquella noche de 1986 en que se presentó por sorpresa, y después tendrá que rectificar y decir que sí, que supone que lo habría visto cuando era pequeño, las pocas veces que fue a visitar a Bessie. Debía de ser uno de los niños que rondaban por el jardín. Pero hay que entenderlo, con tantos como había, porque Luann no paraba de acoger niños. Era su hermana Bessie la que quería esa vida: marido, hijos. Por entonces Ruth se conformaba con vivir sola. Andaba más que apretada de dinero y hacía turnos de noche en el hospital y trabajos extra cuando conseguía un turno como ayudante sanitaria a domicilio, pero ganaba lo suficiente para el alquiler, la electricidad e incluso un coche. Era buena trabajadora. Le encantaba la sensación de mantenerse a sí misma, de tener que ocuparse solo de ella.

—Sí.

—Tía Ruth, soy Ricky. El hijo de Bessie. Estoy... —Parece que se le hace un nudo en la garganta, que intenta no llorar—. Estoy en Indianápolis. En una gasolinera del centro. —El chico... No recuerda cuántos años tiene,

quizá veinte. Dios mío, ¿tan viejas son ya Bessie y ella?—. ¿Puedes venir a buscarme?

Ruth se queda tan sorprendida que se le escapan las palabras de la boca.

—Tengo que ir al trabajo, Ricky.

Tuerce el gesto. No quería parecer tan dura.

—Por favor.

Así que va a recogerlo. Se viste a toda prisa, se pone las medias blancas completamente a oscuras. Pasa del café. Sube al coche, enciende los faros y conduce media hora por calles vacías hasta la gasolinera que le ha dicho Ricky, sin dejar de pensar si lo sabrá su hermana. La última vez que habló con Bessie por teléfono, Ricky estaba en Georgia, de visita en casa de su hermana Francis. Los autobuses no te dejan en una gasolinera. ¿Habrá ido en autostop hasta allí? Pero tiene que recordar que no debe pensar demasiado. Es la mejor manera de verte metida en los problemas de los demás. Cuando llega donde está Ricky, lo imagino acurrucado bajo el voladizo de la gasolinera, con la sudadera gris con capucha chorreando de la lluvia y una bolsa de viaje pequeña. Abre la puerta del coche para entrar.

—Espera —dice Ruth. Ricky se detiene—. ¿Tienes una toalla?

No tiene. Ruth le hace sacar una camiseta de la bolsa y la extiende sobre el asiento. No se dan un beso, no se dan un abrazo. Ruth no pregunta qué hace allí. Para enfrente de su apartamento y le da la llave.

—Vuelvo a las ocho —dice. Si se da prisa, llegará puntual al trabajo.

Ricky se queda con ella un par de meses. Puede que Bessie y Ruth no estén muy unidas, pero eso no significa que Ruth vaya a darle la espalda a la familia. Al principio, Ricky se queda en casa, viendo la televisión y gastando electricidad, pero después encuentra un trabajillo en la pista de carreras para las quinientas millas de Indianápolis. Es temporal, tres semanas como máximo, pero al poco tiempo no sabe hablar de otra cosa: los coches y los chavales de la pista. Se siente tan orgulloso del polo y la gorra que le dan que cualquiera diría que es un uniforme militar. Quizá Ruth empiece a levantarse unos minutos antes para plancharle el polo, solo por verle la cara radiante. Ricky puede ser como un niño, orgulloso y emocionado por cualquier cosa.

Como ella, es noctámbulo, no parece dormir, así que a veces todavía está levantado cuando Ruth vuelve del trabajo. Le hace un café, se sienta con ella y charlan sobre el día siguiente.

A Ruth le cae bien. Quizá sea eso lo que más la sorprende. Lo mucho que le gusta tenerlo en casa.

Y por eso se pone tan nerviosa cuando una tarde —Ricky lleva solo unas semanas allí—, su sobrino le entrega un sobre dirigido a Bessie. Al principio no le da importancia, dice «No te preocupes, yo lo echo al correo» y se lo guarda en el bolso. Le sirve para recordar que tiene que pagar el alquiler; busca la chequera en un cajón de la cómoda, extiende un cheque en la mesa de la cocina y lo sella. La anciana a la que va a cuidar hoy vive al otro lado de la ciudad.

Va en el coche, por la autopista, cuando empieza a desazonarla la carta del bolso. Es por algo en la expresión de Ricky, por cómo desvió la mirada rápidamente al dársela. Ruth ya ha intentado preguntarle qué hace allí, y él ha respondido con vaguedades, que necesitaba un cambio, algo nuevo. De repente se da cuenta de que en realidad nunca le ha contestado. Y además, está el hecho de que nunca antes le haya dado una carta para Bessie. No es tan raro que no se encargue él mismo de echar una carta al correo. Conserva el trabajo, pero aún parece necesitar a alguien que se ocupe de cosas como lavar la ropa, pagar las facturas, las cuestiones básicas. A Ruth le importa menos de lo que pensaba. Le gusta que la necesiten.

Pero la carta... Algo pasa; lo sabe.

Aparca en una gasolinera, tratando de convencerse de que no es nada, de que es una tontería. Con la carta en la mano, el motor en punto muerto, se detiene. No lee el correo de otras personas. Jamás. No es cotilla. Y tiene que ir a trabajar.

Abre el sobre con el índice. Lo pegará con cinta adhesiva antes de echarlo al correo, y Bessie no se enterará de que no ha sido Ricky quien lo ha pegado. Dentro hay una hoja de papel con la letra apretujada de Ricky, que reconoce por las notas de la compra que le deja. «Lo siento, sé que esto os hará daño a papá y a ti, pero ya no podía seguir.»

El trayecto de vuelta a su casa dura media hora, pero Ruth lo hace en veinte minutos, saltándose el límite de velocidad. Ante cada semáforo en

rojo, reza por lo bajo y la asaltan imágenes terribles de lo que va a encontrarse en casa.

Pero cuando abre la puerta, con el corazón desbocado de miedo, Ricky está vivo. Todavía está vivo. De pie, junto a la encimera, con el teléfono en una mano y en la otra el cuchillo de carnicero pegado a la muñeca.

—No quería contártelo —dice Ricky más tarde.

Es después de que Ruth le haya hecho colgar el teléfono, le haya quitado el cuchillo y se haya llevado todos los demás a su habitación, después de haberlo obligado a entrar en el coche y habérselo llevado con ella al trabajo, a casa de la anciana: no quería dejarlo solo. Veo a Ricky sentado en la poltrona de la anciana, hojeando sus revistas del *Círculo de Costura*, la Biblia. Veo a Ruth observando a Ricky leer la Biblia, con un dedo apretado sobre el papel y la boca abierta, articulando las palabras. Cada vez que va de la habitación de la señora a la cocina a por un vaso de agua, o a por la cena, o a llevar las sábanas para lavar porque la señora se ha ensuciado, seguramente echará un vistazo para comprobar que Ricky sigue bien. En realidad, para comprobar que sigue allí. Que no le pasa nada. Ahora están otra vez sentados a la mesa de la cocina, con dos tazas de café delante; Ricky ha dejado que se enfríe el suyo; avergonzado, no la mira.

—Me gustan los niños —dice—. Intento con todas mis fuerzas que no, pero... sexualmente.

Ruth traga saliva. Debe de tener una sensación muy extraña. Como si se abriera un vacío en el aire, como si alguien hubiera apretado con fuerza un botón de pausa. Lo que dice Ricky no puede ser verdad.

—No quería que lo supieras —añade Ricky.

No es que Ruth se recupere, y no solo que no sepa qué decir. Lo único que puede hacer es asimilar las palabras de Ricky. Tiene que tomar una decisión incluso antes de darse cuenta de que la está tomando: no va a preguntarle si ha hecho algo. No. No quiere saberlo.

Simplemente se levanta y va al otro lado de la mesa. Se inclina sobre Ricky, le rodea los huesudos hombros con los brazos y lo abraza torpemente.

—Vamos, vamos, Ricky. No pasa nada.

Es la primera vez que se tocan.

A la mañana siguiente, Ruth se despierta antes de que suene el despertador; la cabeza le da vueltas. Ricky debería hablar con alguien. Sin necesidad de preguntar, Ruth sabe que no tiene seguro médico. Y a ella no le sobra el dinero. Pero hay hospitales de beneficencia, y si llama suficientes veces, le conseguirá una cita. Le conseguirá ayuda.

TRANSCRIPCIÓN DEL JUICIO, 1994

Fiscal: Entonces lo llevó usted al hospital. ¿Y estuvo con él cuando habló con el psicoterapeuta?

Testigo: No.

Fiscal: Entonces no sabrá que le dijo al psicoterapeuta que había llamado a la policía esa mañana [que cogió el cuchillo] para que supieran dónde estaba. Ni que le dijo al psicoterapeuta que tenía pensado clavarles un cuchillo.

Abogado: Señoría, ¿podemos acercarnos al estrado?

[Consulta]

Abogado: No sabe nada del asunto, así que no sé cómo podría responder.

Fiscal: Claro, ese es uno de los problemas de aceptar el testimonio indirecto. Salta a la vista que el acusado ha contado una historia distinta a otra persona. Y si no se me permite exponerlo, el jurado se hará una idea equivocada de lo que pasó aquel día. Es decir, la testigo ha dado su opinión, que creía que el acusado iba a suicidarse en su cocina.

Durante el siguiente mes, más o menos —más adelante Ruth no podrá precisar el tiempo—, lo lleva a terapia una vez a la semana al hospital de beneficencia. No hablan de por qué Ricky va allí. Ruth se limita a llevarlo.

Y un día, después de asistir al funeral de una prima con la que se crio, Ruth vuelve a casa, con los ojos y la cabeza nublados por el llanto, y se la

encuentra vacía. Ricky no está en el sofá. No está en la cocina. Lo que hay en la mesa es un trozo de papel arrancado de una bolsa de la compra, una nota garabateada con la letra apresurada de Ricky. La policía ha ido a casa de Ruth y lo ha detenido para devolverlo a Georgia. Allí van a presentar cargos contra él. Toda la tensión de las últimas semanas, la tensión de lo que sabía y no quería saber, la tensión de preocuparse por él y de no querer hacerlo y de preocuparse de todos modos, la inunda como una profunda náusea y se siente muy cansada de repente. No llama a nadie. No intenta averiguar nada más. Se limita a aceptar que Ricky ha desaparecido de su vida tan repentinamente como llegó. La ve mojar una toalla de papel, hacer una compresa fría. Se la lleva a la cama y duerme profundamente, y cuando se despierta al día siguiente, con el sol que entra a raudales por la ventana, la cabeza pesada y un peso en el corazón por el recuerdo del funeral de su prima el día anterior, debe de sentirse casi como si hubiera despertado en su vida de antes, la vida antes de Ricky. Durante semanas no tiene fuerzas para llamar a Bessie y preguntarle qué ha pasado. Lo habían detenido por manosear a una niña en Georgia —la segunda detención por abuso sexual, después del chico de Luisiana al que amenazó con pegarle un tiro— y por robo de vehículo a motor. Cuando Ruth lo recogió en la gasolinera había huido de la casa de la niña. Acababa de deshacerse del coche de la madre.

Cuando Ruth entra en el juzgado de Baton Rouge en 1994, sus ojos seguramente se dirigen a la nuca del hombre sentado en el banco de la defensa. Tantos años como han pasado, y en el fondo todavía hay algo en él que la conmueve. El Ricky adulto. El pelo castaño oscuro cortado al estilo carcelario, las patillas de las gafas enganchadas en las orejas. Ruth se prepara para encontrarse con su mirada, pero Ricky no se da la vuelta. Una mujer de cara redonda y flequillo castaño que está al fondo, a la izquierda, le hace una seña, así que se sienta al lado de Darlene y, casi sin darse cuenta, le tiende la mano. Se la aprieta.

Entonces se fija en las fotografías del niño rubio ampliadas a tamaño póster frente al jurado. Se acusa a Ricky de haberlo matado. Ruth seguramente recuerda la voz apagada de Ricky en la mesa de la cocina, las terribles palabras que dijo. «Me gustan los niños.» Recuerda su decisión de entonces, no preguntar. Sentada en la sala del juzgado, en el banco recio

como el de una iglesia, la veo cerrar los ojos unos momentos. Después hace un esfuerzo por abrirlos. Mira los ojos del chico de la fotografía. ¿Qué le pasó?

Pero deben de ser los ojos de Ricky los que recuerda en aquel momento. Ella volvió a casa a toda prisa aquella tarde. Abrió la puerta de la cocina, muy asustada. Primero, el frío brillo del cuchillo en la mano de Ricky; después, por encima del cuchillo, sus ojos, grandes y redondos como los de un mapache. Muy abiertos, como si estuviera atrapado, como si no se creyera lo que estaba a punto de hacer. Necesitaba que Ruth se lo impidiera.

Ruth lo quería entonces, y ahora lo comprende. Se lo han enseñado los años. Vivir con él, cuidar de él la cambió. Cuando recuerda sus ojos, sí, recuerda el miedo y la culpa reflejados en ellos, pero ¿cómo explicar que lo que se le ha quedado dentro, lo que le ha abierto el corazón y lo que aún le parte el alma es el alivio que vio? El alivio que sintió Ricky de que ella lo descubriera. De que ella lo salvara. El alivio de que al fin alguien pudiera hacer que se quedara.

—La defensa llama a Ruth McClary.

Ruth se levanta y se estira la falda por las caderas. Responde a las preguntas del abogado desde el estrado de los testigos. Sí, Ricky se fue a vivir con ella. No, entonces ella no sabía por qué. Pero él era educado y servicial, trabajador.

—Quiero a Ricky —se oye decir—. Es muy buen chico.

Con el cuerpo vuelto hacia el jurado, habla al micrófono para que el taquígrafo tome nota. Su presencia en la sala es para todos los demás. Pero por dentro debe de ser a Ricky a quien observa. Sus palabras van dirigidas a él. Ve la cabeza agachada de Ricky, el remolino de la coronilla, como el de un chico. Ricky aprieta tanto los puños que los hombros parecen a punto de temblar. Ruth dice en voz baja:

—Le cogí mucho cariño. Como si fuera mi hijo.

Cuando en 1986 la policía se lleva a Ricky a Conyers, Georgia, no hay juicio. Se declara culpable de haber cometido un delito sexual no especificado

contra un menor —el segundo delito sexual de su expediente—, y a los veinte años lo envían a la institución correccional de delincuentes juveniles.

A decir de todos, en Georgia, Ricky es un preso modélico. Algo ha aprendido viviendo con Ruth y algo ha aprendido trabajando en la pista de carreras unas semanas. Encuentra cierta satisfacción en que le digan lo que tiene que hacer y en cumplir sus obligaciones. Lo enorgullece. En mayo de 1987, a los veintidós años, obtiene el diploma de Educación General.

—Ricky Langley ha sido un estudiante excelente y me gustaría tenerlo de ayudante. Me hace mucha falta —dice el profesor en la evaluación.

Un año más tarde se le considera apto para el régimen de libertad condicional.

La mañana de la vista tiene que arreglarse el pelo con agua, limpiarse las gafas y alisarse la camisa carcelaria para que no le haga arrugas sobre el flaco torso. Quiere la libertad condicional. Sueña con ella. Sueña con volver al río Calcasieu, a pasar las tardes pescando y las noches durmiendo junto al borboteo del agua. No sabía cómo sería la cárcel. Y resulta que le gusta, pero es la cárcel. Hay demasiado barullo, con los gritos y los quejidos y la gente que, como no tiene otra manera de hacerse oír, golpea los barrotes día y noche. A veces le da la impresión de que el ruido de la cárcel se mezcla con el ruido de su cabeza y todo se transforma en un enorme chillido incomprensible, lo que hay dentro de él y lo que hay fuera, y es como si todo él estallara en pedazos con el ruido. El confinamiento le impide escapar de sí mismo, de la persona que siempre hace demasiado ruido por dentro.

Y además, ese orgullo que siente. Quiere que lo vean los demás. No quiere seguir siendo un preso. Quiere que lo consideren libre.

Pero la junta le deniega la libertad condicional.

Ricky se pone furioso. Al principio la furia es solo enfado. Después, agriada indignación. Desde que lo detuvieron lo ha hecho todo bien. ¿Qué más tendría que hacer?

«Piensa que su pasado no debería tener nada que ver con la libertad condicional», dice un asistente social en su informe. Ricky no para de quejarse, hasta que uno de los reclusos, harto de sus quejas, le dice:

—Da lo mismo que salgas. Dentro de un año estarás aquí otra vez.

Al principio Ricky reacciona ante aquel tío como hace siempre, con rabia y crispación. Pero el tío le cae bien, incluso se fía de él un poco, y sus palabras le despiertan la curiosidad. Podía esperarse esa gilipollez de los guardias, pero ¿de un recluso? ¿Un tío que debería estar de su parte?

Así que reacciona de otra manera. Pregunta:

—¿Por qué?

El recluso le explica a Ricky que por eso es por lo que se conoce a los pedófilos. Que Ricky no es el único que ha luchado toda la vida. Todo el mundo sabe que la pedofilia es algo que no se puede dejar así como así.

Quizá Ricky pida más terapia, quizá el sistema acabe por reconocer que la necesita, pero en el transcurso de los dos años siguientes en Georgia, con tres traslados a diferentes cárceles, los médicos le dan algo que nunca había tenido: una manera de comprender quién es. Aprende qué es la pedofilia en las sesiones de terapia. Se entera de que lo que él tiene se considera un trastorno, y vuelve a enterarse de que al abusar de los niños les hace daño. Por la noche sueña. No los sueños de antes, no los sueños en los que la piel de los niños resplandecía como el alabastro a la luz de la luna y cuando se despertaba estaba jadeante y sudoroso y sabía que los había manoseado. En los sueños de ahora se aproxima a un claro del bosque. La luz del sol tiñe el aire, el olor a verdor es tan intenso que se le atraganta. Una alfombra de agujas de pino secas amortigua sus pisadas. Cuando llega al centro del claro se queda allí, esperando. Aparece un niño. Reconoce al niño y le late el corazón con más fuerza. Los niños de los que ha abusado van entrando en el claro, uno tras otro. Al principio parecen indecisos, con los ojos muy abiertos al ver a Ricky, pero después ven a los demás niños y de repente se confían. Cada uno de los niños toma de la mano al que va detrás hasta que todos se dan la mano, formando un círculo, niños y niñas, y en el centro del círculo está él. Ricky da vueltas y más vueltas... pero está rodeado.

¿Por qué?, pregunta un niño. ¿Por qué? ¿Por qué lo hiciste? Y luego otro. ¿Por qué a mí? ¿Por qué a nosotros? Ricky abre la boca para contestarles, pero en la boca solo tiene aire. No sabe cómo explicarles por qué. No sabe cómo explicarse a sí mismo por qué. Los niños siguen preguntando hasta que el ruido retumba en sus oídos como la sangre en sus venas. Se echa a temblar.

De repente da un salto. Separa a un niño del círculo y echa a correr, empujándolo hacia las profundidades del bosque, hasta que se quedan solos y nadie puede verlos. Solo hay una manera de que deje de temblar. Ahueca una mano contra la nuca del niño, siente el fresco roce de su pelo. Se baja la cremallera de los pantalones. Empuja la cabeza del niño hacia él.

Se despierta sudoroso, asqueado y temblando, pero escribe el sueño en un cuaderno. Lleva el cuaderno a la sesión de terapia y se lo da a la terapeuta.

—No me deje salir de aquí —dice.

—Ricky, si quieres que tu vida sea diferente, tú tienes que hacerla diferente —dice ella.

Su profesor del diploma de Educación General es un pastor laico, y Ricky empieza a asistir a su clase vespertina de estudio de la Biblia. Al principio es callado, tímido. El profesor observa que a veces llega a clase con la ropa desaliñada, el pelo revuelto y profundas ojeras. El profesor recordará más adelante que Ricky parece estar luchando contra algo. Pero con el tiempo empieza a hablar en clase. Cuando lo trasladan a otra prisión, le escribe cartas al pastor con preguntas sobre asuntos espirituales que lo afligen. La mayoría están relacionados con el problema de la culpa. El pastor se toma las preguntas en serio, incluso investiga, y le dedica dos o tres semanas a cada carta. Después redacta extensas respuestas que Ricky estudia atentamente en su nueva celda. Las preguntas son de carácter general y las respuestas, doctrinales, pero tanto Ricky como el pastor saben que hablan del alma de Ricky.

Ricky pide que lo metan en el programa de tratamiento para delincuentes sexuales en la cárcel de adultos de Valdosta. Dos años y medio después de obtener el diploma de Educación General, consigue el diploma del curso de adquisición de destrezas; un mes más tarde, el certificado del curso de reparación de aparatos, que acredita que ha realizado 863 horas de formación y puede instalar electrodomésticos como aprendiz de electricista. La hoja de evaluación de reclusos indica que su relación con los compañeros de trabajo está «por encima de la media». Por primera vez en su vida, a Ricky lo clasifican por encima de la media en todo.

En septiembre de 1990, a Ricky Langley, preso reformado, le conceden la libertad condicional.

Cuando los peritos de la defensa revisan esta época, se quedan impresionados con lo mucho que Ricky aprendió durante su condena en Georgia. Cuando hace otro tanto la acusación, se burlan. Un año y cinco meses después de ser excarcelado de Georgia, asesinó a Jeremy. Así que no se puede decir que aprendiera mucho. A fin de cuentas, un preso de Georgia recuerda que dijo que el error que había cometido era haber dejado a la chica viva, que la siguiente vez la mataría. Pero eso no es justo, señalan los peritos de la defensa. No cabe duda de que el preso tiene sus razones para decir tal cosa. Y además, los abusadores de menores están marcados en la cárcel. Ricky quizá tuviera que intentar parecer peligroso para protegerse.

Como tantas otras cuestiones, estos años anteriores al asesinato se reducen a lo mismo: ¿qué se ve en él? ¿Alguien se cree que está esforzándose? ¿Es la suya la historia de un hombre que intenta una y otra vez recibir tratamiento? Que intenta cambiar y volver al mundo, cambiado, llevar una vida nueva, que lo intenta una y otra vez pero que en última instancia es derrotado por el muro infranqueable de ser quien es. ¿O es la historia de un hombre que abandona el tratamiento una y otra vez, que en realidad no se esfuerza, sino que siempre acaba huyendo? En las transcripciones del juicio, la fiscalía y los testigos psiquiátricos de la defensa se enfrentan por este asunto.

Fiscal: Entonces, mientras estaba en libertad condicional [en 1984] y lo enviaron al centro de salud mental de Lake Charles, se marcha del estado y abandona el tratamiento, ¿no es así?

Psiquiatra de la defensa: Sí, efectivamente.

P: Lo decidió él, ¿no?

R: En la medida en que podía decidir, sí, lo decidió.

P: ¿Quiere usted decir que no tenía capacidad de elección?

Y:

Fiscal: Entonces, ¿no fue a Indianápolis a [intentar] ver a alguien?

Psiquiatra de la defensa: No.

P: ¿En Georgia?

R: No vio a nadie.

P: ¿No buscó ningún tipo de tratamiento?

R: No.

P: Pero tenía cierto conocimiento de su comportamiento, eso dijo usted.

R: Sí, tenía cierto conocimiento de su comportamiento.

P: ¿Comprendía que debía hacerlo, doctor?

R: Creo que sí lo comprendía.

P: ¿Y decidió no hacerlo?

R: Así es.

P: ¿Estuvo viendo a alguien durante la semana anterior a la muerte de Jeremy Guillory?

R: No.

P: Entonces tiene suficiente entendimiento para ir al médico cuando tiene bronquitis, pero cuando empieza a luchar con sus sentimientos sexuales hacia Jeremy, ¿no se le ocurre que quizá necesite ayuda?

R: Creo que sabía que necesitaba ayuda. Creo que es una situación completamente distinta, ir al médico por una bronquitis o por tu salud mental. Lo siento, ojalá no fuera así, pero lo es.

P: ¿Por qué? ¿Qué diferencia hay?

El hombre objeto de este juicio, interminablemente discutido y debatido, interminablemente documentado y diseccionado en unos documentos que llegarán a sumar casi treinta mil páginas, seguirá siendo un enigma en este sentido. Lo que ves en Ricky puede depender más de quién seas que de quién es él.

Pero excarcelado en Georgia en 1990, limpio y libre salvo por la obligación de ponerse en contacto con su agente de la libertad condicional, a Ricky parece abrirsele de repente una nueva vida y se enfrenta a una decisión. Sí, soñaba con el río Calcasieu, pero todos estos años de terapia le han despertado el interés por el pasado y por la historia de su familia. Por las cuestiones de su origen y por cómo ha llegado a ser quien es. No hay datos sobre los años en que decía que se le había aparecido su hermano muerto, Oscar, o que había oído su voz; no se trata de eso. Es más bien el interés del historiador, el interés del genealogista y un interés personal. En todas las cárceles guardaba copias de las partidas de nacimiento de Oscar y Vicky Lynn, sacadas a escondidas del baúl de Bessie en Hecker. Cuando estaba en la prisión de Valdosta, escribió al forense de Red Rock, Arizona, el lugar del accidente que acabó en la hospitalización de Bessie y en su nacimiento. Su primera carta no recibió respuesta —ni siquiera una nota para confirmarle que había enviado correctamente su petición—, pero como en la cárcel lo que le sobraba era tiempo, fue a la biblioteca y buscó direcciones y formularios y volvió a intentarlo. Finalmente le llegaron por correo unas copias de los certificados de defunción de Oscar y de Vicky Lynn. En el transcurso de los años fue atesorando más documentos: de los padres de sus padres y los padres de estos, empadronamientos, artículos de prensa y certificados de defunción. Se empleó tan a fondo en ser el historiador de la familia que veinticinco años más tarde, mientras rebusco en los archivos de la sociedad genealógica, a solo unos kilómetros de donde nació Ricky y unos kilómetros de donde murió Jeremy Guillory, me topé con un libro sobre la historia de la familia Langley, publicado por un aficionado de Luisiana. En los agradecimientos del libro se lee lo siguiente: «Gracias en especial a Ricky Langley, que desempeñó un papel fundamental en la consecución de la mayoría de los obituarios que se han utilizado en este libro. Mis mejores deseos a Ricky».

En 1990, cargado a todas partes con montones del pasado fotocopiado, toma una decisión. Volver a California. California sigue siendo el sitio de donde proceden las historias bonitas, las historias que le contaba Bessie cuando era pequeño. Va en autostop hasta allí aquel junio, en busca del pasado que no había conocido.

Dieciocho

Chicago, 1996

Para la universidad me invento una vida nueva. Haré como si el pasado no hubiera existido. Chicago me da la sensación de estar muy lejos de la casa gris, lo suficientemente lejos para sentirme libre. Los altos edificios góticos de la Universidad de Chicago se parecen a la universidad de mis sueños: la hiedra trepa por los laterales de las arcadas y torres de piedra y en el centro hay un claro ceñido por las raíces retorcidas de los árboles, perfectos para leer apoyada en ellos y protegida por el dosel de las hojas. Cuenta la leyenda universitaria que, como la hiedra no crece de forma natural en Chicago, la familia Rockefeller hizo una donación especial para mantenerla. Ahora, con la ciudad de Chicago centelleante al otro lado de las aguas azules del extenso lago Michigan y la hiedra verde al viento que susurra entre las hojas de los árboles, el patio de la universidad parece el testimonio de que puedes ser quien quieras. Lo atravieso todos los días adoptando mi nuevo papel de estudiante aplicada. No falto a ninguna clase. Me apunto al mayor número de asignaturas permitido y voy a clase preparada, no por obligación, sino porque me enamoran las ideas que se me presentan, y hago los deberes con tal rapidez después de cada clase que vuelvo a hacerlos antes de la siguiente. Mi abuelo muere en las primeras semanas que paso allí, y cuando me lo dicen mis padres, cuelgo el teléfono y no se lo cuento a nadie. Esa vida ha desaparecido. Ya ni siquiera tengo el mismo aspecto de antes, ya no soy la chica de la ropa holgada y rota y el pelo de colorines. Me he comprado un montón de faldas ceñidas y de jerséis ceñidos y he vuelto a teñirme el pelo de castaño: busco un estilo a medio camino entre lo retro a lo Mary Tyler Moore, y lo dinámico, con unos pantalones negros de tejido sintético, como el personaje de Uma Thurman en *Pulp Fiction*, pero sin la jeringa en el corazón. Por lo que realmente apuesto es por ser feliz.

Y alguien se da cuenta. Un día se me acerca un chico en el comedor. Dice que está en el equipo de fútbol. El pelo castaño le cae sobre un ojo, y me

mira desde debajo. En su fraternidad van a hacer una fiesta. ¿Quiero ser su pareja?

Dice esa palabra, «pareja». Es como en una película, una película que he soñado, y cuando llega el viernes pongo un CD de funk y me visto canturreando. El tema de la fiesta son los setenta, y me decido por unos pantalones de campana ajustados, de cintura baja, y un jersey de cuello vuelto que define mis curvas. Me aliso el pelo con el secador y me coloco una gorra de cuadros con la visera hacia atrás para darle un aire sorprendente y desenfadado, o eso espero.

La fiesta es en una de las casas de piedra y ladrillo de South University Avenue, casas por las que he pasado, pero en las que nunca se me había ocurrido entrar. Yo no bebo. Es una cuestión de orgullo. No quiero ser como mi padre. Y ¿qué otra cosa se puede hacer en una fiesta de fraternidad? Hay parejas contra las puertas pegándose el lote, gente con pantalones de campana y largas melenas hippies despatarrada en los sofás y el suelo. Algo plateado brilla en una esquina: lo reconozco, es un barril, y entonces caigo en la cuenta de que cuando los compañeros de clase hablaban de barriles de cerveza, yo me los imaginaba arrastrando un barril de madera.

El chico se ha presentado con una gorra de béisbol y camisa de franela encima de una camiseta blanca. Llena un vaso de plástico rojo, lo ladea para quitar la espuma y me lo da.

—No, gracias.

Me alegro de haber venido, pero no pienso beber.

Le cambia la cara. No es solo que parezca decepcionado, sino también confuso, y enseguida me doy cuenta de que he metido la pata. No es lo que haría una adolescente de película. El chico se bebe el vaso de un largo trago, llena otro, lo vacía del tirón y desaparece, y cuando vuelve, estoy segura de que está borracho y de que él está seguro de que yo no, así que lo único que puedo hacer es marcharme.

—No me encuentro bien —digo. Me he pasado una hora sentada recatadamente en un sofá, tratando de evitar los codos de la gente—. Creo que me voy a casa.

—Te acompaño.

Hasta ahí llegan mis recuerdos, salvo por los árboles: recuerdo los árboles que rompen el mar verde oscuro de la hierba de la explanada y asaetean el cielo negro. No hay luces en mi recuerdo. No hay estrellas, ni gente. Apenas aparece él, y después la mano de otro chico en mi brazo, levantándome, y su voz que pregunta: «¿Estás bien? ¿Estás bien?».

El futbolista se me ha echado encima. Al levantarme, sacudiéndome briznas de hierba embarradas de la ropa y del pelo, me doy cuenta. No me ha violado; de eso también me doy cuenta. Llevo toda la ropa. He estado en peligro, pero no sé hasta qué punto. Aunque estoy sobria, mi cuerpo se ha rendido al miedo. No recuerdo nada.

—Todo el mundo sabe la fama que tiene —dice el chico—. Pero nadie sabía cómo decírtelo. Como parecías encantada... Así que se me ha ocurrido dar una vuelta, para ver si estabas bien.

A partir de ese momento estoy con el chico que salió a dar una vuelta, Ben. Ben mide casi dos metros, y al menos como yo lo recuerdo, no va encorvado como muchos demasiado altos, sino que lleva su galantería muy erguido. Tiene una enfermedad rara llamada síndrome de Marfan que le ha dejado casi lastimosamente delgado y larguirucho. Le sobresalen las articulaciones de los pulgares formando ángulo recto con las manos, como las de Abraham Lincoln, que también padecía esa dolencia. Una de las primeras noches, Ben me cuenta, en la cama de su habitación o en la mía, los dos completamente vestidos, que Lincoln hubiera muerto en cuestión de meses incluso si no le hubieran disparado aquel fatídico día en el teatro Ford. El síndrome le había afectado ya los músculos del corazón. La idea me impresiona: la semilla del futuro plantada secretamente en el presente, y la semilla del presente, secreta en el pasado.

El corazón de Ben está a salvo —si algo sé de Ben es eso, que su corazón está a salvo, que es grande y late—, pero debido al síndrome, el esternón le sobresale en punta y le da vergüenza. Mucho antes de que lleguen los famosos fríos de Chicago, lleva jerséis gruesos. Eso me recuerda que yo tengo que ponerme una manta, incluso en verano, para poder dormir. Ben tiene la piel tan elástica que si se pellizca el cuello con dos dedos puede estirla varios milímetros. Al tacto parece un poco cerosa, como me imagino yo las figuras de Madame Tussauds. Con su estatura, su piel y la insólita

protuberancia de sus huesos, Ben siempre está como en una exposición. No es un disfraz, como mi pelo teñido o la ropa con rotos, como la ropa estilizada que llevo ahora; para él es una identidad que le ha caído encima. Mientras que yo antes intentaba encontrar una manera de que el dolor que sentía asomase a mi piel para que alguien lo notara y ahora finjo no sentirlo, a Ben no le queda más remedio que sobrellevar abiertamente que no encaja en ningún sitio.

Comprendo que eso lo ha hecho bondadoso. Ríe con facilidad, y hace reír aún con más facilidad. Al salir con él, de repente me encuentro en el centro de la vida de la residencia universitaria. Cuando la nuestra organiza una recaudación de fondos, a Ben se le ocurre la idea de vender batidos en el vestíbulo por la noche a los estudiantes, conocidos por estudiar hasta altas horas de la madrugada, razón por la que se rumorea que la cafetería cierra una noche a la semana, para echarlos de allí. A mí me gusta tanto el café que me lo preparo en muy poco tiempo, con agua con cafeína, y apporto la idea de mezclar helado de café con café instantáneo. Acabamos con una plasta marrón tan rasposa que es como beber arena húmeda endulzada, pero el día que lo ponemos a la venta se forma una larga cola de estudiantes en el vestíbulo. En una facultad en que los alumnos compiten por decir que estudiar les deja poco tiempo para dormir y más de una década antes de que se popularice Red Bull, una pasta bebible con mucha cafeína tiene un éxito rotundo. Invertimos las primeras ganancias en más café instantáneo y anunciamos la venta de los próximos batidos, todavía más fuertes. Que sean asquerosos contribuye a su brutal atracción.

Y yo lo entiendo. Me pongo a prueba bebiendo el mejunje asqueroso, probando lo más brutal. Tardaré años en comprender el valor de la ternura. Mi cuerpo aún se resiente de la enfermedad de Lyme, y no estoy preparada para el invierno de Chicago. Ben viene a buscarme y me lleva auestas cuando me fallan las rodillas. Cuando estoy lo suficientemente bien como para ponerme de pie y dar vueltas, me lleva a bailar. Baila estupendamente, y es capaz de girar y agacharse y de levantarme. Vivo en un sueño, en el sueño de ser amada.

Pero somos unos críos, él tiene diecinueve años y yo dieciocho, y nos cuesta reconocer el peligro. Aunque me siento feliz —lo juro—, desde la

noche de la explanada he dejado de comer, no sé por qué. Antes, en el instituto, comía para que me doliera por dentro y después vomitaba para sentir el alivio de librarme de aquel peso. Pero ahora tener algo en el estómago me da miedo, de una forma inexplicable. Solo me fío de las manzanas, el yogur desnatado, las hamburguesas vegetarianas sin el pan y la lechuga. En Chicago no le he contado a nadie lo que pasó con mi abuelo y estoy decidida a no hacerlo. Eso pertenece a la casa de Nueva Jersey. Es cosa del pasado. Mi abuelo está muerto, y yo en la universidad, libre. Por la noche, Ben y yo nos tumbamos en su cama, y con la yema de un dedo traza la curva incipiente de mi cadera por encima de los vaqueros y sube por los bultos de mi columna hasta el cuello, que parece más largo ahora que mi cuerpo es más magro. Encantada con mi nueva delgadez, me pongo mucho negro, intento ser la neoyorquina que deseo ser. A este chico de Kansas le parece sofisticada. Tenemos sexo solo un par de veces en meses, pero a él no parece importarle. Ninguno de los dos sabemos todavía que somos gays. Ninguno de los dos sabe todavía hasta qué punto somos un refugio el uno para el otro. A él le gustan mis jerséis de cuello alto y mi cara de rasgos finos e incluso mi silencio.

—Eres como una bailarina —dice.

Pero no me quedo ahí. Me salto peligrosamente la fase de bailarina. Cuando vuelvo a Tenafly por Acción de Gracias, no tengo los típicos cinco kilos de más del estudiante de primero. He adelgazado casi quince desde que empezaron las clases, a finales de agosto. En la foto delante de la chimenea para la que posamos mis hermanos y yo, que después servirá de tarjeta de felicitación navideña, llevo un jersey de cuello vuelto de manga corta. Tengo los brazos del tamaño de las muñecas, y las muñecas como las de una niña. Mis padres me llevan a mi antiguo pediatra. Recuerdo que me dice que tengo que comer, pero que no tengo ningún problema grave. Ahora me parece curioso, incluso imposible. ¿A quién se le ocurriría decirle a una adolescente anoréxica que no tiene un problema grave? Al mirar atrás imagino a mis padres al borde de una carretera, boquiabiertos y con los ojos como platos ante un accidente de coche. Mi padre todavía bebe demasiado. Sigue deprimido. Mi madre ha encontrado su voz en los juzgados, pero en casa sigue callada. Aún tienen dos hijas que criar, un buen nombre que mantener

en la ciudad y un bufete que dirigir. Y por encima de todo somos prisioneros de la historia que contamos sobre nosotros, la historia de unos padres descendientes de inmigrantes pobres que triunfaron y ahora tienen Cadillacs, hijos maravillosos y más luces que nadie en el porche en Navidad. Nos va tan bien que debe de agobiarlos tener una hija que de repente se presenta con las señales visibles de todo lo que no le va bien a ella. Y es un alivio para todos cuando yo vuelvo a la universidad.

Como un mes antes de las vacaciones de primavera, el tutor de mi residencia llama a mi puerta y me da una hoja de papel mecanografiada y enfundada en un sobre blanco. He adelgazado más y la universidad me exige que vaya a ver a un nutricionista. Ya he ido de mala gana a unas cuantas sesiones de terapia, aunque no creo que un terapeuta me sirva de nada. Y creo que un nutricionista me servirá todavía de menos. El problema no consiste en que yo no entienda que necesito alimentos nutritivos. El problema no consiste, o ya no, en que yo piense que estoy estupendamente. Ya no me quito la ropa delante de Ben. Solamente en mi habitación me desnudo del todo enfrente del espejo. Siempre se me han marcado mucho los huesos de las caderas, pero ahora son como cuchillos, solo una delgada capa de piel sobre el hueso, y me doy asco. Mi trasero parece haberse desinflado. Cuando estaba en quinto tuve que hacerme un autorretrato en la clase de arte. Los demás dibujaron bucles dorados para el pelo, pintarrajearon de rojo las camisas. Recuerdo mi asombro al ver sus retratos. Todos parecían saber perfectamente cómo eran. Yo había dibujado lo único que podía: un remolino negro que emanaba del papel como uno de los remolinos que oscurecen la pantalla en la película *Vértigo*, de Hitchcock. Atrapados en el remolino había dibujado una pistola, la silla eléctrica y manos que se tendían hacia mí, el material de mis sueños. Ese era el retrato de mí que podía imaginarme, lo que pensaba y temía. Lo que me consumía. Mi cuerpo era un artefacto inimaginable envuelto en chándales oscuros, algo que intentaba olvidar con todas mis fuerzas.

Pero en la universidad, a solas delante del espejo, me resulta extrañamente fácil mirarme. Me doy asco, con mis huesos y los bultos de la columna y los moratones que, si paso demasiado tiempo sentada en una silla

dura, se desparraman por el saco de piel que antes era mi culo. El asco reconforta. No me siento atractiva, pero sí me siento segura.

La habitación de la clínica de la universidad en la que veo a la nutricionista no tiene ventanas, es pequeña y deliberadamente beis. La gente tiene la impresión de que adelgazo cuando voy a ver a mi familia, dice la nutricionista. No especifica de qué «gente» se trata. Está sentada en una butaca de vinilo blanco con los brazos de madera lavada, con una actitud tan estudiadamente monocorde como su entorno. La semana anterior, en la tintorería china, el dependiente se dirigió a mí cuando iba a recoger mi ropa del perchero.

—¿Tienes... —dijo, y sonrió. Yo le devolví la sonrisa. Siempre que entraba allí intercambiábamos sonrisas mudas, pero esta vez parecía nervioso—. ¿Tienes el sida?

Al día siguiente, en la cafetería, leí una nota que me habían pasado. «Sé que crees que estás guapa, pero...» Una vez dije que iba a apuntarme para donar sangre, y una amiga de la residencia dijo:

—Para donar sangre tienes que pesar cuarenta y cinco kilos.

Las palabras me salieron automáticamente: por supuesto que pesaba cuarenta y cinco kilos, porque medía uno setenta y cinco. Pero aquella noche me pesé en una báscula y resultó que no.

—Quizá podrías ir a otro sitio las próximas vacaciones, ¿no? —dice la nutricionista.

Y así, un buen día, me veo sentada en la cabina de una vieja camioneta Ford, con Ben a mi lado y su hermano mayor al volante. El amanecer en Kansas es algo como no había visto en mi vida, una marea moteada de lavanda y rosa que se extiende hasta los cielos y parece que incluso más allá; la tierra, un explosivo despliegue de belleza poco menos que obscuro. Me quedo atónita ante el paisaje y al pensar que la gente que habita los edificios que pasamos a toda velocidad tiene esa belleza ante sus ojos todos los días. Cuántas clases diferentes de vida. También los edificios me sorprenden. Ninguno tiene más de dos plantas, tres como máximo, y aunque parecen destartados con los anuncios de neón apagados durante el día, nada puede competir con el cielo maravillosamente vivo.

—Es bonito, ¿eh? —dice el hermano de Ben.

Asiento con la cabeza, muda.

Nos quedamos con su familia una semana. El padre de Ben tiene fama de hombre difícil, franco y de arraigadas ideas. Pero es alto y delgado y no defiende ninguna idea con tanto ardor como la del odio a los gordos, así que yo le caigo bien. La madre de Ben me da la impresión de estar observándome continuamente y me trata con tanta delicadeza como si yo fuera de vidrio. El hermano es amable. La mujer del hermano es apenas unos años mayor que Ben y yo, y me entero de que se llama Roberta, pero nadie la llama así. La llaman simplemente «la novia» del hermano, a pesar de que se casaron hace dos años.

Es Roberta con la que realmente me entiendo. No por lo que dice, sino por quién es. Parece encantadora, amable y siempre sonriente, conforme con la vida que lleva en ese pueblecito, sin trabajar, y con que se refieran a ella con el nombre del tío con el que se ha casado.

Pero aunque el pensarlo me hace sentirme mezquina, sé que yo no sería feliz con una vida parecida. Estoy enferma, lo sé, y si no encuentro una manera de mejorar, acabaré casándome más joven de lo que quisiera y viviendo en un sitio en el que no quiero, porque la verdad es que ahora mismo necesito a alguien que me cuide. ¿Cómo podría saber Ben o cualquier otro que esta no es mi vida real, que sigo esperando a que comience? ¿Cómo podría saber Ben o cualquier otro que en mi vida real no necesito a nadie que me salve?

Aquel verano rompo con Ben, por la cobarde vía del teléfono. «Pero, pero...», y oigo su confusión transformándose en indignación como un cordero recién nacido que intenta ponerse de pie, «si soy yo el que tendría que haber roto contigo».

Me estremezco, pero lo que dice es verdad. En sus palabras oigo las conversaciones en las que yo nunca he pensado, las conversaciones que habré mantenido con sus amigos.

Me propongo ponerme mejor con resolución y dedicación plena al problema: si el problema consiste en que no como, comeré. Mi cuerpo se agranda. Se ablanda. Pasa el verano, y cuando vuelvo a la universidad todo el mundo me dice que estoy estupenda.

Pero yo no lo soporto. No soporto lo visible que me siento. Lo insegura.

Dejo la universidad.

Deseaba tanto empatizar con Ricky en Indianápolis, cuando está en medio de la lluvia delante del coche de Ruth, con la capucha calada, una mano en las profundidades del bolsillo y la otra sujetando la bolsa azul, la cabeza gacha para protegerse los ojos de la lluvia. En aquel momento su vida se ha salido de los raíles que había imaginado. Intentaba encontrar algo que lo salvase, que lo hiciera normal. Comprendo ese deseo. En los expedientes de Ricky hay una hoja de admisión a terapia de los años posteriores a la época del centro penitenciario de Calcasieu. En ella Ricky dice que no es virgen. Que tuvo una novia. Encontré ese detalle y que la chica de Georgia —a quien manoseó cuando él tenía veinte años— tenía catorce.

Y pensé en Luke, el de Colorado.

Luke, que a sus veintidós años debía de tener sus razones para flirtear con una chica de dieciséis por internet. Para prepararle paquetes de fotos y grabarle cintas con recopilatorios de música, para cruzar el país en avión para verla cuando ella todavía iba al instituto, una vida que Luke había dejado hacía años... solo que en realidad no era así, pues seguía en la habitación de su infancia, seguía tan perdido como un adolescente. Luke, que esté donde yo esté en el país, me encuentra por internet cada pocos años y me envía un correo electrónico en el que dice que teníamos una conexión especial que no ha vuelto a encontrar desde entonces y me pide que me ponga en contacto con él.

Nunca le contesto.

Yo tenía dieciséis años. No sabía que era demasiado joven para él. Solo pensaba que sus atenciones significaban que era digna de ser amada, que podían quererme, que no estaba acabada. Cuando te lanzan un salvavidas, no te paras a pensar si es el más adecuado. Lo agarras, te aferras a él.

Cuando llegué a la historia de la chica de Georgia en los expedientes, pensé si habría ocurrido lo mismo. Si esa era la chica. Si, cuando Ricky se llevó el Chevrolet del 69 para escapar a Indianápolis, era posible que la chica no lo supiera. Si, cuando Ricky contaba que ella le había dicho que le gustaba lo que le hacía con la lengua y que volviera a hacerlo, por favor, por favor,

habría algo de cierto. Si al menos en aquel momento de la vida de Ricky podía ser que la relación hubiera sido inapropiada, imprudente, desafortunada, pero nada como lo de mi abuelo. Algo parecido a lo de Luke.

Me permití pensar eso, porque me permitía leer los expedientes. Me permitía pasar ese tiempo con Ricky. Intentar comprender, como era mi deber.

Hasta que no tuve en mis manos la transcripción del primer juicio de Ricky, en el que testificó la chica de Georgia, no comprendí mi error.

La chica tenía catorce años cuando testificó en el juicio. En 1986 tenía cinco.

Diecinueve

California, 1990-1991

California recibe a Ricky con un potencial aparentemente ilimitado. Allí está libre, libre de Georgia, libre de Iowa, libre para inventarse su propia vida. Una vida nueva pero que también cumple la promesa que encerraba la mudanza de Bessie y Alcide hace tantos años, y el intento de Ricky de quedarse allí en la adolescencia. Le gusta el paisaje despejado, le gustan las palmeras, el largo litoral, siempre cercano, aunque técnicamente no viva en él. Le vuelven a la memoria las historias que le contaba Bessie de las flores silvestres, del letrero de la colina de Hollywood que todo el mundo podía ver, incluso ella, y la ciudad le parece llena de posibilidades. ¡Los relucientes coches nuevos en los bulevares! ¡Mires donde mires, gente ganando dinero! Los Ángeles es una ciudad de gente de otros sitios, llegada allí para hacer fortuna. Como él.

Encuentra trabajo con un contratista llamado Mike, para hacer un poco de todo. La novia de Mike se llama Ellen, y los tres empiezan a pasar juntos su tiempo libre, a compartir cervezas y risas cuando acaba el trabajo. Ricky tiene algo en común con Mike, procede de una familia de clase trabajadora de las que apenas pueden salir adelante, como Ricky, pero los padres de Ellen tienen dinero, y Ricky seguramente la observa. No porque sea guapa, que lo es, sino para aprender. Un día en que le pregunta si le gustaría ir con Mike y con ella a una fiesta que dan sus padres, Ricky tiene el buen juicio de preguntarle qué ropa debe ponerse.

—Nada especial, algo apropiado —dice Ellen—. No hace falta ir elegante.

—¿Cómo qué? —insiste Ricky.

—Pues algo apropiado, ya me entiendes.

Está distraída, Ricky lo nota, y por un momento piensa que debe de ser Mike quien la distrae y siente algo parecido a los celos. Le da vergüenza volver a preguntarle. No sabe qué quiere decir con «apropiado».

Lo veo entre unas palmeras. Han colgado una hilera de luces blancas en las hojas acanaladas, y los rayos relucen en el pelo de Ricky. Se lo ha peinado hacia atrás con un bote entero de gel de la tienda de todo a cien. No sonrío — está demasiado nervioso—, pero en sus ojos y en las yemas de los dedos tensos que alisan y repasan y vuelven a alisar el traje de poliéster azul cobalto que describirá Ellen Smith cuatro años más tarde en el primer juicio de Ricky, cuando todo ha cambiado, se nota que lo fascina estar allí. Las luces destellan, su pelo reluce, y los zapatos negros de vestir que se compró en Payless («Es una cadena de zapaterías de California», dice Ellen Smith amablemente, pues la cadena no ha llegado a Luisiana en 1994, cuando testimonia en el primer juicio por asesinato) fulguran donde les ha sacado brillo. Incluso el chaleco de cuero negro que se compró en Goodwill, que no pega nada con el traje de poliéster azul cobalto, incluso el chaleco resplandece. También le ha sacado brillo. Ricky es demasiado flaco, el traje demasiado grande, y parece un crío jugando a ponerse elegante. Debajo del traje se estremece de nervios. Tiene veintiséis años, pero nunca ha estado en una fiesta como esta: mesitas redondas desparramadas por el espacioso jardín, con sus manteles de un blanco deslumbrante. Ricky observa que están planchados. Da la impresión de que han pulido incluso la hierba, de un verde tan brillante que no puede ser de verdad. Los padres de Ellen, con una sonrisa enorme, relajada, auténtica, sujetan con delicadeza las copas de tallo largo. Se llevan la mano de los invitados al pecho cordialmente y dicen que es estupendo verlos, fantástico. Cuando se lo dijeron a él, Ricky se quedó de piedra, como muerto. Así que ha ido a esconderse bajo las palmeras, a observar.

Pero Ellen se siente como pez en el agua. Revolotea entre los invitados, contesta a preguntas. No, Mike y ella no tienen pensado casarse. No, todavía no están preparados para tener hijos. Le encanta que sus padres inviten a cualquiera a fiestas como esta. Invitarían a cualquiera. Está segura. Por eso ha llevado a Ricky. No les ha contado que a Ricky lo condenaron por un delito sexual. Es lo único que Ricky le ha contado: un «delito sexual», y para sus adentros, Ellen se dice ¿qué puede tener de malo el sexo? Pero incluso cuando lo acusan de asesinato unos años después, jura como testigo que, si sus padres hubieran sabido de lo que era culpable, habrían querido que fuera

a su casa. Ellos son así, la gente de California. No importa qué hayas hecho, cuál sea tu pasado; lo que importa es quién eres ahora. Y Rick —Ellen llama así a Ricky, y él ha adoptado el nombre desde que está aquí; le encanta la dureza de la *k* final, señal de que al fin es adulto—, Rick es un buen trabajador. Como su Mike.

Mike. En la fiesta Ellen lo estará buscando, lo mirará, le sonreirá. Mike está un poco apartado, sin hablar con los amigos de los padres, con una botella de cerveza en la mano. Ricky está a su lado, también con una botella en la mano. Los dos ocultos bajo el árbol, para no mezclarse con los amigos de los padres. Como hermanos. Ellen vuelve a sonreír y después mira con ojo crítico la ropa de Ricky. La examina tan minuciosamente que será capaz de describirla años más tarde. Seguramente pensará en la vida de Ricky unos segundos, en la vida que lo ha llevado a esa ropa. ¿Qué le escribe mentalmente en aquel momento? ¿Qué imagina y perdona?

Pasa el verano, después el otoño. Una noche, Ellen, Mike y Ricky están sentados en un bar y se ponen a hablar de lo que van a comprar para Navidad. Ellen dice que a su padre le va a comprar una camisa de golf. Mike le va a regalar flores a su madre.

—La cuestión es —dice Ellen, mirando a Mike por encima del vaso— qué va a regalarme este.

Mike le guiña un ojo a Ricky.

—No irás a decírselo, ¿eh, Rick? Tenemos nuestros secretos.

—¡No es justo! —dice Ellen—. Él ya sabe lo que te voy a regalar a ti. Sabe demasiado, me parece a mí.

¿Aquel momento? Si pudiera, Ricky clavaría en la pared aquel momento como un trofeo de pesca, lo enmarcaría para mirarlo todos los días. En aquel momento tiene amigos.

—¿Qué vas a comprar tú, Rick? —pregunta Ellen.

Ricky se bebe la cerveza de un trago, y la cerveza lo envalentona.

—He estado ahorrando. —Ni siquiera piensa en todo lo que no saben de él. De dónde es, por ejemplo—. Mi madre... Le quitaron una pierna hace quince años y sigue con las muletas. — Pensará en Bessie tirando de su cuerpo por el reducido espacio de la caravana, intentando no enganchar la muleta en el sofá o una pata de la mesa. La muleta ya es suficientemente

complicada dentro de casa, pero Ricky sabe que a Bessie le horroriza ir a cualquier sitio—. Voy... voy —le encanta el sabor de esa palabra en la boca, lo resuelta que parece— a comprarle una silla de ruedas.

Las palabras saben bien. Tienen un sabor auténtico.

—¡Muy bien, tío! —Mike le da unas palmadas en la espalda—. Qué hijo tan bueno tiene tu madre. —Levanta su cerveza—. Por tu madre. ¿Cómo se llama?

—Bessie.

—Por Bessie, la madre de Rick, y su silla de ruedas —dice Mike. Los tres chocan los vasos.

La idea le da alas dos semanas. Cuando llega el viernes, día de pago, quizá cobre el cheque y guarde un par de billetes doblados en una lata de café antes de ir a la tienda y comprar una botella más pequeña que de costumbre. Cuando mete los billetes en la lata se siente orgulloso. Se imagina el cromado brillante de la silla, las ruedas grandes y manejables. La primera semana se ve a sí mismo sacando brillo al cromado antes de entregarle la silla a Bessie. La dejará reluciente. Le pondrá un gran lazo rojo, como en las películas. La segunda semana se le ocurre una idea mejor. Podría dar una entrada para una silla de ruedas con un mando de esos. Llevar el lujo a la vida de Bessie, el primer lujo que conocerá. Se imagina con ella en Iowa cuando vea la silla. El cuidado con que se sentará. Él le enseñará cómo funciona el mando y Bessie calculará mal y estrellará la silla contra el sofá y no pararán de reírse.

Pero al llegar la Navidad sus sueños se han esfumado. Quizá se acaba el trabajo con Mike, quizá sea que está tan acostumbrado a marcharse de todas partes que no sabe cómo quedarse, o quizá ocurre algo y Ellen y Mike ya no lo quieren por allí. Se marcha, y no hay constancia del porqué. Más adelante, al declarar como testigo, Ellen no lo aclarará; solo explicará las ganas que tenía Ricky de comprarle la silla de ruedas a Bessie, y que después se marchó. Ricky no vuelve a ver a Mike. A Ellen solo la ve en el juicio. Bessie se queda sin la silla de ruedas. Ricky se va a otra zona de California, pero pasados unos meses vuelve a marcharse. Regresa a Georgia, a vivir con su hermana Judy. Allí va a ver a un psiquiatra, como le ordenó el juzgado de Georgia, pero esos expedientes no se encontraron, bien porque los

destruyeron o porque nunca existieron. En diciembre de 1991 se marcha de Georgia y vuelve a instalarse con sus padres en Iowa, Luisiana.

Meses más tarde, Ricky asesinará a Jeremy. Y después de hacerlo, sus abogados, los peritos y el propio Ricky dirán que se ha portado bien «un año», que no ha abusado de nadie en todo un año.

Pero no lo soltaron de la cárcel de Georgia hace un año, sino un año y medio. Y antes de la excarcelación, había pasado cuatro años en la cárcel, donde seguramente no tendría la posibilidad de abusar de ningún niño. Así que podría elevarse a cinco años, no a uno. Hay algo sin explicación en todo esto, algo en lo que la ley no puede intervenir porque no hay pruebas, no consta en ninguna parte. ¿Están omitiendo Ricky y sus abogados algo, o a alguien? Un año cuando dejó a Ellen y Mike. Un año cuando se fue de California.

La última vez que Ricky se muda a Iowa con Bessie y Alcide tiene veintiséis años. Igual de escuálido, no mucho más alto que un preadolescente, con la madurez emocional de un niño de once o doce años, según los médicos, pero lo suficientemente avisado para comprender cómo lo perciben los demás y detestar esa percepción. Comprende que es un pedófilo. En la entrevista para la libertad condicional en Georgia, convence al funcionario de que puede mudarse a Luisiana y vivir con sus padres. Ellos se responsabilizarán de él. Bessie asiste a la entrevista, y me la imagino con uno de los vestidos en tonos pastel que llevaba mi abuela, más bonito que las batas de andar por casa — Bessie debe de estar un poco nerviosa—, con encaje de ganchillo en el cuello y a lo mejor también en los puños. Está sentada en una silla plegable enfrente del agente de la libertad condicional, la muleta apoyada contra la pared, detrás de ella, y el muñón de la pierna en ángulo oblicuo con la otra, de modo que, si tuviera los dos tobillos, estarían recatadamente cruzados.

—Señora, quiero asegurarme de que su marido y usted saben en lo que se meten.

Bessie lo mira. Puede que piense en Ricky cuando era pequeño, en la llamada del colegio cuando estaba en sexto y decía que veía a Oscar. Puede que piense en las reuniones familiares en las que siempre se ofrecía de buena gana a cuidar a los niños. En los expedientes hay una nota, solo una, que asegura que Ricky intentó abusar de un miembro de la familia. No dice de quién. Bessie tiene que saberlo. Quizá recuerde haberle dicho a la asistente social del centro de salud mental de Lake Charles hace cinco años que Ricky era una carga, que no podía dejarlo solo ni cinco minutos sin preocuparse por que fuera a largarse y «acosar a alguien». Ahora, cinco años más tarde, después de la libertad condicional y una condena, Bessie sabe que tenía razón de sobra.

Pero Bessie cree que cada uno tiene que llevar su cruz en la vida, y Ricky es su amor y su cruz. ¿Se echaría atrás ahora, se arrepentiría de la decisión de no interrumpir el embarazo, ahora que Ricky ha abusado de tres niños, que ella sepa, y de otros que quizá ella no sabe? Uno no piensa de esa manera. Bessie no piensa de esa manera. Seguramente no puede sentir el dolor de esos niños —de esos desconocidos— como siente la presencia de Ricky a su lado. Su hijo. La familia.

Así que mira al funcionario a los ojos.

—Sí, señor. Su padre y yo lo entendemos.

Es en esa entrevista cuando Ricky dice: «Tengo preferencia por los chicos rubios. De unos seis años», y debe de sentirse orgulloso de ser capaz de describirlo, de entenderse a sí mismo lo suficiente como para saber una cosa así. El funcionario toma nota de las palabras de Ricky, pero no especifica si Bessie está en la habitación. ¿Oye ella lo que dice Ricky? ¿Siente un escalofrío al escuchar sus palabras? ¿Se detiene la pluma del funcionario ante este presagio, o el hombre ni siquiera se percata, en una entrevista de rutina? Nadie cae en la cuenta —ni Bessie, ni el agente de la libertad condicional, ni, por supuesto, Ricky—, nadie sabe que a escasos kilómetros de la caravana en la que se quedará Ricky vive un niño rubio. Tiene seis años, le encanta su escopeta de aire comprimido y se aloja con su madre en una casa en la que luchan por tener calefacción.

Veinte

Massachusetts, 2002

La noche que me admiten en la facultad de derecho, me cuelo en el recinto.

Harvard Yard es una superficie alargada de terreno negro y vacío ahora que es casi medianoche. El resplandor de las farolas de la plaza perfora los árboles como alfilerazos. Me pongo a tiritar bajo un porche de madera. La noche es más fría de lo que me imaginaba, sin viento, clara y silenciosa, la clase de noche bostoniana que siempre me recordará que la ciudad está en el agua y que el agua se convierte en hielo.

A los veintitrés años, al fin con un título universitario tras una segunda tentativa, vivo en Nueva Jersey con mi novio, Adam, y el perro que hemos adoptado, al que llamamos *Professor*. Compartimos la primera planta de una casa medio escondida junto a la rampa de salida de una autopista. La carretera desde la casa de mis padres —a hora y media al norte de la nuestra— hasta la que compartimos Adam y yo es una maraña de fábricas grises y relucientes como el pelo resbaladizo del lomo de una rata a la luz de los faros, con ese olor de la autopista de peaje de Nueva Jersey como si siempre fuera verano y estuvieras siempre encima de una alcantarilla. Nuestra casa es bonita, con su pintura de color melocotón un poco chapucera e incluso una cerca, blanca en sus buenos tiempos. Pero de noche, tumbada de espaldas en la cama con Adam dormido, oigo al matrimonio de al lado gritarse durante horas. Sus voces me asustan. Qué amargura, qué mala leche.

Se parece demasiado a lo que siento yo, viviendo todavía en Nueva Jersey. Aún en la órbita de la casa de mis padres, con recuerdos que no quiero dentro de mí y de los que no puedo escapar. Después de un año en su casa volví a la universidad, en esta ocasión a Columbia, en Nueva York. Me fue bien, saqué buenas notas, pero antes de dos años me había mudado otra vez con ellos, y para ir a clase cruzaba el puente. Vivir en la casa gris me deprime, pero cuando estoy deprimida vivir allí me sienta bien, como si las paredes confirmaran los recuerdos. Después de la graduación me fui a vivir

con Adam, pero tampoco me sirvió de ayuda. Entonces, haciéndole una finta al futuro, solicité el ingreso en la facultad de derecho. El viejo camino que habían seguido mis padres. El viejo amor de mi infancia. Y resultó que todas aquellas tardes que había pasado de niña tumbada en la alfombra del despacho de mis padres haciendo juegos de lógica de los libros del quiosco de abajo, me habían preparado bien para el examen de ingreso: entré en Harvard.

Estamos bajo el sensor fotoeléctrico en el porche de Cambridge, con una bolsa a los pies de Adam que contiene dos sudaderas iguales del quiosco de la plaza, el único sitio abierto a esas horas. La carta de admisión ha llegado por la tarde, mientras Adam estaba en el trabajo. Cuando ha vuelto a casa yo seguía sentada en la alfombra con las piernas cruzadas, mirando la carta sin poder creérmelo, boquiabierta, catatónica.

—¡Cariño! —dijo Adam, y me dio vueltas hasta que dejé de llorar y me eché a reír—. ¿Cómo quieres celebrarlo?

Yo ya lo sabía. Quería una sudadera. Quería una sudadera granate de la facultad que pusiera HARVARD. Cuando tenía seis años, mi padre me llamó un día para hablar en su habitación. Estaba en la cama, apoyado en unas almohadas, con las gafas de leer encima de la colcha. Parecía tan serio que al verlo me quedé en la puerta. Me hizo señas para que entrara. Me senté al borde de la cama. Mi padre extendió un brazo hacia el montón de periódicos que tenía al lado de la cama, como siempre durante toda mi infancia, el montón que todavía sigue allí, y cogió un sobre. Se puso las gafas, abrió el sobre ceremoniosamente, y empezamos la conversación: ¿llevaban a Harvard mis primeras notas del colegio? Mi padre formaba parte de una comunidad de inmigrantes de Nueva Jersey y había ido a centros estatales. Para él Harvard debía de significar que habíamos triunfado. A los siete años yo tenía una camiseta granate que llevaba a todas partes, pero a los diecisiete no habría solicitado el ingreso en Harvard ni aunque, a pesar de las faltas de asistencia a clase y los espacios en blanco en mi expediente del instituto, hubiera podido entrar. Para mí Harvard significa una época anterior a que las cosas empezaran a torcerse.

Adam ha conducido desde Jersey, seis horas de viaje. Estamos en un edificio que tiene que formar parte del campus de la facultad de derecho,

estoy segura, aunque en la oscuridad no veo ninguna indicación. Tiene la pinta que quiero que tenga el edificio de la facultad de derecho: ladrillos grandes, rojizos y marrones, columnas de madera, torres con piedras talladas a los lados. Adam se sopla en las manos y me observa, esperando a que yo tome la delantera.

—¿Quieres que vayamos a casa? —me pregunta. Dentro de ocho horas tengo que estar en la librería en la que trabajo—. ¿O... —alarga la vocal y enarca las cejas— quieres entrar?

—Entrar.

Si nos pillan, me haré pasar por alumna. Lo seré de verdad dentro de muy poco.

En la fotografía que me hace Adam aquella noche estoy tumbada de espaldas en un banco de Austin Hall, en la facultad de derecho de Harvard, con el abrigo de lana negro abotonado hasta arriba, el jersey granate de cuello alto asomando por el cuello del abrigo, el pelo desparramado y los ojos entrecerrados. Mi cara refleja lo que siento: paz, seguridad.

Se me ocurre una idea.

—¿Me cubres? —digo.

Adam sonrío.

—Pues claro.

Encuentro una escalera estrecha que parece subir hasta lo más alto del edificio. El primer piso está oscuro, pero tiene que haber un guardia de seguridad por alguna parte. Un tramo más, por si acaso. Miro la primera puerta que me encuentro después del descansillo. Está abierta.

El aula es sorprendentemente pequeña, con una sola ventana del tamaño de un sello de correos y menos de una docena de sillas dispuestas en filas perfectas. Y una pizarra verde. Con tiza. ¿Puedo? Sí. Escribo «¡Gracias por dejarme entrar!».

O sea, gracias por dejarme entrar. No solo a la facultad de derecho, sino al derecho.

Adam se queda en Jersey con nuestro perro y yo me mudo a la ciudad, donde hace un frío insoportable, pero, varios meses después, me va estupendamente.

Los libros que me ha prestado mi padre han cobrado vida a mi alrededor. Mi profesora de derecho de daños es una señora flaca, nerviosa como un conejo, con la desconcertante costumbre de poner a sus dos hijos pequeños como ejemplos en los casos hipotéticos.

—Imaginemos que mi hija Marguerite está cruzando la calle un día y que una hora antes un camión de gasolina ha dejado un reguero en la calzada —dice—. En la explosión pierde un pie.

En daños —que en realidad es una medida de cómo se juzga el daño que una persona le causa a otra, cómo se atribuye la culpa, cómo se interpreta la causa— siempre hay alguien que se quema con algo, que pierde un miembro o sufre una lesión. En mi caso preferido, *Palsgraf contra Long Island Railroad Co.*, un hombre salta para coger un tren en marcha y se le cae un paquete a las vías. El paquete contiene fuegos artificiales. Explotan. En el otro extremo del andén, una báscula cae sobre una mujer. Es una cadena de acontecimientos, y en realidad, una cuestión de cómo contar la historia. Una cuestión de causalidad. El día que nos enteramos de que a Marguerite, la hija de la profesora, le falta de verdad un pie, de que el miembro que pierde una y otra vez en estos relatos ya no existe, nos quedamos pasmados, sin saber qué hacer.

—¡Pueden reírse! ¡Tiene gracia! —dice la profesora.

La clase de propiedad no trata de normas que hay que memorizar, sino de la cuestión de qué puede ser poseído; la de derecho constitucional, de los compromisos que hemos contraído, lo que nos une como país.

A mis compañeros de clase y a mí nos encantan las ideas. Por la noche discutimos en nuestras habitaciones con unas cervezas, o con vino tinto en los bares. A veces trazamos mapas de nuestros sistemas de creencias en hojas pegadas con celo, tratamos de representar nuestros ideales como si fueran árboles lógicos. Lo que valoramos es la coherencia, la consecuencia y la razón, y ser fieles a nuestros ideales de modo que encajen en el rompecabezas que formamos nosotros. Quiero guiarme únicamente por mis ideales. Por eso estoy aquí. En la solicitud de ingreso en la facultad de derecho decía que, desde niña, en la pista de un aeropuerto, supe que no creía en la pena de muerte. ¿Por qué no se consideraba cruel e insólito acabar con una vida

humana? También decía que quería entrar en la facultad de derecho para comprender.

Cuando llega el momento de solicitar trabajo para el verano, me dirijo a los bufetes que defienden a condenados a muerte. Encuentro dos despachos especializados en este tipo de casos que buscan estudiantes de derecho para trabajar durante el verano. Uno está en California y, aunque por la descripción que me hace el abogado de ese bufete, el verano se presenta fantástico —me encantaría vivir en San Francisco— solo tienen un caso.

—Tendrás que asistir como observadora a las reuniones de intercambio de ideas —dice por teléfono.

El abogado del bufete de Luisiana parece preocupado y agobiado.

—Permíteme que te haga una pregunta, para comprobar una cosa —dice.

En el condado de Jefferson, un condado formado por una estampida de blancos procedente de Nueva Orleans, han empezado a presentarse fiscales con corbatas con estampados de sogas en los juicios de jóvenes negros que se enfrentan a la pena capital. Me quedo de piedra al oírlo. ¿Sogas, en 2003? Respondo tartamudeando que tiene que estar prohibido, pero reconozco que no sé de ninguna norma que lo contemple.

El abogado suelta una carcajada, áspera como un ladrido.

—Nosotros tampoco. Ya te diré qué se nos presenta, pero tenemos más trabajo del que podemos abarcar. Habrá trabajo de sobra para ti.

Cuando recibo la llamada de seguimiento, dos semanas más tarde, ya estoy segura de que quiero trabajar para el bufete de Luisiana. Atiendo la llamada en mi residencia, en una habitación individual de un hotel reformado en cuya puerta siguen pegadas las instrucciones de la hora de salida del hotel, las gruesas cortinas con estampado de cachemira están forradas por detrás con papel de aluminio y en el baño hay un toallero pensado para una oleada de toallas pequeñas. Decidí vivir en una residencia con la esperanza de hacer amigos, pero me equivoqué de sitio y elegí sin querer la de los empollones. Mis compañeros no cocinan en la cocina común ni se juntan a pasar el rato en las zonas comunes. No hay ni cotilleos amistosos ni pausas en las largas noches de estudio. El día de la mudanza iba yo con vaqueros rotos y sudadera, luchando a brazo partido con una caja de cartón llena de ropa para

meterla en el ascensor, cuando pasó a mi lado un hombre con un perchero con ruedas. Llevaba la raya del pelo perfectamente trazada, camisa azul oscuro y pantalones caqui, a todas luces recién planchados. De la barra colgaban cinco pares de pantalones caqui idénticos y el doble de camisas azul oscuro idénticas. Mientras yo sujetaba la puerta del ascensor, metió una planchadora con ruedas.

Pero aquí he hecho otros amigos, idealistas como yo. Por ellos me preocupa qué me preguntarán en la entrevista de trabajo. Porque después de un año en la facultad de derecho y de debates a altas horas de la noche, empiezo a comprender que en realidad no creo que mi oposición a la pena de muerte —o a quien la apoye— sea algo razonado. Es aún una convicción simple, básica, que he tenido siempre: que todos somos personas, hagamos lo que hagamos, y que quitarle la vida a un ser humano está mal.

Pero por teléfono la abogada no me pregunta por qué me opongo.

—Dime una cosa. ¿Cómo te sentirías al defender a alguien culpable? —dice, en voz baja, seria pero en cierto modo entrañable, un tono estudiado que invita a la confesión.

—No me hago ilusiones, sé que no todos mis clientes serán inocentes —contesto.

Incluso a mí me suenan torpes mis palabras, pero la pregunta me fastidia un poco. Quiero hablar de razonamientos, no de sentimientos. Me alegro de saber que hay abogadas en el bufete —a diferencia de la mayor parte del derecho de interés público, el mundo de la pena capital es prácticamente de dominio masculino—, pero parece tratarme con aires de superioridad. ¿De verdad cree que soy tan ingenua?

—¿Y al defender a acusados de asesinato?

—Creo que todo el mundo merece un abogado —digo. Es un bufete especializado en condenados a muerte. Por supuesto que algunos clientes estarán acusados de asesinato.

—Es posible que tengas que verlos. Es posible que tengas que sentarte con ellos.

Cambio de táctica.

—Mi padre es abogado criminalista y me crie viendo a sus clientes.

Cuando era muy joven me pasé una de las fiestas que mis padres daban en su despacho por Navidad colgada de un hombre alto y delgado cuyos dientes destellaban cuando su cara se estiraba con una enorme sonrisa. Estuve toda la noche ofreciéndole daditos de queso de una bandeja, una servilleta para sustituir a la que tenía en la mano, cualquier cosa con tal de que me dirigiera su radiante sonrisa. Más tarde caí en la cuenta de que era un cliente del que me había hablado mi padre, un sicario de la mafia coreana. Después de la fiesta entró en el programa de protección de testigos. Mi padre siempre ha defendido a los malos. Me ha dicho más de una vez que en su trabajo tiene que ser amoral, no pensar nunca en lo que ha hecho la gente que defiende, «si es que lo ha hecho», añade, abogado defensor hasta la médula.

La abogada añade:

—A algunos pueden acusarlos de otros delitos, además de asesinato.

—Lo comprendo. —Me levanto y me pongo a dar vueltas por la habitación. ¿Cómo puedo hacer que me escuche?—. Mira, yo creo en lo que hace tu bufete. Siempre me he opuesto a la pena de muerte. Me gustaría contribuir a combatirla.

—Nuestros clientes no despiertan muchas simpatías. —Baja más la voz—. Por ejemplo, en el último caso en el que hemos trabajado, defendimos a un hombre que había sido condenado por abuso de menores. ¿Puedes defender a un abusador de menores?

Mi abuelo lleva ocho años muerto, pero de repente lo veo y se me agarrota todo el cuerpo. Lo veo vivo, con una de sus gorras de tweed, chupando un caramelo violeta, y a mí como la adulta que soy, sentada con él, con un cuaderno apoyado en las piernas, intentando tomar notas, pero únicamente capaz de observar esas manos que me tocaron, el cuerpo que conozco demasiado bien. En la visión aprieto mucho las rodillas, tratando de que no rocen las tuyas. De repente vuelvo a ser una niña, y allí está su cara después de haberse quitado la dentadura postiza, con una sonrisa gomosa, el aliento húmedo y denso, con un toque de lavanda. Soy muy pequeña, lo bastante pequeña como para que la repentina caverna negra dentro de su boca me fascine y me repugne. La lámpara-muñeca baña su cara de amarillo cuando me sonrío.

—Soy un brujo —dice mi abuelo—. Acuérdate de lo que significa eso.

Este trabajo me pondrá a prueba. Si realmente me opongo a la pena de muerte, tengo que oponerme por hombres como él.

—Sí —digo—. Puedo defender a un abusador de menores.

Veintiuno

Luisiana, 1991-2000

A principios de diciembre de 1991, Ricky pasa unas semanas viviendo con Bessie, Alcide y Jamie, su hermano pequeño, pero no lo soporta. Vivir con ellos es como retroceder en el tiempo. Trabaja en lo que encuentra y pasa el resto del tiempo fumando maría en el río, tratando de no pensar en adónde llegará Jamie en la vida y adónde no ha conseguido llegar él hasta entonces.

Pero un día se le presenta una oportunidad. Hay una vacante en la gasolinera del pueblo, para mantenimiento. Quizá se lo cuenta uno de los tíos del río; quizá un día Ricky se para a tomar una Coca-Cola y ve el cartel escrito a mano de «SE NECESITA PERSONAL» en el escaparate. El caso es que entra. Puede pasar una escoba y cumplir bien lo que le mandan, ahora que intenta agradar. Se siente orgulloso del polo que le dan. Quizá le dure más de unas semanas.

El primer día de paga cobra el cheque y alquila una habitación en un motel. No piensa con la cabeza —la habitación consumirá los cheques más rápido de lo que los gana; si se parase a pensar, se daría cuenta de que no puede durar mucho—, pero en la cárcel de Georgia, cuando su asistente social le pidió que escribiera una lista de sus objetivos, puso: «Tener una casa propia», y ya la tiene. Es tan agradable vivir solo... La habitación no es gran cosa, pero es suya. En Iowa hay muchos moteles subvencionados, con alquileres especiales para estancias prolongadas, y su habitación es para una persona que intenta cambiar una racha de mala suerte. Tiene una cafetera, un hornillo, sábanas por las que paga dos pavos más y un televisor pequeño que puede poner al volumen que quiera. Y también puede fumar en la habitación. Se pasa las tardes tumbado en la cama, con la cabeza apoyada en las almohadas, fumando sin parar y tirando la ceniza en un cenicero negro que hay en la mesilla, con un vaso de plástico con licor de menta al lado de la cabeza. No te sientes solo si es la mejor soledad que has conocido. Ni siquiera lo afecta el ruido de las demás habitaciones (unas puertas más allá

hay un hombre que pega a su mujer y a sus hijos; hay gente que vende drogas y quién sabe qué otras cosas durante toda la noche). No tiene nada que ver con la cárcel. Ni siquiera tiene nada que ver con vivir con Alcide, Bessie y Jamie en la caravana, donde se amontonan las emociones, la historia y el dolor. Puede que esta habitación no parezca nada del otro mundo, pero en ella es libre.

Una noche sale al aparcamiento a fumar un cigarrillo bajo las estrellas.

Allí hay una mujer. Quizá esté apoyada en el edificio, con una mano sobre el cubo de basura, echando el humo al cielo nocturno con la cabeza hacia atrás. La piel cansada y los ojos apretados, el pelo mal recogido en una cola de caballo; pero es guapa, de una manera discreta. Es esa clase de cara que ha vivido, que guarda secretos.

La mujer vuelve la cabeza. Aplasta la colilla sobre la tapa del cubo. Examina a Ricky unos momentos.

—Yo te conozco, del Fuel Stop, ¿no? ¿Trabajas fuera?

Ricky asiente con la cabeza.

—Me llamo Pearl —dice—. Soy cajera.

Quizá sea la noche de finales de otoño lo que los anima a hablar, lo que los hace reflexionar, el encanto del aire fresco y seco en una zona de calor sofocante y húmedo durante gran parte del año, el encanto de la oscuridad para dos personas que en este momento de sus vidas no hay nada que deseen más que un refugio. Allí plantada en el aparcamiento, Pearl quizá rebusque en el paquete otro cigarrillo, quizá sepa que cuando ese se quede vacío tardará mucho en comprar otro, pero lo necesita; intenta no oír el ruido que hacen sus hijos, June y Joey, peleándose en broma al otro lado de la puerta de la habitación del motel mientras Terry pone otra vez la televisión demasiado alta para sofocar el bullicio: Pearl está sin blanca y agotada por sus hijos. Es lista, y se da cuenta de que el motel los está dejando sin fuerzas, a Terry, a los niños y a ella, pero no tiene otra posibilidad, con su sueldo. Ricky se siente libre en su habitación; ella, prisionera.

En eso debe de estar pensando mientras escucha a Ricky bajo el cielo nocturno. Quizá Ricky le cuente que quiere un trozo de tierra a la orilla del

Calcasieu donde poder estar sin molestar a nadie. Cazará y pescará y ganará un poco de dinero en la gasolinera, lo justo para tabaco, prisa y pagar la tierra, de modo que sea de verdad suya. Cuando Ricky sueña, no sueña con amigos. Sueña con un sitio donde poder ser quien es y donde no haya nadie que parezca eso tan condenatorio: normal. Donde solo esté él y él sea normal. Vale, un hombre viviendo en el río, sin hablar con nadie, será objeto de burlas y tendrá fama de ogro entre los niños, pero casi le gusta la idea. Porque a lo mejor hay algún chaval como él, que no encaja, que solo quiere escapar, y al enterarse de la existencia de Ricky comprenderá que es posible.

Pearl lo escucha; tira el segundo cigarrillo al suelo y lo aplasta con el pie. Se muerde el labio inferior, como si estuviera pensando. Dice:

—Yo quiero una casa.

Ese es su sueño. Terry, los niños y ella en una casa como es debido, habitaciones como es debido para los niños, no todos amontonados como en la habitación del motel, donde ninguno tiene su sitio. Un poco de intimidad y poder dormir de un tirón. Han hablado de una casa, pero para comprarla tendrían que trabajar los dos más horas, y ¿quién se ocuparía de los niños? A lo mejor podrían alquilarle una habitación a Ricky, a cambio de cincuenta pavos a la semana y ayudarles con los niños.

Ricky dice que así es como ocurrió, hablando bajo las estrellas. Se hicieron amigos, y cuando se mudó con Pearl, su marido y sus hijos, se hizo más amigo de Terry. Antes de mudarse les contó que estaba en libertad condicional por abuso de menores. Pero ellos se dieron cuenta de que estaba esforzándose. Lo aceptaron. Confiaron en él.

¿Y Pearl? No habla de aquella noche. No dice nada de los cigarrillos, ni de las estrellas, ni de que Ricky le cuenta sus sueños ni de que ella reconoce los suyos. Sí dice que Ricky se hizo amigo de Terry, y que los dos lo invitaron a vivir con ellos por esa razón. No dice que le había contado que era un abusador. Ni después de la desaparición de un amigo de su hijo, cuando le pide que se marche. Ni después de que su hijo y su marido mueran en una colisión con un tren de Amtrak, se quede sola con su hija y huya a Nuevo México, donde ni siquiera los abogados pueden encontrarla durante mucho tiempo.

Pero tampoco dice que no lo supiera.

Ricky lleva la vida que desea durante unas semanas. Pearl, Terry y él alquilan una casa grande, blanca, de dos plantas, en una calle que el casero llama Watson Road. En realidad, la calle no tiene nombre, tan apartada que podría estar en pleno bosque, y la casa está destartada y tiene una pinta rara, con una escalera en la parte trasera que llega al bosque. Pero es la única casa de dos plantas del barrio, y eso la hace especial. Pearl y Terry ponen teléfono, el único del barrio: también eso hace especial a la casa. Ricky va a trabajar a la gasolinera, cuida a June y Joey y lava e incluso plancha a veces el polo y los pantalones caqui del trabajo, y cuando tiene un poco de dinero ahorrado se compra una botella de licor de menta y va al río a pescar: de repente ya no es un solitario, de repente ya no es un rarito, sino un trabajador que vive en una casa bonita y que pasa su día libre disfrutando de un ocio bien merecido.

Ricky es normal.

Pero nada dura en esta vida. Una tarde va a la casa un amigo de Joey, Jeremy. Ricky les prepara el baño a Jeremy y Joey. Les lleva jabón, dicen los expedientes. Quizá Joey le grite que les hace falta. O quizá Ricky, medio a sabiendas, va al armario y coge una pastilla. La lleva al cuarto de baño y ve a Jeremy en la bañera. Dice:

—Ah... Creía que queríais jabón.

Aquella noche Ricky no puede dormir. No deja de pensar en Jeremy. La noche siguiente, Pearl y él están en el salón, sentados en unas butacas, viendo un programa de crímenes en la televisión, uno de los que más les gustan. Con la mayor naturalidad del mundo, como si tal cosa, Ricky pregunta:

—¿De quién es hijo el chaval rubio de ayer?

—De Lori —contesta Pearl.

Ricky no quiere que se le note la curiosidad y espera. Imagino que en la pantalla acaba de aparecer la actriz que hace de víctima. A continuación, repetirán la escena. Ricky mira la pantalla. Pregunta:

—¿Dónde viven?

—Con Melissa, un poco más abajo.

La actriz está tumbada en el sofá, evidentemente sin fijarse en el hombre asomado a la ventana.

—¿Crees que Joey le dirá que vuelva pronto?

En esta ocasión Pearl le dirige una mirada rara. No contesta.

Cuando, al día siguiente, abre la puerta y en el umbral está Jeremy — Terry Lawson se ha ido a pescar con June y Joey y Pearl está no se sabe dónde—, Ricky piensa: «Lárgate, chaval». De repente ve lo que va a pasar. Ya no habrá vuelta atrás.

Podría cerrar la puerta, pero la abre más. Jeremy cruza el umbral y entra en la casa.

Y Ricky lo mata.

Ricky pasará el resto de su vida sin poder explicar ese acto. Una hora después de que Lucky y Dixon lo detengan, confiesa el asesinato, pero les dice que no ha abusado sexualmente de Jeremy. Una hora más tarde vuelve a confesar, con detalles ligeramente distintos, y dice que sí abusó. En el transcurso de varios meses, en tres cintas de video y en varios cuadernos de notas escritas apresuradamente por los guardias de la prisión cuando Ricky dice que tiene algo que añadir, da diferentes versiones del asesinato. Describe la escena en que desnuda a Jeremy para abusar de él. (Jeremy estaba vestido cuando lo encontraron.) Dice que mató a Jeremy para no abusar de él. (Es posible, pero se encontró semen de Ricky en la camiseta de Jeremy.) Dice que no fue un crimen sexual, sino un asesinato, y que lo que realmente quería era ir a la escuela de primaria con una pistola a «pegar unos tiros». (Quizá, pero contra lo que ha luchado Ricky durante décadas es la pedofilia, no la violencia.) Dice que mató a Jeremy porque «lo dominaba el deseo» de que Jeremy no llegara a ser como él. Diez años después seguirá haciendo confesiones, incapaz de dejar de contar la misma historia de distintas maneras. Anda buscando historias como si buscara una identidad, intentando comprender quién es y quién será en el futuro ese quién.

Cuando se lo llevan esposado a la cárcel del condado para la audiencia de detención preliminar, hay una furgoneta de la prensa esperando al coche patrulla. Lucky saca a Ricky, y el periodista echa a correr y enfoca la cara de Ricky. Ricky mira a la cámara, sonrío de oreja a oreja, parece darse cuenta de que no debe hacerlo, baja la mirada. Anda arrastrando los pies torpemente, como si por una parte quisiera que lo vieran y por otra quisiera esconderse. El sol brilla a su espalda, y el mono naranja resplandece recortado contra el azul del cielo y el verde de los matorrales. La cárcel es un edificio bajo de ladrillo

marrón rojizo y beis convencional. A un lado del edificio hay un grupo de funcionarios de prisiones fumando encorvados. Cuando ven al reportero levantan la cabeza como movidos por un resorte y se quedan mirando a Ricky. Entre ellos está el sargento Larry Schroeder, de treinta y dos años, que trabaja de guardia de transporte para las instituciones penitenciarias de Luisiana. Ha pasado los últimos cinco años acompañando a reclusos por todo el estado. Ese día es responsable de un hombre llamado Jackson y de otros dos más. Pero Larry es de la zona. Vive en Lake Charles y allí cría a sus hijos. Así que reconoce inmediatamente a Ricky. Iowa está solo a ocho kilómetros. Larry no es «de los que ven las noticias locales», dirá más adelante; prefiere la CNN, pero todo el mundo sabe quién es Ricky. Su foto policial la vieron en todo el estado.

Cuando ya han entrado todos y empiezan las vistas del día, Larry está sentado en una silla plegable a la puerta de la sala, esperando a que llamen a Jackson. Entonces oye unos fuertes golpes. El ayudante del sheriff encargado de la celda de detención le hace señas para que se acerque. Es Jackson, nervioso y agitado, aporreando la puerta de la celda colectiva. Se queda quieto al ver a Larry, con los ojos a punto de salirse de las órbitas.

—Tío, tienes que sacarme de aquí —dice—. Llévame a otro sitio o algo.

—Tranquilízate —dice Larry—. O te tranquilizas o tendré que meterte en la celda de aislamiento cuando volvamos.

—Sácame de...

—Tranquilízate —repite Larry, y vuelve a su silla.

Parece como si los presos pensarán que como no es su vigilante habitual podrán sacarle algo. Como si fuera un profesor suplente. Larry no está dispuesto a tolerarlo.

Pero entonces el ayudante le pide a Larry que vigile a los presos un momento. Larry vuelve a la celda de detención y se apoya en la puerta. Lo primero que observa es que todos los presos se han apiñado en un banco en un extremo de la habitación. Y en el otro, en una silla él solo, está Ricky. Jackson se encuentra en la fila más próxima a Ricky, balanceándose en el asiento, muy alterado.

—¡Tío, déjame en paz! —dice Jackson—. Déjame en paz.

Entonces ve a Larry.

—¡Sargento, tienes que oír lo que dice este canijo!

En adelante será esta palabra la que se le quede grabada a Larry. «Canijo.» Porque, aunque Jackson es mucho más grande que Ricky y parece que no puede evitar ese comentario sobre el tamaño de Ricky, lo que le sorprende a Larry es su tono de voz. Jackson está realmente asustado. Demasiado asustado para no demostrarlo, aunque después los demás reclusos le vayan a dar la vara.

O a lo mejor no, piensa Larry. No hay más que ver cómo están todos en el otro extremo de la habitación.

Jackson le dice a Ricky:

—Díle al sargento lo que acabas de decirme a mí de matar a ese crío.

Sentado en la silla plegable, inclinado hacia delante con los brazos cruzados, Ricky dice que disfrutó matando a Jeremy, y lo hace en voz lo suficientemente alta como para que todos los de la celda lo oigan.

—Y también disfruté matando a los otros —añade—. La policía no los encontrará a todos. —Dice que abusó de Jeremy y que su padre, Alcide, abusó de él—. Pero no estoy enfadado con él, para nada. Sé que disfrutó. Yo también.

—¡Tío, es asqueroso! —grita Jackson. Y dirigiéndose a Larry, dice—: Mejor que no me encierres con este menda.

¿Qué estamos viendo, con los reclusos apartándose de Ricky como los niños en el colegio? ¿Qué estamos viendo, cuando cuenta la historia del asesinato una y otra vez? He leído todos los documentos sobre la vida de Ricky que he encontrado. He leído informes psicológicos, informes del corredor de la muerte e incluso sus pedidos del economato del centro penitenciario de Calcasieu, para intentar distinguir quién podría ser Ricky entre los residuos del expediente que ha creado su vida, y sigue siendo una persona que me resulta difícil de comprender, que no sé si debo creer. Esta es la única vez que declara que Alcide abusó de él. En otra ocasión dice que abusaron de él —no dice quién—, pero en todas las demás lo niega. Es la única vez que dice que mató a otros niños. La primera vez que lo detuvieron dijo:

—No creía que pudiera hacerlo, o sea, es la primera vez.

Sin embargo, en ciertos temas es coherente. Le gusta decir que elegía únicamente a niños que ya sufrían. Que reconocía algo en sus ojos que le decía que ya habían abusado de ellos. Asegura haberlo reconocido en Jeremy.

Ha contado la historia de tantas maneras que resulta difícil saber qué hacer con la siguiente versión.

En Luisiana hay una tumba que alberga el cadáver de Oscar Lee Langley, el cuerpo de un niño de cinco años decapitado al borde de una carretera de Arizona, un cuerpo que su padre acompañó a Luisiana para que el niño pudiera ser enterrado junto al de los familiares que solo había conocido de bebé. La tumba alberga al niño muerto desde hace sesenta y tres años.

Pero si se hace caso a Ricky Langley, dirá que el 7 de febrero de 1992, Oscar Lee Langley apareció en una habitación del piso de arriba de la casa de los Lawson para bailar y brincar con Jeremy Guillory, de seis años. Ricky dirá que Oscar le dirigió una sonrisa desdentada de niño pequeño, pero que Oscar no quería jugar, que había ido a la casa a burlarse de Ricky. Oscar le dijo que él era el que mandaba, como siempre, y que obligaría a Ricky a abusar de Jeremy, a abusar de él a pesar de que Ricky llevaba meses portándose bien. Ricky le gritó y discutió con él, y eso, asegura Ricky, fue lo que asustó a Jeremy y por lo que echó a correr. Ricky agarró a Oscar por el cuello, el cuello que era el de Jeremy. Quería que Oscar dejara de hablar, quería silenciar aquella voz que Ricky oía en su cabeza desde niño, y fue a Jeremy a quien estranguló. Ricky agarró a Oscar por el cuello con tanta fuerza que lo levantó del suelo: era el cuerpo de Jeremy el que colgaba de las manos de Ricky. Jeremy dejó de respirar.

Si hemos de creer a Ricky, fue entonces cuando comprendió a quién había matado.

El juicio es rápido. El jurado declara culpable a Ricky de abusar de Jeremy y asesinarlo, y, tras solo tres horas de deliberación, lo condena a muerte. Cuando Ricky llega al corredor de la muerte de Angola, la penitenciaría estatal de Luisiana, hay unos ochenta hombres alojados en las celdas de un edificio octogonal blanco de varias plantas, a pocos metros de las puertas de

entrada. En cada planta hay catorce celdas. Las celdas son de hormigón, con una pequeña abertura a un lado con barrotes de hierro. Todas las aberturas dan al mismo lado; los hombres no pueden verse. Lo que ven es el pasillo y a los guardias al pasar, el mismo hormigón un día tras otro. Oyen los mismos ruidos: los gritos, los ronquidos, las incesantes cisternas de los váteres. Los presos pasan veintitrés horas al día confinados en sus celdas de dos por tres. La hora restante llevan a Ricky a un cubículo con cadenas donde se le permite estar de pie y sentir el sol en la cara. Después lo escoltan otra vez a su celda de hormigón, donde la temperatura normal en verano puede llegar a cuarenta y ocho grados. El calor, la monotonía, el ruido: lo que salva a los hombres son los espejos. Si sacan los espejos por los barrotes de hierro y los colocan como es debido, pueden verse unos a otros. El espacio es reducido, ruidoso y sofocante, pero, aunque lo llaman el corredor de la muerte, es donde viven los hombres.

En 1995 ejecutan a uno de ellos, Thomas Lee Ward. En 1996 a otro, Antonio G. James. En 1997 a John Ashley Brown, hijo. En 1999 a Dobie Gillis Williams, considerado inocente por muchos y sobre el que la hermana Helen Prejean, que escribió el libro *Dead Man Walking*, cuyo personaje interpreta Susan Sarandon en la película *Pena de muerte*, también escribirá *The Death of Innocents*. Después, en 2000, los guardias van a la celda de Feltus Taylor. Feltus está en la misma planta que Ricky, y Ricky oye el ruido de los guardias en la rejilla de la celda de Feltus. Todos los reclusos de la planta saben a qué celda han ido los guardias. Todos los reclusos de la planta saben por qué han ido los guardias. A Feltus le ha llegado el turno de morir. Tres años mayor que Ricky, con la cabeza afeitada y sonrisa de Mister T, Feltus les cae muy bien a los guardias y a los reclusos. En la fotografía que le hicieron cuando llegó a Angola, fotografía que ahora se encuentra en el museo de la penitenciaría junto con las de todos los hombres ejecutados allí, es un joven de brazos musculosos y unos ojos que se ponen en blanco ante cada disparo de la cámara, como si ni siquiera recluido esté dispuesto a someterse al encuadre y a la pared con marcas de estatura. Pero ¿y el Feltus de ahora? Ahora Feltus es afable y hablador, capaz de confesar su culpa por matar a un compañero de trabajo y de expresar lo mucho que siente haberlo hecho. Feltus demuestra que las personas pueden cambiar.

Poco después, Feltus está muerto. A las ocho de la mañana siguiente los guardias hacen el recorrido por las plantas. Ricky —le queda grande el mono, ha adelgazado en el corredor de la muerte y tiene la cara chupada y el cuello descarnado, los ojos enormes— no se mueve de su catre. «Está aceptando bien la ejecución de anoche, dentro de lo que cabe», escribe uno de los guardias.

Pero a las diez de la mañana, Ricky echa chispas de rabia. Dice que los guardias los putean. A los libres —en el corredor de la muerte llaman así a los guardias; la característica que los define no es que sean guardias, sino libres— les encantan esas gilipolleces. Cuando Ricky se va de la lengua los demás reclusos se ponen nerviosos. En las plantas, el tratamiento que se da a los reclusos revoltosos es el gas lacrimógeno. Y el gas no se queda en una sola celda. John Thompson, que ocupa la celda contigua a la de Ricky, estira un brazo para tocar los barrotes entre su celda y la de Ricky, intentando que le preste atención, pero Ricky no responde.

—¡Ricky, por favor! —dice Thompson—. Tranquilo. Tranqui.

Ricky no hace caso a Thompson. A los guardias les encantan las ejecuciones. Les encanta cargarse a los presos, uno a uno. El día en que estén todos muertos, serán felices. Feltus decía una cosa en broma, pero ahora está cargada de amargura: «Igual pensáis que estoy paranoico, pero creo que están intentando matarme», decía.

La siguiente vez que se acerca un hombre libre, Ricky grita:

—¡Deberíais haberme matado a mí, no a él!

Está preparado para irse. Está harto de esperar; debería haber sido él. Es como si de pronto se diera cuenta de que los están reteniendo allí para morir. Al guardia le preocupa tanto el cambio experimentado por Ricky que solicita una evaluación. La frase que escriben los médicos en su historial volverán a escribirla una y otra vez: «Estado de ánimo en consonancia con la situación». Igual que en Georgia, la cárcel puede ser el sitio en el que menos extraño se considere a Ricky.

Mientras Ricky se debate entre la furia y la resignación, y pasa un día tras otro en su celda de hormigón sin saber cuándo señalarán una fecha para su

muerte, en el mundo exterior hay un abogado que lucha por él. Clive Stafford Smith, desgarbado, de casi dos metros, nariz aguileña y unos ojos azules tan penetrantes que se quita las gafas cada vez que le hacen una foto, por miedo a que con la ampliación parezca que tiene mirada de loco, dice en broma. Nacido en 1959, acababa de cumplir seis años cuando su país, Gran Bretaña, ilegalizó la pena capital, en 1965, edad suficiente para entender lo que hablaban los adultos. El horror ante la idea de las ejecuciones jamás lo abandonó. Se licenció en derecho en Estados Unidos y dedicó su carrera a luchar contra la pena de muerte en el sur. Ahora, a los cuarenta y tres años, da una imagen curiosa en los juzgados, con su acento pulcro y unos modales tan decorosos e irreprochables que pueden deslizarse fácilmente de la corrección a la extravagancia. Preguntado por la acusación sobre un testimonio de oídas, cita el Imperio romano. Al describir una tentativa de ejecución por parte del Estado, dice: «Iban a hacerle algo poco amable a uno de mis clientes». En una ocasión —una vista con las cosas al revés, él en el estrado de los testigos, para variar— un abogado le pregunta: «Veamos. ¿Dónde trabaja usted momentáneamente?», y Clive empieza a responder con «Dejando a un lado el despropósito de la palabra momentáneamente...». Al abogado no le queda más remedio que interrumpirlo para demostrar que conoce la palabra correcta. «Actualmente.»

También por su historial es una rareza. Después de dos décadas en el sur y más de trescientas causas de pena de muerte, a Clive solamente le ejecutan a seis clientes. Por sus méritos, la reina le ha concedido la orden del Imperio británico, un medallón que le ha colgado al cuello a una escultura de yeso de Zeus, sobre el fondo de la pared burdeos de la casa que tienen su esposa, Emily, y él, no en el acomodado Garden District de Nueva Orleans, sino en el Lower Ninth Ward. Aún faltan años para que el huracán Katrina cause estragos en la zona. El Ninth Ward ya no es la orilla más rural del río, como en sus orígenes, ya no hay sembrados detrás de las casas. El crack ha entrado a raudales, y con él las bandas. En el barrio siguen faltando farolas que funcionen. En una ciudad con una tasa de homicidios elevada, el Ninth tiene la más elevada. Al fijar su residencia en un sitio en el que muchos tienen que vivir obligados por las circunstancias, Clive es un hombre no solo entregado a su trabajo, sino definido por él.

Y está decidido a salvarle la vida a Ricky. Cuando se pone a indagar se entera de que los miembros del jurado del juicio llevaron una Biblia a la sala de deliberaciones y rezaron juntos antes de decidir condenar a muerte a Ricky. Es inconstitucional, pero difícil de defender en una apelación en Luisiana. En lugar de eso, consigue la anulación de la sentencia de muerte de Ricky con argumentos que jamás se habían presentado en aquel estado: aunque Ricky es blanco, tenía derecho a que hubiera negros en el jurado, y no había ninguno. Los jueces del tribunal supremo del estado poco menos que se tapan la nariz cuando fallan a su favor. «Por suerte, Langley probablemente no saldrá libre.» Sacan a Ricky del corredor de la muerte y lo devuelven al centro penitenciario de Calcasieu, a esperar un nuevo juicio.

Con los años, el bufete fundado por Clive representará a la mitad de los reclusos del corredor de la muerte de Luisiana, pero incluso entonces, cuando los periodistas le pregunten por su carrera, siempre volverá a contar la historia de Ricky. Clive ve algo insólito en este caso, algo que acaba de comenzar. Su padre sufría una enfermedad mental. Cuando mira a Ricky, ve a su padre. ¿Puede imaginar ya Clive hasta dónde lo llevará esta percepción?

Por pequeñas disputas jurídicas, por peleas sobre peticiones y jurisdicciones, porque los rápidos engranajes de la justicia son en realidad lentos y están oxidados y nadie es capaz de saber si realmente es justicia, el caso de Ricky tardará años en resolverse.

Lo que me da tiempo para llegar a Luisiana.

Veintidós

Luisiana, 2003

No hay ninguna indicación en el edificio de Nueva Orleans de la dirección que me dio la abogada por teléfono. Solo una puerta de cristal ahumado, sin número siquiera, y unas ventanas con las persianas bajadas. Aunque los demás edificios de la manzana son grises, este es de un morado de carnaval, color que acentúa la sensación de vacío de los bloques, la sensación de abandono, como si fuera de noche o fin de semana. Pero son las nueve de la mañana de un lunes, y allí aún no hay nadie. A lo mejor me he equivocado de edificio, pero lo único que tengo es la dirección. Toco el timbre.

Abre la puerta un hombre. La habitación detrás de él está tan oscura que parece una bolsa de noche en plena mañana. El hombre lleva vaqueros y camisa de manga corta con botones en el cuello, nada de traje de bufete, y empiezo a preguntarme de verdad si no me habré equivocado de sitio. Y luego está lo de su piel oscura. Por la forma de hablar de los abogados cuando me contaron por teléfono lo de las corbatas con nudos de horca me di cuenta de que eran todos blancos y la mayoría de sus clientes, negros. No pondrían a un cliente a abrir la puerta, ¿no?

Si el hombre nota mi sorpresa, no lo demuestra. Sonríe.

—Pasa, pasa. Estás en prácticas, ¿no? Los demás están arriba.

Es John Thompson. El hombre que pasó un año en el corredor de la muerte, al lado de Ricky, y que fue absuelto hace catorce años. Si me dice cómo se llama, si me tiende la mano para que se la estreche y se presenta, el momento no se me graba en la memoria. Su nombre aún no significa nada para mí. Solo me fijo en el despacho, visible de repente: tras la puerta, el suelo desciende y los dos sofás negros de imitación de cuero de la sala de espera han conocido días mejores; las portadas de las revistas son antiguas y están cubiertas de polvo; la mesa de la recepcionista se esconde detrás de una gruesa lámina de plástico que parece un cristal a prueba de balas. En realidad, no es una recepción para recibir a nadie. Nada parecido al bufete de mis

padres, con la reluciente caoba para impresionar. En una de las paredes, en una pizarra blanca, hay unas listas de nombres pre-ocupantemente largas, con la tinta corrida. Hay una columna titulada «Dentro» y otra «Fuera», y unos imanes como fichas de póquer para señalar a los abogados disponibles. Pero solo unos cuantos imanes están claramente en una columna concreta; los demás, desperdigados a voleo por la pizarra. Igual que la recepción, da la impresión de que colocaron la pizarra hace mucho tiempo en un arrebato de optimismo y que después ha sucumbido al polvo y al exceso de trabajo.

—La biblioteca está al final de las escaleras —dice John Thompson.

De modo que el hombre que conoció a Ricky es el mismo que me lleva hasta su historia. Subo, con una mano en la delgada barandilla. La escalera es estrecha y reducida, el techo de madera tan bajo que casi no puedo ir erguida. La habitación de la que salgo y la habitación en la que entro están igualmente oscuras. Todo el verano me parecerá extraña esa subida, salir del despacho demasiado refrigerado y entrar en la bolsa de calor oscuro escondida a un lado. Siempre me parecerá algo ilícito y agobiante. Hasta años más tarde, ojeando las fotografías del expediente de Ricky, no veré otra escalera que evoque tan perfectamente la misma sensación, y me pararé en seco: la escalera de la casa de los Lawson que subieron Lucky y Dixon, la escalera que subió Ricky, detrás de Jeremy. La forma en que se tomó la fotografía, en ángulo alto, es exactamente como quedará la escalera en mi memoria.

Arriba del todo, el corredor se abre a un espacio cavernoso con una mesa ancha en el centro. El techo es tremendamente alto, y los libros forrados de cuero suben por las paredes como si intentaran trepar hasta allí. Registros de casos. Esos libros albergan las fuentes de los casos hipotéticos que tanto me gustan, los casos que constituyen los fundamentos del mundo en el que voy a entrar.

Alrededor de la mesa hay ocho jóvenes sentados, estudiantes de derecho como yo, que van a pasar el verano trabajando para el bufete. De pie, a la cabecera de la mesa, está una mujer delgada, con acento británico y traje negro. Se hacen las presentaciones de rigor. Nos pasamos todo el día sentados a esa mesa. Nos enseñan la historia del bufete. Nos enseñan sus métodos para mantener al día los expedientes. Nos enseñan qué ropa tenemos que ponernos cuando visitemos a los clientes.

A la mañana siguiente, la misma mujer se coloca al frente de la mesa. Dice que ese día tendríamos que conocer a su marido, Clive Stafford Smith, fundador del bufete.

—Pero Clive todavía está en Texas, ejerciendo de abogado despierto en el caso del abogado dormido.

Nos reímos, un tanto impresionados. Se trata de un caso de gran actualidad, en el que un acusado ha recurrido y solicitado un nuevo juicio porque durante el primero, en el que fue condenado a muerte, su abogado se quedó dormido durante el proceso. Todos los que estamos sentados a la mesa somos de universidades del norte. Todos nosotros somos del norte. Hasta ahora aquel caso se nos antojaba algo muy lejano. Pero estamos realmente aquí.

—En su lugar, voy a enseñaros una cosa —dice. Levanta una cinta de video—. Es la confesión, grabada en 1992, del hombre cuyo nuevo juicio acabamos de terminar. Hace nueve años fue condenado a muerte, pero en esta ocasión el jurado lo ha condenado a cadena perpetua.

No tenía pensado enseñárnoslo; salta a la vista. Pero estamos aquí, hay que llenar el tiempo, y ¿qué mejor manera de presentar el trabajo que tenemos por delante que mostrarnos a quien vamos a defender?

—Las luces, por favor —le dice a otro abogado.

En la pantalla parpadea una cara.

Gafas de culo de vaso. Orejas demasiado grandes, legado del consumo de alcohol de Bessie. Los ojos marrones que fueron lo último que vio Jeremy.

Habla de abusar sexualmente de niños.

—A veces, pues... me froto el pene contra ellos —dice, y las manos de mi abuelo están en el borde de mi camisón blanco de franela con estrellitas azules; lo sube, me baja las bragas y se desabrocha la bragueta.

He venido aquí a ayudar a salvar al hombre de la pantalla. He venido a ayudar a salvar a hombres como él. He venido porque mis ideales y quien yo soy existen independientemente de lo que ocurrió en el pasado. Así tiene que ser. Si no, ¿qué me espera en la vida?

Pero miro al hombre de la pantalla, siento las manos de mi abuelo en mí y lo sé. A pesar de mi preparación, a pesar de haber venido a trabajar aquí, a pesar de mis convicciones.

Quiero que Ricky muera.

TERCERA PARTE

El juicio

Veintitrés

Aquel día me levanté de la mesa de conferencias sabiendo perfectamente de quién era la confesión que había visto, pero una hora más tarde ya no sabía cómo se llamaba aquel hombre. No me acordaba. Cuando intentaba recordarlo, la oscuridad envolvía mi campo visual y el nombre desaparecía. No llegué a trabajar en el caso de aquel hombre, pero sí en muchos otros, y después me sentí cambiada. Eran las víctimas en cuyos nombres me fijaba, las víctimas por quienes de repente me preguntaba.

Sé que era extraño que no pudiera recordar el nombre de aquel hombre. Algo estaba pasando en mi interior. Leía su expediente una y otra vez, intentaba obligarme a recordarlo, pero mi mirada resbalaba por aquellas letras. ¿Por qué no podía retenerlas? Mi visión daba un pequeño salto, como una cámara desenfocada. Una oleada de máxima alerta invadía mi cuerpo. Segundos más tarde ya no recordaba el nombre que acababa de leer. Había desaparecido por completo, como si me lo hubieran extirpado de la conciencia, y solo quedaba la cicatriz negra.

Cuando acabó el verano volví a Boston. Terminé los estudios de derecho. Y después dejé el derecho. ¿Cómo iba a ser abogada, si quería que aquel hombre muriera? La oposición a la pena de muerte había contribuido a que entrara en la facultad de derecho. Y seguía oponiéndome, o eso pensaba. Pero ¿cómo iba a luchar por lo que creía si en cuanto un crimen me afectaba personalmente cambiaban mis opiniones? Todo crimen tenía algo personal para alguien. Volví a la universidad, pero me matriculé en Escritura Creativa. Y sin embargo, seguí pensando con frecuencia en el niño que había matado aquel hombre, Jeremy, y en la madre del niño, Lorilei. Que hubiera testificado en favor del asesino despertaba en mí sentimientos complejos, admiración y rabia. Pero sabía que había huido de la complejidad. Era una cobarde y seguía sin poder recordar el nombre de aquel hombre.

Motivo por el que, doce años después de aquel día en la biblioteca del bufete, estoy debajo del letrero gigantesco de un área de descanso. Porque no

se puede dejar que el pasado nos obsesione. El letrero dice «CASH MAGIC». Como no hay sol, el letrero no da sombra. Es un día de agosto de 2015, con treinta y cinco grados y un noventa y cinco por ciento de humedad, y al cielo parece como si le hubieran descargado una hormigonera. Al oeste del lago Pontchartrain, los exuberantes amarillos y morados de Nueva Orleans, sus neones y carteles publicitarios, ceden el paso a los pantanos atascados de juncos. A unos trescientos kilómetros de Nueva Orleans serpentea la I-10 por la mitad inferior de Luisiana en dirección a Iowa: carretera y cielo desteñidos en el horizonte, desvaneciéndose en una vastedad vacía y gris. He conseguido una parte del expediente judicial de ese hombre y he leído miles de páginas de archivos para llegar hasta aquí. Leí su nombre una y otra vez hasta que se apaciguaron los temblores y me lo aprendí.

El caso de Ricky Langley no acabó en 2003 con el nuevo juicio por el que luchó Clive. No acabó cuando Lorilei le dijo al jurado que podía oír el grito de Ricky pidiendo ayuda. El veredicto de aquel juicio fue anulado, y en 2009 Ricky fue a juicio de nuevo y volvieron a condenarlo a cadena perpetua. El número de juicios ascendía a tres. En 1994, pena capital. En 2003, cadena perpetua. En 2009, cadena perpetua. Antes del juicio de 2009, el tribunal de apelación sostuvo que, como se había librado de la pena capital en una ocasión, no podían condenarlo a otra.

De modo que fue el juicio de 2003 —en el que Lorilei testificó a favor de Ricky y que acabó justo antes de mi llegada a Luisiana— el que decidió su destino. Entonces ¿por qué se había celebrado otro juicio, el tercero? Había cometido el asesinato. ¿Quién habría presionado? Y ¿cómo había sido capaz Lorilei de luchar por él cuando había matado a su hijo, y yo no, a pesar de oponerme a la pena de muerte? Esperaba que el expediente judicial diera respuesta a mis preguntas. Esperaba que me ayudara a comprender.

Pero en cuanto empecé a leerlo me di cuenta de que lo que necesitaba era precisamente lo que no reflejaban las palabras del expediente que había leído: las emociones, los recuerdos, la historia. El pasado.

El pasado. Que había tenido lugar aquí, en el aparcamiento del Cash Magic, llamado antes Fuel Stop. El aparcamiento está casi vacío, debido al calor. Da

la impresión de tener capacidad al menos para sesenta coches y una docena de camiones, pero solo hay una camioneta 4 × 4 de color burdeos abollada con una flor de lis dorada y morada en la trasera y un turismo blanco embarrado con los tapacubos herrumbrosos. Un camión negro ocupa en solitario cuatro plazas al fondo del aparcamiento. Al lado hay dos contenedores de escombros, uno verde y otro azul, los dos salpicados de óxido naranja. Han oscurecido la puerta trasera de la gasolinera y han pintado en letras blancas «RESERVADO PARA ADULTOS». Esta misma noche, más tarde, el Cash Magic se convertirá en el casino local, y los lugareños irán en pos del premio gordo de las tragaperras.

El sudor me perla la piel. Siento la boca como si hubiera chupado una bayeta mojada. Levanto la cámara y encuadro el letrero verde del Cash Magic por encima de los árboles. Tiene un sombrero negro brillante del que la mano de un mago enguantada de blanco saca un conejo. Clic. Los árboles al otro lado de la carretera parecen temblar con el calor; las ramas serpenteantes como brazos, las hojitas como dedos enjorjados. Clic. Las hojas llegan hasta el cemento, la tierra está lista para recuperarse. Clic.

Enmarco con la cámara los anuncios rojos de metal sobre los surtidores de gasolina. Enmarco los lustrosos surtidores plateados y el asfalto oscuro que se extiende por debajo. El aparcamiento no estaba asfaltado hace veintitrés años. Hace veintitrés años, un hombre encaramado a un tractor, de veintiséis años, pálido, flaco, con orejas de soplillo y unas gafas que le comían media cara esparcía conchas trituradas por el suelo que ahora piso. Si entorno los ojos, casi distingo a Lucky cuando sale del coche patrulla y se quita el sombrero.

Está todo aquí. Como estaba hace veintitrés años. Como está en los expedientes.

Y entonces empieza la sensación. La sensación por la que, tanto como cualquiera de los motivos racionales que no paro de repetirme, realmente he vuelto a Luisiana. Por la que tenía que volver. Se me enrojece la piel, se pone tirante y me pica, el corazón me late más deprisa y el ruido me resuena en la cabeza. Aparto la cámara de los ojos y, sin la protección del objetivo, la imagen que tengo delante parece deformada y borrosa. Todo queda en suspenso. Como retroceder bruscamente en el tiempo.

Dos noches antes de venir aquí estaba en la cama con Janna, mi novia. Después de la facultad de derecho salí del armario. Fue como si abandonar el derecho —tirar por la borda la vida que había planeado— me obligase a aceptar todo lo demás que era yo. Durante años tuve miedo de que si salía del armario y alguien se enteraba de que habían abusado de mí cuando era pequeña, pensaría que por eso soy lesbiana. Como si eso me hubiera hecho lesbiana. Yo sabía muy bien que no era así. La primera vez que me acosté con una mujer, mi corazón se abrió. Hasta aquel momento no sabía lo cerrado que estaba. Soy lesbiana porque amo a las mujeres, así de sencillo. Pero la posibilidad de que alguien pudiera pensar de otra manera hizo que me ocultara mucho tiempo.

Janna y yo somos polos opuestos. Yo tengo los hombros estrechos y las caderas anchas de mi madre, la piel aceitunada y el pelo oscuro y rizado de mi abuelo. Janna es musculosa y de hombros anchos, caderas estrechas como las de un chico, lleva el pelo rubio igual de corto que un chico y la piel germánica es tan pálida que parece casi traslúcida. Cuando salí del armario desapareció mi trastorno alimentario, como si mi cuerpo hubiera estado esperando a que yo aceptara quién soy. Ahora preparo comidas complicadas. Janna sería capaz de vivir a base de barritas de proteína y chicle con cafeína, de cualquier cosa que le quepa en una mochila o en la trasera de la bicicleta. Quizá nuestras diferencias se resuman en que yo soy escritora y ella científica. Pero a veces las diferencias superficiales parecen reflejar algo más profundo: el modo de experimentar el tiempo. Para mí, siempre estratificado. Para ella, el momento. No lleva-mos mucho tiempo juntas —poco más de medio año—, pero una parte de lo que nos damos la una a la otra es la posibilidad de ver las cosas de una manera distinta.

Aquella noche estábamos besándonos en la cama. Mi estudio de Cambridge es minúsculo; lo elegí porque es una manera asequible de vivir a una distancia que puedo recorrer a pie hasta Harvard, donde doy clase de escritura. Hay montones de libros por todas partes, y la cama está en medio de la habitación. Estábamos allí tumbadas, sin habernos acostado todavía, pero sin rehuir lo que íbamos a hacer. Me apoyé en los codos para ponerme encima de ella, me incliné y la besé. Me encanta besarla. Mi cuerpo entero

parece disolverse en un mar de sensaciones, sin nada del pasado, solo el momento, su boca y mi lengua. Nos besamos interminablemente, y de repente mis manos se aferraron a su camisa y se la quité. Janna deslizó sus manos por mi espalda y trasteó con el broche de mi sujetador. Yo tiré con fuerza del elástico del suyo para sacárselo por la cabeza. Dejé caer mi cuerpo sobre el de ella y cerré los ojos para concentrarme en la sensación de su piel contra la mía. Volví a besarla y su lengua encontró mi boca. Puse la mano entre sus piernas. Ella bajó la suya para acariciarme y nos movimos juntas. Me sentía bien, y gemí, y volví a sentirme bien.

Y de repente, no.

Cuando me pasa esto es como cuando te das cuenta de que el agua de la ducha sale demasiado caliente de golpe, ha traspasado un umbral invisible y está ardiendo. Aunque lo más sensato sería salir de la ducha —¿qué importa que se empape la alfombra?—, te quedas bajo el chorro que te escalda buscando a tientas la llave del grifo.

—¡Joder! —dije al darme cuenta de que me estaba hundiendo en el recuerdo. Lo único que pude decir antes de que me dominara el pánico—. Joder.

Se me aceleró la respiración. Tomé una bocanada de aire. Busqué a tientas algo a lo que agarrarme. Ella estaba allí y ella fue mi asidero, pero en aquel momento yo me sentía tan perdida que solo quería algo sólido.

—Abrázame —dije entrecortadamente, y sentí sus brazos tensos. Me aferré a ellos. No podía apartarme.

¿Adónde va la mente en esos momentos, mientras el cuerpo tiembla? Para mí es como la estela candente de un vacío, la nada sin tiempo, sin lugar, sin nadie. Antes era una sensación, una única sensación concentrada, insoportable: la textura suave y caliente del pene de mi abuelo contra mi mano, por ejemplo, o el color morado rosáceo de su pene, un color con el que todavía me siento incómoda, lo vea donde lo vea, aunque ya con una sensación vaga, pues lo que la desencadena no se remonta a la causa y solo siento los efectos. Pero al igual que los años han borrado la causa (y lo agradezco), también han borrado las sensaciones, como si la película de la memoria se hubiera reproducido tantas veces que ha acabado descolorida y rota. Ahora solo tengo que domar el vacío del pánico. «Joder», digo cuando

la ola de sensaciones empieza a romper, por encima de mí, dentro de mí, y después respiro hondo para seguir el ritmo de la carrera de terror que me inflama el cuerpo, el corazón y la respiración. La ola se agranda, se encresta y rompe.

(Podría parecer que estoy describiendo otra cosa, pero no es un orgasmo. Es terror.)

Cuando rompe, lloro. La ola fluye. Respiro más lentamente y noto las lágrimas en las mejillas, calientes, pero no soy consciente de estar llorando ni de ningún sentimiento de tristeza. Soy un saco contra el que ha roto la ola, y ahora tiene que salir goteando. He sido un recipiente; ahora solo soy una vía. Quién soy sin esta sensación es tan irrelevante como el tiempo.

Tenía intención de reservar una habitación de motel a una distancia cómoda de Iowa. Quería quedarme en Lake Charles, sí, donde había tenido lugar el juicio pero ninguno de los acontecimientos sensibles del asesinato. Tenía pensado dormir en un sitio seguro y distante y meter un pie en el pasado todos los días con la misma tranquilidad con que pruebas la temperatura del agua de una bañera desde las sólidas baldosas del suelo. No reservé la habitación más barata. Consulté reseñas. Estudié direcciones. Quería un sitio limpio y seguro, un refugio al principio y al final de cada día.

Fui en avión a Baton Rouge, no a Nueva Orleans, empeñada en hacer el viaje lo más rápido posible. A dos horas del aeropuerto, cuando solo me quedaban cincuenta metros de trayecto según el GPS, vi el anuncio del CASH MAGIC. Allí estaba, alto y recortado contra el cielo ceniciento. Se me aceleró la respiración. Se me encogió el pecho.

Pasé junto al letrero como en un sueño. Había mirado la dirección del motel. ¿Cómo podía haberme equivocado? Si quería alojarme en un sitio alejado del asesinato, ¿cómo me había metido de lleno en él? A mi derecha estaba el mostrador en el que había trabajado Pearl, los surtidores que Lanelle ponía en marcha para los conductores y la ventana por la que observó a Ricky un día entero, pensando si sería la clase de persona rara capaz de matar a un niño. A la derecha se extendía el asfalto con que habían sustituido las conchas trituradas.

Mi motel estaba a una manzana de distancia, en la acera de enfrente. Desde la entrada veía el letrero verde del CASH MAGIC. Di mi nombre al recepcionista, supongo que tuve que hacerlo, y la tarjeta de crédito; mantuve la conversación trivial de rigor, recogí la llave y entré en mi habitación. Me desplomé en la cama. Me sumergí en trece horas de vacío y oscuridad entre el sueño y el recuerdo.

El motor de este relato son las ausencias. Extrañas negruras, extraños olvidos que a veces se apoderan de mí. Revelan lo que aún queda por resolver en mi interior. Me empujan hacia lo que más quiero evitar.

Ricky me trajo a este relato. Es en él en quien no paro de pensar y de buscar, para intentar comprender. Pero el estar aquí y lo que ocurrió la otra noche en la cama con Janna, en Massachusetts, me hacen entender que tengo que empezar con Jeremy. Es él quien llevaba en su cuerpo el crimen de Ricky.

Lo primero que oigo son los pájaros. Donde yo vivo, quedan silenciados por los coches, los peatones con móviles, las ráfagas de música que escapan por las ventanillas de los coches, los pitidos de los cláxones, el gorjeo artificial de los semáforos que indican que se puede cruzar con seguridad, la cháchara que se traen mis pensamientos durante la jornada. Los ruidos de la ciudad. Para llegar al cementerio de Consolata, donde está enterrado Jeremy, he conducido quince minutos en dirección oeste desde el Cash Magic, rodeando los altos edificios de Lake Charles y el sur del lago. Ahora, en las afueras del oeste de la ciudad, lo artificial lucha mientras el mundo natural se ahoga: tiendas de reparación de maquinaria agrícola y letreros de lavanderías decrépitos, la hierba a ambos lados de la carretera aplastada por remolques herrumbrosos. El canto de los pájaros estalla entre medias, de la misma manera que una línea melódica revolotea sobre el trasfondo sonoro, contrapunto y levedad.

Los árboles deben de atraer muchos pájaros. El cementerio de Consolata aparece entre el cemento como un oasis de belleza organizada, anchos robles de brillantes hojas trémulas y firmes ramas marrones. Una calma artificial. No hay lápidas verticales como las del noroeste, a las que yo estoy acostumbrada —a menos de ochenta kilómetros del golfo de México y

rodeadas de lagos, con la capa freática se desmoronarían—, y sin ellas hay poco que interrumpa la llanura de la tierra. Un banco de piedra espera vacío bajo un roble solitario.

Doy unos pasos por la hierba. Desde esta posición veo lo que el sol y mi ángulo de visión ensombrecían: la salpicadura de placas de metal oscuro a ras del césped. Los muertos. Que sus moradas sean tan discretas y bajas contribuye al silencio. Sin embargo, los pájaros no paran de piar. Al menos ellos acompañan a Jeremy.

—¿En qué puedo ayudarla? —me grita un hombre al volante de un carrito de golf.

—Gracias. —Me dirijo hacia él—. Estoy buscando una tumba.

—¿Qué número de parcela?

La pregunta me pilla desprevenida.

—No lo sé. —Llevo arrastrando esta historia tanto tiempo que en el fondo esperaba guiarme por la intuición; dar unas vueltas por allí, simplemente, hasta reconocer el nombre. Pero las placas son tan planas que no hay manera de leer lo que dicen hasta que estás justo encima del muerto—. Se llamaba Jeremy Guillory.

La cara del hombre no expresa nada.

¿Qué me esperaba? ¿Que porque a mí me había empujado hasta allí ese misterio, también él tendría en la cabeza el nombre de un chico que llevaba muerto dos décadas?

—Voy a avisar —dice. La respuesta llega con interferencias por el altavoz. El hombre enciende el motor y me hace señas para que suba—. ¿Cuándo murió?

—En el noventa y dos.

—¿Un hombre mayor?

Debe de ser la conversación normal en un cementerio. A la izquierda aparece una extensión de tumbas, hileras y más hileras de pequeñas placas negras que salpican la tierra. El cementerio es más grande de lo que pensaba, y ante el tamaño se me encoge el pecho unos momentos. He venido aquí a buscar a una persona. Una historia. Pero hay tantas enterradas...

—No —contesto—. Un niño.

—Qué lástima.

Continuamos en silencio. El gris del cielo se ha intensificado, el canto de los pájaros se ha hecho más insistente, erizado de chillidos, y me pregunto si los pájaros estarán anunciando algo. Las tumbas siguen precipitándose sobre nosotros, hileras y más hileras de placas metálicas, hileras y más hileras de nombres desconocidos y cuerpos enterrados debajo. De repente siento el deseo de que aquel hombre sepa algo más de la historia. Que sepa a quién vigila.

—A Jeremy lo asesinaron.

Silba por lo bajo.

—¿En qué año dice usted que fue?

—El noventa y dos.

—Una lástima —repite—. Pero no podría acordarme, si fue entonces. — El carrito se detiene—. Siguiendo esta hilera a la izquierda. ¿Quiere que se la enseñe?

—No hace falta, gracias.

El hombre se marcha en el carrito.

Y Jeremy y yo nos quedamos solos. Asusta el imponente silencio que cae cuando se desvanece el ruido del motor. Me doy cuenta de que son los pájaros. Se han callado. El sitio que me ha señalado el vigilante está junto a un bordillo, en la primera hilera de esta parte del cementerio. La hierba está húmeda y se esponja al pisarla. El bordillo de cemento sobresale de la hierba y continúa al otro lado de la calle, una parcela pavimentada en la que el gran letrero rojo de una gasolinera anuncia el mundanal reino de los vivos. La entrada del cementerio era verde y frondosa, pero con el cemento alrededor, este rodal de hierba parece oculto.

JEREMY JAMES GUILLORY. Es una placa como las otras, incrustada en la hierba. Me acerco más. A la izquierda, un niño grabado alza una mano. Por encima, dos manos más grandes se tienden hacia abajo. EL SEÑOR LE TENDIÓ LA MANO A JEREMY. Y la fecha: 7 DE FEBRERO DE 1992.

Ni una palabra sobre las cosas a las que esa fecha puso fin. Ni una palabra para cuanto comenzó con esa fecha. Me quedo allí, donde también estuvo Lorilei con su blusa azul, y empieza a llover.

Veinticuatro

Llueve el día que Lorilei entierra a su hijo. La lluvia empieza temprano, por la mañana, cuando la funeraria Hixon de Lake Charles solo está abierta para la familia. La lluvia convierte el césped en un extenso cenagal; satina la barandilla blanca y las columnas blancas y oscurece el ladrillo rojo del edificio; engalana las hojas de los altos árboles. Aún cae cuando llegan los periodistas y abren los anchos paraguas negros. Los ayudantes protegen las cámaras con lonas mientras los presentadores en directo se agachan para arreglarse la corbata y retocarse con el pintalabios. Ha pasado una semana desde que se encontró el cadáver de Jeremy. La comunidad sigue conmocionada. Les han arrebatado a uno de los suyos. Para las cámaras, los periodistas se ponen máscaras solemnes y dicen con gravedad que se han presentado cien personas, que la madre está allí. Más tarde, los periódicos aumentarán la cifra a doscientas cincuenta. Da la sensación de que todo ha concluido, calladamente. Llevan dos semanas informando cada noche sobre el niño desaparecido.

Lorilei se dirige a los periodistas para darles las gracias. Se le hunden los tacones en la esponja empapada de la hierba y se le humedece la blusa azul de la que dan cuenta los periódicos, a pesar de la chaqueta que debe de haberle puesto sobre los hombros su hermano, Richard, que está a su lado con un paraguas. Richard la protegerá todo el día con su cuerpo; cualquier desacuerdo entre ellos ha quedado olvidado.

Lorilei mira a los periodistas, seguramente con las gafas un poco empañadas.

—Sabía que iba a llover —les dice—. Pero casi me alegro, porque es como si los ángeles del cielo estuvieran llorando.

El velatorio está abarrotado de gente que no conoce, gente que no ve desde hace años, gente que ve todos los días. Le acercan los brazos, las mejillas, debe de sentirse envuelta en abrazos y sujeta entre manos nerviosas. La rodea un zumbido, como si se hubiera metido en un enjambre de abejas.

Se estrecha el cuerpo con los brazos.

—No podía enterrarlo con traje —le dice a su vecina. Se lo dice a la madre del compañero de clase de Jeremy. Después a un periodista—. Es que no podía. No le quedaría bien. A él le gustan sus vaqueros y sus deportivas.

Todos dicen una y otra vez que lo sienten mucho. Lorilei no para de hablar. Si para, tendrá que asimilar qué es lo que tanto sienten.

Preside la habitación un pequeño ataúd blanco con la tapa levantada. En el ataúd yace su hijo. Los de la funeraria le han colocado a Jeremy las manos cruzadas sobre el pecho y un ramito de claveles rojos entre ellas. Lleva sus vaqueros favoritos y un jersey burdeos, y en parte —la parte aún capaz de olvidar— Lorilei se alegra por el jersey. Lo protegerá de la humedad de febrero. A los lados han puesto un Batman de juguete y un batmóvil, regalos de Navidad de su primo Bubba.

—Tenía que tener su escopeta —dice Lorilei—. Le encanta ese trasto, pero el sheriff se la ha llevado como prueba.

Aparece Richard y la estrecha contra su hombro. Está a punto de empezar el servicio religioso.

La gente se agolpa en los pasillos, al fondo de la sala, a los lados. Todos los bancos están ocupados. Van a hablar dos predicadores, en primer lugar un viejo amigo de Lorilei, de sus años locos. El tiempo los ha cambiado a los dos.

—La vida no es más que un episodio pasajero —dice. Jeremy lo llamaba abuelo—. La de Jeremy fue terriblemente corta. El maligno nos lo arrebató.

El predicador evangélico es más joven, con más ímpetu, con más chulería. Me lo imagino con el pelo ondulado, enjuto, fuerte, con una energía que le restalla en el cuerpo como la mano aniquiladora de Dios. Les ruega que, aunque estén tristes, se regocijen.

—En la Biblia, cuando David vio que Dios se había llevado a su hijo, se bañó, se purificó y pidió algo de comer. Después dijo: «Ese niño no puede volver conmigo, pero yo sí puedo volver con él». Sabía que la única manera de volver a ver a su hijo era hacer con su vida algo que aprobara el Señor. — El predicador mira fijamente a la multitud, con los ojos llameantes—. Estaremos de nuevo con Jeremy si somos capaces de ser tan humildes como lo fue él.

El padre de Lorilei levanta lentamente un brazo hacia el techo y saluda a su nieto. Los periodistas toman nota.

Después del servicio religioso, la gente va a poner la mano sobre el ataúd. Se santiguan delante de Jeremy. Algunos se inclinan y besan al niño en la frente. Tiene el rostro exangüe, como de porcelana, y sin marcas. Pero debajo del jersey, el pecho está lleno de moratones, por la presión del antebrazo de Ricky. Hace dos días, el forense midió con una regla las oscuras señales de ligaduras del cuello y las fotografió. Cuatro veces destelló el flash, cuatro veces capturó la cámara la profunda magulladura alrededor del cuello, desde cuatro ángulos distintos. La cámara capturó los pinchazos rojos que salpicaban el cuello, capilares que habían estallado con la presión y habían hecho aflorar la sangre a la piel. Las manchas se llaman petequias. Más adelante, cuando el revelador actúe sobre la película y las imágenes se desempeñen, las fotografías se considerarán pruebas. En los años siguientes serán fotocopiadas una y otra vez para los expedientes. Dentro de veinte años, cuando la celebración de tres juicios signifique que las fotocopias han sido copiadas aún más veces, las heridas del cuello de Jeremy se habrán desdibujado, formarán parte del oscuro borrón indiferenciado del tiempo.

Pero en este momento, con el cuello del jersey cubriéndole la garganta, casi podría pensarse que está dormido. Si no estuviera tan pálido. Si no estuviera tan quieto. Si la peste a flores muertas no flotara pesadamente en el aire.

Fuera, en la escalera, un niño llora a mares, sus estrechos hombros estremecidos bajo la chaqueta que su madre lo habrá obligado a ponerse. Una mujer lo estrecha entre sus brazos.

—Vamos, cielo. Sí, sí, lo sé. —Lo acuna, lo arrulla acariciándole el pelo—. Vamos, vamos, cielo... —Pero el niño llora más fuerte—. Lo pasasteis muy bien juntos.

A unos pasos hay un periodista tomando nota de las palabras.

A diez kilómetros está Ricky Langley, en una celda de aislamiento del centro penitenciario de Calcasieu. Le grita al guardia:

—¿Es que no va a venir nadie a hablar conmigo?

El féretro es tan ligero que los cinco portadores apenas deben de notar el peso. Richard va en cabeza. Es un hombre grandote de barba poblada y

barriga prominente. Caza y pesca y posa con ropa de camuflaje para las fotos con sus trofeos. Está acostumbrado a la muerte de los animales, pero nada lo ha preparado para esto. Lo veo allí, con la mano ahuecada bajo el ataúd, e intento iluminar el blanco y negro de la fotografía de prensa con el color del tiempo real. El rojo que le tiñe las mejillas. El rojo que le bordea los párpados. A Richard el féretro debe de resultarle tan ligero como llevar un bebé. Ligero como la primera vez que cogió en brazos a su hijo, la primera vez que sostuvo a su hija. Ligero como la primera vez que acunó al recién nacido Jeremy, maravillado ante aquel desconocido familiar que su hermana había traído al mundo. Cuando mis hermanas dieron a luz, cada vez me parecía un milagro que alguien que conocía hacía tantos años hubiera hecho algo tan nuevo, tan suyo y al mismo tiempo tan ajeno. Habíamos crecido juntas, pero habíamos llevado vidas muy distintas, teníamos problemas muy diferentes. Hacía tiempo que las diferencias nos habían separado, como les había pasado a Richard y Lorilei. Pero con cada recién nacido se presentaba la oportunidad de un nuevo comienzo.

En el cementerio, con los anchos robles a lo lejos, el resplandor rojo de la gasolinera al otro lado del hormigón gris y el agudo canto de los pájaros encima, Lorilei se coloca ante el hoyo que es la tumba de su hijo y lee un poema escrito por los compañeros de la escuela de Jeremy, que la maestra ha copiado con cuidada caligrafía. «Qué difícil es decir adiós.» El llanto comienza antes de que Lorilei pueda terminar. Deja que Richard la aparte de la tumba.

Después observa a su padre y a Richard echar puñados de tierra. Me imagino que espera hasta que se han marchado casi todos. Hasta que se queda casi a solas con su hijo.

El sepulturero hace una seña, y bajan delicadamente el ataúd hasta la tierra.

Lorilei está embarazada de cuatro meses, del hermanastro de Jeremy. Esta mañana debe de haberse despertado con náuseas. Debe de haber notado las punzadas del embarazo en el vientre, las punzadas que significan que el bebé está vivo.

Pero mientras ve cómo el ataúd va bajando a trompicones hasta posarse en la tierra suavemente, me imagino que siente un vacío, el dolor de una hoz

que la ha dejado hueca. Pronto se despertará de esta semana. Lo hará. Y al despertar Jeremy estará a los pies de la cama, tirando de la manta y diciéndole que se levante, venga, vamos a jugar. Lorilei lo verá y se disipará la niebla de este terrible sueño.

El día que enterraron a Jeremy dejó de llover después del funeral. La lluvia pone principio y fin a las noticias: primero Lorilei dice que los ángeles lloran, después que los ángeles dejaron de llorar cuando el niño ya descansaba en la tierra. Mientras estoy ante la tumba de Jeremy la lluvia arrecia. Miro su nombre en la placa e intento obligarme a comprender que el niño está allí debajo. El informe de la autopsia aparece en el expediente que he leído antes de venir aquí. He tenido en mis manos el lúgubre peso de cada uno de sus órganos. Los demás registros de este caso están en el archivo judicial, y también las fotografías de su cuerpo. En su día Jeremy no fue solo un nombre en los archivos, una fotografía del colegio en las noticias de la tarde, un cuento con moraleja. En su día fue un niño.

La semana después del funeral, veinticinco personas desfilan en señal de protesta desde la oficina del senador del estado hasta el centro cívico de Lake Charles. Deberían haberles avisado de lo de Ricky.

—Estaba con niños todo el día —dice una vecina. Quizá fuera una de las personas que participaron en la búsqueda, que se congregaron en el porche de la casa de los Lawson para comparar sus respectivas rutas e intentar animarse mutuamente en los largos momentos de no encontrar nada, y quizá recuerde que Ricky les llevó café en vasos de poliestireno. Cogió el café de las manos de Ricky, como todos, y le dio las gracias. Quizá recuerde haber enviado a sus hijos a jugar con los demás a la habitación de arriba. Siente el horror de haber confiado en él—. Tenemos derecho a saber que Jeffrey Dahmer se ha mudado a nuestro barrio —dice.

Antes de la desaparición de Jeremy, el juicio de Dahmer acaparó la atención de todos los medios durante semanas. La gente de Iowa y Lake Charles se enteraba de las últimas novedades por la primera página de los

periódicos y las noticias de la tarde. La semana que Dahmer fue condenado a cadena perpetua, Ricky mató a Jeremy. Ya no parece un simple espectáculo.

Lorilei encabeza la manifestación, con su chupa de cuero desabrochada sobre una camiseta y unos vaqueros. Los manifestantes llevan pancartas con la misma consigna escrita a mano con rotulador negro en la misma cartulina blanca. El cartel que le han escrito a Lorilei dice «SALVA A TU HIJO DE SER UNA VÍCTIMA».

—Creo que ese es el propósito de la muerte de mi niño —le dice a un periodista—. Para eso es para lo que nació mi niño.

Todo el mundo la observa en aquel momento. Le plantan micrófonos en la cara. Le disparan flashes. El sheriff la obligó a someterse a dos pruebas del detector de mentiras antes de que Ricky confesara. Dentro de nada el abogado de la defensa dirá ciertas cosas sobre su capacidad para ser madre. Y también los fiscales. Aquí, en la cabecera de la manifestación, Lorilei es un símbolo de fracaso. La mujer que nadie quiere ser.

Cuando los manifestantes llegan a la oficina del senador del estado, el senador sale a la puerta y presta oídos a las consignas que corean. Después se une a ellos. El senador sabe reconocer un movimiento ciudadano. Tendrán su ley, les promete.

—No quiero que vuelva a darse un caso como el de Jeremy Guillory.

Entiendo las necesidades de los manifestantes con sus pancartas, sus consignas, que exijan lo que creen que les dará seguridad. Es lo que siento al ver los formularios que rellenó Ricky a mediados de los ochenta en el centro de salud mental de Lake Charles, cuando dijo que tenía miedo de volver a abusar de un niño y pidió que lo encerrasen, o cuando me enteré de que Lanelle dio media vuelta cuando Ricky le impidió el paso en la escalera. ¿Por qué no subió a la fuerza? ¿Por qué no fue a contarle a un policía lo que había pasado?

Pero incluso si hubiera existido semejante ley cuando Jeremy llamó a la puerta de la casa de los Lawson —o antes, cuando Lorilei se quedó en casa de Melissa, o antes, cuando no podía poner la calefacción y comprendió que Jeremy y ella tenían que buscar otro sitio donde dormir—, lo más probable es que esa ley no hubiera salvado a Jeremy. En los cuerpos de seguridad nadie sabía dónde estaba Ricky; el último sitio de referencia que tenían era la casa

de sus padres. Había al menos diez delincuentes sexuales conocidos que vivían en los alrededores de Iowa, los diez cuyos nombres encontraré en los archivos. Los diez cuyos nombres les dio a Lucky y Dixon la agente de la condicional de Luisiana antes de darles el de Ricky. El asunto no era tan claro como lo contaron. Por supuesto que no. Uno de los diez incluso se presentó para ayudar en la búsqueda de Jeremy. La policía lo despachó, y mientras tanto, Ricky les servía café a los rastreadores y vigilaba a los niños que jugaban en su habitación, espantándolos cuando se acercaban a la puerta del armario.

Los manifestantes consiguen su ley. Pero seis meses más tarde, el periódico publica un editorial que asegura que no ha funcionado. Gracias a la ley se ha identificado a dieciocho delincuentes sexuales en la zona, pero solo la identidad de tres de ellos se ha hecho pública.

Es lo que ocurre en todo el país. Leyes que se aprueban con grandes alharacas y buenas intenciones. Leyes que no dan resultado, porque raramente funcionan las notificaciones y gran parte de la responsabilidad recae sobre unos padres ya de por sí agobiados. Ya podías morirte de la preocupación por saber quién estaba en el registro y quién se había trasladado a tu ciudad, ya podías echar a esa gente de tu ciudad o meterla debajo de un puente, que la mitad del tiempo te estarías preocupando por alguien que había mantenido relaciones homosexuales antes de que se legalizaran en el estado, o por un chico que se había acostado con su novia menor de edad cuando él apenas había llegado a la mayoría, o por alguien que había hecho algo espantoso treinta años antes y desde entonces se portaba bien. En algunos sitios acababan en los registros incluso preadolescentes que se habían pasado jugando a los médicos en el patio del colegio. E incluso así solo estarías preocupándote por las personas que sabías que debías preocuparte. Por aquellos a los que alguien había denunciado. No por el entrenador, el mejor amigo, el canguro, el padrastro, el tío. El abuelo.

Veinte años después de que esas leyes entraran en vigor, la tasa de abusos sexuales no había bajado.

Pero en 1994, en Luisiana, a los manifestantes les dieron su ley. Todos los artículos de prensa sobre su aprobación hablan de un «niño de Iowa» de nombre desconocido que se ha transformado en un símbolo: Jeremy. Cuando

llega el juicio, Lorilei está bebiendo otra vez. Ha vuelto a drogarse. Está al borde del suicidio. El asesino de su hijo es juzgado y condenado a muerte, y cuando su hermano le da la noticia, Lorilei piensa «Ya era hora». Da a luz otra vez y le pone a su hijo el nombre de Cole. El padre de Jeremy desapareció hace tiempo, no se lo menciona en ningún momento en los expedientes, pero este niño llevará el apellido de su padre.

Unos meses después, Lorilei rompe con el padre de Cole. Se queda sola con su hijo otra vez. Intenta ofrecerle a Cole un nuevo comienzo. Se despide de Jeremy, en la tierra en la que reposa, y se traslada a Carolina del Sur. Criará a Cole lejos de aquí.

Después de visitar la tumba de Jeremy voy al centro de Lake Charles. Podría ser cualquier ciudad pequeña del sur, la carretera más ancha que las carreteras del nordeste, los edificios más bajos, con más espacio entre ellos, pero es el lago lo que la distingue. Todas las calles llegan hasta el lago, también la de la funeraria, que se curva y se endereza a la altura del archivo donde se guardan los expedientes judiciales. Lorilei se despidió de Jeremy, y la historia de Jeremy llegó aquí.

Cuando llamé por teléfono desde Cambridge me dijeron que me esperaban quince cajas de archivos. Pero me pilla por sorpresa cuando aparece el administrativo empujando un carrito cargado con cuatro archivadores. Cada archivador tiene como un metro de largo por medio de alto y ancho. Levanto la tapa del primero, con el rótulo n.º 1. Una apretada hilera de carpetas, cada carpeta con unas trescientas páginas. Hago un cálculo rápido, y me animo y me desanimo al mismo tiempo. Quince cajas... ¿unas treinta mil páginas? Es mucho. Es mucho.

Entendí lo que me dijeron por teléfono, naturalmente. Quince cajas. Pero en realidad no entendí nada.

—¡Avíseme cuando esté lista para otro cargamento! —dice el administrativo.

No me queda más remedio que empezar.

En la primera caja encuentro los años posteriores al juicio de 1994, Ricky condenado, Ricky en el corredor de la muerte. En la segunda, los

informes que presenta Clive, su abogado, para conseguirle otro juicio. Miles de páginas, todas centradas en Ricky.

Y de repente aparece Lorilei, ocho años más tarde.

Veinticinco

7 de junio de 2002. Transcripción de una vista previa al juicio. Clive y el fiscal Wayne Frey discuten por la camiseta blanca de Fruit of the Loom que llevaba Jeremy cuando murió. Lleva diez años amarilleando en una sala de pruebas del departamento de archivos, entre dos puertas cerradas para las que se necesitan dos llaves distintas. ¿Verá el jurado la camiseta en el nuevo juicio? Clive y la fiscal Cynthia Killingsworth discuten por las pruebas de la fiscalía —como los análisis a los que han sometido esa camiseta— que la defensa está autorizada a descubrir. Lucky se sienta en el estrado de los testigos y explica que encontró a Jeremy con la camiseta. A continuación, un técnico del laboratorio de pruebas explica que recortó la tela de la camiseta alrededor de las manchas para analizarla en busca de semen.

Se levanta un hombre al fondo de la sala. Nadie lo conoce. Es la una y media de la tarde. Ricky estaba allí al principio de la vista, pero ha vuelto al centro penitenciario. Los abogados llevan reunidos desde la nueve y media en la habitación sin ventanas, con un breve descanso para comer. La presencia de desconocidos es rara en esta causa después de diez años. Aún más rara la de personas vestidas como me imagino a ese hombre, con vaqueros y camisa de trabajo.

—¿Puedo dirigirme a su señoría?

El hombre se coloca enfrente del juez Alcide Gray, con su toga negra, y levanta la mirada. Los letrados trajeados se quedan mirándolo.

—Sí —dice Gray. Lo aburre esta vista. Lleva horas aburrido.

—Soy... Soy King Alexander, hijo, y no vengo bien vestido para un juicio —dice—. Pero represento a... a... —Se le quiebra la voz. ¿La petición que está a punto de hacer? Sabe que es algo insólito—. Represento a la madre de la víctima del crimen en el caso Langley. Y ella desea dirigirse al tribunal por asuntos a los que el fiscal se niega a responderle. Se trata de sus sentimientos respecto a la pena de muerte.

Seguramente Frey, el ayudante del fiscal, tendrá que estirar el cuello para reconocer a la mujer rubia sentada al fondo de la sala. A esa mujer él y los de su despacho no le hacen el menor caso, no le devuelven las llamadas, no responden a sus cartas. Parece ser la primera vez que alguien la tiene en cuenta. Tiene treinta y ocho años. Nadie la ve desde hace ocho. Toda la mañana ha estado entrando y saliendo gente de la sala, policías, detectives, técnicos, personal del juzgado. Nadie se ha fijado en ella.

—Pensaba que ya habíamos acabado con Langley por hoy, señorita —dice Frey.

Estaban a punto de pasar a la siguiente causa.

Gray lo interrumpe.

—Voy a escucharla.

Lorilei no se dirige al estrado de los testigos. Recorre el pasillo central, entre los bancos, y se queda enfrente de Gray, mirándolo como una suplicante. Gray no fue el juez en el primer juicio; en aquella ocasión era un blanco. Gray es negro, una rareza en la judicatura de Luisiana. Lorilei no conoce a Gray, pero su destino está en manos del juez.

—Soy la madre de Jeremy Guillory —dice Lorilei.

—Sé quién es usted —responde Gray en tono amable.

Lorilei ya no es la mujer joven de las fotografías de prensa: el pelo más corto, menos lápiz de ojos, menos laca; también sin la cazadora vaquera que llevaba cuando habló con la prensa, con Richard a su lado. Ha engordado con los años, pero esta mañana se ha vestido pulcramente con una falda que le ayudó a elegir la señora de la Fundación de Ayuda a las Víctimas. Este alegato tiene que funcionar.

—Estoy aquí para... —empieza a decir, pero la extrañeza de lo que va a decir también la afecta a ella.

Se le seca la garganta. Es la petición más directa que va a presentar en esta causa. Cuando su niño desapareció los policías se encargaron de buscarlo, y durante la búsqueda a ella solo le llegaban rumores. Lo único que pudo hacer fue esperar. Cuando encontraron el cadáver de su niño, dejó que Richard se ocupara del funeral. Cuando juzgaron a su asesino, el nombre de Lorilei no aparecía en la causa. El del Estado, sí. *Luisiana contra Ricky Langley*. Como si fuera el Estado a quien le había hecho daño. En el juicio

los fiscales le dijeron dónde tenía que sentarse, y ella se sentó donde le dijeron. Ensayaron con ella lo que tenía que decir, y ella lo dijo. Muere tu hijo y se convierte en la tragedia de la comunidad, como si fuera la tragedia del sistema. Una tragedia pública.

Pero han pasado diez años desde que le dijeron que su hijo había muerto. Y Lorilei podría decirles cómo es de verdad la pena íntima, lo constante que es. Podría hablarles del silencio. Del ruido que hace un niño de seis años y de lo ruidoso que es el silencio cuando ya no está. Llevaba a Cole en su vientre, y cada patada que notaba en el esternón, cada palpitación de esa vida nueva contra su corazón debía de ser un eco de lo que había sentido con Jeremy. La añoranza que sentía por él era a veces un bálsamo, a veces un dolor infinito. Después, las primeras semanas de vida de Cole, agradecida porque el terrible cansancio de sobrevivir acallaba brevemente el eco.

Ahora Cole tiene una edad que Jeremy no alcanzó, y es un dolor distinto, la acumulación infinita de «y si...». Cuando tuvo el tercer hijo le puso Rowan y dio a Rowan en adopción. Después, una mañana de hace dos años, cuando se cumplían ocho de la muerte de Jeremy, otra mañana en la que despertó a un niño en lugar de a dos para llevarlo al autobús escolar y preparó en la cocina un almuerzo para el colegio en lugar de dos, sonó el teléfono. Era un ayudante del bufete de Clive para decirle que iba a haber otro juicio. Para decirle que tendría que revivir la muerte de su hijo.

Lorilei está desesperada. Los letrados llevan horas hablando, como si lo que importase fuera solamente si matan a Ricky. No comprenden qué es una pérdida. Su niño ha muerto. Matar a su asesino no cambiará las cosas.

—Estoy aquí, señoría, para pedirle clemencia para Ricky Langley. — Quizá tome una profunda bocanada de aire. Quizá la sala quede silenciosa como una tumba—. Señoría —continúa Lorilei—, le pido por favor que acabe con esto.

El reloj de la pared sigue con su tictac. El juez Gray mira a Lorilei. Observa, sin duda, el esmero con que se ha vestido, las bolsas que seguramente tendrá bajo los ojos, la dignidad con que se mantiene erguida en la pequeña sala. Quizá reflexione sobre la palabra que ha pronunciado, «clemencia». Debe de sonar tan extraña, tan grandilocuente, en aquella sala. Han estado hablando de fechas para las vistas orales. Han estado hablando de

cumplir plazos. La burocracia de los procedimientos legales. No de clemencia. Con dulzura, Gray dice:

—Se lo aseguro, señora. No estoy disfrutando con este juicio. —Durante unos momentos lo único que se oye es el ruido de los dedos de la taquígrafa sobre el teclado. Las palabras deben de parecer huecas, incluso a Gray. Empieza de nuevo—. Para que conste, le aseguro que no me importa que lo sepa la fiscalía, que lo sepa todo el mundo: no creo en la pena de muerte. No me hace ninguna gracia pensar que, un día, dentro de cinco o seis años, o de diez, mientras estoy viendo la televisión, aparezca el señor Langley en la silla y lo ejecuten, sabiendo que yo firmé la sentencia. No sé cómo reaccionaría ante eso, si ocurriera. Tengo suerte de que todavía no haya ocurrido. Pero sé que le pasó a un juez hace un par de semanas, y lo pilló... es decir, lo siente. Lo siente mucho.

Gray debería andarse con ojo. Debería cuidar lo que dice. Patricia Hicks, la taquígrafa, está sentada a su derecha y taquigrafía al tacto cada palabra que pronuncia el juez para después transcribirla. Una vez transcrito todo, será un documento, y ese documento, dentro de varios años, cuando Clive vuelva a intentar conseguir otro juicio para Ricky, se reducirá a un extracto y se incorporará a las pruebas. Gray no debería decirle al jurado, como hará dentro de poco, que no cree en la pena de muerte. En teoría, un juez tiene que ser neutral. Supuestamente, no debe influir en el jurado. No debería decirle al jurado, como hará Gray, que el juicio lo está llevando a la bebida. Que su mujer está enfadada con él por volver a casa tan alterado, por lo que tiene que presenciar, por lo que tiene que saber, por ver a Ricky un día tras otro sabiendo que van a someter a votación la vida de ese joven, pero también que ese joven estranguló a un niño. Gray tiene cincuenta y cinco años. Antes era abogado. Al menos en una ocasión fue abogado de la defensa en un juicio de pena capital. Luchó por la vida de un hombre.

Gray intentó librarse de esta causa. Lo logró hace diez años. Pero en esta ocasión perdió en la lotería judicial. Ahora es su caso. Es su tribunal. Es él quien debe arbitrar las pruebas; pero con Lorilei enfrente, presentando su petición, algo empieza a romperse en su interior. Cuando los letrados hablen de las manos de Ricky en el cuello de Jeremy, declarará que esa causa lo está torturando. Cuando los letrados interroguen a los posibles miembros del

jurado para saber si están dispuestos a escuchar con una actitud abierta declaraciones sobre la pedofilia, Gray se levantará y se marchará. Y una vez más, cuando se presenten los alegatos finales y los letrados hablen del semen de Ricky en la camiseta de Jeremy, Gray se levantará, con su larga toga negra, dejará cuidadosamente el mazo de canto y abandonará la sala.

Más adelante, algunos apuntarán que su conducta es un indicio de demencia precoz. Su madre tiene alzhéimer; quizá la enfermedad esté empezando a manifestarse en Gray. Quizá simplemente no quiera pronunciarse, aunque hasta la fecha ha tenido una larga y distinguida trayectoria profesional, una trayectoria que le ha exigido elevarse por encima de lo que esperaban de él, y nunca se le ha presentado un problema como este. Quizá se deba a que, habiéndose criado donde se crio, y al ser negro, siente un profundo respeto por la lucha. Su padre estuvo en el ejército y su madre fue criada, y él tardó nueve años en acabar la carrera. Está en la magistratura en una época en la que en ese estado hay pocos abogados negros y menos jueces negros, y sabe lo que significa ser menospreciado y rebajado como Ricky, pero la pena que siente al pensar en el hijo de Lorilei es verdadera, y esta causa lo está matando por dentro.

La humanidad que destila Gray y que se derrama sobre las palabras de las transcripciones será la razón de que el veredicto de este juicio sea anulado. Gray será la razón por la que Lorilei tendrá que soportar no solo este juicio, sino otro más. Morirá prematuramente dentro de pocos años; este juicio será el último acontecimiento importante de su carrera judicial. Pero hasta entonces se negará a aceptar los procesos de pena de muerte.

La gente se cree que la toga te protege. No te protege. No de las historias de la gente.

—Le aseguro que no está usted sola —le dice Gray a Lorilei—. Pero yo no puedo ayudarla. Es decisión del fiscal.

Por cómo mira Lorilei a Frey en aquel momento, se nota que está hundiéndose.

—Seguiremos solicitando la pena de muerte en este proceso —dice Frey.

En el archivo, después de la transcripción, hay un contrato. Me quedo de piedra al verlo, un contrato entre impresos de derechos constitucionales, autorizaciones de registro, citaciones judiciales, los documentos que sería de esperar en el expediente de un juzgado de lo penal. Pero el lenguaje es inconfundible: «Renuncia voluntaria y acuerdo», firmado por Ricky y Lorilei. Por mediación de Clive, Ricky indica que comprende que a Lorilei no le gustaría que lo recluyeran en una institución mental (como ocurriría con un veredicto de inocencia por demencia), sino en una cárcel, y declara que, al haberle causado tanto dolor, «desea hacer lo que ella desee». Promete no solicitar reducción ni atenuación de la condena a cadena perpetua —algo que permitiría un veredicto de demencia— ni la excarcelación. A su vez, Lorilei promete visitarlo en prisión. El contrato da a entender que Ricky, por mediación de Clive, promete no solicitar un veredicto de inocencia por demencia.

Pero es precisamente un veredicto de inocencia por demencia por lo que luchará Clive.

Después de la vista, Lorilei, sentada en el duro banco del corredor de su futuro, todavía no lo sabe. Tiene una oportunidad de acabar con esta historia. Firma. Vio a Ricky una vez, cuando fue a casa de los Lawson, cuando Ricky le abrió la puerta y la dejó llamar por teléfono. Su hijo estaba arriba, muerto, y ella no lo sabía. Según al menos un testimonio, volvió a verlo la noche en que los rastreadores peinaban el bosque. Ricky le llevó algo de beber y ella lo cogió de sus manos, sin saber qué habían hecho aquellas manos. Ahora volverá a verlo otra vez. Y en esta ocasión sí lo sabe.

Pero aunque Lorilei no lo recuerde o no se dé cuenta, conoció a Ricky hace mucho tiempo. Mucho antes de que matara a su hijo.

Veintiséis

La segunda mañana en Luisiana me despierto con el zumbido del aire acondicionado. En la habitación del motel hace un calor sofocante; el aire queda atrapado por las gruesas cortinas. Con los ojos aún cerrados, noto el sudor perlado mi piel, la humedad rasposa de las sábanas. Un hombre y una mujer se gritan en el aparcamiento de abajo mientras los coches pasan por la autopista. Algunos entrarán en el antiguo Fuel Stop, los conductores saldrán a poner gasolina y a tomar su café mañanero. Me imagino el cielo azul allí arriba, claro y resplandeciente. Ya es de día; el mundo se ha renovado; debería levantarme y empezar la jornada.

Pero mi cuerpo no quiere moverse.

De acuerdo, pienso. Me quedaré aquí. Seguiré con los ojos cerrados, y el mundo seguirá negro y no tendré que darme prisa por nada. No tengo que enfrentarme a los archivos. Puedo llegar a la conclusión de que venir aquí ha sido un error, de que puedo vivir con la historia de Ricky y mi pasado sin resolver. Puedo vivir con el miedo que estalla dentro de mí con demasiada frecuencia cuando Janna me acaricia y con la rabia y la pena que siento cuando estoy en casa de mis padres. Puedo vivir con todo; puedo resistirlo todo. Siempre que se quede donde está.

Y entonces, ¿qué? ¿Seguir tan estancada como antes?

Suspiro. Salgo a la fuerza de la cama, irguiéndome de golpe, y al apartar las sábanas noto el áspero roce. Descorro las cortinas de un tirón y se cuela una luz muy tenue. El café que preparo en la cafetera del motel me sale tibio y flojo, con un ligero sabor a quemado, pero me atizo dos tazas. El pasado ya me tiene atrapada. No me queda más remedio que afrontarlo.

El centro de Iowa es una sola calle: la biblioteca pública escondida tras la ancha fachada de un banco, la oficina de Correos y el parque de bomberos, la tienda de colchas y la ferretería. Parece un plató de cine construido a imagen

de un pueblo de Estados Unidos, pero en el trayecto hasta aquí he pasado por moteles de la asistencia social y locales de cobro de nóminas con letreros de neón parpadeantes. He pasado por largos sembrados lindantes con bosques mustios. Entre los sembrados había unas cuantas casas, distanciadas como puestos de avanzada, con piezas de coche herrumbrosas en el césped y sillas de plástico que habían pasado del blanco al gris hacía mucho tiempo. En un buzón había un Jesús de plástico pegado. En todas las camionetas había un armero. Ya en el pueblo, me encuentro en la línea divisoria entre la zona comercial y los kilómetros y kilómetros de bonito paisaje de herrumbre y decadencia que se extiende hasta el horizonte. Esto es Iowa. Pero donde vivió Ricky, donde se crio, fue en esa enorme llanura de en medio. Donde Lake Charles, Iowa y LeBleu podían enterarse de que había desaparecido un niño y pensar que era un problema de otro sitio.

Las paredes de la biblioteca están cubiertas de carteles multicolores que ponderan los valores de la lectura. Un rincón de la única sala acapara casi todos los carteles y allí las sillas de madera son miniaturas, los colores, rojo, azul y amarillo. Hoy las sillas están vacías —ni un solo niño a la vista—, y me quedo mirándolas unos momentos. La fotografía de Lorilei que salió en los periódicos, ella con las manos en los estrechos hombros de Jeremy a los dos años, preparándolo para su primera bicicleta, se tomó en un aparcamiento cerca de aquí. ¿Le leyó algo Lorilei allí? ¿Se sentó Jeremy en una de esas sillas o en una de sus predecesoras?

Ya he consultado los archivos en línea del principal periódico. El resultado, una serie de artículos escaneados sobre el accidente de coche de tiempo atrás, el entierro de Oscar y Vicky, incluso una notificación del decimoquinto aniversario de boda de Bessie y Alcide, con el nombre de sus hijos. El lugar de nacimiento de Ricky que figura es «West Feliciano», donde está el penal del estado. Pero en la biblioteca hay carpetas con recortes de prensa antiguos, o sea que quizá encuentre algo más. En las carpetas de cartón verde hay recortes de periódico amarillentos, cada uno de ellos cortado y doblado por los bordes por unas manos cuidadosas del pasado. Reúno información sobre ventas de pasteles con fines benéficos, túneles de lavado de coches, buenas obras de los lugareños. Hay muchas cosas sobre flores. En una página, el rostro mucho más joven de Rick Bryant, el fiscal, me dirige

una sonrisa de las de antes de ser fiscal, de antes de ser quien presionó en tres ocasiones para que condenaran a muerte a Ricky. No se menciona a Jeremy ni a Ricky en ninguna parte, ni siquiera en la carpeta con el rótulo de CRÍMENES, casi sin nada fechado después de los años cincuenta. La historia de una ciudad pequeña, preservada por una ciudad pequeña. No contiene nada que no quiera olvidarse. Los libros de la sección de historia local, también un chasco; Iowa es tan pequeña que «local» en realidad significa de la región.

—¿Tienen anuarios escolares? —le pregunto a la bibliotecaria.

—Unos cuantos —dice, y me lleva hasta el estante correspondiente.

Mi primera reacción es de decepción: aunque en el estante hay una hilera de lomos amarillos y morados de los Yellowjackets del Instituto de Iowa, los años impresos en ellos corresponden a los cincuenta y los sesenta. A continuación, los noventa. Bessie y Alcide no estudiaron aquí, solo sus hijos. Esos libros no me servirán de nada.

Entonces me fijo en uno —solo uno— metido entre esas décadas, con el año «1981» impreso en el lomo.

Se me acelera el corazón: 1981. Saco el libro del estante y me pongo a hojearlo rápidamente, haciendo cálculos. Ricky nació en 1965. Tendría que estar en segundo curso. Las chicas son muy jóvenes y sanas, con el flequillo cardado y peinado con laca, los chicos, con el pelo corto por delante y guedejas por detrás. Las caras están salpicadas de acné y se enfrentan a la cámara radiantes, con la amplia sonrisa de la seguridad, o miran hacia abajo con la tristeza de la resignación.

Ricky no está entre ellos.

De repente lo veo.

Estudiante de primero. A los quince años parece más joven. Tiene la cara pequeña y la barbilla hundida, la piel limpia, como de preadolescente. Ya está allí la onda del pelo que acabará en tupé, las cejas ya revueltas. No lleva gafas. No sonrío ni frunce el entrecejo. Tiene la boca abierta. Mira a la cámara, pero no con mirada fija, sino ausente. Es el chico que al hacerse hombre mató a Jeremy.

Me siento en la alfombra a hojear el anuario. Alumnos de instituto posando muy serios para los retratos, gesticulando ante la cámara, dándose empujones o rompiendo a reír cuando el disparador hace clic. Sus caras se

despliegan en ciento cuarenta páginas, se repiten. Un colegio pequeño. Una ciudad pequeña. En la brillante cubierta amarilla, los compañeros de clase de Ricky han escrito dedicatorias a la propietaria del anuario, una chica llamada Cindy. «¡Puedes sacarle a la vida todo lo que has metido en ella!» Busco en todas las páginas, pero Ricky solo aparece en una. Una sola foto.

De modo que así era Ricky a los quince años: flaco e ignorado, con un futuro aparentemente tan vacío como la expresión de su cara.

Pero no; su futuro está allí. Diez páginas más adelante, sorprendidos juntos en aquel momento. Su nombre me pilla desprevenida; no estaba buscándola. Su hermano fue al colegio en Lake Charles y yo pensaba que ella también. Pero allí está: Lorilei Guillory. En último curso, su cara ancha es inconfundiblemente la misma que aparece, con más años, en las fotos de la prensa; el pelo castaño oscuro con alas a lo Farrah Fawcett; la gruesa línea del lápiz de ojos que llevará durante años. Un gorro de graduación en la cabeza: lo ha conseguido, se ha graduado. Y vuelve a aparecer en la fotografía del periódico del instituto, con los brazos y las piernas cruzados, los vaqueros remangados por encima de las botas de montaña, una sudadera de lana. No se ha quitado las gafas de sol y mira a la cámara tras una máscara negra. La ropa grande, basta, las gafas oscuras... Parece como si se estuviera escondiendo, pero no por timidez. Por protección.

El futuro se aproxima, empieza a adelantarse once años. Envía su prolongada señal de aviso, por lo bajo, en las páginas de esta historia.

Detrás de mí la bibliotecaria tose, señala cortésmente el reloj. Se han hecho ya las cinco de la tarde. Ha pasado el día y la biblioteca va a cerrar. Vuelvo a poner el libro en el estante y me desperezó.

—Gracias —digo.

Una vez fuera, en el aparcamiento, me quedo largo rato en el coche de alquiler. Todavía hay luz y sol —es precioso—, pero tengo las ventanillas cerradas y el motor apagado, la llave en la mano. Hace un calor sofocante en el coche, pero siento el cuerpo inamovible, pesado como el aire. He encontrado algo. Pruebas, todo lo que pueden probar los archivos. Del chico, cuando todavía era un chico y no el asesino. De la chica, cuando aún era una chica y no la madre de la víctima. El futuro los estaba esperando, desconocido e invisible.

Veintisiete

No sé casi nada de mi abuelo antes de que fuera mi abuelo. Cuando yo era pequeña, mi madre no hablaba de su infancia, ni de la de él. Mi padre siempre estaba contándonos historias: la tarta de piña al revés que hacía su madre en ocasiones especiales, el gran danés de orejas caídas que tenía de niño y que llevaba arrastrando la caseta hasta la puerta del colegio al que iba mi padre. En comparación con la suya, la vida de mi madre antes de nosotros era un vacío, y también la de mi abuelo. Sé que yo jugaba muchas veces a las damas cuando era pequeña, y que fue él quien me enseñó a dibujar, pero esos recuerdos están manchados, sobre todo de negro, por su mano que retira de mis piernas la suave tela del camisón, por el roce fresco del aire contra mi estómago y el miedo que se arrastra por mis muslos. Por lo que viene después.

Cuando leí los expedientes de los tratamientos que había seguido Ricky en el centro de salud mental de Lake Charles a mediados de los ochenta y vi la lucha que había librado en los años previos al asesinato de Jeremy, empezó a ser una persona para mí. Y me hizo pensar en mi abuelo. Le escribí una carta a mi madre, la primera y la única que le he escrito. «Háblame del abuelo, por favor. Me he dado cuenta de que lo único que sé de él es lo que hizo.» No recibí respuesta durante meses. Le pregunté por la carta por teléfono, y mi madre no hizo caso. Le envié un correo electrónico y no me contestó. Volví a preguntar. Compadezco a mi madre. Con su decisión de no hablar del pasado, a veces debo de parecerle una bomba de relojería andante. Una bomba hecha de tiempo.

Y al despertarme una mañana, seis meses después de enviarle la carta, me encontré con un largo correo plagado de historias. Cada una tenía un par de frases, escritas a toda prisa y en tono indeciso, pero seguían un hilo. Al día siguiente me llegó otro correo electrónico, más largo. Después otro, y otro.

Mi abuelo, Vincent Jimmy Marzano, era uno de los nueve hijos de una pareja de inmigrantes italianos. Mi abuela Emily y él fueron novios desde la

infancia; se conocieron cuando la familia de los dos se mudó a Queens. En verano todos los hermanos iban a Coney Island, y la hermana mayor de Emily no tardó en casarse con el hermano mayor de mi abuelo. Mi abuelo dejó el colegio en segundo curso para ayudar a mantener a sus hermanos pequeños trabajando de vendedor de periódicos. Aprendió a leer estudiando los periódicos que pregonaba, voceando los titulares por las esquinas. Saber leer lo ayudó a encontrar trabajo de montador de cine. Cuando Emily y él se casaron, trabajaba en Paramount Pictures.

Trabajaba por la noche y mi abuela trabajaba de día, como telefonista, así que él se encargaba de mi madre y de sus dos hermanos mayores cuando volvían del colegio. (Aquí yo pienso en Ricky cuidando a June y Joey, y en los padres del vecindario que mandan a sus hijos a jugar en la habitación de Ricky mientras buscan a Jeremy.) Mi abuelo fue siempre el más divertido del matrimonio, decía mi madre. Le gustaba preparar pequeñas sorpresas. Desenrollaba un rollo de papel higiénico, escondía dentro un billete de un dólar y volvía a enrollarlo para que lo encontrase uno de sus desprevenidos hijos. Les preparaba la cena todas las noches (recuerdo la salsa roja de mi abuelo burbujeando en la cocina de la casa de Queens cuando yo era pequeña: me picaba la nariz y me rugían las tripas), y por la noche apagaba la cocina y tapaba la comida, para que quedara para mi abuela, que llegaba más tarde. Después arreglaba a los niños para ir a la parada del autobús. Para que los niños no se quejaran del largo paseo, o del frío en invierno, se escondía juguetitos y caramelos y los iba repartiendo por el camino: un chicle del paquete de dos centavos que había comprado en la estación de metro, para mi tío; el carrito de madera de una madeja al que un zapatero le había puesto cuatro clavos, para que mi madre pudiera tejer. En la parada del autobús dejaba los niños al cargo de mi abuela y se iba a cubrir el turno de noche en Paramount. Allí pasaba horas, encorvado sobre tiras de película con lentes de joyero. Me lo imagino aplicando la cuchilla a las imágenes, con la lengua apoyada en los labios, concentrado, las pobladas cejas que tan bien recuerdo, fruncidas. Mi abuelo es un cirujano de relatos. Empalma los trozos para hacer algo nuevo.

Y no, a la pregunta evidente, mi madre contestó no, aunque yo no me había atrevido a preguntárselo claramente. No recordaba que mi abuelo

hubiera abusado de ella ni de sus hermanos.

Me llegaron cinco correos electrónicos. Y tan de repente como habían empezado, los correos dejaron de llegar.

Eso es todo. Eso es todo lo que tengo. Solamente esos correos, mis recuerdos como una tira de película ennegrecida en el medio y el silencio de mi madre. No hay archivos de un juicio que pueda consultar, ni miles de páginas que inspeccionar, ni respuestas. Porque, aparte de todo lo que fuera mi abuelo, hay otra cosa cierta: que se fue de rositas.

Las paredes de la sala de visitas de la cárcel en la que Lorilei ve a Ricky seguramente serán grises —nada como el blanco para que destaque la suciedad— sobre los grandes ladrillos, con el lustre y el ligero hedor de la lejía. Veo una vieja máquina expendedora de refrescos en un rincón; la luz emite un zumbido apenas audible. Las sillas son de plástico, en colores primarios, rojo, azul y amarillo: alguien podría considerarlas alegres, pero las sillas son demasiado pequeñas. Lorilei va por la mañana, pero en la habitación con su enyesado gris bien podría ser de noche. El guardia la acompaña hasta una mesita redonda, a la que Lorilei se sienta, y pone las manos en el regazo para no moverlas demasiado. En la puerta del rincón hay un pequeño rectángulo de cristal. Cada pocos minutos lo mira. Después intenta esperar más tiempo antes de mirar. Pero vuelve a mirar.

Primero reconoce el cogote de Ricky. El pelo cortado a cepillo, el borde naranja del mono en el cuello. Debería parecerse al cogote de cualquier preso; Lorilei no tendría por qué reconocerlo, pero lo reconoce.

El preso se da la vuelta y, sí, es Ricky. Los ojos. Las gruesas gafas. Se abre la puerta, y Ricky entra arrastrando los pies, sin mirarla. Tiende las manos y el guarda le quita las esposas.

Lorilei se pone de pie. No está pensando en nada; se ha quedado en blanco, vigilando con su cuerpo el cuerpo de Ricky, y sin saber cómo, se lleva las manos al pelo y se lo alisa. Han pasado diez años desde la última vez que lo vio. Casi a punto de cumplir los cuarenta, Ricky ya no es joven y ha empezado a salpicársele el pelo con el gris de Bessie. Libre del corredor de la

muerte, su cuerpo se ha ablandado, se ha asentado. Estuvo en esta cárcel antes del primer juicio y ya lleva aquí varios meses. Es aquí donde vive.

Llega hasta la mesa, y Lorilei se da cuenta de que no sabe qué decir. Se queda unos momentos mirándolo, sin más.

—¿Quieres un refresco?

Los abogados le han dicho que podía ofrecerle algo. Le han dado un poco de dinero.

Ricky asiente con la cabeza, con tal rapidez que da la impresión de que quiere terminar ese movimiento nada más iniciarlo.

—Coca-Cola.

Lorilei debe de agradecer los escasos metros que la separan de la máquina, la oportunidad de mirar otra cosa. Intenta no pensar. Simplemente se sostiene en pie, como sostiene un dólar en la mano, y cuando la máquina escupe la lata de refresco, ligeramente húmeda por la condensación, la rodea con una mano. La humedad es como un recordatorio del mundo que hay fuera de allí. Del agua, del agua que se desliza entre los arbustos del pantano de Henderson y que se extiende por debajo del paso elevado que tendrá que cruzar para volver al motel. Cuando llega a la mesa le da a Ricky la lata sin decir nada.

—Gracias —dice Ricky.

Tan poca cosa se dicen al principio. Lorilei es la que hace las preguntas. ¿Qué tal te va aquí? Bien. Estarás contento de haber salido del corredor de la muerte, ¿no? Sí. Ricky parece tímido delante de Lorilei. Baja la mirada muchas veces.

Su timidez envalentona a Lorilei. Ella es la que manda allí, como si Ricky fuera uno de los amigos de diez años de Cole que le ha robado un caramelo del armario de su cocina, un niño culpable que habla tapándose la boca con las manos, incapaz de mirarla a los ojos. Intenta sonsacarle algo.

—Tendrás mucho tiempo para pensar.

—Sabes que mi madre tuvo ese accidente —empieza a decir Ricky, y se le apaga la voz.

—Sí —dice Lorilei, como para intentar animarlo a que continúe, y espera. Seguramente notará la idea posándose en su cabeza. Ricky de niño, Ricky cuando era pequeño, confuso, sin saber qué martiriza a sus padres,

viendo tan solo el dolor de Bessie. Lorilei escoge cuidadosamente las palabras—. Debió de ser muy duro.

Lorilei es una madre que perdió al hijo que parió. Y Ricky es un hombre que tiene dos madres, pero una de ellas, dice el abogado, pasó borracha o enferma toda la infancia de Ricky, y la otra, dicen los asistentes sociales, imponía una disciplina tan rigurosa que ninguno de los niños a su cuidado llegó a establecer vínculos afectivos. (Falso, declaran Darlene y Francis como testigos. Se sentían queridos. Eran felices.)

Ni Bessie ni Luann declararon en ninguno de los tres juicios de Ricky. Al parecer, ni siquiera asistieron a los juicios. El fiscal sacó a relucir el tema sin rodeos cuando la defensa presentó pruebas del embarazo de Bessie escayolada.

—Este proceso no tiene nada que ver con Bessie Langley —dijo—. Yo no sé quién es Bessie Langley. No conozco a Bessie Langley. Nunca he visto a Bessie Langley.

Lo mismo hizo la defensa.

—Si estuvieran donde está sentado Ricky, ¿no tendrían a alguien a su lado? ¿Su madre?

(Pero según los expedientes, Bessie acompaña con frecuencia a Ricky a las citas de psicoterapia. De modo que ¿quién cuenta bien esta historia?) Casi todos los terapeutas que conocen a Ricky observan que parece mucho más joven de lo que es. Aparenta doce años, dicen: justo en el umbral de la pubertad, todavía con un cuerpo a medio formar. Doce no desde el punto de vista intelectual —el coeficiente intelectual de Ricky da normal en las pruebas, y en la cárcel de Georgia estudió algunos temas universitarios—, sino emocionalmente. Si de niño lo rechazaban sus coetáneos, hay al menos algunas personas que quieren cuidar al Ricky adulto. («Dele recuerdos de mi parte a Ricky —le dijo un asistente social al investigador de la defensa que lo entrevistó para el juicio—. Le tenía un cariño especial. Es al que más recuerdo de todos.») Ricky en su cuerpo adulto a veces parece un niño jugando continuamente a disfrazarse. El niño que lleva dentro necesita que lo cuiden. Y ¿sería mucho decir que, en este momento, Lorilei necesita ser tierna, necesita ser tierna con alguien? ¿Sería mucho decir que Ricky, en este momento, necesita que alguien sea tierno con él?

Seguramente Lorilei observa la cara de Ricky atentamente. Cómo frunce el entrecejo cuando se pone nervioso. Cómo se mira las manos. Ricky es un asesino. Mató a su hijo. A veces presume de ello. A veces se enfada.

Pero ahora debe de parecer un tanto frágil.

Lorilei quiere preguntarle algo más.

—Ricky, ¿abusaste de mi hijo?

—No —contesta Ricky.

Y entonces Lorilei hace algo que debe de sorprenderla incluso a ella. Extiende un brazo por encima de la mesa y le coge la mano a Ricky. La mano que mató a su hijo.

Es una mano flaca, liviana como un animal asustado. Pero Lorilei espera, y la mano se calma.

—Ricky, voy a luchar por ti —dice Lorilei.

Esas palabras. Esa promesa. Esas son las palabras que tanto me preocuparon cuando me enteré de la existencia de este caso. Ricky mató a su hijo. Era un pedófilo. Abusaba sexualmente de los niños. ¿Y ella luchó por él?

Los abogados y los medios de comunicación contaron la historia como la historia de la fuerza del perdón de una madre. Pero eso es demasiado sencillo. Lorilei ha dicho que no perdona a Ricky. También ha dicho que ahora está convencida de que Ricky no abusó de su hijo. Cuando fue a verlo a la cárcel, le preguntó si había abusado de Jeremy. Él le dijo que no, y ella le cree. Esa fue una de las razones por las que cambiaron sus sentimientos entre el primer juicio y el segundo.

Pero yo he leído lo que no se admitió ante el tribunal. Y tampoco es tan sencillo. En el primer juicio, el jurado vio algunas pruebas del pasado pedófilo de Ricky. Vieron su diario, en el que las descripciones de abusos sexuales eran recuerdos o fantasías; no se sabe cuáles ni cuántas historias del diario son ciertas. La chica de Georgia que tenía cinco años cuando Ricky la manoseó declaró en el juicio, cuando contaba catorce, y explicó lo que Ricky había hecho. Un recluso de Georgia contó que había oído decir a Ricky que su gran error había consistido en dejar a la chica con vida. Se dedicó mucho

tiempo a las pruebas que demostraban la presencia de semen de Ricky en la camiseta blanca de Fruit of the Loom que llevaba Jeremy.

Y Ricky les dijo a los investigadores que había hecho daño a cientos de niños. Yo no creo que sea verdad; creo que estaba inflando las cosas. Creo que sabía que era un pedófilo y que siempre lo sería, y que porque sabía quién era quería hinchar esa identidad. No tenía nada mejor que hacer. Pero también creo que debió de abusar de más niños de por los que lo acusaron. Sé que mi abuelo abusó al menos de un niño ajeno a mi familia más próxima, pero hasta varios años después de su muerte no se me ocurrió pensar que podrían haber sido más. Que cinco años de abusar de nosotras no era cosa de una sola vez, y que, por su duración, quizá pudiera implicar algo más. Es posible que el silencio de mis padres permitiera que hiciera daño a más niños. Ricky luchó décadas enteras contra la pedofilia. En el segundo juicio de Ricky no se admitió ninguna de las pruebas de los «malos actos» anteriores. Apenas se mencionaron los resultados de los análisis. La fiscalía dio a entender en repetidas ocasiones que Ricky había abusado de Jeremy, incluso lo acusó, pero presentó pocas pruebas indirectas de que lo hubiera hecho. Hay razones para ello, buenas razones. Lo que se juzgaba era el asesinato, no toda la historia. Pero un acto ¿se limita realmente a sí mismo? En este relato ¿algún episodio se produce aisladamente?

Puedo entender por qué Lorilei da carpetazo al asunto, decide creer que su hijo no fue objeto de abusos y dejar las cosas así. ¿Cómo voy a reprocharle que desee algo más fácil con lo que seguir viviendo? ¿Cómo voy a reprocharle que prefiera un relato más claro?

Pero la decisión de volverle la espalda al pasado no es una cuestión de benevolencia. La mañana siguiente a la fiesta de Navidad, cuando oí sin querer a mi padre decirle a la gente que yo estaba escribiendo algo de lo que únicamente yo me acordaba, me enfrenté con él. Mi hermana Nicola me apoyó y le dijo que era una estupidez. Naturalmente, ella recordaba los abusos. Todos nos acordábamos. Pero dos años más tarde, me dijo:

—He decidido pensar que no abusaron de mí.

Fue terriblemente duro oírla. Habíamos compartido habitación. Yo había visto a mi abuelo manoseándola. Él me había sacado de la cama y me había llevado al cuarto de baño, donde estaba mi hermana, esperando. Se había

bajado la cremallera de los pantalones y nos había obligado a ponerle las manos allí. Nicola no puede hacer como si no hubiera pasado nada. No puede.

Pero sí puede, por supuesto. He cambiado el nombre de mi hermana en este libro, por respeto a su decisión, y dentro de lo posible también he cambiado los nombres de los demás miembros de mi familia y los de algunas personas de la vida de Ricky. Pero no soy capaz de escribir un relato en que mi experiencia se quede aislada en mi familia una vez más. No voy a hacer en el papel lo mismo que se hizo en la vida.

Veintiocho

No encontré información importante en el cementerio de Hecker, donde están enterrados Bessie y Alcide, cerca de donde se alzaba la casa que construyeron Lyle y Alcide. Cuando llamé al guarda del cementerio, me dijo que fuera a su casa y él me llevaría hasta allí. Nadie que no conozca el cementerio sería capaz de encontrarlo solo.

—¿A quién dice que quería ver? —pregunta el anciano guarda cuando estoy en el salón de su casa, con su esposa a mi lado en el sofá y él en un sillón. Tanto el sofá como el sillón están cubiertos con tapetes tejidos a mano.

—Desier Langley.

El padre de Alcide, que está enterrado junto a ellos. Oscar está al pie de su tumba. Sin saber por qué, me parece demasiado íntimo decir que quiero ver a Oscar o a Bessie. Entonces recuerdo que el guarda me corrigió la pronunciación por teléfono: Diseich.

—No es usted de Iowa —dice la mujer del guarda. Me mira.

—No —reconozco—. Vivo en Massachusetts.

—O sea, no es familia.

—No.

Se queda esperando evidentemente una respuesta más extensa. Sus ojos son como canicas azul claro.

Me doy cuenta de que estoy dejando de fingir que he venido aquí para ver a Desier. Pienso demasiado en mi abuelo tumbado en el sofá cama al pie de las escaleras, y en mi padre aupando a mi abuelo al coche para llevárnoslo a casa. Pienso demasiado en Bessie y en lo que sabía de su hijo. En el duelo con el que Bessie tuvo que vivir, y en el momento en que Lorilei se apartó de la tumba de su niño con otro niño en su vientre. En el certificado de nacimiento que faltaba en la pared de mi infancia y en el silencio de mi familia. Qué amables el guarda y su mujer por tenerme aquí, en su salón. Les debo algo.

—¿Saben lo del accidente? —pregunto—. Mis padres perdieron un hijo. Creo que la muerte los... —Me callo, pensando la palabra—. Creo que los obsesionaba.

La carretera hasta el cementerio de Hebert es larga y tortuosa, un camino terrizo entre altos árboles frondosos que velan el sol. Sigo al guarda y su mujer, que van en una camioneta. A nuestro alrededor la vegetación forma una densa maraña. No podría haber nada más en esta carretera; el cementerio está situado en un lugar incluso más desolado de lo que me imaginaba. La camioneta de los guardeses levanta una gran polvareda y lo único que puedo ver es la caja blanca de la furgoneta, los altos árboles entrelazados a los lados y la calima en la que estoy internándome.

Y de repente, enfrente, el sol. Un claro. Los árboles desaparecen y la luz lo inunda todo. En el centro del claro hay una verja de hierro forjado de mediana altura, de unos diez o doce metros de largo, alrededor de un rectángulo de tumbas de cemento. El guarda detiene la camioneta cerca de la verja y yo aparco a su lado. El cementerio es tan pequeño, está tan escondido entre los árboles, que pienso impresionada en las veces que habrá aparcado aquí el guarda. En lo bien que debe de conocer este trayecto. En lo íntimo que debe de ser pasar décadas cuidando estas pocas tumbas.

Su mujer se queda al lado de la camioneta mientras el guarda y yo nos dirigimos a la verja. En la puerta se aclara la garganta.

—Y ¿cómo es que se interesa por los Langley? —pregunta. Hay algo en su forma de preguntar que indica que su mujer y él han estado hablando.

Dejo la pregunta en el aire unos momentos. El sol es fuerte y brillante; la luz, rabiosamente blanca. Tengo que pisar con cuidado entre las tumbas. Aquí, a pocos kilómetros de Lake Charles, la capa freática es distinta. No se puede enterrar a los muertos bajo tierra. La fosa se llenaría de agua. El cadáver podría subir. Así que depositan los cuerpos en sepulcros. En los famosos cementerios de Nueva Orleans que yo he visto, se trata de construcciones con tanta ornamentación como casas diminutas. Pero son para familias con dinero. En este recóndito claro del bosque, las tumbas son sepulcros medio sumergidos en la tierra, de modo que la parte superior sobresale unos centímetros por encima de la hierba. Parecen ataúdes. Con una forma que sugiere la de un cuerpo.

De pequeña nunca pensé que mi hermana tuviera cuerpo. Nunca me pregunté dónde estaría enterrada. Para mí no era una niña. Era una ausencia. La ausencia de una fecha de nacimiento en la pared de mi habitación infantil, mientras que las fechas de Elize y Nicola estaban enmarcadas sobre sus camas. La ausencia de explicación para el día en que mi madre echó a correr por el césped descalza, llorando y gritando, o la vez que bebió demasiado en unas vacaciones familiares y fue ella la que acabó tirada boca abajo en la cama de la habitación del hotel, jurando que estaba demasiado triste para vivir.

Cuando me sentía sola de pequeña, a veces me metía en el pequeño cuarto de baño al lado de la cocina. A mis dos hermanas les gustaban las muñecas y los deportes, a mi hermano le encantaban las películas y el béisbol, y a mí me gustaban los libros y la tranquilidad, y nunca había nadie con quien me apeteciera jugar. La situación empeoraría más adelante, cuando yo me enfadaba y los demás o no se enfadaban o no eran capaces de demostrarlo, mientras que yo era irremediabilmente escandalosa y lo salpicaba todo con mis sentimientos. Pero el cuarto de baño siempre estaba tranquilo. Tenía el tamaño de un armario. El techo estaba empapelado en azul de medianoche con estrellas blancas y las paredes, de blanco con estrellas en colores pastel, de modo que, una vez dentro del cuarto de baño, con la puerta cerrada, daba la sensación de que estabas en una mezcla imposible de oscuridad nocturna y luz del día mientras las estrellas infinitas giraban alrededor.

Me ponía delante del espejo y examinaba mi pelo castaño, rizado. Examinaba los ojos verdes. Me miraba, buscándola a ella. Sabía, por el historial médico que había encontrado en el archivador blanco, que tenía los ojos azules. Pero a lo mejor se habían oscurecido con la edad. Y tenía el pelo castaño, como el mío. Andy y yo no éramos idénticos, evidentemente — aunque los extraños hacían preguntas absurdas a veces, incluso con nosotros dos delante—, pero ¿es posible que nosotras sí lo fuéramos? ¿Que me hubieran quitado una auténtica gemela? La hacía crecer en mi imaginación. Le ponía mi edad; le ponía mis rizos. La hacía tímida. Le gustaban los libros.

Nunca llegó a funcionar. No pude hacerme una idea de ella. Había desaparecido; estaba inconcebiblemente desaparecida. Yo estaba sola en mi familia. No podía imaginarme de otra manera.

Pero empecé a verla por todas partes en la historia de Ricky. En Cole haciéndose mayor, en ausencia de Jeremy. En el baúl que tenía Bessie en su armario. En Ricky y la fotografía de Oscar, al que transformó en su amigo imaginario.

Oscar no era imaginario. Tiene una tumba.

Nada más real que un cuerpo. Pero ¿dónde? Llegué a la conclusión de que tenía que preguntar. Había ido a ver a mis padres a Nantucket, donde pasaban un mes como todos los años. Esperé hasta el final del fin de semana, hasta que la casa en la que estábamos todos —mis padres, mis hermanos y yo — empezó a parecer una camisa demasiado apretada sobre la piel quemada por el sol, áspera y congestionada. La isla había cambiado con los años, y en lugar de mochileros tocando la guitarra y perros correteando libremente por la playa se veían hombres con jerséis anudados sobre los hombros y mujeres con vestidos de Lilly Pulitzer y el pelo con un cardado perfecto de secador, de los que no se alteran ni con la humedad. La vieja tienda de todo a cien se había convertido en una tienda de antigüedades. Era excesivo oír las voces de todos nosotros amontonadas, todos apelotonados en los mismos espacios que habíamos ocupado de niños. ¿Cuántos años más podríamos seguir reuniéndonos así? ¿Cuántos años más seríamos capaces de encontrar una casa con cabida para todos? ¿Nunca íbamos a hablar de lo que había pasado? Esperé hasta justo antes de tener que marcharme si no quería perder el ferry. Entonces busqué a mi madre por toda la casa. Estaba en su habitación, vistiéndose, con los rulos calientes en el pelo. Se había puesto en las muñecas un fuerte perfume floral, y aunque no se había llevado leotardos a la isla de verano, llevaba el mismo albornoz a medio abrochar. El perfume me invadió la garganta. El tiempo se curvó.

—¿Dónde enterraron a Jacqueline? —pregunté.

Mi madre se quedó inmóvil, su boca una pequeña o. Había empezado a aplicarse lápiz de labios y la mitad superior de la o era violeta; la inferior, el labio limpio. Acabó de pintarse los labios con mano temblorosa. Se enderezó,

tapó el pintalabios cuidadosamente, lo dejó en la cómoda y salió de la habitación.

A la mañana siguiente, ya en Boston, me sonó el móvil. Vi que era mi padre. Mi padre me habrá llamado unas dos veces en la vida. En esta ocasión, cuando contesté no me dijo hola.

—Por lo visto le has preguntado algunas cosas a tu madre.

Cogí un cuaderno que tenía en la mesa y un bolígrafo. No se me presentaría otra ocasión.

—Jacqueline está enterrada en una fosa común —continuó mi padre—. No sé dónde. Probablemente cerca del hospital. La beneficencia católica se hizo cargo de todo.

Cuando mis dos hermanos y yo teníamos cinco meses —Andy y yo estábamos en casa y Jacqueline seguía en el hospital—, mi padre se llevó a mi agotada madre a Puerto Rico, a pasar unas merecidas vacaciones. Acababan de aterrizar cuando mi padre oyó su nombre por megafonía, me dijo. Jacqueline había muerto. Con el teléfono de emergencias en la mano — me imagino a los mozos, las familias de vacaciones sobrecargadas de equipaje multicolor, los recién casados en luna de miel cogidos de la mano, apoyados el uno en el otro para besarse furtivamente—, tomó una decisión inmediatamente. ¿Pueden enterrarla?, preguntó.

Le contestaron que no podían, que solo lo hacía la beneficencia católica.

Mis padres son ateos. Les dijo que la bautizaran.

—Era lo más sencillo —me dijo por teléfono, con la voz ronca para no llorar. Mis padres nunca preguntaron dónde estaba enterrada Jacqueline. Más adelante mi tía me contó que habían pedido que no se lo dijeran—. Era lo que había que hacer. Solo había vivido en el hospital. Era su casa.

Parecía estar suplicando. No a mí. Al pasado. Colgamos y no volvimos a hablar del asunto.

El guarda se ha parado y me observa, esperando a que conteste a su pregunta. En la tumba a mi izquierda hay una taza de café unida con cemento a la losa. Las flores de la taza se han desme-nuzado y han muerto hace tiempo. La capa de cemento por debajo de la taza, evidentemente obra de un deudo, no de un

profesional, está desnivelada. En el recipiente dice PAPÁ. Escojo las palabras con cuidado.

—Oí hablar de la familia Langley y supongo que su historia se me quedó grabada. Yo tenía una hermana, trilliza. Murió cuando éramos bebés.

—Pero ¿cómo se enteró de lo de los Langley?

En el claro hace un calor espantoso, el muro de los árboles inmoviliza el aire. La mujer del guarda está esperando en la puerta. Pero el guarda sigue mirándome. En el prolongado silencio me doy cuenta de lo extraño que es que yo sepa tanto de esta familia. De lo extraño que es que haya venido hasta aquí. Quiero decirle algo que le haga comprender, pero ¿cómo puedo explicar que estoy intentando buscar los orígenes de esta historia porque no soy capaz de encontrar los orígenes de mi propia vida? ¿Que necesito entender cómo enterró Bessie a sus hijos, porque en ella está Lorilei, y en ella, mi madre? ¿Que necesito entender que el amor había deformado lo que Bessie era capaz de ver, porque en su hijo está mi abuelo, en Bessie está mi abuela, y en toda la historia el repiqueteo de los tacones de Lorilei cuando atraviesa el pasillo de la sala para abogar por la vida de Ricky, y la fuerza de la mano de mi padre cuando aúpa a mi abuelo al coche para cruzar el puente y traérselo a casa? Estamos en un cementerio. Pero para mí el pasado no está en el suelo. El pasado está en mi cuerpo.

—Estaba estudiando un asunto jurídico y me encontré esta historia — consigo decir al fin.

Seguimos andando en silencio; el sol aprieta. De repente estoy a punto de soltar un grito, porque veo lo que he venido a buscar. LANGLEY.

Veintinueve

Nunca he ido a la tumba de mis abuelos. No desde que pusieron a descansar a mi abuelo al lado de mi abuela. No desde que colocaron la lápida, mucho antes de que muriera. La lápida es de color rosa, con una rosa grabada y el retrato de su boda incrustado. A mi abuela le encantaban las rosas. A mí también. Llevo el contorno de una rosa tatuado en la nuca, por el poema de Marianne Moore «Solo rosas». Cuando mi abuela estaba moribunda en el hospital, le canté «La rosa»: «Hay quien dice que el amor es un río que ahoga al tierno junco. Hay quien dice que el amor es una cuchilla que te desangra el corazón». También se la canté unos años antes de su muerte, cuando vino a quedarse con nosotros ella sola mientras mi abuelo estaba en el hospital. Nunca la había visto tan nerviosa, tan dominada por una terrible energía: me di cuenta de que nunca la había visto sola. La primera noche que pasó con nosotros bajé a darle un beso. Mi madre le había preparado el sofá cama verde, pero mi abuela no estaba tumbada. Estaba sentada en el borde. Cuando entré en la habitación, levantó los ojos.

—Más de cincuenta años llevamos casados —dijo. Tenía en una mano la estampa de la Virgen de su madre y acariciaba los bordes con los dedos—. Nunca he dormido sin tu abuelo. Ni una sola noche.

Yo tendría trece años. Nunca había pensado en la acumulación de tantas noches. En que equivalían a toda una vida.

Mi abuela debió de sentir como un peso en el estómago al saber quién era mi abuelo: imposible ignorarlo en un momento, imposible admitirlo al siguiente. Tomar conciencia y que se esfume a continuación. Debió de obligarse a no notar que salía de la cama por la noche. Sabía quién era mi abuelo como hombre. No podía permitirse ver quién era como abusador.

Mientras me alejo del cementerio en el coche voy pensando en las tumbas de los Langley. El hormigón encima de Alcide se ha oscurecido; el hormigón encima de Bessie sigue claro. Falleció un año antes de mi visita. Alguien había puesto indicadores para sus hijos, con el retrato del colegio de

Oscar y el del bautizo de Vicky, y el hormigón era del mismo color que el de la tumba de Alcide. Probablemente Bessie estaba viva cuando los pusieron. Las cuatro tumbas juntas —las dos grandes y las dos pequeñas— parecían inconfundiblemente lo que eran: una familia. Voy pensando en eso, voy pensando en mi abuela en aquella cama echando en falta a su marido, en el olor a lavanda que desprendía cuando me inclinaba para darle un beso en la mejilla como de papel por la noche, cuando veo entre los árboles que la carretera se interrumpe en un cruce. Veo la señal amarilla de un paso a nivel.

Y después el nombre de la calle a la que me dirijo, que resuena alto y fuerte dentro de mí como un silbato.

Packing House Road.

El 27 de mayo de 1992 por la tarde, Della Thompson, de ochenta y dos años, está sentada en el patio de su casa, en Packing House Road, viendo *La ruleta de la fortuna* por la puerta entreabierto del patio. El sol se pone sobre la extensa pradera de Luisiana, el cielo se ilumina con estallidos fucsias y trazos dorados, el hermoso legado de la polución en esta tierra, y por el rabillo del ojo ve una motocicleta que, como dirá más adelante, va «muy rápido» por la carretera, tan rápido que no puede distinguir al conductor ni al pasajero. Tan rápido que no puede distinguir los bracitos de Joey agarrados a la cintura de su padre ni a Terry inclinado hacia delante para acelerar aún más, para que la moto vuele. ¿Cierra Joey los ojos, apoyado contra la espalda de su padre? En aquel último momento, ¿es el viento lo que siente?

El silbido de un tren rasga el aire, fuerte y prolongado, lo suficiente para sobresaltar a Della. El tren se veía venir desde antes. No le hacía falta el pitido. El tren pasa a toda velocidad; el sol apuñala su cuerpo plateado. Después, nada. Della sigue con su programa.

Pero al poco una camioneta retumba por la carretera. A Della le gusta ver pasar los coches. No hay muchos. Así que se fija en la camioneta que se para cerca del paso a nivel. Ve a una mujer que sale del vehículo y se pone a inspeccionar algo que hay en el suelo. Ve que la mujer se inclina y se pone a recogerlo.

Entonces Della oye un chillido.

La mujer corre hacia la casa de Della, gritándole que llame a la policía.

En el diagrama que se adjunta al atestado policial hay un ocho tumbado delante de las vías del tren. Parece un símbolo de infinito. Por encima, en las vías, se lee «marcas de incisiones». Es donde el tren colisionó con la motocicleta, cuyas ruedas forman el lazo del símbolo, y la tumbó. El símbolo de infinito se repite una y otra vez, volando por los aires hasta detenerse. Aerotransportado. El pequeño contorno de un cuerpo, rotulado «Víctima n.º 1», reposa en paralelo a las vías, a 17,87 metros del lugar del impacto, precisa el diagrama. Terry Lawson. Entre su cuerpo y las vías hay dos círculos cuidadosamente rotulados que representan el depósito de gasolina y el asiento de la motocicleta, y el guardabarros mucho más lejos. La moto salió disparada con el impacto. Más cerca de las vías, el contorno de un cuerpo pequeño, al parecer despedido antes que el de Terry. «Víctima n.º 2.» Joey, su hijo.

El tren no chocó con Terry. Él chocó con el tren. Dio contra el segundo vagón, a tal velocidad que, según el informe, el maquinista no se dio cuenta del choque y continuó hacia Chicago. El informe que encontré en los archivos decía «accidente». La policía lo investigó como tal.

Entre todos los escritos que presentó la defensa en esta causa, los escritos con peticiones extrañas e impracticables, encontré en las cajas con el rótulo «Petición de exhumación» el que argumentaba que, aunque se halló a Jeremy muerto y envuelto en mantas, quizá no se tratara de un asesinato. A Ricky Langley se le tomó una muestra de pelo, observaba Clive. Pero lo único que corroboró esa muestra fue que el pelo púbico encontrado en los labios de Jeremy no era de Ricky. Una vez demostrado este punto, ¿no sería sensato demostrar de quién podía ser ese pelo? «Hay datos que confirman que el señor Lawson abusó sexualmente de June Lawson, su hija», decía Clive.

La petición no especifica en qué consisten esos datos.

Terry respondía a los criterios que buscaban en un sospechoso. Si no sospechoso del asesinato, sí sospechoso de... algo. Tenía acceso a la habitación en la que se encontró el cadáver de Jeremy. Tenía acceso a

Jeremy. Desde que Ricky se mudó a vivir con Pearl, los niños y él, se había hecho íntimo amigo de Ricky, y pasaban horas enteras juntos, cazando en el bosque. El escrito sostenía que Ricky era un chico muy influenciado, y también muy solitario. Una amistad duradera debió de tener una importancia increíble para él.

Y —añadía el requerimiento— Ricky quería morir. Ricky, con tendencias suicidas durante años, sabía que, si descubrían que había abusado de Jeremy Guillory, había más probabilidades de que lo ejecutaran. Le envió notas a Lucky desde la cárcel. «Sigo pensando que deberíamos insistir en la pena de muerte.» Envió notas a los periódicos. «Jeremy fue sacrificado por razones que ustedes nunca entenderán.» Pero ¿y si habían abusado de Jeremy, pero no había sido Ricky, o Ricky no había sido el único? El semen de la camiseta de Jeremy era de Ricky; el pelo púbico de los labios, no. ¿Y si Ricky estaba encubriendo a su amigo, el padre del que nadie sospechaba?

Tres meses más tarde, Terry se estrellaba con su hijo contra el segundo vagón de un tren de Amtrak. «Cualquiera que conozca el paso a nivel de Packing House Road reconocerá que se puede advertir la proximidad de un tren desde más de un kilómetro de distancia», señalaba Clive.

Entonces, en lugar de precipitarse a condenar a Ricky sin haber comprendido la historia completa, ¿no sería sensato exhumar el cadáver? Terry estaba muerto. No podía acogerse a ningún derecho constitucional contra una orden de registro. Tus derechos expiran cuando te mueres. Durante la vista oral, Clive puso mucho empeño en señalar que la presencia de vello púbico en los labios de Jeremy no significaba necesariamente que lo hubieran sometido a abusos sexuales. El pelo podía haber llegado allí de otra manera, pues las mantas estaban amontonadas sobre su cuerpo. Pero las mantas de la cama de Ricky, muchas de ellas con personajes de cómic, seguramente eran de las camas de los niños. Y el pelo púbico no era de Ricky. Así que... ¿no sería lo más sensato?

La petición fue presentada el 3 de diciembre de 1993. Jeremy llevaba muerto un año y diez meses. Terry y Joey, un año y seis meses. A la gente le pareció macabra la solicitud. Algo dijeron de presentar una denuncia disciplinaria contra Clive ante la asociación de abogados. La solicitud fue denegada. Pearl testificó con actitud reservada y nadie le preguntó qué pasó

después de que encontraran el cadáver de Jeremy en su casa, ni dónde estaban su marido y su hijo. Todo el relato fue eliminado del juicio.

Pero sigue existiendo el problema del cuerpo. El problema del cadáver de Jeremy escondido en el armario de arriba de la casa de los Lawson durante tres días. El problema de Pearl y Terry viviendo con él. De despertar a sus hijos por la mañana. De arropar en la cama a sus hijos por la noche. Cuando encontré el informe del accidente llamé a una amiga mía que dirige un laboratorio de anatomía forense en Boston para preguntarle cuánto puede tardar un cadáver en empezar a apestar. ¿Era posible que nadie notara que había un cadáver en la casa durante tres días?

—¿Qué tiempo hacía? —preguntó.

—Invierno en Luisiana. Seguramente la casa no tenía buena calefacción. La familia tenía poco dinero y había un montón de mantas.

Mi amiga se quedó pensando unos momentos.

—Dudoso —dijo.

—¿Dudoso? —Me salió la palabra como un grito. ¿Cómo podía explicarle lo mucho que necesitaba comprender lo que había ocurrido en aquella casa?—. Tengo que averiguarlo.

—Dudoso.

Treinta

Cuando tenía dieciocho años me enfrenté a mi abuelo. Era junio de 1996 y estaba a punto de graduarme en el instituto. Agosto se alzaba en el horizonte, inundando mi visión con la perspectiva de escapar. En Chicago me esperaba una habitación en una residencia. Un dormitorio en el que nunca había dormido, en el que nunca había recibido la visita de una pesadilla. Un campus entero —una ciudad entera— lleno de edificios llenos de habitaciones en las que no se había desarrollado ni un solo día del pasado.

Pero empezaba a comprender la densidad del silencio. Que si yo no decía nada, nadie de mi familia lo haría, y mi abuelo no tendría que responder de sus actos. Yo quería que respondiera. Quería que me oyera pronunciar las palabras que decían lo que él era. Que esas palabras se hicieran tan sólidas como los recuerdos que llevo en mi cuerpo.

Aquella mañana el magnolio de al lado de su apartamento estaba en plena floración. Dentro, los pasillos guardaban el silencio propio de un espacio funcional beis que no es de nadie. Cuando me acercaba a su puerta empezó a arderme la nariz por el hedor a amoníaco de la orina añeja. Empezaba a fallarle el cuerpo; la idea me hizo fuerte. Todavía me extraña que no me detuviese, que siguiese adelante. Pero recuerdo mi paso rápido y resuelto. Por la puerta se oía al cura de la televisión diciendo misa, las largas vocales de los latinajos. Cuando yo era pequeña, mi abuelo veía aquel programa todos los domingos por la mañana, cuando nos hacía de canguro. Todos los sábados por la noche, sus manos. Todos los domingos por la mañana, la voz de un sacerdote.

Se dirigió a la puerta lentamente. Llevaba pantalones y una camisa metida por dentro, y las gafas. Mi abuelo no fue nunca como mi abuela, con sus vestidos de andar por casa. Siempre iba preparado para enfrentarse al mundo. Nunca había ido a visitarlo yo sola, pero cuando abrió la puerta y me vio, no pareció sorprenderse. No hizo aspavientos ni me abrazó, nada de lo

que supongo que hacen los abuelos cuando ven a sus nietas. Guardó silencio. Me miró. Se quedó allí esperando.

Entré sin más. Lo primero que tuve que encajar fue el olor de la habitación. Después, las fotos. Todas las superficies estaban atestadas de chismes de la casa de mis abuelos: la fotografía de su boda con marco de plata; juegos de salero y pimentero; tazas minúsculas y dedales aún más pequeños. Un busto de barro naranja de mi abuelo que había modelado él y que a mí me gustaba tocar cuando era pequeña, con el pelo rizado como el mío. Fotografías enmarcadas de mi madre y sus hermanos cuando eran pequeños, de nosotros cuando éramos pequeños. Yo iba creciendo de un estante a otro. En la televisión seguía la voz del sacerdote.

Me volví hacia mi abuelo.

—Abusaste de mí —dije. Unas palabras tan sencillas, y nunca se habían pronunciado—. Lo recuerdo.

Le conté lo que recordaba. Que cuando tenía tres años estaba un día en el comedor con olor a humedad de la casa de Astoria, la casa en la que se crio mi madre, con un vestido. La habitación estaba a oscuras; mis padres se habían ido a algún sitio. Nos habíamos quedado solos mi abuelo y yo. Yo estaba mirando un cuadro que había en la pared de enfrente. El cuadro representaba la cara de una joven campesina italiana enmarcada por un pañuelo, ladeada, con dos cerezas colgadas de una oreja por el rabillo, de modo que los globos de las frutas brillaban como pendientes. De repente, con una mano mi abuelo me tapó la boca, sofocando mi grito de miedo, y con la otra, áspera, subió por mi vestido. Me metió los dedos entre los muslos y las bragas.

Le conté lo de la lámpara-muñeca en la cómoda de mi infancia. Lo del vestido de gasa amarilla de la muñeca que con la luz le teñía la cara de amarillo. Que se quitaba la dentadura postiza y me sonreía. «Soy un brujo», decía, y yo guardaba silencio, asustada. Miraba fijamente la luz amarilla mientras él me subía el camisón y me bajaba las bragas. Se desabrochaba los pantalones. Se echaba encima de mí.

No le podía decir entonces lo que aún no sabía. Que años después de aquel día —a los dieciocho años de su muerte—, llegaría una tarde en que mi ginecóloga me dijera en la consulta:

—Tienes cicatrices internas.

Ya me lo habían dicho, pero siempre había eludido el tema. En esta ocasión no lo hice.

—¿A qué puede deberse?

La médica no contestó. Me miró.

—Abusaron de mí cuando era pequeña —dije. Intenté que no se me quebrara la voz—. Mi abuelo. ¿Podría ser por eso?

La ginecóloga asintió con la cabeza.

Ya tenía la cara empapada de lágrimas. En el reconocimiento me había tomado una muestra para una biopsia. Cuando el escalpelo me raspó noté un agudo escozor y me puse a temblar. No sentí nada —ni miedo, ni tristeza, ni siquiera tenía conciencia del dolor—; solo el temblor y una profunda sensación de ausencia, como si los temblores le acometieran a alguien que no era yo. Entonces el temblor fue subiendo y me salió en sollozos ahogados, entrecortados.

Lloré largo rato. La médica giró el taburete, me puso la fina sabanilla de papel sobre las piernas y me dio un pañuelo de papel.

—¿Te encuentras bien? —preguntó.

Asentí entre sollozos. Intenté hablar, pero no me salían las palabras.

Lo que quería decir era lo siguiente: que reconocía la sensación. Mi cuerpo reconocía la sensación del dolor dentro. Mis recuerdos siempre acababan cuando mi abuelo se frotaba contra mí; después, la nada de la negrura. Siempre había pensado que donde acababa el recuerdo también acababa el hecho del pasado.

Pero la cicatriz. ¿Es la cicatriz prueba de lo que ocurrió después del dolor, después de la negrura? ¿Qué ocurrió después del fin de mi recuerdo? ¿Qué hecho alberga mi cuerpo? No lo sé. Nunca lo sabré.

No exigí nada en el apartamento de mi abuelo. Hablé largamente de mis recuerdos, con tranquilidad. Aún quería ser abogada, algún día. Ese era mi primer caso.

Mi abuelo me prestó atención. No me dio la espalda, no discutió ni me rechazó. Me escuchó, impasible. Detrás de él, el sacerdote hablaba monótonamente.

Cuando terminé, él tomó la palabra.

—¿Qué quieres? —Las palabras habían ido cobrando fuerza en su interior mientras esperaba. Quizá a lo largo de los años. En aquel momento me las escupió—. Sé lo que hice, pero ¿qué quieres?

Hay una parte de mí que siempre tendrá dieciocho años, aquel día con él en aquella habitación. El aliento húmedo, podrido, de viejo, y la peste a orina, la cara que amaba y la cara que temía. Aquella pregunta.

Y cómo le sacó partido a su respuesta.

—¿Quieres que me mate? —dijo—. Si quieres que lo haga, lo haré. Me mataré. —Estaba burlándose de mí. Había visto el miedo en mi cara—. ¿Es eso lo que quieres? Soy viejo. Me moriré pronto. Pero lo haré, si tú quieres. Me mataré. —Y añadió—: Además, lo que te pasó a ti no es para tanto. Cuando yo era pequeño me pasó a mí.

Treinta y uno

Se me está acabando el tiempo en Luisiana, con tantas horas que dedico a la cueva de los archivos y a conducir por los mismos paisajes llanos que atravesó Ricky, en sus idas y venidas de Iowa a Lake Charles. Pasar por el instituto, por el centro de acogida en el que Ricky trabajó una breve temporada de adolescente, por las orillas del río Calcasieu, donde soñaba con una vida que fuera de verdad suya. Mire a donde mire, veo vestigios de las personas de los archivos. Alcide con la gorra apretada en una mano, en un camino de tierra de Hecker, con las niñas a sus pies. Bessie ajustando la muleta que se le clava en la axila y después agachándose para hacer las camas de los niños antes de que vuelvan del colegio. Y ahora Bessie y Alcide bajo el hormigón, en el suelo. El calor ha sofocado los campos y ha empujado a todos a meterse en casa. La tierra da la sensación de una ciudad fantasma, un sitio por el que pasó una historia que se llevó el viento.

Pero aún no he encontrado la casa en la que murió Jeremy. Un problema sencillo, casi enloquecedor: las direcciones que figuran en los expedientes se contradicen. En los informes de la policía aparece Carretera 1, Intersección 204. Esa es la dirección que le dio Ricky a la policía, pero nadie la llamaba así, sino Watson Road.

—Pero en realidad no tiene nombre —dijo Ricky, y la policía tuvo muchas dificultades para encontrarla.

En unos sitios el casero aparece como Watson, en otros como Ardoin, pero el hombre llamado Ardoin que cita el periódico no dijo que fuera el casero. La prensa no da la dirección de la Carretera 1; algunas veces dice que la casa está en Ardoin Road. Evidentemente, se trata de un error: Ardoin Road es mucho más grande. En ocasiones el periódico habla de Ardoin Lane. Pero Ardoin Lane hace curva por el otro lado. He preguntado en Correos, en el ayuntamiento, en el parque de bomberos, en la sociedad genealógica y en la comisaría. Nadie lo sabe.

Es enloquecedor que no haya un triste mapa que indique los números de la antigua carretera. Quizá exista alguno, pero si es así, la oficina de prensa provincial no pudo prestarme ayuda, en el archivo cartográfico me aseguraron que no había y yo no encontré nada. Con el paso del tiempo, sin embargo, empieza a parecerme casi normal no dar con la casa. Es la sensación de perseguir un recuerdo que se te escapa justo cuando empiezas a atraparlo. Claro que es peligroso incorporar la metáfora a la vida; huele a deseo de atribuir significado a la cruda realidad, pero ¿no es lo que ocurre con toda esta historia? Todos los hechos de este caso se me escapan en el momento en que intento captarlos. En los archivos se menciona a veces que Ricky es rubio, pero yo he estado enfrente de él —aún no hemos llegado ahí—, y puedo asegurar que tiene el pelo castaño oscuro. Lorilei escribió una carta al periódico *American Press* quejándose de que el fiscal repitiera una y otra vez que Jeremy tenía el pelo rubio y los ojos azules, cuando sus ojos eran castaños. Alcide quería que Bessie abortara cuando los médicos dijeron que el niño nacería con muchas lesiones, pero Bessie, muerta de pena, se negó. O Bessie quería abortar, pero Alcide era cruel y no la dejó. Alcide era un padre cariñoso o pegaba a sus hijos. Lyle era un sustituto de padre cariñoso, al que realmente se sentía unido Ricky, o una vez le dio tal paliza a Ricky que Judy tuvo que apuntarle con una pistola para que lo dejara en paz. Mi hermana Nicola decide considerarse una persona de la que nunca han abusado, cuando yo recuerdo la sombra de mi abuelo al inclinarse sobre su cama, el crujido de las sábanas debajo de sus manos. Tengo una cicatriz dentro de mí, pero no puedo recordar qué la causó. Ricky abusó de Jeremy antes de matarlo; Ricky no abusó de Jeremy, pero lo mató; Ricky mató a Jeremy y después abusó de él; Ricky mató a Jeremy por intentar no abusar de él.

Tres juicios y ni aun así podrán concretarse los hechos. Parece normal que una casa se mueva, se desplace, se desvanezca.

Después de la visita de Lorilei, Ricky deja de decir que quiere morir. No parece que sueñe con la libertad —tengo muchas notas escritas de su puño y letra, pero después de Georgia no vuelve a mencionar la excarcelación—, y da la impresión de que acepta vivir en la cárcel. Su situación ha cambiado.

Todo el mundo conoce Angola, sabe lo mal que lo pasó en ese lugar legendario. Ahora tiene sus opiniones sobre cómo debería dirigirse la prisión provincial. El director del centro penitenciario es el coronel Bruce LaFargue. Un día de julio de 2002, LaFargue pasa junto a la celda de Ricky. Ricky lo llama y le pregunta si pueden hablar. LaFargue lo lleva a una sala privada. Allí, Ricky se queja: tiene la sensación de que, con el nuevo juicio, sus abogados lo están utilizando como conejillo de indias. Dice que quieren sentar un precedente con su caso. Pero no quiere que lo suelten. Dice que abusó de Jeremy y teme que si sale de allí volverá a abusar de otros niños. Eso es lo que le ha dado Georgia: la comprensión de quién es, que puede utilizar como moneda de cambio. Dice que en Georgia siguió una terapia por ser pedófilo que le hizo pensar en cómo ayudar a otros pedófilos, en cómo impedir que otros cometan delitos. Eso es lo que le importa ahora, pero nadie le hace caso. Cree que si pudiera compartir lo que sabe, tendría algo bueno que ofrecer al mundo.

—Ya —dice LaFargue. No sucede nada.

En octubre, Ricky le dice a un carcelero que quiere volver a hablar con LaFargue. El carcelero lo lleva al despacho de LaFargue. Allí Ricky le dice a LaFargue que después de Angola tiene ideas para que la prisión funcione mejor. Quiere papel higiénico de mejor calidad. Quiere más tiempo para fumar. Y otra cosa, le dice a LaFargue. Sigue pensando que podría ayudar a la gente a comprender a los pedófilos.

—Cuéntele esa idea a su abogado —replica LaFargue.

Ricky escribe a sus padres. «Quiero compartir con vosotros algo que me hace muy feliz; no, muy orgulloso. Mamá, ¿te acuerdas de que en una de mis cartas decía que algo bueno iba a salir de todo esto?» Si se cree que la inclinación de la letra en el papel expresa cierta emoción, que expresa cierta verdad, se podría retroceder hasta la época de la cárcel de Georgia. Si se cree a Ricky. Si se piensa que comprende y que de verdad quiere ayudar.

Clive y Ricky deciden celebrar lo que Clive llama un «seminario» para los funcionarios de la cárcel, en el que Ricky explicará cómo es la mentalidad de un pedófilo. Ricky parece creer que la idea del seminario es suya, pero Clive

ya lo ha organizado todo. Tiene sus razones: en el último juicio, el jurado condenó a muerte a Ricky en tan solo tres horas. Clive tiene que encontrar otra manera de contar este relato. No se invitará al seminario a los fiscales; Clive ni siquiera los ha informado de lo que ocurre. LaFargue está de acuerdo en que nada de lo que diga Ricky pueda utilizarse en su contra y en que no se harán grabaciones, dirá Clive más adelante. LaFargue dirá que no, que lo que acordaron fue que Ricky no hablaría concretamente del asesinato. Un acuerdo que Ricky no tardó en romper. ¿Que nada de lo que dijera Ricky podría utilizarse en su contra? LaFargue dice que él no accedió a semejante cosa.

Y resulta difícil saber hasta qué punto tiene pensado Clive guardar el secreto. Les dice a cuantos invita que no pueden tomar notas, que la información que se dé no debe salir de la sala. Pero dos invitados son periodistas. Seguramente quiere controlar cómo se presenta el relato y asegurarse de que sea la versión de Ricky la que se impone. Los fiscales se pondrán como hidras cuando se enteren. Llamarán a declarar a todos los asistentes y calificarán el acto de ilegal e improcedente. Pero no podrán anularlo. Como la frase que un abogado pronuncia en un juicio a sabiendas de que es improcedente, a sabiendas de que el juez ordenará que la eliminen de las actas, pero sabiendo también que lo que han oído los miembros del jurado quedará grabado en su memoria, que no se borrará fácilmente, Clive conseguirá lo que necesita: un análisis.

El 17 de diciembre de 2002, alrededor de las tres de la tarde, llevan a Ricky por los estériles corredores alicatados del centro penitenciario de Calcasieu esposado, con un mono naranja y el pelo otra vez atusado con agua. Seguramente está nervioso. Seguramente no habrá podido quedarse quieto en toda la mañana, ni comer siquiera un paquete de *ramen* del economato, de los que atesora en su celda. Sin embargo, acaba de afeitarse con una cuchilla que compró allí; con la excitación se ha dejado la cara en carne viva. Su cuerpo enjuto brinca a cada paso que da, la energía y los tics nerviosos que aparecen en los videos lo ayudan en estas circunstancias a impulsarse por los pasillos, a dirigirse hacia lo que va a hacer: aprovechar la oportunidad tan esperada, tanto que se estremece. A contar su historia. Los funcionarios lo llevan a una habitación pequeña en la que espera Clive, y los dos vuelven a ensayar. ¿Es entonces cuando Clive le recuerda que, según el

acuerdo, no debe hablar del asesinato? ¿O es entonces cuando le dice, no importa, habla de él?

A la puerta del juzgado hay varios funcionarios de la unidad de seguimiento de delincuentes sexuales, inspectores de la oficina del sheriff y otros efectivos de los cuerpos de seguridad, unas veinticinco personas en total. El pasillo es un hervidero de walkie-talkies y conversaciones, con el olor del café aguado que emana de los vasos de cartón reblandecidos y la energía amordazada de las armas enfundadas. Uno de los ayudantes de LaFargue hace señas a los asistentes para que entren. El lugar que debería ocupar el juez está vacío; una bandera estadounidense cuelga lánguidamente al lado. Una vez sentados los asistentes, Clive lleva a Ricky a una mesa pequeña en la que suele sentarse el acusado con los abogados. Hoy han colocado las sillas al otro lado, de modo que Clive y Ricky pueden ponerse frente al público. Clive se presenta y va por la sala preguntando a todos su nombre y su ocupación. Después dice:

—Este es Ricky Langley. Ricky es la razón por la que hoy estamos aquí. Va a contarles su historia.

Cuando Lorilei oyó la historia de Ricky contada por él mismo en la cárcel, algo la removió, algo le hizo comprender que Ricky no era solamente el monstruo que le había quitado la vida a su hijo, sino un hombre, y le hizo decidir que lucharía por él. En algún momento de esa historia aparece la persona que Bessie conoció. La gente reunida en el juzgado está ante el Ricky de carne y hueso, real. Desmedrado y pequeñajo en su asiento, comido por el mono naranja. Va a contarles quién es. Va a contarles que se ha sentido acorralado. Clive se la juega.

Le sale el tiro por la culata.

Ricky empieza a hablar deprisa. En primer lugar, de Bessie y Alcide. Después —sin querer, las palabras le salen sin más— del accidente de coche, de Oscar, de su padre meciendo la cabeza de Oscar al borde de la carretera, cantándole: con qué claridad recuerda Ricky aquel momento, la belleza del lánguido sonido de la voz de su padre. Les cuenta que cuando era pequeño llevaba en el bolsillo una fotografía de Oscar, que hablaba con ella mientras comía agazapado bajo la copa de una virgilia, con Oscar escondido entre las raíces como serpientes.

Un funcionario se remueve en su asiento. Otro se cruza de brazos. Eso no es una introducción a la mente de un pedófilo. Son los recuerdos de un hombre, o su imaginación.

Clive mira a Ricky y le hace un gesto de apremio. Debería hablar de lo que han discutido ellos dos. Ricky aspira hondo. Debe de sentir una extraña mezcla de orgullo y vergüenza, con tantos ojos pendientes de él cuando va a contar algo que incluso él sabe que debería callar.

—He abusado de niños desde que tenía nueve años. Hacerlo es más fácil de lo que se piensa. —La sala entera guarda silencio. La atención del público es la recompensa de Ricky—. Simplemente le pido a un niño que se siente en mis piernas. Los niños siempre se sientan en las piernas de la gente, y siempre son niños de familias que conozco. Entonces los toqueteo. He llegado a hacerlo —con todos aquellos ojos clavados en él, cuando nunca se lo han tomado realmente en serio, no puede resistir la tentación de presumir un poco— con los padres en la misma habitación.

Es entonces cuando empiezan a sentir asco, según dirán algunos de los presentes.

—Hay tres clases de pedófilos —añade Ricky—. Los de la primera clase lo hacen para hacer daño a los niños. Se portan mal en ese sentido. Incluso podrían pensar que son malvados. Después están los de la segunda clase. Lo hacen para controlar.

Una joven se levanta bruscamente. Abandona la sala a toda prisa, con los ojos bajos.

Ricky continúa.

—Ya saben cómo va —dice, y debe de resultar agradable hablarles así, como si estuvieran en el mismo lado del problema y Ricky los ayudara a comprender a las personas que no son como él—. Como no controlan sus propias vidas, tienen que controlar las de los niños. —Se interrumpe unos momentos. Tal vez esté recordando a la psicoterapeuta de Georgia, las minuciosas preguntas que le hizo. ¿Se sentía frustrado con su vida? ¿Se sentía solo? ¿Deprimido? La terapeuta pensaba que el amor de Ricky por los niños era un sustituto de otra cosa. No lo entendía—. Y después están los tíos como yo. —Al fin va a explicarlo—. Yo quería a Jeremy. Lo quería con un amor de novio-novia. Jeremy era mi verdadero amor.

—Si lo querías, ¿por qué lo mataste? —grita un hombre.

Ricky parece desconcertado ante la pregunta. Guarda silencio unos momentos y de repente suelta:

—No tenía intención de hacerlo. Creía que era Oscar.

Los planes y las esperanzas que Clive tenía para ese día, fueran los que fuesen, se han venido abajo. Cuanto más habla Ricky, más asco siente la gente.

Clive se levanta y le pone una mano en el brazo a Ricky para interrumpirlo.

—Creo que no era nuestra intención llegar a esto. Ricky ha tenido que luchar más que la mayoría de nosotros. A pesar de la desgracia que ocurrió, Ricky hizo grandes esfuerzos. Estoy convencido, y quizá a Ricky le duela que lo diga, pero lo hemos hablado y sabe que eso es lo que pienso, estoy convencido de que Ricky tiene una enfermedad mental.

La carrera de Clive se basa en su capacidad para calar a las personas, algo imprescindible para todos los abogados. Era imprescindible para mi padre, y cuando las cosas se le torcieron fue cuando el dolor y la depresión empañaron esa capacidad. Y es especialmente importante para los abogados defensores de condenados a muerte en el sur, que deben saber calar lo suficiente a un jurado como para salvar la vida de sus clientes. Clive tiene un éxito singular en este sentido y es uno de los abogados defensores de condenados a muerte más famosos del sur, que solo perderá seis casos en dos décadas.

Pero seguramente no ve al funcionario de la última fila que tuerce la boca con desprecio. Seguramente no ve la cara de una mujer con una expresión dura como el acero. En aquel momento, Clive no parece ver lo que está ocurriendo: que la gente se ha vuelto contra él.

Lo que ve es el pasado.

—Mi padre tenía una enfermedad mental —prosigue—. Nadie lo comprendía. Lo insultaban. Nosotros tenemos la oportunidad de comprender a Ricky. Es muy valiente. Se está esforzando por enfrentarse a lo que es. Por eso —mira a Ricky, quizá le apriete un hombro para animarlo antes de volver a mirar a la sala, la sala en la que todas y cada una de las personas presentes

recordarán su última frase y la repetirán literalmente ante los fiscales— Ricky es mi ídolo.

—Ahora mismo hay un proceso abierto en Arizona —grita un agente de policía al fondo de la sala, con voz de trueno. Se pone de pie—. A lo mejor lo conoce. Un padre descubrió que un hombre había abusado de su hijo. Persiguió a ese hombre y le pegó un tiro tras otro, y cada vez que disparaba le decía que quería que supiera lo que era el dolor de verdad. Si alguien le hiciera eso a usted —y señala a Ricky—, ¿evitaría que siguiera haciendo daño a los niños?

Clive parece horrorizado; después, aturdido. Ricky mira al suelo. Clive dice:

—Yo no quería matar a mi padre. No es así como tratamos estos casos.

El agente no le presta atención.

—¿Evitaría que siguiera haciendo daño a niños?

En ese momento el agente está recordando cuando pisaba las hojas húmedas al borde del barranco, con la gorra firmemente apretada en la mano, plantando las botas con sumo cuidado para no resbalar, conteniendo el aliento mientras enfocaba las hojas húmedas con la linterna. Esperaba ver la cara de un niño, lo esperaba, aunque sabía que si encontraba al chico, el chico podría estar muerto. Y recuerda la extraña mezcla de alivio y desesperación que le encogió el corazón aquella noche al ver solamente hojas. Le había dicho a su superior que no quería asistir a esta reunión. Recuerda la primera vez que vio la cara del asesino en las noticias de la noche y comprendió que el chico estaba muerto. Le dijo a su superior que no quería volver a ver esa cara.

—Ve de todos modos —le dijo su superior. También le dijo que podía marcharse cuando quisiera.

Pero el agente no puede marcharse. Se echa hacia atrás en el asiento, jadeante, con la cara enrojecida. Está anclado a la silla por el tornillo del recuerdo. Ha echado raíces como testigo. En la sala están prestando atención a quien no deben. Cierra los ojos para espantar al asesino e intenta retener mentalmente una imagen del niño. La fotografía del colegio que le dieron entonces. El pelo rubio del niño. Ofrece mentalmente esa imagen como una vela.

Treinta y dos

Con solo dos días por delante en Luisiana, sé lo que he estado evitando. En las miles de páginas que he revisado, las transcripciones y los informes de serología, los informes de fluidos corporales y los documentos de la vida de Ricky, sus expedientes de salud mental de Lake Charles y de la época en que cumplía condena en Georgia, las únicas fotografías de Jeremy que he visto son de cuando estaba vivo.

Pero no es así como acabó su historia. Todo este tiempo me ha movido la convicción de que el nudo gordiano de lo que nos enfrenta a Ricky y a mí será lo que me ayude a aclarar lo que nunca llegará a resolverse. Que mi propio cuerpo es una prueba. Que llevo encima lo que mi abuelo le hizo a mi cuerpo. Lo arrastro por la vida. Todos los informes que he visto han contribuido a que me imagine a Ricky, a que me imagine a su familia, a que empaticé con él. No puedo no saber lo que hizo, no puedo no enfrentarme a ello. No puedo permitirme pensar ni por un momento que Jeremy siguió siendo el niño de la fotografía del colegio. Vivo e inalterado.

Vuelvo a la secretaría judicial una tarde gris. La mujer sentada a la mesa es amable pero brusca.

—Bueno, puedo enseñarle las transcripciones del juicio —dice.

—Ya las he visto.

—Pero las fotografías son pruebas. No puede ver las pruebas sin una orden judicial. Las precintaron.

Me quedo mirándola.

—¿Cuándo las precintaron?

—No lo sé, señora, pero no son de libre consulta. ¿Qué es exactamente lo que quiere ver? —pregunta.

—Solo las fotografías.

Pienso en qué más podría haber ahí. Todo lo que yo no he tenido en cuenta: las bolsas de plástico con las pruebas recogidas en el lugar de los hechos, las mantas. La camiseta blanca de Fruit of the Loom de Jeremy con

los agujeros recortados en la tela para las muestras de semen. Su escopeta con el cañón de plástico marrón. ¿Cuánto necesito ver para comprender?

Espero. Veo los pensamientos que cruzan por la cara de la funcionaria. Su nombre está en los archivos. Su firma, en todos los documentos, sellados una y otra vez. Todo lo que yo estoy intentando ver, ella ya lo ha visto.

—De acuerdo —dice al fin—. Puede ver las fotocopias de las fotografías. Señale lo que necesita y se lo enviaremos.

Saca cinco o seis montones de papeles sujetos con clips, cada uno de ellos de varios centímetros de grosor. Levanto la cubierta del primer montón y veo una copia en blanco y negro de una fotografía aérea. Bosques con manchurroneos, densos y negros. Unas cuantas casas pequeñas que forman una hilera.

La casa del extremo es blanca y más grande que las demás. La casa de los Lawson. Es como si te enseñaran la foto del fantasma que ha estado persiguiéndote. La veo acurrucada entre la densa y oscura telaraña del bosque y enseguida comprendo por qué era tan extraño que Ricky no se deshiciera del cadáver. El bosque estaba allí mismo, a pocos metros de la puerta trasera, tan tupido que el papel se enmaraña de oscuridad.

Hago acopio de clips y pósits para señalar las páginas. Cuando llego a las fotografías del hijo de Lorilei las paso con tal rapidez que solo percibo destellos. El brillo del flash reflejado en el pelo rubio. El botón húmedo del labio inferior.

Aquella noche, en la habitación del motel, bebo vino tinto de botella con tapón de rosca en un vaso de plástico y zapeo en la televisión. El vino demasiado dulce me atonta, pero no lo suficiente. La habitación del motel tiene una distribución rara, con un salón que no se ve desde la cama. Me levanto dos veces a mirar. Quiero comprobar que estoy sola. Sé que estoy sola. No me siento sola. Miro en los armarios, intentando no pensar en el cuerpo de Jeremy. Miro en la bañera. Durante años, siempre que entraba en un cuarto de baño con bañera tenía que descorrer la cortina para comprobar que no había un cadáver dentro. Tras la muerte de mi abuelo, buscaba su cadáver en concreto. A él muerto. Cada vez que lo hacía me sentía idiota, pero tenía que asegurarme. Un día acababa de hacerlo en el cuarto de baño de

una casa en la que se alojaba mi familia cuando, al salir, vi a mi madre allí plantada. Le conté avergonzada aquella manía mía.

Me miró anonadada. Como si hubiera visto un fantasma.

—Cuando eras pequeña te encontraste a tu hermano Andy inconsciente y amoratado en una bañera vacía —dijo lentamente.

La mente recuerda. La mente confunde. Todo se repite.

La tarde siguiente, por la ventanilla del avión de vuelta a Boston las nubes pasan como una gasa implacable. No parecen bonitas, sino asquerosas, pegajosas. Pido más vino y me lo bebo de un trago. El blanco de la pompa de saliva en el labio de Jeremy con el flash de la cámara. El blanco del elástico de felpa del calcetín de algodón que derrama su boca oscura. Me aparto de la ventanilla y cierro los ojos. Intento con todas mis fuerzas no imaginarme lo que va a seguirme hasta casa por invitación mía.

El proceso de selección del jurado —*voir dire*, en francés «decir la verdad»— se reserva exclusivamente para los casos de pena de muerte. Los miembros del jurado deben estar cualificados para la muerte, es decir, tienen que declarar que en teoría serían capaces de votar a favor de una pena de muerte. Clive ha logrado que se atienda su solicitud de *voir dire* en Nueva Orleans. Allí la gente no conocerá tan bien el caso, y a los miembros seleccionados para el jurado los llevarán después en autobús a Lake Charles. Cada día, los candidatos se pasan un micrófono con cable unos a otros para responder a las preguntas de los letrados y el juez Gray. Las bromas con el cable del micrófono se repiten una y otra vez. Clive dice que acabará por estrangularlo. Gray les pide a los jurados que no se estrangulen ellos solos. La repetición — la insistencia— de la broma tiene algo de extraño, también por el hecho de que Jeremy murió estrangulado, como demuestra la profunda marca del sedal en el cuello. Gray ha visto las fotografías. Clive, también. ¿Ya están obsesionados con las fotografías?

La selección plantea problemas desde el principio. La tasa de asesinatos en Nueva Orleans supera ocho veces la media nacional. El primer día de *voir dire*, Gray anuncia que procurará que acaben a tiempo todas las tardes, porque no quiere que haya nadie por la calle cuando empiece a ponerse el sol.

La fiscal, Cynthia Killingsworth, comenta a los nueve días que es el primero desde que están en Nueva Orleans en que no ha habido ningún asesinato. Gray la corrige: ha habido un asesinato. Ha habido asesinatos todos los días. El sobrino de uno de los jurados ha estado implicado en dos asesinatos. El amigo de otro está en el corredor de la muerte. El hermanastro de una mujer cumple tres cadenas perpetuas consecutivas por asesinato. La mujer dice que no podría imponerle la pena de muerte a nadie, porque él sostiene su inocencia, y si fuera verdad, a ella no le gustaría que muriese. Un hombre no estaba a favor de la pena de muerte, pero hace dos meses encontraron a su mejor amigo muerto en la calle, asesinado, y ya no sabe qué pensar. No sabe qué pensar. El hermano de otro hombre fue asesinado. La amiga de la hija de una mujer.

—No descubrieron quién lo hizo —dice ella.

Al hijo de un hombre lo asesinaron cuando tenía siete años.

—He venido aquí con cuarenta años de recuerdos —dice—. No me importa cumplir con mi deber de ciudadano, pero este es muy difícil para mí.

Debido a la exigencia de cualificación para la muerte, podría decirse que no resulta tan difícil librarse de formar parte de un jurado en un caso de posible pena de muerte. Sencillamente tienes que alegar que no podrías imponer esa pena, fuera cual fuese el delito. Al cabo de una semana de *voir dire*, aproximadamente tres cuartas partes de los posibles jurados dicen que no creen en la pena de muerte. El porcentaje resulta sospechoso. De acuerdo: estamos en la liberal Nueva Orleans, pero sigue siendo Luisiana, que forma parte del llamado cinturón de la fritura —por la rapidez con la que antes condenaban a la silla eléctrica—, y uno de los estados del país más proclives a la pena capital.

De modo que cuando le preguntan a una señora si podría votar a favor de imponer la pena capital y dice «No, yo no podría hacer una cosa así», un abogado le aprieta las tuercas.

—¿Quiere usted decir que si celebramos el juicio, se presentan las pruebas y usted está convencida de la culpabilidad del acusado, no puede plantearse la pena de muerte?

La mujer se pone nerviosa. ¿Es que va a haber juicio?

—Yo creía que hoy íbamos a votar si le caía la pena de muerte.

Queda eximida.

El *voir dire* dura ya casi dos semanas, con casi doscientas personas interrogadas. Clive está quedándose afónico y pide disculpas al jurado. Killingsworth sigue hablando de los asesinatos de Nueva Orleans. Gray está hasta las narices.

—Cuando acabe todo esto —le dice harto a una mujer—, voy a entrar aquí y, si está usted en el jurado, le voy a decir: levántese, señora. El señor Langley, ¿vive o muere? Y usted tendrá que decir vida o muerte. No voy a dejarla... No voy a dejar que escriba algo en un papel que diga «voto por la pena de muerte». Voy a obligarla a levantarse y a decirme, mirándome a los ojos y mirando a ese hombre a los ojos y mirando al Estado a los ojos, «¿vive o muere?». ¿Puede usted hacerlo?

La señora está muy agitada.

—No lo sé.

—Ya.

—No lo sé.

—Es difícil.

—Sí.

—Nadie ha dicho que fuera fácil. La pregunta que le hago es: ¿puede tomar una decisión?

—No lo sé. No lo sé.

El juez Gray y los letrados tienen que encontrar a dieciséis personas — doce para formar el jurado y cuatro suplentes— para juzgar este caso. Esas personas tienen que enfrentarse a que se les pida que tomen una decisión inimaginable. No existe ninguna otra situación en la que se pida a un civil que decida si una persona va a vivir o a morir. Quizá la analogía más próxima sea en el caso de un militar: un soldado que cumple el servicio militar, alguien sin la menor intención de verse en la situación de tener a alguien al otro extremo del arma y decidir si dispara o no.

En la facultad de derecho se enseña el concepto del jurado mediante la metáfora de una caja negra. En la caja se meten las pruebas y el derecho. Y de la caja sale un veredicto.

Pero una caja negra no tiene sentimientos.

—Exponerme a las cosas a las que estuve expuesta fue muy traumático —dice una mujer, posible miembro del jurado. Ya formó parte de un jurado en un juicio de pena capital en una ocasión y, mala suerte, han vuelto a llamarla—. Yo diría que todavía no lo he superado.

Hay un nombre para la obsesión que sufren las personas que tienen que tomar decisiones en una guerra: síndrome de estrés postraumático. Quienes han formado parte de un jurado que tiene que decidir una pena de muerte hablan de depresión, problemas con el alcohol, de sentirse angustiados. No le pasa a todo el mundo, pero sí a algunos. Los hombres y las mujeres seleccionados para el jurado vivirán secuestrados en un hotel, todos juntos, apartados de sus familias, a solas cada noche con las imágenes que hayan visto por el día. Las imágenes se les quedarán grabadas. Verán a diario a Ricky en la sala. Los presionarán a diario para decidir si Ricky vive o muere. En el futuro los obsesionará la cara de Jeremy, el saber que, si declaran inocente a Ricky, ¿habrán decidido que no se le hará justicia? ¿O los perseguirá la imagen del hombre al que han condenado a morir?

El 2 de mayo de 2003, al fin son seleccionados los hombres y mujeres que tendrán que enfrentarse a esta prueba. Nueve mujeres y tres hombres. Siete negros, cinco blancos. Tres con familiares esquizofrénicos; tres con familiares bipolares. («Parece una epidemia», dice una mujer seleccionada, impresionada al ver que, al fin y al cabo, los secretos de su familia no la hacen tan especial.) Dos son enfermeras. Nombran presidente del jurado a un corpulento profesor blanco llamado Stephen Kujawa.

—Doy clase a chicos de catorce años —dijo cuando Killingsworth le pregunta si sería capaz de hablar con franqueza en las deliberaciones del jurado—. No voy a asustarme por nada.

Gray permite a los jurados que vuelvan a casa a despedirse de sus familias. Después los llevarán en autobús a Lake Charles. Y comenzará el juicio.

Treinta y tres

«El asesinato no es algo sencillo, pero los elementos sí lo son.» Alrededor de las diez de la mañana del lunes 6 de mayo de 2003 —once años después de que Ricky Langley matara a Jeremy Guillory, nueve años después de que fuera condenado a muerte por ese asesinato y dos años después de que se instruyera un nuevo juicio—, la fiscal Cynthia Killingsworth se sitúa frente al jurado y empieza a contarles el relato del asesinato.

Killingsworth es la segunda letrada de la fiscalía en este proceso. Con una práctica melena corta desfilada y el cansancio reflejado en la cara, parece un poco una versión de Lorilei Guillory, pero con más años y más dinero. El primer letrado es el ayudante del fiscal, Wayne Frey, prematuramente calvo, con una barbilla que parece imitar la redondez de sus gafas y cuya fotografía del colegio de abogados delata un gusto cuestionable en materia de corbatas. La tercera representante de la fiscalía, Sharon Wilson, es la única letrada negra en la sala. Killingsworth y Frey están especializados en casos de pena capital en este condado, y por si alguien cae en la cuenta de lo conveniente de sus apellidos para este trabajo —Frey, que fácilmente puede pronunciarse como el verbo freír, «fry», en un estado que antes tenía la silla eléctrica—, no se hace referencia a tal conveniencia dickensiana en el expediente. La estrategia de la fiscalía consiste en la furia: Killingsworth es madre e insistirá en los detalles de lo que hizo Ricky. Dirá que el calcetín que le puso en la boca a Jeremy estaba sucio. Llamará a Ricky malvado. Frey es un cruzado, un defensor del orden público.

En la defensa están Clive, alto, nervioso y vehemente como siempre, como primer letrado, y Phyllis Mann, cuya llaneza va a juego con la sencillez de su pelo castaño y la sencillez de sus trajes, como segunda letrada. Contra las andanadas verbales de la fiscalía, la estrategia de la defensa consiste en la sinceridad, en hablar siempre como con el corazón en la mano. Clive y Mann son muy hábiles en ese terreno.

Ricky ha sido acusado formalmente de asesinato en primer grado. Según las leyes de Luisiana, hay que demostrar dos elementos: en primer lugar, la intención específica, es decir, que Ricky quería matar a Jeremy, y en segundo lugar, para que el asesinato sea de primer grado, una circunstancia agravante. Se considera circunstancia agravante en un asesinato que la persona asesinada sea menor de doce años. Jeremy tenía seis. Ese requisito se cumple, y el juicio se centrará en el primer elemento, la intención específica.

En respuesta, Ricky se declara dos cosas: la primera, inocente, y la segunda, inocente en razón de enfermedad mental o demencia. No van a declarar lo que Clive y él le prometieron a Lorilei. Así que Gray, antes que nada, ha advertido al jurado de que, debido a la declaración de demencia, existen en el caso dos cargas de la prueba. Sí, la fiscalía tiene que demostrar la culpabilidad de Ricky fuera de toda duda razonable si quiere convencer. Pero también la defensa tiene una carga de la prueba. Si quiere sacar adelante la declaración de demencia, tendrá que demostrar que Ricky no podía distinguir entre el bien y el mal en el momento del asesinato.

Tanta preparación, tanto tinglado. Cuando los jurados ocupan sus asientos han recibido información de lo que hizo el hombre sentado a la mesa de la defensa entre sus abogados, una información facilitada en pequeñas dosis por Gray y los letrados durante las dos últimas semanas.

Pero Killingsworth dice que hoy «se acaban las especulaciones». Es la primera en contar la historia del asesinato en este marco. La primera en contar aquí la historia tantas veces contada.

—Jeremy vivía en una zona muy aislada de la provincia de Calcasieu — dice—. No hay muchas casas cerca de donde vivía Jeremy, pero sí algunas. —En una de ellas vivían los amigos de Jeremy, Joey y June. La tarde del 7 de febrero de 1992, Jeremy llamó a la puerta de la casa blanca de los Lawson, pero June y Joey no estaban. Ricky invitó a Jeremy a entrar—. Y verán en este proceso que el error fatal que cometió Jeremy fue entrar en la casa en la que estaba el acusado, Ricky Langley.

Jeremy subió las escaleras. Se sentó en el suelo y se puso a jugar.

Después, dice Killingsworth, Ricky se acercó a Jeremy, le introdujo el pene en la boca y eyaculó.

Es muy audaz empezar un juicio de esta manera. Imaginemos el juzgado aquella mañana. Los jurados han pasado la noche en un motel, a horas de distancia de sus casas. A todos les han asignado una habitación individual — un derroche para la región, pero Gray se aseguró de que así fuera—, se acostaron lejos de sus cónyuges y sus seres queridos, sabiendo que por la mañana empezaría un juicio por asesinato. Cuando les sonó el despertador, demasiado temprano, se tomaron de un trago el café aguado del motel, abordaron el autobús, en el que entablaron incómodas conversaciones con los desconocidos con los que tendrían que tomar la decisión más seria de su vida, como empezaban a comprender. Se fijaron en quiénes eran agresivos. Se fijaron en quiénes eran tímidos. Empezaron a hacerse una idea de las posibles alianzas. Una vez en la sala, se fijaron en el hombre sentado a la mesa de la defensa, con orejas de soplillo, gafas gruesas, camisa azul claro y corbata roja que no iba a juego. Era el hombre cuyo destino ellos iban a decidir.

Y les dicen que eyaculó en la boca de un niño. Killingsworth ha empezado su relato con el elemento que al Estado le resultará más difícil de probar.

Pero seguramente no es eso lo que están pensando los jurados, que la fiscal tiene que demostrarlo. Acaban de contarles una historia. Están pensando: pobre niño. En el *voir dire* llamaron pedófilo a Ricky en muchas ocasiones. Están pensando: así que eso es lo que pasó. Están pensando que fue un asesinato sexual. Pobre criatura. El reloj blanco de agujas negras hace tictac lentamente. Killingsworth hace pausas dramáticas.

Y acaba el relato. Ricky mató a Jeremy. Primero las manos, después un sedal alrededor del cuello de Jeremy, después un calcetín sucio en la boca. Llevó el cadáver del niño hasta el armario y lo apoyó contra la pared, le colocó una bolsa de basura blanca en la cabeza y en los hombros y le puso varias mantas encima. Lorilei en la puerta; la larga e infructuosa búsqueda; la impulsiva confesión de Ricky; el arresto; el cadáver de Jeremy.

—Estoy segura de que la defensa les dirá que nadie en su sano juicio, nadie capaz de distinguir entre el bien y el mal le haría algo así a un niño. Pero presten atención. Presten atención a todo lo que hizo esta persona. Y fíjense en cómo le dijo a la policía que le había quitado la vida a ese niño el 7

de febrero de 1992. Y al final del juicio volveremos a pedirles que tengan sentido común y declaren al acusado culpable del cargo que se le imputa.

Vuelve a sentarse, dejando que sus palabras calen. Sentido común. Sí. Eso es lo que debe de parecer ahora.

Phyllis Mann, la abogada de la defensa, se levanta y da unos pasos. Se detiene frente al jurado.

—Lo que han oído esta mañana de labios de la fiscal es una pequeña parte de la historia. Clive y yo llevamos algún tiempo representando a Ricky. Y hoy, con el comienzo de este juicio, se lo entregamos a ustedes. —Mira inquisitiva a los jurados sentados en fila. Algunos le sostendrán la mirada. Otros la apartarán—. Así que si parezco un poco nerviosa es porque lo estoy. Ocurrió una tragedia terrible, inimaginable, el 7 de febrero de 1992, cuando murió Jeremy Guillory. Jamás hemos sugerido que Ricky no fuera la causa de la muerte de Jeremy, pero en el transcurso del juicio les demostraremos que Ricky Langley no tenía intención, no podía tener intención de matar a Jeremy Guillory.

La vida de Ricky está en sus manos, le recuerda Mann al jurado. Les pide que la salven.

La cadena de noticias local, la KPLC-TV, cubre la información del juicio que llega a las pantallas de los televisores de toda la ciudad. Los abogados hablan a las cámaras. Lorilei y su hijo Cole se abrazan: Lorilei parece sufrir, y Cole, un poco aturdido por la luz de la cámara. Después, una secuencia que se repite una y otra vez: Ricky Langley, de veintiséis años, flaco, con el pelo castaño erizado como si hubiera sufrido una descarga eléctrica, un mono naranja, les cuenta en la comisaría a Lucky y Dixon cómo fue el asesinato.

—Y cogí un sedal y... —Se lleva las manos al cuello. Aprieta los dedos. Se pone el sedal imaginario alrededor del cuello y tira con las manos para tensarlo. Como lo tensó alrededor del cuello de Jeremy—. Para asegurarme de que no podía respirar.

Dos segundos de grabación, si acaso. Cuando vuelve el presentador para acabar el bloque informativo, aparece en el ángulo superior derecho de la pantalla una fotografía de ese momento: Ricky con las manos en su cuello. Matando a Jeremy.

—Este es Jeremy Guillory —añade Mann. Han ampliado la última foto del colegio de Jeremy y la han colocado sobre una cartulina. Lleva camisa de cuadros y el pelo esmeradamente peinado, con raya a un lado. Sonríe; le falta un diente—. Verán. Cuando hablamos de la enfermedad mental de Ricky quiero que sepan que lo hacemos para comprender por qué murió Jeremy Guillory. Era un niño inocente de seis años. No cometió ninguna falta. En 1992, su madre, Lorilei, estaba embarazada de otro hijo al que puso el nombre de Cole, y Jeremy y ella vivían en Iowa, Luisiana. Y allí fue donde se crio Ricky con su madre, Bessie, su padre, Alcide, sus hermanas mayores, Darlene, Judy y Francis, y su hermano pequeño, Jamie. Pero lo que ocurrió en este caso se puso en marcha varios años antes de que Ricky naciera.

Mann está contando la historia del asesinato. No empieza por el momento en que Jeremy coge su escopeta y sale corriendo. Empieza por antes de que naciera Ricky y narra la historia de su nacimiento: el accidente de coche, Bessie escayolada, los medicamentos, Ricky.

—En resumidas cuentas, Ricky estaba destinado a ser psicótico, y la única pregunta que se plantea es la forma que adoptará esa psicosis.

(«Destinado.» La primera confesión grabada, cuando Lucky interrogó a Ricky:

P: Así que ya has tenido problemas con los niños anteriormente.

R: Sí.

P: ¿Quieres contarme qué pasó?

R: Es que... No lo puedo explicar. Supongo que es mi destino. Sí, es verdad.)

Entonces Mann habla de cuando Ricky empieza a ver a Oscar de niño. Él es la forma que adopta la psicosis. En el relato de Mann, Ricky habla de la catástrofe del coche como si estuviera allí. Habla del funeral de Oscar y Vicky: de lo guapos que estaban los niños en sus féretros, de los volantes blancos del vestido de Vicky y las pestañas de Oscar rozando sus mejillas.

(¿Ha olvidado Mann que Oscar fue decapitado, que estaba decapitado incluso en el sueño de Ricky? Otra vez se está contando la historia de una manera distinta.)

Según la cuenta Mann, Bessie y Alcide llevaron a Ricky a un psicoterapeuta cuando era pequeño, pero no querían que le diagnosticaran algo que tuviera que arrastrar toda la vida. Querían que su hijo fuera normal. E hicieron todo lo posible para fingir que lo era.

Fue Ricky quien se dio cuenta de que algo iba mal. Ricky intentó buscar ayuda, pero fue rechazado. Intentó suicidarse, pero o no lo consiguió o en el fondo lo que quería era llamar la atención para que lo ayudaran, no morirse. Cuando Ricky mató a Jeremy, ya padecía una prolongada psicosis provocada por el estrés, el estrés de haber vuelto a vivir con su familia, la familia que le resultaba tan complicada, la familia en la que residía el pasado, dice Mann. Estranguló a Jeremy creyendo que se libraba de Oscar. Creyendo librarse del pasado. Hasta que el niño murió y él lo miró, no comprendió a quién había matado.

Dos relatos. Dos significados distintos.

Así se le ha presentado la elección al jurado: ¿es Ricky una mala persona, un malvado que asesinó brutalmente a un niño? ¿O ha luchado contra sus demonios toda la vida, ha luchado contra sí mismo, ha librado una batalla que lo ha vuelto psicótico y ha acabado en la trágica muerte de un niño?

La fiscalía llama a sus testigos, entre los que se encuentran el operador del 911 que contestó a las llamadas de Ricky, Calton Pitre, a quien Ricky le dibujó un mapa para la búsqueda, y el fotógrafo que tomó las fotografías aéreas del lugar de los hechos.

—El siguiente testigo del Estado, por favor.

—Lorilei Guillory.

Treinta y cuatro

Los jurados seguramente se ponen tensos en sus asientos. Cinco son madres. La fiscalía espera que se vean reflejadas en Lorilei. La defensa espera que se vean reflejadas en Bessie y que les horrorice lo que tuvo que soportar durante el embarazo. Allá arriba zumba el tubo fluorescente. A los jurados se les acelera el corazón.

La madre tiene el pelo castaño claro, como el pelo claro de su hijo en la fotografía. Podría ser una madre cualquiera; no te fijarías en ella si no la hubieran llamado a declarar. Quizá sea un poco mayor de lo que se imaginaban. Al oír a los policías que buscaron al niño se han olvidado de que el asesinato tuvo lugar hace más de diez años. Por eso las arrugas alrededor de los ojos le prestan mayor gravedad a la situación. Diez años que ha vivido sin su hijo. Todos los hijos de los miembros del jurado viven, según les dijeron a los letrados durante la selección.

Lorilei se acomoda en el asiento de los testigos. Los jurados la miran con insistencia.

Bajo aquellas miradas, Lorilei seguramente bajará los ojos, cruzará los brazos sobre el pecho. Han pasado once años. Vive en otro estado. Había olvidado las miradas.

—Señora Guillory —dice Killingsworth. Quizá en su tono de voz haya una pizca de simpatía que no había antes. Es solícito, un tanto lastimero. Lorilei también habrá olvidado eso. Que te traten con guantes de seda. Naturalmente, la fiscalía encarga a Killingsworth el interrogatorio directo, una madre que habla con otra madre.

—¿Puede decirme cómo se llaman sus hijos?

—Mi primer hijo se llama Jeremy James Guillory. Tengo otro niño, Cole Innis Landry. —Se mueve inquieta en el asiento—. Tengo otro hijo que di en adopción cuando nació. Se llama Rowan Lovell, que yo sepa.

—Jeremy Guillory, el niño al que mataron en este caso, es su hijo, ¿no?

—Sí.

—¿Cuándo fue la última vez que vio a su hijo?

—La última vez que vi a mi hijo fue ese viernes por la tarde, cuando salió a jugar.

—Bien. ¿Y eso fue...?

—Vivo. —Lorilei alza la voz—. Esa fue la última vez que lo vi vivo.

Cuenta que fue a casa de los Lawson y llamó por teléfono. Cuenta que fue hasta la linde del bosque y se puso a gritar el nombre de Jeremy; habla del silencio, el terrible silencio por toda respuesta. Después la policía, los rastreadores, los perros y las barcas.

—¿Cuánto duró la búsqueda?

—Tres días. —En la transcripción se presenta otra vez el problema de la enormidad de lo que Lorilei tiene que expresar. Empieza de nuevo—. Para mí fueron tres días y tres noches. Viernes, viernes por la noche, sábado, sábado por la noche, domingo, domingo por la noche. —Seguramente no le dijeron que continuara contando esta parte, pero no puede evitarlo. Y acaba así—: Y el lunes, no sé a qué hora, me dijeron que habían encontrado a mi hijo. Yo dije que dónde estaba. Y me dijeron que estaba muerto.

Cole es la razón por la que Lorilei no tiene que plantearse cuánto tiempo hace que murió Jeremy. La edad de Cole más medio año: ese es el tiempo que lleva muerto su hermano. La edad de Cole más seis años y medio: esa edad tendría Jeremy.

Hace ya diecisiete años, cuando Lorilei se sienta en el duro banco de la tribuna. Han pasado dos días desde que testificó. Al día siguiente de que declarase Lorilei, el Estado llamó a declarar a Pearl Lawson, que refirió cómo conoció a Ricky. Nada sobre su hijo ni su marido, nada de si sabía que Ricky era pedófilo. Después Lanelle Trahan, la supervisora de Pearl en el Fuel Stop, que explicó cómo Ricky le impidió el paso en las escaleras y que se le puso la cara roja como un tomate. A la mañana siguiente, el Estado empezó con el agente del FBI Don Dixon, en este momento jefe de policía del condado. («Jefe, me han puesto una multa —dijo Gray—. No me hace ninguna gracia.») A mitad del testimonio de Dixon, Ricky empezó a marearse, y Gray levantó la sesión. No tenía intención de declarar el juicio nulo, dijo. A la mañana siguiente, Dixon acabó de testificar sobre la búsqueda y la confesión

de Ricky, y después Lucky enseñó y explicó al jurado las fotografías de Jeremy. Cuando llegó al primer plano del cuerpo de Jeremy en el armario, envuelto en mantas, con las botas y la escopeta a sus pies, Lucky estaba llorando.

Es el cuarto día, y acaban de volver de comer tras una mañana muy larga. Primero los letrados discutieron, y aunque discutieron en susurros enfrente del juez, con las espaldas trajeadas vueltas hacia el público como caparazones de escarabajos, Lorilei sabe que parte de la discusión era sobre ella. Que ella esté allí. Que fuera a hablar con Ricky. Que quiera explicar sus sentimientos.

En el primer juicio, en 1994, cuando la pena era reciente y estaba llena de rabia, los fiscales estaban locos por tenerla en la sala. Pero ahora que ha visto a Ricky, dicen que está incapacitada como madre. Dicen que una madre capacitada no apoyaría al asesino de su hijo. Y sabe que tienen pruebas contra ella. Todos aquellos años de alcohol y drogas, de intentar encontrar su camino hasta que llegó Jeremy y le dio una meta a su vida. Después más alcohol y drogas cuando le quitaron a Jeremy.

Pero ahora vuelve a tener una meta en la vida. Criar a Cole, claro, pero en cierta medida, también, este juicio. En lo que se ha convertido este juicio. Los fiscales les han costado el viaje desde Carolina del Sur a Cole y a ella para que asistieran al juicio — no les quedaba más remedio—, pero ahora dicen que como no quieren que testifique en la fase de sentencia condenatoria, si la hay, a no ser que diga que quiere que maten a Ricky, no van a seguir pagándoles la estancia a Cole y a ella. Tendrían que volver a casa antes de que acabe el juicio. Y Cole ya ha empezado el curso escolar.

Y el asunto de las pruebas por las que se pelean. El juez tiene sobre su mesa una carta que Ricky le escribió a Lucky en su celda del centro penitenciario en 1992, en la que se ofrece a sentarse con Lucky delante de un mapa para señalarle todos los sitios por los que ha viajado y hablarle de todos los niños de los que asegura haber abusado. Para Lorilei estas historias son como las semillas y la pelusilla sedosa que suelta el diente de león al viento. A ella solo le llega el trozo más duro. Aunque en la sala de audiencias hay una temperatura neutra, de aire en calma, a Lorilei esa calma le parece demasiado sofocante y nota que empieza a dolerle la cabeza. La apoya en el

banco y cierra los ojos unos momentos. ¿Cuántos niños hubo? ¿Tuvieron un final como el de su Jeremy?

Jeremy. Quizá se deje llevar por la imaginación. Cómo sería Jeremy ahora, a los diecisiete años. Conocería a alguien con un todoterreno y lo convencería para salir o sacarlo de su jardín cuando no mirara nadie y conducirlo por la hierba pantanosa y cubierta de juncos en las largas y vacías tardes de fin de semana, a demasiada velocidad y pegando botes —y daría igual las veces que ella le dijera lo peligroso que era; en esta historia Jeremy no sabría qué es la muerte— hasta que sus colegas y él acabaran cubiertos de barro de pies a cabeza, riendo, vivos. La escopeta que tanto le gustaba sería un rifle de aire comprimido, las incursiones en el bosque, más largas. Ya estaría tonteando con una chica del instituto, y cuando ella le preguntara por la chica se pondría colorado. Conoce tan bien su sonrisa que le duele el alma. Jeremy debajo del árbol de Navidad a los seis años, con un jersey rojo, el pelo rubio reluciente con las luces, sonriendo de tal manera que se le inflan las mejillas. Eso era dos meses antes de su muerte. No piensen en cómo sale ahora la fotografía en las noticias por toda la ciudad. Piensen en la sonrisa. Ella la traspone. La hace crecer. Le resta redondez a la mandíbula, pone una sombra de bigote sobre el labio. Diecisiete años.

Los videos de esta mañana son el mal sueño, lo irreal. Ricky se adelanta a Lucky por la escalera estrecha y oscura de la casa. Los juguetes por el suelo de la habitación, la maltratada muñeca de June, la muñeca que fue lo último con lo que jugó Jeremy. Ya ha visto ese video, pero cuando lo pusieron esta mañana llevaba años sin verlo. ¿Contuvo la respiración cuando Lucky se disponía a abrir la puerta del armario? Dentro del armario está su niño. El sedoso pelo rubio, suave y fresco, que había besado y alborotado con los dedos. Las pestañas que le rozaban las mejillas, como cuando dormía. Las espantosas marcas negruzcas en el cuello y la erupción de manchas rojas alrededor, como pecas de sangre.

Esta mañana, después de ese video y de otro, han puesto uno más. Un tercer video, del que habían prescindido en el juicio de 1994. En este video, grabado dos meses después del asesinato, Ricky cambia su relato. Cuenta que sí abusó de Jeremy. Antes de que Jeremy muriera.

Así que tuvo que verlo. A su niño.

—Que salga el jurado. Señora Guillory.

—¿Señoría? —Toda la sala está mirándola, incluso el testigo. De repente cae en la cuenta. El testigo es un científico. Estaba explicando cómo habían buscado restos de semen en Jeremy.

—Venga aquí un momento, señora Guillory.

En el banco, a su lado, está Cole, de diez años. Lorilei le aprieta la mano, se pone de pie y se dirige al frente.

—Buenos días, señoría.

—¿Es ese niño hijo suyo?

—Sí, señor.

—No es un sitio apropiado para un niño. Es un juicio por asesinato. Ya es lo suficientemente terrible... No creo que ese niño deba estar en esta sala oyendo todo esto. —Gray alza la voz—. Hay... Hay cosas sobre lo que le pasó a su hermano y demás. No voy a consentirlo.

—No está dispuesto a...

—¿Usted cree que un niño debería estar aquí?

En la sala reina absoluto silencio. Todo el mundo la observa. Cole la observa.

—Señoría, mi hijo ha experimentado todo lo que me ha pasado a mí —dice Lorilei lentamente—. Si veo que lo perturba emocionalmente, me lo llevaré de aquí.

Gray mueve la cabeza.

—Muy bien. Es su hijo.

—Todavía tiene preguntas sin respuesta, al igual que yo.

Y de pronto Lorilei parece desmoronarse. Deja caer los hombros. Su voz suena como un globo desinflado.

—No estoy segura de que sea lo más... No sé, hoy no nos quedaba más remedio a los dos que estar aquí.

Richard no le dirige la palabra desde que se enteró de que tenía intención de testificar en favor de Ricky.

Gray se quita las gafas.

—Hable con Clive y los demás, a ver si pueden ayudarla. Yo tengo problemas con este juicio. —Se frota la frente—. Y sé perfectamente que un niño tendría problemas con este juicio.

Entra un investigador de la defensa que coge a Cole de la mano y lo saca de la sala. Pienso en Ricky de pequeño, hablando con Oscar por la ventana de su habitación. Pienso en mí de pequeña, intentando inventarme a la hermana que no conocí delante del espejo del cuarto de baño. Pienso en Bessie con su baúl y en mi madre con su archivador.

Lorilei se queda.

Treinta y cinco

No hay una tumba conocida para mi hermana, ni un final para su historia. Cuando mi padre me contó lo que había pasado con el cadáver de Jacqueline, me sentí imbécil, o poco menos. Imbécil por haberme dado de cabezazos contra el pasado con mis padres. Por todas las peleas que teníamos cuando yo preguntaba por qué nunca los veía enfadarse por el abuso. Claro, si fueron capaces de hacer eso con un bebé, pensaba entonces.

Pero tenían dos bebés de los que ocuparse en casa. Los dos éramos pequeñísimos, prematuros. En mi tercer día de vida me fallaron los pulmones y se me paró el corazón, pero los médicos me reanimaron. Mi hermano nació con el aparato digestivo aún a medio desarrollar, y aunque llegó a estar sano, en los años antes de la operación quirúrgica sufrió tres comas y entraba y salía constantemente del hospital. A los dos tenían que esterilizarnos los biberones, cambiarnos los pañales, hacernos eructar, tranquilizarnos, vestirnos y acunarnos hasta que nos quedábamos dormidos por la noche. Los dos necesitábamos a nuestros padres. Ellos necesitaban cuidar a su familia.

En cierto modo, las decisiones que tuvieron que tomar mis padres más adelante —las decisiones que me atraerían a la historia de Ricky— fueron las mismas. Enterrar los arrebatos y la depresión de mi padre, enterrar los abusos de mi abuelo, incluso enterrar mi rabia por lo que había hecho, mi empeño en que no estaba bien y en que teníamos que reconocerlo: enterrar esas amenazas debió de parecer casi más fácil en comparación. Mis padres siguieron adelante. Tiraron el álbum que habían empezado para Jacqueline; tiraron o regalaron todas las cosas que les habían hecho sus amigos con el nombre de Jacqueline; a mí me vistieron, seguramente, con algo de ropa suya y regalaron el resto. No siguieron con los álbumes dedicados a mi hermano y a mí, en los que había pruebas de la existencia de mi hermana, y los guardaron en el archivador blanco. Nos llamaban los gemelos, a mi hermano y a mí, y a nosotros nos enseñaron a llamarnos también así. Construyeron un hogar feliz y se empeñaron en que lo supieran los vecinos. Pasábamos los

veranos en la isla y las Navidades debajo del árbol, y los seis nos sentábamos a la mesa para cenar; mis padres levantaban las copas y brindaban por su buena suerte. He llegado a la conclusión de que cada familia tiene un acto que la define, una creencia que la define. Desde la infancia comprendí que la de mis padres era «Nunca mires atrás».

Pero un año después de que le preguntara a mi madre por el cadáver de Jacqueline, fui un día con ella a una pizzería de una ciudad pequeña y desolada de Pensilvania a la que me había trasladado por un trabajo temporal como profesora. Todas las fábricas habían echado el cierre hacía tiempo; la ciudad no llegó a recuperarse, y la mitad de los escaparates estaban vacíos. Me alegré de verla —la echaba de menos—, y estoy segura de que ella también se alegró. Sin embargo, nos tratábamos con cautela; los vínculos entre nosotras, siempre fuertes como tendones, también corrían siempre el peligro de desgarrarse. Hasta que no me salieron las palabras de la boca no sabía que iba a pronunciarlas.

—Estoy trabajando en un proyecto —dije. No pude reunir suficiente valor para decir «un libro»—. Y voy a tener que escribir algo sobre Jacqueline.

Esperaba que mi madre se enfadase. Tenía la sensación de haber decidido arrancar un vendaje, de que tal vez si reabría pronto la herida le daría tiempo de formar costra y cicatrizar. Quería a mi madre, pero necesitaba hacer eso. Quería a mi madre y necesitaba hacerlo. Estaba desafiándola, a ella y a mí misma, y superando algo, con la esperanza de que después hubiera tiempo para la curación. Me preparé para lo que pudiera venir.

Pero mi madre no se enfadó. Se le llenaron los ojos de lágrimas. Empezó a hablar.

—Al... —dijo, pero se le cayeron las lágrimas y se le enrojecieron las mejillas. Tragó saliva y movió la mano delante de la boca. Después bajó la mano. Volvió a tragar saliva. Cogió la servilleta de papel, la retorció y se enjugó los ojos. Tomó un sorbo de agua. Ya estaba lista—. Al menos quedará constancia de que existió.

En la defensa de Ricky, letrados y testigos se pelean por cómo han de comprender su historia. De qué versión quedará constancia como un hecho. El perito en ADN que testificaba cuando el juez Gray interrumpió el juicio para sacar de la sala a Cole era el último testigo del Estado. La defensa comienza con su propio perito en ADN, que declara que el pelo púbico encontrado en el labio de Jeremy no corresponde a Ricky. Declara el profesor de Ricky en sexto curso, después un amigo que estaba con él aquella noche bajo las estrellas, cuando intentó que lo encerraran. Su hermana Darlene se niega a decir que a Ricky le hicieron daño en su infancia. Asegura que lo querían. Que los querían a todos.

Al día siguiente, el psicólogo de la defensa refiere todo lo que le decía Alcide a Ricky cuando se enfadaba. Que Ricky era un inútil. Que era marica. Que Ricky abuse sexualmente de niños podría ser un indicio de que abusaron de él, dice el psicólogo. La mayoría de los pedófilos han sufrido abusos.

No es verdad. Se repite mucho, pero no es verdad. La mayoría de los pedófilos, como la mayoría de las demás personas, no han sufrido abusos. Y no hay nada que indique que las personas de las que abusaron acaben siendo pedófilas. Lo que sí es cierto es que el porcentaje de pedófilos que sufrieron abusos es mayor que el de otras personas que también sufrieron abusos, pero aun así no supone una diferencia enorme. Quiero refutar con todas mis fuerzas este argumento, y sé por qué. Porque abusaron de mí. ¿Qué maldición, qué daños estoy condenada a sufrir? Me vuelven a la memoria las palabras de mi abuelo: «Cuando yo era pequeño me pasó a mí».

—No sé cómo se sentirán ustedes —interrumpe Gray—. Doctor, aquí tiene un experto en estos asuntos. Yo estoy bien durante el juicio, pero en el momento en que termino me siento como si me hubiera pasado un tren por encima. Se me pasa poco a poco al atardecer. Cada vez que me tomo un gintonic, se me quita un buen peso de encima. Mi mujer cierra la puerta y dice: «Vale, cariño. Hasta mañana».

Un psicólogo de la defensa sostiene que Ricky estaba legalmente demente, incluso psicótico, en el momento del asesinato; el fiscal señala en el contrainterrogatorio que es el único perito que piensa así. Un médico relata el embarazo de Bessie, insistiendo en los medicamentos y los rayos x. Pero no hay pruebas de que nada de eso perjudicara a Ricky, dice el fiscal. Son

simplemente factores de riesgo, y no hay datos de Ricky justo después de nacer, nada que indique si era normal o no. Después sube al estrado la hermana mayor de Ricky, Francis. Pero su relato no varía. A Ricky lo querían.

—Señoría, la defensa llama a declarar a Lorilei Guillory — dice Clive.

El jurado debe de estar confundido. Ya la han oído. Ya han visto las fotografías de lo que Ricky le hizo a su hijo. Uno de los miembros del jurado se echó a llorar al ver las fotos. Lorilei era testigo de la fiscalía. Hasta el momento la defensa parece haberse centrado en el pasado de Ricky. ¿Por qué la requiere la defensa?

Clive le pregunta si tiene algo más que decir.

Sí.

—Aunque puedo oír el grito de agonía de mi hijo, también puedo oír el grito de Ricky Langley pidiendo ayuda.

Lorilei ha dicho que llegó a empatizar con Ricky porque se vio reflejada en Bessie. No podía arrebatarle a su hijo a otra mujer.

Pero el cambio sobrevino cuando oyó a Ricky contar la historia. Las peleas por saber si lo querían. Las peleas por los problemas que tenía. Ella ha tenido que luchar toda su vida, ha estado sola toda su vida, ha tenido que abrirse camino por sí misma. Debe de necesitarse una fortaleza increíble para hacer lo que ella hizo. Debe de necesitarse un coraje increíble.

Este es el momento que me planteó tantos problemas al principio. El momento en el que Clive y los demás dicen que Lorilei ha perdonado a Ricky, aunque ella dijera que no, que no lo había perdonado. El momento que parecía una traición a su hijo, a pesar de que la admiro por ello. A pesar de que la convierte en una heroína. Pero ahora veo lo que hizo, veo lo que dijo, veo lo que sabía, y lo comprendo.

¿También se veía reflejada en Ricky?

Treinta y seis

La mañana después de enfrentarme con mi abuelo estaba sola en casa de mis padres, en la cocina. La luz de principios de verano entraba a raudales por la ventana de encima del fregadero. Podía ver el viejo neumático balanceándose, la soga deshilachada y medio podrida.

Sonó el teléfono.

Cuando descolgué no oí ni una palabra, solo su respiración fatigosa. Ya lo había hecho antes, llamar a casa y respirar cuando oía que yo descolgaba.

—¿Sí? —dije—. ¿Diga?

Estuve a punto de colgar.

Pero en esta ocasión habló.

—Soy viejo —dijo—. Voy a morir pronto. Necesito tu perdón para ir al cielo. ¿Me perdonas?

Recuerdo el sonido del teléfono. Recuerdo la luz de la ventana y el auricular de plástico negro, suave en mi mano. Recuerdo su voz, vacilante, ronca y vieja, y que se me puso la carne de gallina y se me aceleró el corazón al oírla. Recuerdo su pregunta.

No recuerdo qué le contesté.

Lo que me gustaba del derecho es que no deja preguntas sin respuesta. Encuentra respuestas. En la vida, lo que le ocurrió a Helen Palsgraf mientras esperaba el tren para llevar a sus hijas a la playa se llamaría serie de acontecimientos. Estaría claro que una cosa llevó a la otra: el joven que corría porque llegaba tarde, el mozo que lo empujó para intentar ayudarlo, el paquete que se cayó, la explosión, la báscula, y por último la demanda de la señora Palsgraf al ferrocarril. Entenderíamos que todos estos acontecimientos estaban entrelazados, que ninguno fue la causa, ninguno el comienzo. Podríamos contar la historia de muchas maneras, destacar que el joven llevaba prisa si quisiéramos hacer hincapié en el descuido, o en la explosión

que acabó en el desplome de la báscula si quisiéramos decir «nunca se sabe lo que puede pasar». Nada intencionado.

Pero el derecho no puede dejarlo así. El derecho tiene que determinar qué significa el relato. Para eso son los juicios. El caso real de Palsgraf se resolvió con sencillez. El tribunal decidió que el ferrocarril no era responsable porque el mozo no podía saber que el paquete contenía fuegos artificiales. Sin embargo, por lo que se recuerda el caso ahora, y por lo que a mí me interesa, es el disenso, según el cual el ferrocarril tendría que haber tenido responsabilidad porque el empujón del mozo fue la causa inmediata de las lesiones de la señora Palsgraf. El juez discrepante dijo que la cuestión que se planteaba en esta causa no tenía en realidad nada que ver con que se supiera lo de los fuegos artificiales, sino por dónde se quería empezar la cadena causal. Una vez decidido ese punto, se ha decidido el significado de toda la historia.

La de Palsgraf era una causa civil. La causa inmediata como concepto con denominación formal no existe en el derecho penal. El derecho penal no se ocupa de dónde empieza el relato, pero cómo se cuenta el relato guarda una estrecha relación con cómo se juzga. Si se empieza el relato de Ricky por el asesinato, significará una cosa, y si se empieza por el accidente de coche, significará otra. Empezar por lo que nos hizo mi abuelo a mi hermana y a mí, o empezar por cuando él era niño y se lo hicieron a él.

Nadie más puede decidir qué pensar de mi abuelo. Pero al menos con Ricky, yo esperaba que el jurado decidiera por mí.

Se presentarán cuatro alegatos finales. Como la carga de la prueba principal corresponde al Estado, suyos serán el primero y último. Wilson hablará en nombre del Estado y la rebatirá Mann. A continuación, Clive. Después, Killingsworth.

—Puede comenzar —le dice el juez Gray a Wilson.

Según consta en la transcripción, en ese momento Gray se pone de pie y abandona la sala.

—Con la venia del tribunal —empieza a decir Wilson.

La sala estalla en carcajadas, un tanto forzadas. El tribunal, el juez, se ha ido.

Wilson agradece al jurado la atención prestada durante el juicio. En realidad, solo tienen que deliberar sobre un asunto, dice. Cuando Ricky Langley mató a Jeremy Guillory, ¿era capaz de distinguir entre el bien y el mal? Las pruebas dan a entender que sí, dice. No empezó a tomar medicación antipsicótica hasta que se la dio un perito de la defensa al principio del juicio.

—Nunca han tenido que hospitalizarlo por episodios psicóticos. Los amigos que tenía en la época del incidente no notaron conductas extrañas. No notaron nada. A ellos les parecía normal. —La idea de que Ricky sufre accesos psicóticos y que se encontraba en ese estado cuando mató a Jeremy es una invención para este juicio, dice—. Someto a su consideración el hecho de que haya personas que hacen cosas terribles y cuando las están haciendo saben que son terribles, pero en ese momento concreto deciden hacerlas. Ricky Langley es una de esas personas. Esas personas no están simplemente locas. Son malas.

Mientras habla Wilson, Gray vuelve a su sitio (la transcripción no dice exactamente cuándo). Mann hace un gesto para indicar que está lista para presentar el alegato inicial.

—Muy bien —dice Gray—. Me quedo para lo del «con la venia del tribunal».

—Con la venia del tribunal —empieza a decir Mann. Gray vuelve a marcharse—. Es indiscutible desde el principio y hasta el día de hoy que Ricky Langley causó la muerte de Jeremy Guillory.

Pero de lo que Mann quiere hablar, les dice a los jurados, es de la carga de la prueba. Les recuerda que durante el *voir dire*, Clive y ella les preguntaron qué significaba para ellos «fuera de toda duda razonable», y que ellos contestaron «muy alta, hasta el noventa y nueve por ciento». Los fiscales tienen que satisfacer esa carga de la prueba para que sea asesinato en primer grado. Tienen que probar la intención específica al noventa y nueve por ciento. Y no pueden, asegura Mann.

Que no puedan probarlo es la única razón para que aleguen que Ricky abusó sexualmente de Jeremy. Ante la inexistencia de evidencias de intención específica, intentan conmovier al jurado con las emociones. Pero atención, les

dice a los jurados: Ricky es un pedófilo, pero no hay pruebas de que abusara de Jeremy de esa manera. Ricky les contó a Lucky y a otras personas la historia del asesinato once veces, dice, y solo en una de las versiones dijo que había abusado sexualmente de Jeremy. (Quiere decir que el jurado ha oído alusiones al tema once veces. Nada sobre las fanfarronadas delante de Jackson, ni de cómo lo narró el recluso en Georgia. La historia fue contada más de once veces, muchas más. Se ha contado de muy diferentes maneras.) La única otra prueba de abuso sexual es el semen en la espalda de la camiseta de Jeremy, el semen que coincidía con Ricky, pero ¿puede demostrar el Estado que no procedía de las mantas de la cama de Ricky?

De modo que vuelven a la intención específica. Mann dice que para eso el Estado tiene que probar que Ricky «deseaba activamente» la muerte de Jeremy.

—¿Cómo determinamos si una persona tiene intención específica? No podemos abrirle la cabeza y mirar dentro. No podemos hacerle una fotografía del cerebro en ese preciso momento.

Lo único que podemos hacer, dice, es examinar las pruebas indirectas. Ricky dice que no sabe por qué mató a Jeremy. No se deshizo del cuerpo, como seguramente habría hecho si hubiera comprendido lo que hacía. No ha sido capaz de dar una razón. Cuando le preguntan «¿Por qué lo hiciste?», contesta «No lo sé». Si lo hubiera deseado activamente, lo habría sabido. También les habría contado eso, por Dios.

—La única teoría del Estado consiste en que mató a Jeremy para ocultar el abuso sexual. Como no hubo abuso sexual, no lo mató para ocultarlo.

Ruega al jurado que tenga sentido común. Ricky no es un hombre capaz de albergar intención específica. Y si encuentran intención específica en el momento de la muerte de Jeremy, se debe únicamente a que Ricky no distinguía el bien del mal.

Gray se queda suficiente tiempo para ordenar una pausa de diez minutos. Después le llega el turno a Clive.

Empieza a hablar, y el juez Gray vuelve a marcharse.

Leer las transcripciones de este juicio resulta muy decepcionante. Nadie reconoce que lo que hace Gray es muy extraño. Ningún letrado protesta. Supongo que no pudieron; al fin y al cabo, no tenían ante quien protestar:

Gray se había marchado. Pero cuando está en la sala nadie se acerca a la mesa del juez para solicitar una consulta en privado, ni le pide explicaciones, ni le recuerda que preside un juicio de pena capital, ni le exige que se quede en la sala.

Y ¿por qué desaparece Gray? ¿Es solamente porque no quiere oír el mismo relato otra vez? Hasta el día de hoy ha dicho una y otra vez, y ha quedado constancia de ello, que no quiere que se produzca una anulación del veredicto. Que va a hacer lo necesario para que este juicio sea el definitivo. Por eso se seleccionaron cuatro jurados suplentes, en lugar de los dos de costumbre, y por eso los suplentes han estado presentes todos los días del juicio y ya les han tomado juramento. Suspendió el juicio el día que Ricky se puso enfermo por el nuevo medicamento antipsicótico que le había dado el perito de la defensa. Esperó a la decisión de instancias superiores sobre cuestiones menores en esta causa. Ha procedido de una manera que cualquiera consideraría sumamente prudente.

Salvo por los comentarios que ha hecho. Salvo las bromas. Salvo las veces en que, como aparece en las transcripciones, se deja vencer por las emociones. Lo miro y pienso en todos los años que no pisé la casa victoriana gris. En todas las veces que olvidaba el nombre de Ricky, incluso cuando acababa de leerlo. En lo mucho que se esforzó mi cuerpo para que no me acercase a esta historia. Gray no volverá a presidir un juicio de pena de muerte.

Pero ¿por qué no protesta ninguno de los letrados por su ausencia?

Al menos sobre esta pregunta tengo una idea: que los letrados aún no saben cómo acabará este juicio. Es mejor no hacer nada para alterarlo por si les sale bien la jugada. Que el juez no comparezca quizá sea una válvula de escape que cada parte podría utilizar para apelar si no le gusta el veredicto.

—Llevo dieciocho años haciendo este trabajo —dice Clive—. Es lo único que he hecho en mi vida, presentarme ante el jurado en causas de pena capital. Y el día que deje de ponerme nervioso por ello será el día en que deje de hacerlo. Esta clase de responsabilidad me asusta de verdad. Estoy seguro de que algunos de ustedes no han dormido muy bien, y yo anoche casi no pegué ojo. Y espero que me perdonen. Sé que no voy a poder llegar al final de esto sin ponerme sentimental.

Les dice que los eligió como miembros del jurado por su experiencia personal. Muchos de ellos tienen familiares o seres queridos con enfermedades mentales. Otros son enfermeros o profesores. Cuando miren a Ricky, quiere que recuerden a las personas que ellos conocen y que han luchado.

Como Clive recuerda a su padre. Su padre es un enfermo mental, le dice al jurado. «Se ha destrozado la vida, ha hecho cosas terribles, cosas realmente terribles.» Y, sin embargo, añade, «resultaría muy difícil probar que mi padre tenía una intención activa de hacer daño cuando hacía lo que hacía, porque no es así. Nadie pudo probarlo bajo ninguna circunstancia, y recuerden esto, porque sin intención específica», probado fuera de toda duda razonable, «no podrán declarar a Ricky culpable de asesinato en primer grado».

—Este es el pobre niño, Jeremy —dice Clive. Les enseña a los jurados la fotografía que ya han visto, de Jeremy en el colegio—. Y este es Oscar Lee Langley. —Les enseña el retrato que está en la tumba de Oscar.

Detengámonos un momento. Esta es la estrategia que utilizó Clive en el seminario: hablar de su padre. Imaginemos a Clive con las fotografías en la mano largo rato, como hace frente al jurado. Los miembros del jurado no saben lo del seminario, nunca sabrán lo horrorizado que se quedó todo el mundo por lo que dijo Ricky. Clive descartó esa posibilidad. Pero Clive ve a su padre en Ricky. No puede no contar la historia de esa manera. Así que intenta que los jurados hagan mentalmente lo que hizo él con su padre, y que trasladen el pasado al presente. Lo que dice que Ricky hizo mentalmente. Lo que sé que hice yo al ver a mi abuelo reflejado en Ricky. En las fotografías, los dos niños —Oscar en 1964 y Jeremy en 1991— tienen sonrisa mellada. Llevan camisas de cuadros de manga corta. El brillante pelo de los dos conserva la meticulosa raya que les hicieron Bessie y Lorilei en aquellas mañanas del pasado.

—¿Es coincidencia o prueba de la enfermedad mental de Ricky el parecido de estas dos fotografías?

Si Lorilei Guillory cree que Ricky merece clemencia, dice Clive, ¿quién es el jurado para pensar lo contrario?

—¿En nombre de quién se está celebrando este juicio? No en el del estado de Luisiana, no en el mío. Es por la Verdad. Es por la verdad, la

verdad para el pequeño Jeremy Guillory. Si Lorilei puede verlo así, nosotros también podemos. Y Ricky no es simplemente malo. Ricky es un enfermo mental, como mi padre. Mucho peor que mi padre.

Al fin le llega el turno a Killingsworth. Gray abandona la sala por última vez.

—No estamos juzgando al padre del señor Smith en este proceso. No estamos juzgando la enfermedad mental en este proceso. Y que alguien se presente aquí a intentar convencer a dieciséis individuos, a dieciséis ciudadanos de este país, de una enfermedad mental inventada expresamente para ustedes, me lo tomo como un insulto. Parece que todo el mundo puede hablar tranquilamente del pobrecito Ricky Langley, pero ¿y el pobrecito Jeremy Guillory? Eso es en lo que tenemos que centrarnos, en Jeremy Guillory, el pequeño cuya vida segó ese hombre el 7 de febrero de 1992.

»La pedofilia es una enfermedad. No voy a intentar engañarles ni decirles que no creo que la pedofilia sea una enfermedad realmente terrible. Pero la pedofilia no priva a una persona de la capacidad de decidir entre lo que está bien y lo que está mal. Y esa es la cuestión que se plantea aquí.

En este caso, Ricky empezó a tomar decisiones la primera vez que vio a Jeremy.

—Sabía que esas decisiones eran malas. Porque si no sabía que esas decisiones eran malas, ¿por qué iba a tener tanto conflicto en la cabeza? — Abusó de Jeremy. Sí, reconoce que no pueden probar cuándo ocurrió exactamente, dice, pero ocurrió. El semen en la espalda de la camiseta de Jeremy... Incluso si pasó de las sábanas allí, la mancha tendría que haber estado húmeda—. ¿Qué da a entender eso? Piensen con sentido común.

Ricky empieza a temblar en su asiento, a hablar para sus adentros.

—Eso da a entender exactamente lo que están pensando. Que tuvo que eyacular con ese niño.

Wilson, Clive y un investigador se apresuran a intentar calmar a Ricky.

—Si eso no es abuso sexual, que me lo expliquen.

—¿Qué le pasa?

Gray ha vuelto a entrar en el preciso momento en que Ricky, con fuertes convulsiones, se pone a gritar.

—Desgraciadamente, lo que pasa es que Ricky no puede admitirlo — dice Clive.

De todo lo que Ricky ha oído en este juicio, lo que finalmente lo hace estallar es lo del semen. La prueba de quién es él.

Treinta y siete

Cuando acaba Killingsworth, finaliza el juicio.

Al jurado no se le dice nada de las condenas anteriores de Ricky, como en el primer juicio. No se les dice nada del diario en el que cuenta que se lleva niños al bosque. Esas historias, ¿son sueños o recuerdos? No se les dice nada de las clases a las que asistió en la cárcel de Georgia, de sus esfuerzos por comprender la religión y conciliarla con su vida; no saben que dos asistentes sociales del programa para delincuentes sexuales interrumpieron a la señora que fue a entrevistarlos para decirle, nerviosos y vacilantes: «Recuerdos a Ricky. Ese chico nos llegó al alma». El jurado no llega a enterarse de que fue Ricky quien se metió en el programa para delincuentes sexuales, de que lo pidió una y otra vez hasta que consideraron que cumplía los requisitos. No llega a enterarse de que en aquellos años suplicó que no lo soltaran nunca.

No les dicen que cuando lo excarcelaron y mató a Jeremy, alardeó de ello ante Jackson en la celda de detención. No le oyen decir que disfrutó matando a Jeremy. Porque no les dicen nada del seminario que organizó Clive, ni de que Ricky considera que existen tres clases de pedófilos. No le oyen decir que Jeremy era su verdadero amor. Son muchas las cosas que se excluyen y pasan prácticamente inadvertidas, confinadas a archivadores de cartón llenos de polvo en una oscura sala de archivos. Y se convierten en la narración oculta de treinta mil páginas de esta causa, la narración en la sombra.

Y muchas cosas quedan sin resolver. Cuando los abogados encontraron a Pearl Lawson y la hicieron volver para el juicio, no le preguntaron dónde estaban su marido y su hijo. Nadie le pregunta por qué, si encontraron a un niño muerto en su casa, un niño que era el mejor amigo de su hijo, muestra tanta reserva a la hora de testificar. No se llega a averiguar de quién era el pelo púbico encontrado en el labio de Jeremy. Nunca se sabrá qué ocurrió en aquella casa.

El juez Gray envía al jurado a deliberar. Vuelven pasadas tres horas y media. Lorilei no está allí.

—El jurado declara al acusado Ricky Langley culpable de asesinato en segundo grado.

La pena de muerte se aplica al asesinato en primer grado. Ricky es condenado a cadena perpetua.

Pero Clive recurre. No la fiscalía para intentar conseguir la pena de muerte, sino Clive. Quiere que se declare a Ricky inocente en razón de su demencia. Aduciendo la ausencia de Gray de la sala de audiencia, consigue un nuevo juicio. La fiscalía vuelve a solicitar la pena capital, pero un tribunal superior resuelve que, como con este veredicto Ricky ya se ha librado del cargo de asesinato en primer grado y de la pena de muerte, solo pueden acusarlo de asesinato en segundo grado. El juicio se celebra con juez, no con jurado. Lorilei no testifica. Una vez más Ricky es declarado culpable de asesinato en segundo grado y condenado a cadena perpetua. No lo declaran enfermo mental.

Pero no fue nada de esto lo que me hizo ir a Iowa. Nada de esto me empujó a buscar la documentación sobre la vida de Ricky, ni a intentar comprender cómo había trasladado mi vida a la suya. Fue más bien lo que dijo después el presidente del jurado del juicio de 2003, el profesor de secundaria. Después del veredicto.

Desde que vi la confesión de Ricky, en 2003, y me di cuenta, en aquel momento, de que quería que muriese, siempre he creído que fueron las palabras de Lorilei lo que decidió al jurado a perdonarle la vida a Ricky. Así fue como lo contaron los medios: la historia de Ricky es la historia del poder del perdón de una madre.

En los expedientes he descubierto que la verdad es más compleja: Lorilei no lo perdona, pero no quiere que muera.

Pero es incluso más complicado que todo eso. Porque al hablar de la decisión de perdonarle la vida a Ricky, el presidente del jurado no menciona

a Lorilei. Dice: «En cuanto lo vi comprendí que no iba a dejar que mataran a ese chico».

«Ese chico», Ricky. «En cuanto lo vi», en el *voir dire*, al que asistió Ricky. Es decir, antes del juicio. Antes de que se presentaran las pruebas, antes de los testigos, antes de los hechos y también antes del relato tejido por los abogados. Antes de que el presidente del jurado oyera a Lorilei.

El cuñado del presidente del jurado era esquizofrénico. El cuñado había muerto mucho antes del juicio, pero vivió con el presidente y su mujer muchos años. Lo cuidaron, y el presidente fue testigo de lo mucho que luchó su cuñado. Vio el dolor que esa lucha le causaba a su mujer. Miró a Ricky y vio a su cuñado.

Unas semanas después de ver las fotografías de Jeremy vuelvo a Luisiana, porque en el departamento de archivos han encontrado varios documentos perdidos. Todos los días repaso más expedientes, buscando respuestas. Todas las noches me pongo al volante del coche. Me digo que voy en coche para ver el paisaje: la carretera que se extiende llana y apagada al sol, los árboles que estallan en una profusión de esmeralda. Pero sé que en realidad estoy buscando la casa.

Tres horas antes del vuelo de vuelta a Massachusetts, con el aeropuerto a dos horas de distancia, sigo yendo y viniendo por Ardoin Road, en Iowa, mirando. La casa no está aquí. Lo sé. Recorrí esta carretera ayer y anteayer. No está aquí, y, sin embargo, no puede estar en otro sitio. Tengo que marcharme. Pero marcharme significa reconocer que nunca encontraré la casa. Que este relato seguirá para siempre inacabado dentro de mí.

Aparco a un lado de la carretera, salgo del coche y me pongo a sacar fotos de los árboles. Porque no sé qué otra cosa hacer. Porque al menos así tendré esa prueba de aquí. Es un día inusualmente despejado para la época del año, sin nubes que anuncien lluvia, solo el brillante cielo azul y la llana hierba verde a lo largo de kilómetros. La carretera está vacía. Los campos, también. No se ve ni un solo coche, no hay ni una sola persona a la vista. Ni un pájaro en el cielo. Delante de mí, los campos callados; detrás, una densa muralla de árboles lindante con un barranco que engulle la línea del

horizonte. Levanto la cámara hasta los ojos y enfoco: la larga carretera que se extiende a todo el alcance del objetivo, los campos detrás que se extienden como un recuerdo. Quizá no esté llamada a encontrar la casa.

Y de repente me echo a reír. Sin remedio. Porque en el ángulo derecho del encuadre, en un sitio por el que había pasado al menos dos veces, hay una entrada a una carretera sin señalizar. Está exactamente donde debía estar, en el lugar exacto que señala la fotografía aérea: al lado de Ardoin Lane, lo que significa que pasé a pocos metros de allí en el último viaje y no la vi. Algo en mi cuerpo me ha impedido darme cuenta hasta ahora.

A la derecha de la carretera hay una casa de ladrillo de una planta con un molinete de papel de aluminio morado en el jardín. A la izquierda, una casa blanca prefabricada sobre pilotes de madera sin pintar, una camioneta aparcada al lado. La caja está sobrecargada de maderos y materiales de construcción, pero la cabina, vacía, y las dos casas, a oscuras. Más abajo, a la izquierda, justo antes de que una arboleda trunque la carretera, hay otra casa.

Pero nada más. No hay más casas, solo hierba, y a continuación la densidad del bosque. La otra parcela está vacía.

Aparco al lado de la furgoneta. La hierba alta me hace cosquillas en los tobillos. Irrumpo en los jardines impunemente y llego a la parcela vacía, donde hay un cobertizo pequeño. ¿Albergó en su momento la lavadora de la casa de los Lawson, donde Ricky lavó las sábanas la noche que mató a Jeremy?

Detrás, el mundo desciende. El barranco. En el que le gustaba jugar a Jeremy, tumbado boca abajo con la escopeta apoyada sobre la blanda tierra, y el que dragó la policía cuando desapareció. Es más profundo de lo que me imaginaba, una pendiente escarpada de unos tres metros con un fondo de densa maleza y barro oscuro. Un sitio en el que un niño podría haber muerto, y no es de extrañar que allí fueran los rastreadores con sus linternas, los perros a olfatear, los helicópteros a revolotear y los todoterrenos, mientras su cuerpo descansaba a cinco metros en una casa blanca, envuelto en unas mantas de Piolín y Dick Tracy.

A cinco metros. Me doy la vuelta y me dirijo hacia allí. Ya no es más que un trozo de tierra verde. El aire claro, en calma, perfumado por la hierba.

Tanto tiempo, tanta búsqueda. Al fin he encontrado el lugar del crimen.

Y ha desaparecido.

Treinta y ocho

Cuando vuelvo a Boston, subo las escaleras de mi apartamento, abro la puerta y me agacho para acariciar a mi gato, que ha venido corriendo a saludarme. Doy un puntapié al correo que ha dejado en el suelo la canguro del gato, cuelgo las llaves y entro en la habitación.

Entonces las veo. Tres cajas blancas, cada una de unos diez centímetros de grosor, encima de mi cama. Las fotografías.

Las bajo a rastras. Antes que nada, las bajo a rastras. Cada una pesa como un niño.

A la mañana siguiente, pertrechada de café, me siento a mi mesa y abro las cajas. Dentro están las páginas que yo había señalado. En primer lugar, las fotografías aéreas de la casa. El bosque hasta cuya linde llegué, el estrecho sendero que reconozco. Después, Bessie, la única foto que hay de ella escayolada. Es una cara pálida en un mar de blanco: sábanas de hospital blancas, camisón blanco por encima de la escayola blanca. Parece asustada, o quizá solo cansada. Las niñas se han subido a la cama, con la ropa de los domingos. Solo la más pequeña, solamente Judy, parece sentirse a gusto. Sus hermanas mayores, Darlene y Francis, están rígidas, un poco apartadas de su madre, como si intentaran mantener a raya esa nueva realidad.

Pero ¿Judy? Está en la cama de su madre, casi no la recuerda en otro sitio. Su madre siempre ha estado así, acostada. Su madre siempre ha estado así de quieta. No es demasiado difícil rodear la escayola para abrazarla. La siguiente foto es de la escayola sola, sobre fondo negro, plano, el caparazón blanco y vacío con la forma de un fantasma o una aparición.

Después Jeremy.

Está dormido. Eso parece en la primera fotografía. No puedo describirlo de otra manera sino dormido, y tampoco puedo dejarlo de esa manera. El reflejo del flash de la cámara en el pelo rubio. Tiene los ojos cerrados, las pestañas espesas. La naricita de un muñeco.

La cámara se ha bajado para la siguiente fotografía. Le sale de la boca un calcetín blanco con rayas, con la parte del pie sucia. En esta foto Jeremy no parece muerto; podría estar dormido. Aún tiene mofletes; la boca es aún el botón arqueado de un niño.

Lo que parece flácido y sin vida es el calcetín. El calcetín que indica que Jeremy está muerto.

Han retirado el cordel alrededor del cuello para la siguiente fotografía. Una regla, una simple regla de madera de colegio, horrible, apretada contra el cuello de Jeremy para medir la magulladura. Alrededor de la magulladura afloran unas manchas negras. Esa palabra, esa palabra que ha llegado a obsesionarme: petequias.

Mi respiración se sosiega. El bolígrafo sigue moviéndose. Intento describir cada fotografía. Por la ventana abierta oigo música de la radio de un coche. Una mujer ríe abajo, en la calle. Cuando acabo con una fotografía paso a la siguiente. Intento no sentir nada. Me limito a registrar.

Lo que me llama la atención es el rifle. La escopeta de Jeremy. Es la fotografía del armario con la puerta abierta. En el armario hay un montón de mantas. No puedo centrar la mirada en las mantas —sé que en realidad es una fotografía del cadáver de Jeremy, no de las mantas—, así que me fijo en una pequeña silueta oscura en la fotocopia borrosa. La silueta de una barra vertical. No distingo qué es.

Y de repente, sí. El cañón de una escopeta, asomando por encima de donde la había escondido Ricky. Me asusto con el grito que doy. Con mi llanto.

Lo que me fascinó del derecho hace muchos años fue que, al tejer una historia, al tejer un relato claro de unos hechos, encuentra un principio y, por consiguiente, una causa. Pero no comprendía entonces que el derecho no encuentra un principio en mayor medida que encuentra la verdad. Crea un relato. Ese relato tiene un principio. Ese relato simplifica, y lo llamamos verdad.

Helen Palsgraf iba a hacer una excursión a la playa con sus hijas cuando su vida cambió para siempre y se convirtió en una parábola de dónde

comienzan los relatos. Pero en este caso hay algo más, algo de lo que no me enteré hasta muchos años después de haber abandonado el derecho: que no se sabe si realmente sufrió lesiones. Alegó daños psíquicos; no parece haber ninguna prueba. Los jueces dijeron que aceptaban el supuesto de las lesiones para llegar a la cuestión jurídica más interesante.

Pero eso es un asterisco en la historia del derecho. Nadie lo diría al ver las representaciones del caso que ponen en escena las facultades de derecho, en las que la báscula aplasta a Helen, o los videos de animación en línea para ilustrarlo en sus sesiones de estudio. El relato ha sobrescrito lo que ocurrió en el pasado, fuera lo que fuese. El relato pasó a ser la verdad. He llegado a la conclusión de que lo que se ve en el hecho de que Ricky matara a Jeremy depende tanto de quién lo ve y de la vida que ha llevado como de lo que hizo Ricky. Pero el relato jurídico borra ese paso. Borra su procedencia.

Pensé durante años que la lección que se desprendía del veredicto de asesinato en segundo grado era que el jurado no quería abordar la cuestión de si Ricky debía vivir o morir. Una condena de primer grado hubiera conllevado proceder a la fase condenatoria del juicio, en la que hubieran tenido que decidir qué pena había que aplicar. La condena de segundo grado les permitió evitar ese asunto. Ricky cumpliría cadena perpetua automáticamente.

Esa fue la única explicación que se me ocurrió. Si no, el veredicto no tenía sentido. Jeremy tenía menos de doce años. Nadie puso en duda que Ricky hubiera matado a Jeremy, de modo que, si el jurado había visto intención específica, el asesinato tenía que ser en primer grado. Les habían advertido de que, según las leyes de Luisiana, si Ricky comprendía las «consecuencias razonables» de sus actos, tenía intención específica. Que alguien no comprenda que estrangulando a un niño lo matará, que apretarle el cuello con un sedal lo matará, que meterle un calcetín en la boca y taponarle la nariz para impedirle respirar... En fin, pensé, que alguien no comprenda que la muerte es una consecuencia razonable solo puede significar que está legalmente demente. Y el jurado descartó esa posibilidad.

El veredicto era una contradicción jurídica.

Así que pensé que, ante la cuestión de si Ricky debía vivir o morir, el jurado se negó a tomar una decisión. Pero ya me he dado cuenta de que estoy

intentando salvar un espacio para la confusión en todo lo que ocurrió. Lorilei no perdonó a Ricky, pero tampoco quería que lo mataran. Mi abuelo hizo lo que hizo, y siguió siendo mi abuelo. El derecho —con la implacable defensa de un relato por cada parte— nunca ha sabido qué hacer con este complejo término medio. Pero la vida está llena de términos medios.

Ahora veo de otra manera el veredicto. Aunque el veredicto que dio el jurado es legalmente incoherente, lo que me sorprende es su elegancia, la belleza humana. Expresa lo que no puede ser cierto en el derecho, sino solo en la vida: que Ricky es y no es responsable. En las leyes que les expusieron a los miembros del jurado no tenía cabida este término medio. Lo crearon, como abriendo un hueco en el derecho, inventando una categoría que no existe.

Ricky.

Treinta y nueve

Hago el viaje a casa de mis padres una tarde de principios de agosto, cuando ellos están en Nantucket. Solo están allí los dos perros de mis padres, dos chuchos grandes que adoptaron cuando yo estudiaba en la universidad. Me acompaña mi novia, Janna, y cuando llegamos a la puerta, los perros se nos acercan lentamente. Son unos animales enormes, con una cabeza que casi me llega a la cintura y un pelo largo que empieza a decolorarse. Antes eran puro músculo, pero ahora uno está ciego y sordo y el otro tan plagado de quistes sebáceos que la piel le cuelga bamboleante como un saco de patatas medio vacío. Son el vivo retrato de la edad y el tiempo, y cuando los abrazo, se retuercen como cachorros. Me lamen la cara y los brazos con su cariño simple, cálido. Sonrío y miro a Janna.

—Te presento a los chicos —digo.

Lo complicado de mi relación con la casa de mis padres es que nunca ha sido fácil. Siempre ha habido dolor. Siempre ha habido cariño.

Mientras Janna se instala a leer en la cocina, yo me pongo a trabajar rápidamente. El archivador de aluminio blanco que tenía mi madre cuando éramos pequeños, que me recuerda al baúl de Bessie, o el baúl de Bessie me recuerda al archivador, sigue en la habitación de juegos alargada. No he visto la cara de mi abuelo desde que murió —no tengo fotografías suyas—, y las fotografías deben de estar allí dentro.

Lo que encuentro son fotos de mi familia. Cuando mi madre estaba embarazada llevaba el pelo con raya en el medio y recogido en dos trenzas, muy distinto del estilo tieso y lacado que le he visto toda la vida. Lleva una camiseta verde, el pelo recogido hacia atrás y tiene el puente de la nariz salpicado de pecas. Mi madre de joven me resulta tan distante como Bessie, igualmente inconcebible, y tengo que echarle imaginación. Solo puedo figurármela cuando nos dio a luz según me han contado la historia. Preocupados por no poder ponerle anestesia, los médicos la mantienen despierta durante la cesárea y le inyectan alcohol etílico por vía intravenosa.

La han tapado con una tela azul de cintura para abajo, así que no ve lo que ocurre, pero, borracha, canta mientras los médicos nos sacan, primero a mi hermano, después a Jacqueline y por último a mí. Nos trae al mundo cantando, con una voz libre, potente. Somos desconocidos; somos diminutos; estamos comenzando. Todavía no tiene que sentirse avergonzada de nadie. No hay nadie por cuyo recuerdo tenga que adaptar la historia. La escena no me parece ni más ni menos real que lo que Ricky cree recordar de Alcide meciendo la cabeza de Oscar, cantándole al niño tirado en la cuneta.

Encuentro el historial médico que vi de niña, en el que figura el color de los ojos de Jacqueline: azul. A continuación, un papel amarillo brillante doblado por la mitad, la participación de mi nacimiento, que había desaparecido. «¡Viva! ¡Ya está aquí toda la pandilla!» Nuestros tres nombres «por orden de aparición, entre las 20.03 y las 20.06». ¡Qué cansados y qué tristes debían de estar mis padres, los dos en casa con Andy y conmigo, hirviendo los biberones en recipientes de aluminio, o intentando no asustarse cuando llamaban del hospital con noticias de Jacqueline! Encuentro una foto de mi padre, bronceado y sonriente en una playa, y pienso en él meciendo el teléfono de emergencias en el aeropuerto. Alcide sentado en el restaurante de carretera con su café; se levanta, y antes de salir, deja el folleto arrugado de las parcelas. Pasará mucho tiempo hasta que recupere a su mujer. Si es que la recupera.

En otra fotografía estamos todos sentados a una mesa en Nantucket, con la cara quemada por el sol y el pelo húmedo. Mi abuelo no está con nosotros—en la foto soy demasiado mayor para que sea el verano en que mis abuelos vinieron con nosotros—, pero al mirar a esos desconocidos que son mis padres, solo puedo imaginármelos tumbados en la cama otra noche de Nantucket, la noche en que acababan de enterarse de lo que había hecho mi abuelo. Hace poco que nos han acostado, tras un día largo y espantoso, y nos han arropado bien con las mantas. Es verano, pero el aire del mar de la Costa Este está helado. Se refugian bajo sus sábanas. Están pendientes de oír a mi abuelo, que se ha ido a la cama con mi abuela, al otro extremo del pasillo. Están pendientes, por si se levanta otra vez por la noche. Pero continúa el silencio, y se tranquilizan. El cuerpo de mi padre es cálido, y mi madre se acurruca contra su pecho, escuchando el redoble de su corazón y su

respiración. Han resistido todos estos años. Resistirán más años. Todo ha cambiado, pero nada ha cambiado.

Fuera de su habitación acecha el secreto, esperando paciente la noche como un fantasma.

Encuentro cartas de amor de mis padres y cartas de peleas, recordatorios de que somos un misterio los unos para los otros. Un día iba en un coche a solas con mi madre, ella al volante, y empezamos a hablar de esta casa. Dijo que quería mudarse, pero que la situación económica era difícil desde los oscuros años de los arrebatos de mi padre. La casa se encontraba en mal estado, y solo les interesaba a los promotores inmobiliarios.

—Y claro, la derribarían.

Pasó un momento, un aliento, un suspiro de tiempo hasta que empecé a hablar. Un momento del que apenas fui consciente, en el que tomé la decisión de no guardar silencio. Nunca se me ha dado bien guardar silencio para no herir los sentimientos de mi madre.

—Mi psicoterapeuta dice —solté, pero vi que no encontraba las palabras. Incluso pronunciar esa palabra, psicoterapeuta, es arriesgado en mi familia. Volví a intentarlo—. Mi psicoterapeuta dice que, si derriban la casa, yo tendría que conducir el bulldócer.

Paró el motor. Habíamos llegado, dondequiera que fuese, pero ninguna de las dos se movió. El aire del coche, repentinamente viciado, se llenó de un silencio viscoso. Cuando mi madre habló al fin, pronunció las palabras lentamente.

—Yo tengo que conducir el bulldócer.

Ninguna historia es sencilla; ninguna, completa.

Después de dos horas de búsqueda, ya casi ha llegado el momento de que Janna y yo nos marchemos. Tenemos que coger un tren. Pero no encuentro ninguna foto de mi abuelo. Cientos de fotografías en el archivador y ni una de él. Quiero creer que cuando me dijeron que aquello no los obsesionaba era verdad. Quiero aceptar el pasado, y mi rabia, como son.

Pero alguien ha hurgado en este archivador. Hay fotografías de todos los primos, todos los tíos y tías, de mis dos abuelas. De familiares que murieron antes de que yo naciera, e incluso algunas en las que reconozco a los hermanos de mi abuelo, tomadas en la fiesta de celebración del cincuenta

aniversario de boda. Alguien se ha llevado las fotos de mi abuelo. No para evitar que estén a la vista (el archivador oculta lo que contiene), sino para eliminarlo incluso de aquí, la parte abandonada de la historia. Y al mirar todas las fotos, me doy cuenta de que no me creo que lo eliminaran justo después de que averiguaran lo de los abusos. Quienquiera que lo hiciera, lo hizo más adelante. Cuando comprendieron el daño que había infligido.

Janna aparece en la puerta. Si no nos damos prisa, perderemos el tren.

—Cinco minutos más —digo.

Y entonces caigo en la cuenta. El álbum de la boda de mis padres. Lo tienen en el salón, en la estantería enfrente del sofá que sustituyó al sofá en el que yo me tumbaba cuando estuve enferma de niña. Cuántas partidas de damas habré jugado allí con mis abuelos en invierno, cuando hacía demasiado frío para salir al porche. Cuántos domingos y cuántas Navidades habremos pasado allí. Yo me sentaba en el suelo con las piernas cruzadas delante del tablero, y mi abuelo se inclinaba en el sofá para ver dónde ponía las fichas. Se reía con los chistes que yo contaba entusiasmada y me preguntaba qué tal me iba en el colegio. Y todo el tiempo la escalera estaba allí arriba, encima de nosotros.

He entrado en la habitación a por el álbum, pero al lado hay algo que no me esperaba. Otro álbum, apaisado y fino, que en su día fue blanco. Paso la mano por la tapa de plástico. De la parte inferior brota medio arcoíris. Está pensado para un niño. Lo hojeo, creyendo que estará vacío. La mayoría de los álbumes de mis padres están vacíos.

Pero de repente veo a mi familia. Estamos detrás de la casa, en el césped exuberante de un verde intenso que recuerdo de mi niñez, el verde que cuidaba mi padre con el tractor. Casi puedo oír los violines y celos de Vivaldi compitiendo en los altavoces que ha colocado por toda la casa. En la foto pone DÍA DEL PADRE. Mis hermanos y yo estamos en fila, mis hermanas y yo con vestidos, mi hermano con pantalones y blazer azul marino. A nuestro lado, sentados en un banco, la madre de mi padre y la madre de mi madre. Mis padres están detrás de ellos y... allí, al lado, mi abuelo.

Lleva una chaqueta deportiva gris, igual que los pantalones. Tiene los hombros caídos, los labios ligeramente entreabiertos. Mira fijamente a la cámara. Es más joven de lo que lo recuerdo, pero ¿qué es la edad para un

niño? Lo inesperado es que me parece un extraño. Si lo viera por la calle solo pensaría «ahí va un hombre italiano mayor», con abundante pelo gris rizado y los pantalones muy por encima de la cintura.

Eso es lo que pienso, al principio. Pero con el álbum en la mano examino la foto y empiezo a notar los temblores en el cuerpo. Su pelo me pincha. La humedad oscura de su boca. Las ganas de vomitar, la angustia, la conmoción y el miedo. No. Podría no saberlo, podría no saber conscientemente a quién veía por la calle, por qué retrocedía, pero mi cuerpo sí lo sabría. Mi cuerpo recuerda.

La niña a la izquierda de mi abuelo en la fotografía tiene ocho años. Tiene el pelo castaño y rizado, peinado hacia atrás y recogido con una estrecha cinta blanca. Le encantan los libros de misterio de Nancy Drew, y al mirarla, sé que en ese momento, aunque esboza una sonrisa, está en otra parte. Huele la hierba; oye los violines; nota el peso de su familia a su lado. Lo nota todo, pero no lo comprende. Y ha huido mentalmente, soñando un mundo que vivirá dentro de ella, con personajes que parecen tan reales como el suyo.

Me viene un recuerdo: estoy sentada con las piernas cruzadas en la alfombra del salón; mi abuelo, en el sofá, arriba. Estoy dibujando un óvalo en un cuaderno, el contorno de una cara. «Bien, bien», dice mi abuelo. Se inclina para coger el lápiz. Me enseña a dividir los planos de la cara en cuadrantes. Señala dónde van los ojos, la nariz, la boca.

—Tengo que visitar la tumba de mi abuelo. —Janna está en la cocina, sentada a la mesa de formica blanca, y me doy cuenta de que le estoy diciendo que vamos a perder el tren. Pero he ido a la tumba de Jeremy, he ido a las de Bessie, Alcide y Oscar—. Tenemos que visitar su tumba.

Cuarenta

Para despedirme de los chicos me arrodillo a su lado y escondo la cara entre su pelo. Después atravesamos Tenafly, pasamos por el viejo edificio de apartamentos y cruzamos las vías del tren. Hay un trayecto de diez minutos hasta el cementerio, recoleto, en una calle enmarcada por olmos y robles altos.

Janna se queda esperando junto al coche mientras yo me encamino hacia los árboles.

«Marzano», le digo al conserje que está en un pequeño despacho a la entrada, y me señala un terraplén con numerosas tumbas. Al subir la cuesta paso junto a lápidas grises y de un negro lustroso. En una de ellas hay un sol grabado posado sobre agua, no se sabe si saliendo o poniéndose. Por encima se aprietan las hojas en las copas de los árboles. El otoño se acerca.

Primero veo la lápida por detrás. Granito rosa.

Doy la vuelta hasta delante.

Mi abuela es joven. En la foto de la boda tiene la cara redonda y sin arrugas, lleva un velo de blonda blanco en la cabeza y un ancho ramo de flores en los brazos. A su lado, de pie, hay un joven. Mi abuelo tiene el pelo oscuro. Lleva un traje negro nuevecito, el cuello de la camisa almidonado con las puntas levantadas y pajarita negra. Está muy erguido, no lleva bastón.

Recuerdo bien esta fotografía. Cuando yo era pequeña estaba en la cómoda de la casa de mi abuela y me gustaba mirarla. Qué increíbles parecían entonces las personas del retrato. Pero ahora lo veo de una forma distinta a cuando era niña. Cuando los miro ahora veo lo jóvenes que eran. Veo amor y veo miedo, y todo lo que se llevarán los años. Tienen muchas cosas por delante. No tienen ni idea de lo que los espera.

Fueron jóvenes, después, viejos. Ahora están muertos.

La sensación que me embarga es inconfundible. Me pilla por sorpresa. «Ahora están muertos.» Están muertos. Yo estoy viva.

Lo que siento delante de su tumba no es alivio, no exactamente. Es pena, pero no es algo malo. Oigo los coches que pasan por la carretera de abajo. Janna está allí, seguramente contemplando el susurrar del viento entre los olmos. Esperará el tiempo que yo necesite; lo sé sin necesidad de preguntar, y cuando acabe nos iremos de aquí.

Pero no será ese acto lo que me aleje de aquí, no el hecho físico de partir. Ni tampoco ella, sea lo que sea lo que nos depare el futuro. Ya lo he comprendido.

Es todo esto, el contar la historia.

Mi abuela está enterrada al lado de un secreto. Mi abuelo murió sabiendo quién era. No puedo decir que los perdona. El perdón es una palabra demasiado sencilla. Ellos contribuyeron a que sea lo que soy. Hicieron mucho daño.

—Tengo que irme. —Mi voz suena rara en el silencio, trémula. Siempre he encontrado a los muertos en las historias que dejan cuando se van. No en el hecho real de la tumba fría. Pero no llegué a despedirme mientras mis abuelos estuvieron vivos, porque cada adiós no eran sino palabras que ocupaban el lugar de lo que no podía decir—. Voy a terminar de contar esta historia.

Ya está. Ya lo saben. Voy a contar esta historia.

Quiero que estas palabras sean las últimas que les digo. Que donde había silencio haya expresión. Que donde había secretos se abra paso la compleja verdad.

Pero no puedo moverme. Me quedo allí escuchando el silencio, los animalitos que pululan por entre la hierba a mis pies, un mundo a una escala que no conozco y no puedo imaginar, y por encima, en las ramas de los árboles, el mundo de los pájaros, el viento y el cielo que nunca tocan tierra. Las hojas del final del verano empiezan a cambiar de color. La hierba es una inmensidad de vidas, la tierra alberga a los muertos, y a cada uno de ellos lo distingue un nombre que significa todo y nada. Un indicador de posición del relato.

—Tengo que irme —repito, y me doy cuenta del tono de mi voz, más agudo. Se lo digo tanto a ellos como a mí misma. Estoy intentando marcharme, pero cuando lo digo empiezo a sentir un palpito, a tener una vaga

sensación de lo que realmente necesito decir. También de lo que requiere la compleja verdad. De por qué sigo aquí.

Me sorprende la idea. Intento controlarla, cautelosa, y examinarla. ¿Será verdad? ¿De verdad tengo que decirlo?

Sí.

Os quiero.

El día que conocí a Ricky era claro y azul, una mañana todo lo clara que puede encontrarse en Luisiana. Había empezado la temporada de huracanes, pero si se acercaban problemas, aún no eran visibles. Yo tenía veinticinco años. Había visto el video de su confesión unos meses antes. Podría decirse que el día que conocí a Ricky fue el verdadero comienzo de este relato, su causa inmediata. O si el relato empezó mucho antes —en mi infancia, en la casa gris—, podría decirse que conocerlo fue una especie de final.

Cuando salí de Nueva Orleans el cielo estaba oscuro, pero en el trayecto la luz inundó los árboles sin hojas del lago Pontchartrain, los manchurroneos de marrón donde el agua se había mezclado con el barro y el verde azulado donde se había asentado. Las tumbas blancas del cementerio de Metairie, con sus senderos ordenados entre las casas de los muertos, daban paso a los manglares enmarañados. Los campos se extendían alargados y lánguidos a la luz del sol. Iba conduciendo como encerrada por una sombra que solamente yo podía ver. No recordaba el nombre del hombre al que iba a ver, solo lo que había hecho. Y la cara del niño rubio al que había matado, el niño que sonreía en su última fotografía del colegio.

Una carretera llega hasta las puertas de Angola, la penitenciaría estatal de Luisiana, una carretera que también es la de salida. Con un trecho de cincuenta kilómetros hasta la prisión, la carretera se separa de la autopista en ángulo recto. A partir de allí se estrecha y apenas hay indicaciones, un camino que se toma solamente si conoces tu destino. La ciudad de St. Francisville, con sus restaurantes de comida rápida y sus centros comerciales, deja paso a autocaravanas instaladas en la tierra. Una sola peluquería, en una barraca con un letrero escrito a mano. Una guardería. Cinco iglesias.

La carretera desemboca a las puertas de la prisión. Detrás, a pocos metros, se alza el edificio octogonal blanco que tiempo atrás era el corredor de la muerte, antes de que lo trasladaran a una zona más apartada de la penitenciaría. Salí del coche y me puse a observar la luz que hería los altos muros en medio del calor. Las libélulas volaban por todas partes, la luz del sol asaeteaba sus cuerpos desprendiendo azules y amarillos. El terreno que ocupa la prisión, antiguas plantaciones cosidas juntas, es más extenso que la isla de Manhattan. En Angola hay prados exuberantes y arroyos que borbotean pendiente abajo. Tiene bosques frondosos y densos matorrales; jabalíes, serpientes de cascabel y osos. Llamada así por la tierra natal de los esclavos que trabajaron sus campos, durante décadas fue tan violenta que el Estado cedió la administración al gobierno federal. Con su tamaño, su belleza terrible y su terrible historia, entre los reclusos se rumorea que la prisión está rodeada por un foso bien provisto de caimanes hambrientos y dispuestos a comerse a cualquiera que intente escapar. Da igual que al llegar todo recluso entre por las puertas ante las que estoy yo ahora y que después lo lleven por los campos. Da igual que lo que han visto allí no sea un foso. La leyenda ha borrado el recuerdo.

En la garita de seguridad me cachea un guardia, y después me subo a uno de los viejos autobuses escolares blancos que utiliza la prisión para el transporte, con el rótulo «PENITENCIARÍA ESTATAL ANGOLA» en un lado. Tras atravesar prados de hierba larga y cimbreante llegamos a un edificio pintado de color melocotón. Otro guardia me lleva por un corredor rodeado de vallas hasta una puerta. Por la puerta se ve una habitación de paredes grises con mesas pequeñas, redondas, y sillas de plástico. A lo largo de una pared hay una serie de tabiques de plexiglás con sillas al lado.

—Siéntese —dice el guardia, señalando una silla.

Lo que ocurre a continuación sigue tan vivo en mi recuerdo como cualquier cosa imaginada. Por el plexiglás veo a lo lejos a un hombre que sale por una puerta, se vuelve hacia el guardia y le presenta las manos para que le quite las esposas. El hombre lleva la misma camisa de algodón y los mismos vaqueros azules que los demás reclusos, el azul de Angola. Es mayor que en el video. Las gafas, igual de gruesas. Tiene las orejas muy despegadas de la cabeza, la huella del consumo de alcohol de Bessie.

Aquel día tiene treinta y siete años. Pero mientras se dirige hacia mí por el pasillo no lo veo como si tuviera treinta y siete años. Es el bebé al que sacan por la hendidura que le han practicado a su madre en el vientre, al que sacan por la media luna abierta en la escayola. Es el niño de pelo castaño con pecas y dentón que, agazapado entre las raíces de una virgilia, habla con una fotografía en blanco y negro que sujeta con mano pringosa. Tiene dieciocho años, y está en la camioneta con sus amigos y una explosión de estrellas fuera, chuperreteando el gollete dulce de una botella de cristal de licor e intentando armarse de valor para entrar en el centro de salud mental y pronunciar la palabra que define lo que él es. Tiene veintiséis años y aprieta con un brazo el cuello de Jeremy. Jeremy patalea tan fuerte que se le salen las botas. Después el cuerpo del niño se queda flojo, y cuando muere el niño, el hombre pasa a ser un asesino, el que siempre será. Tiene cuarenta y nueve años y escribe la última página que tengo en los archivos, una nota tan reciente que aún no la han guardado en una caja como las demás, sino que me la entrega suelta un administrativo. Es una carta dirigida a un juez. «¡Es que hago investigación sobre la familia y me gusta mucho!» Ha pasado muchos años buscando documentos de sus antepasados, dice, pero aún quedan lagunas en la historia. ¿Podría el juez ayudarlo a escarbar aún más en el pasado?

Conozco esa necesidad. Si retrocede lo suficiente, quizá llegue a comprender.

En este recuerdo llevo mi traje demasiado grueso. Tengo veinticinco años en la sala de visitas, pero también tres, y la carnosa mano de mi abuelo me tapa la boca. Ocho, y tengo las manos pegadas con el gel del columpio y me río. El aire huele a disolvente y a hierba cortada. Tengo doce años y doy vueltas con mi vestido, de puntillas, con los ojos cerrados, y cuando los abro, mi abuelo está observándome, mirándome descaradamente. Dieciséis, con un bote de pintura negra, intentando inventarme una nueva vida con lo que escribo en las paredes de mi habitación. Treinta y siete, pisando por primera vez el suelo de conchas trituradas de lo que fue el Fuel Stop, decidida a ir a donde esté el pasado para poder dejarlo atrás y encontrar mi camino.

Mientras espero al hombre que se dirige hacia mí me paso la punta de la lengua por el labio inferior. Una antigua costumbre. Noto los labios húmedos

y me estremezco de asco, como me pasa siempre. Porque sé que ese gesto es inconsciente. Es lo que hacía mi abuelo cuando se concentraba en un dibujo. Lo vi hacerlo cuando me enseñaba a dibujar. Llevo el recuerdo dentro de mi cuerpo y no puedo controlarlo, ni siquiera puedo rebuscar ahí dentro y eliminar el recuerdo. Sigo queriendo eliminarlo. Sigo queriendo librarme de él. Pero sé que tengo unos límites, que nunca veré, que nunca comprenderé. Arrastramos lo que nos hace como somos.

Ricky se sienta enfrente de mí. El problema de este día, el problema de este encuentro, el problema que inicia este relato dentro de mí solo puede acabar así: el hombre enfrente de mí es un hombre. Nunca será solo una cosa o la otra. Únicamente un relato puede serlo. Una persona, no.

Así que pruebo con algo distinto. En lugar de darle la espalda al pasado, en lugar de huir de él, tenderle una mano. Le digo al pasado: ven conmigo, estoy viva.

—Hola, Ricky —digo.

Fuentes consultadas

TRANSCRIPCIÓN DEL JUICIO, 2003

Darlene Langley: A mamá y a papá les dijeron que por todos los medicamentos que estaba tomando mamá y por... pues por las operaciones, que él probablemente sería...

Fiscal: Protesto, señoría, a menos que conozca personalmente los hechos.

Juez: Pues no sé.

Abogado: Señoría, no se trata de hacer valer la verdad del asunto, es una especie de tradición familiar con la que crecieron toda la vida, algo que les han contado y repetido. Sea o no verdad, les ha influido a todos.

Juez: No ha lugar a la protesta.

En los capítulos en los que interviene mi familia me he fiado de mi memoria y he confirmado ciertas fechas con familiares o he mantenido conversaciones con ellos sobre esos acontecimientos. En los capítulos dedicados a la vida de Ricky me he basado sobre todo en expedientes judiciales y artículos de prensa. Sin embargo, los detalles tenían que dar vida a las escenas: qué ropa llevaba la gente, dónde estaban, etcétera, y en ocasiones me he encaramado con la imaginación al andamiaje de los documentos. A veces necesitaba imaginar lo que pensaba o sentía la gente, y siempre que me fue posible, me inspiré para ello en otras cosas que decían y hacían, ya documentadas.

Capítulo uno

Esta descripción del asesinato es una mezcla del testimonio de Lorilei Guillory en el juicio de 2003 (el testimonio de 1994 difiere ligeramente) y la

transcripción de la confesión de Ricky Langley del 10 de febrero de 1992, la confesión que vi en 2003. Aquel día se grabaron dos confesiones; esta es la segunda, aunque otros detalles proceden de la transcripción del primer video. Los momentos en los que posiblemente abusó de Jeremy Guillory —antes de la muerte del niño, después o nunca— se presentan de formas distintas en las distintas confesiones, y yo he elegido la versión más sencilla, pero también he reflejado las discrepancias. He preferido indicar que hizo tres confesiones porque son las transcripciones grabadas coherentes que yo tengo, pero, como se señala en otros sitios del libro, contó la historia del asesinato muchas veces y de maneras diferentes.

Capítulo tres

He narrado la búsqueda que Lorilei Guillory hace de su hijo basándome en su testimonio en el juicio de 2003, pero he intentado imaginarme sus sentimientos a partir de su testimonio de 1994 e inspirándome en la obra de teatro *Lorilei*, de Thomas Wright, representada en el Reino Unido y otros países y emitida por la BBC. Se escribió en colaboración con Nick Harrington, que realizó la investigación, y se basa en parte en las propias palabras de Lorilei. Puede encontrarse más información sobre la obra en «From Hatred to Forgiveness», de Clive Stafford, publicado el 11 de diciembre de 2015 en *TheNation.com*. Para conocer el entorno de Lorilei he recurrido a las fotografías publicadas en el *American Press* y a las que hice en el transcurso de mis viajes a la zona. La fotografía de Lorilei y Jeremy Guillory que se menciona en este libro fue publicada en el *American Press*. Las transcripciones de las llamadas al 911 fueron destruidas con los años, pero para reconstruir su contenido me he servido de la declaración del encargado de los registros telefónicos del 911, Gary Hayes, en el juicio de 2003. He tomado de la obra *Lorilei* la escena en la que Ricky Langley le ofrece de beber a Lorilei en el porche. Con la escueta información sobre el alcohol que aparece en la obra, he puesto a trabajar mi imaginación sobre ese momento concreto. Sin embargo, el alcohol no aparece en otras descripciones de la búsqueda, y hay que considerarlo algo cuestionable. Mi descripción del pasado de Lorilei procede de *Lorilei*, el *American Press* y el estudio de los expedientes judiciales. La circunstancia de que Jeremy fuera de excursión

con el colegio al museo de ciencias procede de la declaración de Lorilei Guillory en el juicio de 1994.

Capítulo cinco

Esta descripción de la búsqueda está basada en la declaración de Calton Pitre, el ayudante del sheriff, en el juicio de 2003, artículos del *American Press* de la época del asesinato y las transcripciones de KPLC-TV y KYKZ-96 recogidas en el expediente judicial. La donación de café del Fuel Stop es un detalle de la declaración de Lanelle Trahan en el juicio de 2003. Que la mujer a la que he llamado Pearl Lawson supiera que Ricky Langley abusaba de niños y que le dijera que se marchara la noche en que se inició la búsqueda es un dato de la transcripción de la segunda confesión de Ricky, del 10 de febrero de 1992, aunque los detalles de la conversación son idea mía. También aparece en esa transcripción que los padres de Ricky le preguntaran si tenía algo que ver con la desaparición de Jeremy, pero también en este caso he inventado los detalles.

Capítulo siete

Este capítulo se basa en la declaración de Lanelle Trahan en los juicios de 1994 y 2003. La descripción del choque de la moto con el tren está basada en el informe del accidente, que consta en el expediente judicial.

Capítulo nueve

Don Dixon refirió la excursión para cazar patos que hicieron Lucky DeLouche y él en su declaración en el juicio de 2003. La llamada de teléfono de la agente de libertad condicional a Lucky es una combinación de múltiples llamadas telefónicas y encuentros que tuvieron lugar entre la agente, Elizabeth Clark, Dixon, Lucky y otros agentes de policía. El relato de estas llamadas y reuniones varía. En su declaración de 2003, Dixon dice que Lucky y él se entrevistaron con Lorilei Guillory antes de hablar con la agente de libertad condicional. Clark ofreció una descripción de los hechos mucho más complicada en el juicio de 1994. El relato que se ofrece en este libro se parece más al de la obra *Lorilei*. En todas las versiones se corresponde con la información que obtuvieron sobre Ricky Langley gracias a los datos que

reunió la agente de la libertad condicional, a pesar de que Ricky no estaba oficialmente a su cargo. He tomado el relato de la detención de Ricky de la declaración que prestaron Dixon y Lucky en el juicio de 2003, si bien he omitido a otro oficial de policía presente en el lugar del crimen, Neil Edwards. Me he imaginado lo que iba pensando Ricky en el coche celular, pero que tapara las ventanas de su habitación con papel de aluminio es un dato que consta en el expediente judicial. El relato del hallazgo del cadáver de Jeremy Guillory procede de la transcripción de un video del 10 de febrero de 1992. También en este caso he prescindido de otros agentes de policía que estuvieron en el lugar del crimen. El ayudante que hizo la grabación no era novato en su trabajo, pero esa información se encuentra en la transcripción de 1994, no en la de 2003. Lo he mantenido como me lo imaginaba al principio y en el texto lo he señalado como algo imaginario.

Capítulo diez

El incidente de violencia doméstica aquí descrito es una combinación simplificada e imaginada. El 29 de marzo de 1993, el *American Press* publicó un artículo en el que se decía que el padre del niño al que he llamado Cole fue detenido por intentar atropellar a una mujer y su hijo. Basándome en el lugar y el momento en los que ocurrió el incidente, creo que esa mujer era Lorilei. El fiscal retiró más adelante los cargos de tentativa de asesinato porque la mujer se negó a colaborar con la policía, alegando que no tenía otros medios para mantener a su hijo y a sí misma.

Capítulo once

Esta descripción del accidente de coche —y la observación de que los abogados cambiaron la hora en que ocurrió— se basa en las declaraciones iniciales de los juicios de 1994 y 2003, así como en informaciones de prensa de 1964. Existen pequeños detalles discrepantes, y donde no he resaltado la discrepancia he elegido entre ellos. La notificación del nacimiento de Oscar Langley apareció en el *American Press*, antes de que le pusieran nombre. Para la descripción del Hospital Charity he recurrido a las declaraciones iniciales de los juicios de 1994 y 2003, la declaración del doctor Robert Maupin en el juicio de 2003 y el libro *New Orleans' Charity Hospital: A*

Story of Physicians, Politics and Poverty, de John Salvaggio. También me he basado en la declaración de las hermanas de Ricky Langley en los tres juicios para todo el libro. He condensado las estancias de Bessie en el hospital por razones de claridad y fluidez narrativa. Después de las Navidades pasó temporadas en casa, y Ricky nació en el hospital de Lake Charles.

Capítulo trece

La escena en la que Ricky Langley ayuda a su padre a construir la casa es imaginaria. Ideé el sueño de Ricky en el que un fantasma lo lleva al lugar del accidente basándome en una declaración de 2003 de Heather Regan, periodista del *Southwest Daily News* que asistió al seminario de 2002 que aparece en el capítulo treinta y uno. Recuerda que Ricky dijo que un fantasma lo había llevado hasta el lugar de los hechos, mientras que otros asistentes entendieron que Ricky dijo que el fantasma era Oscar Langley. He preferido el relato de Regan por una cuestión de claridad. Que Ricky viera a su padre mecido la cabeza de Oscar y cantándole en el lugar del accidente lo he sacado del expediente judicial, donde figura que en varias ocasiones Ricky les cuenta a los psiquiatras su visión del accidente. Ricky contó repetidamente a psicólogos, psiquiatras y agentes de la policía que había empezado a abusar de niños cuando tenía nueve o diez años, y en las declaraciones tomadas después del seminario de 2002 muchas personas recuerdan habérselo oído decir. Otras escenas de su infancia están basadas en las declaraciones de sus hermanas en los juicios de 1994 y 2003, en las declaraciones iniciales de ambos juicios, en el testimonio de 2003 de su profesora de sexto, Josette Melancon, y en otros puntos del expediente judicial. La noche que intentó que lo atendieran en el centro de salud mental de Lake Charles y lo rechazaron está sacada de la declaración de Patrick Vincent en el juicio de 2003. Para simplificar la escena, Ricky entra solo. En el texto he empleado las palabras «chicos» y «quinceañeros», pero corresponden al punto de vista imaginario del trabajador que ve el coche desde la ventana. Vincent tenía treinta y tantos años.

Capítulo quince

Este capítulo está basado en los expedientes de Ricky Langley del centro de salud mental de Lake Charles y en testimonios del juicio de 1994, sobre todo el del doctor Paul Ware. La alegación de que Judy tuvo que apuntar con una pistola al hombre que he llamado Lyle procede del testimonio del doctor Ware, pero, que yo sepa, no fue corroborada por las partes interesadas. Lo que Ricky dice y siente está tomado de notas de los asistentes sociales en esos expedientes, aunque he imaginado la escena con la trabajadora social sin nombre. La lista de visitas aprobadas es de la penitenciaría estatal Angola. La lista se encuentra en el expediente judicial pero no está fechada, aunque parece remontarse a antes de 1997.

Capítulo diecisiete

La parte referente a Indiana de este capítulo está basada en la declaración de Ruth McClary en el juicio de 1994, pero he inventado muchos detalles. La parte referente a Georgia se basa en los expedientes de la cárcel de Ricky Langley y en los testimonios de Rick Hawkins, el doctor Clark Heindel, Jackie Simmons y el doctor Ware en el juicio de 1994. El libro sobre la historia de la familia Langley que se menciona al final del capítulo se titula *The Langley Family of Southwest Louisiana: A Genealogical Study of Some Descendants of John Langley (II) and Marie Willan*, de John Austin Young.

Capítulo dieciocho

La narración del delito de Ricky Langley en Georgia está basada en la declaración de la víctima en el juicio de 1994. La descripción que hace Ricky se basa en documentos de su expediente penitenciario en la cárcel de Georgia.

Capítulo diecinueve

Este capítulo está basado en el testimonio de Ellen Smith en el juicio de 1994. He inventado la situación socioeconómica de su familia, las circunstancias de su relación y los detalles de la fiesta. La información sobre las idas y venidas de Ricky Langley y sobre las personas a las que veía en Georgia se basa en el expediente judicial, al igual que la escena imaginaria de la entrevista. Que los padres de Ricky creyeran que había abusado de un

miembro de la familia es un dato recogido del testimonio del doctor Ware en el juicio de 1994.

Capítulo veintiuno

Las conversaciones entre Ricky Langley y la mujer a la que he llamado Pearl Lawson proceden de las declaraciones de Ricky en la confesión grabada y de Pearl en los juicios de 1994 y 2003. Sin embargo, como estos relatos son mínimos y opuestos, he imaginado los detalles del motel y la televisión y he resaltado ciertos aspectos de los relatos opuestos. Según declaraciones del seminario de 2002, Ricky también contó a los asistentes que había hecho de canguro al volver a Iowa —seguramente se refería a los hijos de los Lawson, puesto que no había nadie más a quien cuidar o que él asegurase haber cuidado— y que les había contado a los padres de esos niños que había abusado de menores años antes. Las diversas versiones del asesinato que da Ricky se encuentran en el expediente judicial de 2003. El incidente con el recluso que he llamado Jackson está basado en la declaración de Larry Schroeder del 10 de febrero de 1994, que consta en el expediente judicial, y en su testimonio en el juicio de 1994. Algunos de los asistentes al seminario de 2002 que aparecen en el capítulo treinta y uno recuerdan que Ricky aseguró que había estrangulado a Jeremy Guillory creyendo que mataba al fantasma de Oscar Langley, el mismo relato que recogen las notas del doctor Dennis Zimmerman, psiquiatra de la defensa, incluidas en el expediente judicial. La parte dedicada al corredor de la muerte se basa en los expedientes penitenciarios de Ricky en Angola y en la declaración de John Thompson en el juicio de 2009. La conversación entre ellos en este capítulo es una combinación de acontecimientos reflejados en los expedientes de Ricky y las descripciones de Thompson de su interacción con Ricky en el transcurso del tiempo. Las citas de Clive Stafford Smith están en el expediente judicial, al igual que la sentencia de apelación. En este caso y en todo el libro he sacado algunas ideas sobre los sentimientos de Clive hacia su padre de artículos, entrevistas y charlas suyas, como «Mi padre, las enfermedades mentales y la pena de muerte», una charla en TEDxExeter 2015. Para otros detalles de este capítulo también he recurrido a *Nine Lives: Mystery, Magic, Death and Life in New Orleans*, de Dan Baum.

Capítulo veintidós

Deduje que el hombre que me abrió la puerta era John Thompson por mis recuerdos y las declaraciones que prestó en el juicio de 2009 sobre el trabajo que hacía en el Centro de Asistencia a la Pena Capital de Luisiana, que por entonces se llamaba Centro de Asistencia de Crisis de Luisiana. El video que se describe es el segundo de Ricky Langley que se grabó el 10 de febrero de 1992, y el relato correspondiente está basado en la transcripción.

Capítulo veinticuatro

Las escenas del funeral y la marcha de protesta se basan en artículos del *American Press* y en transcripciones de KPLC-TV y KYKZ-96 que figuran en el expediente judicial. El momento en el que Ricky Langley llama al guardia es una combinación de diversas declaraciones del expediente judicial que constatan que intentó hablar en varias ocasiones con Lucky DeLouche y otros agentes mientras estaba en el centro penitenciario de Calcasieu. La descripción de Richard Guillory se basa en fotografías publicadas por el *American Press* y otras que se pueden ver en línea. El editorial que se menciona fue publicado por el *American Press*. La descripción de Lorilei Guillory tras la muerte de Jeremy se basa en *Lorilei* y en las palabras de Clive Stafford Smith reflejadas en la transcripción de una vista. Los pensamientos de Lorilei al enterarse de que Ricky había sido condenado a muerte proceden de *Lorilei*.

Capítulo veinticinco

La transcripción de la vista previa al juicio se encuentra en el expediente judicial. He inventado las circunstancias en las que Lorilei se prepara para esa fecha, basándome en *Lorilei*. Los documentos de recusación del juez Alcide Gray en futuros procesos de pena capital y los escritos presentados por Clive Stafford Smith para la anulación del veredicto de 2003 están recogidos en el expediente judicial. El documento de renuncia y acuerdo al que se hace referencia fue firmado por Lorilei, Clive y Ricky Langley el 7 de junio de 2002. El 8 de mayo de 2003 —mucho después de que Lorilei viera a Ricky y decidiera testificar a su favor— los tres firmaron otro documento de renuncia y acuerdo en el que se aclaraba que Ricky y Clive lucharían por obtener un

veredicto de inocencia alegando demencia. Aunque no tengo la certeza de que Lorilei y Ricky se conocieran en el instituto, asistieron al mismo tiempo a un centro de enseñanza pequeño, como demuestra el siguiente capítulo, de modo que parece lógico pensar que sí se conocieron.

Capítulo veintisiete

Esta descripción del encuentro entre Lorilei Guillory y Ricky Langley está basada en parte en *Lorilei*. También he sacado información de una carta de Lorilei publicada en el *American Press* el 25 de mayo de 2003, en la que habla de sus pensamientos y sentimientos, pero no de la visita a Ricky. Por último, he inventado algunos detalles necesarios para dar vida a la escena. Las declaraciones sobre la ausencia de Bessie Langley están recogidas en la transcripción del juicio de 1994. Para elaborar este capítulo también he recurrido a los expedientes de Ricky de la prisión de Georgia, un memorando de atenuantes de la defensa que se encuentra en el expediente judicial y a la transcripción del juicio de 1994.

Capítulo veintiocho

Me he basado en el folleto de Eula Buller *El cementerio de Hebert 2007* para la elaboración de este capítulo.

Capítulo veintinueve

La canción «La rosa» fue escrita por Amanda McBroom. La descripción del accidente de motocicleta en el que murieron el padre y el hijo a los que he llamado Terry y Joey Lawson se basa en el atestado policial, recogido en el expediente judicial, y en una necrológica del *American Press*. La petición y el escrito presentados se encuentran en el expediente judicial. Que la petición fuera denegada y que la familia dijera que iba a presentar una demanda ante la Junta Disciplinaria de la Asociación de Abogados del Estado de Luisiana son datos de un artículo publicado en el *American Press*.

Capítulo treinta y uno

La carta de Lorilei Guillory fue publicada por el *American Press*. Las declaraciones y descripciones contradictorias proceden de las transcripciones

de los juicios de 1994 y 2003. La carta que les escribió Ricky Langley a sus padres es una combinación de varias cartas. La cita que aparece aquí es de 1992 y la leyó en voz alta Clive Stafford Smith durante la declaración de Lucky DeLouche en el juicio de 2003. En ella Ricky habla de su deseo de ayudar a otros a comprender la mentalidad de los pedófilos. Las descripciones del seminario y de lo que dijeron en él Ricky y Clive, así como lo que pensaban, sentían o decían los asistentes se basan en las declaraciones posteriores de los asistentes ante los fiscales. Sin embargo, en algunos casos he condensado los relatos de dos asistentes en una sola persona para facilitar la lectura. La sala y los actos físicos de las personas son inventados. Estas declaraciones se encuentran en el expediente judicial de 2003, pero no fueron admitidas en el juicio. La reunión entre el coronel Bruce LaFargue y Ricky antes del seminario se basa en la declaración jurada de LaFargue del 2 de enero de 2003. Un fax enviado por Clive a LaFargue el 12 de diciembre de 2002 sostiene que nada de lo que dijo Ricky podría usarse en su contra; en la declaración jurada de enero, LaFargue asegura que no prometió tal cosa y que ante la petición de Clive al respecto solamente respondió que tenían el acuerdo de que Ricky no hablara del asesinato. Para la elaboración de este capítulo también he recurrido a testimonios del juicio de 1994.

Capítulo treinta y dos

El apartado del *voir dire* se basa en transcripciones del expediente judicial. Los comentarios del juez Alcide Gray y Cynthia Killingsworth sobre los asesinatos cotidianos se produjeron en diferentes días del *voir dire*, pero he reducido el tiempo en aras de la fluidez narrativa. Hice un cálculo aproximado del número de jurados interrogados. Para la construcción de este capítulo recurrí a *On Killing: The Psychological Cost of Learning to Kill in War and Society*, de Dave Grossman, y a *Juror's Stories of Death: How America's Death Penalty Invests in Inequality*, de Benjamin Fleury-Steiner.

Capítulo treinta y tres

He sacado la escena de la sala del tribunal de la transcripción del juicio de 2003, si bien he inventado las acciones físicas de los letrados en la sala y los pensamientos de los jurados. No tuve acceso a las secuencias de 2003 de

KPLC-TV, pero sí a las de la revisión de la causa en 2009, que incluyen partes que se mostraron en 2003. Vale la pena mencionar que las fotografías aéreas no se tomaron en el momento del crimen —en ese juicio el fotógrafo aclaró que no disponían de helicóptero—, sino en la primavera de 1993.

Capítulo treinta y cuatro

El diálogo y las descripciones del juicio de este capítulo proceden de la transcripción del juicio de 2003, y las descripciones de los videos, de sus transcripciones. He inventado los pensamientos y sentimientos de Lorilei Guillory y de los miembros del jurado. La fotografía navideña de Jeremy Guillory pertenece a las secuencias de la KPLC-TV mencionadas en el capítulo treinta y tres. Que los fiscales calificaran a Lorilei de incapacitada es algo que aparece en múltiples declaraciones y artículos de Clive Stafford Smith; por ejemplo, en una columna de opinión del 10 de octubre de 2008 que se publicó en la página web de *Al Jazeera* bajo el título de «La pena de muerte, una absoluta barbaridad».

Capítulo treinta y cinco

La parte de este capítulo dedicada al juicio se basa en la transcripción del proceso de 2003. Mis reflexiones sobre si la mayoría de los pedófilos han sufrido abusos sexuales se basan en «Does Sexual Abuse in Childhood Cause Pedophilia: An Explanatory Study», de K. Freund *et al.*, *Archives of Sexual Behavior* (diciembre, 1990), y «Cycle of Child Sexual Abuse: Links Between Being a Victim and Becoming a Perpetrator», de M. Glaser *et al.*, *The British Journal of Psychiatry* (diciembre, 2001). Ambos artículos pueden consultarse en línea. Al preguntar si Lorilei Guillory se veía reflejada en Ricky Langley no tengo intención de sugerir que se viera reflejada en lo que Ricky hizo. Más bien me planteo si tal vez se viera reflejada en algunos de los retos a los que Ricky se enfrentó en la vida. Recurrí a *Lorilei* para establecer esa posible relación.

Capítulo treinta y seis

He tomado la parte de este capítulo dedicada al juicio de la transcripción del proceso de 2003.

Capítulo treinta y siete

La cita del asistente social está tomada de un memorando de atenuantes de la defensa que se encuentra en el expediente judicial, y otras descripciones de asuntos de los que el jurado no tuvo conocimiento proceden de las fuentes citadas en los capítulos en los que se desarrollaron los acontecimientos. En la transcripción del juicio de 1994 hay más detalles sobre el «diario de sueños» y el debate sobre si se trataba de confesiones o de sueños. La información de que Lorilei Guillory no asistió a la notificación del veredicto del jurado en el juicio de 2003 procede de un artículo del *American Press*. En el expediente judicial constan que Clive Stafford Smith apeló el veredicto de 2003, los argumentos de la apelación y lo que ocurrió después. En 2003 oí decir al presidente del jurado, Steven Kujawa, lo que se cita en este capítulo en un acto celebrado en el Centro de Asistencia para la Pena Capital de Luisiana, al que asistieron estudiantes en prácticas que no trabajaban en la causa de Ricky Langley y miembros de la comunidad que no tenían ninguna relación con ella. Para la descripción de las circunstancias familiares de Kujawa me he basado en las declaraciones que hizo aquel día y en la transcripción del *voir dire* de 2003.

Capítulo treinta y ocho

Las fotografías de este capítulo se encuentran en el expediente judicial.

Capítulo cuarenta

Algunas descripciones de Angola se basan en *God of the Rodeo*, de Daniel Bergner, un relato de no ficción sobre el rodeo de la prisión de Angola. La carta de Ricky Langley dirigida a un juez se encuentra en el expediente judicial.

AGRADECIMIENTOS

A veces se tiene un golpe de suerte. Yo lo tuve por partida doble mientras escribía este libro, cuando me llegaron las generosas subvenciones de la National Endowment for the Arts y de la Rona Jaffe Foundation, en el momento en que más las necesitaba. El apoyo económico hizo posible las investigaciones para este libro; los votos de confianza fueron inestimables. Como lo fueron el tiempo y el espacio que me brindaron la MacDowell Colony, la Corporation of Yaddo, la Millay Colony for the Arts, el Blue Mountain Center, el Virginia Center for the Creative Arts, el Vermont Studio Center, el Kimmel Harding Nelson Center, los Estudios de Cayo Hueso, el Djerassi Resident Artists Program y la familia de Alice Hayes, que instituyó la beca de la Ragdale Foundation.

Algunos capítulos del libro ya se habían publicado en otro formato, en *Oxford American*, *Bellingham Review*, *Fourth Genre*, *Bookslut* y en la antología *True Crime*. Agradezco a sus directores, Brenda Miller, Marcia Aldrich, Jessa Crispin y Lee Gutkin, que reconocieran las posibilidades del material. Estoy en deuda especial con Wes Enzinna, por entonces en *Oxford American*, que una vez me llamó a las diez de la noche por un verbo. Tenía razón, y aprendí mucho con la llamada.

Mi agente, Robert Guinsler, ha sido el mejor defensor de este libro que podría haber deseado desde que le hablé de él. Lo ha apoyado infatigablemente, y su labor de representación raya en lo mágico. Gracias igualmente a Calvin Hennick y a Szilvia Molzar, muchas gracias.

A mi editor, Colin Dickerman, gracias por su perspectiva clara y compleja de este libro, que sacó de él todo su potencial. Gracias igualmente al equipo de Flatiron Books, James Melia, Amelia Possanza, Marlena Bittner, Molly Fonseca, Nancy Trypuc y Keith Hayes, así como a Robert Ickes y Michael Cantwell. Considero un privilegio estar en tan buenas manos, como

estoy en buenas manos en el Reino Unido con Georgina Morley y su equipo de Pan Macmillan.

Antes de que este material llegara a ser un libro, Douglas Whynott pensó que podía serlo y empezó a enseñarme a transformarlo. Agradezco sus enseñanzas, y también las de Richard Hoffman, Megan Marshall, Pamela Painter y sus colegas del Máster de Bellas Artes de Emerson. Muchas gracias a Jonathan Harr, Sydelle Kramer, David Shields, Jane Brox, Joshua Wolf Shenk, Rachel Sussman y Deanne Urmy por sus consejos y su constante apoyo.

Mi agradecimiento a Michael Collier, Noreen Cargill, Jennifer Grotz y Jason Lamb de la Bread Loaf Writers' Conference, donde conocí a Ross White y Matthew Olzmann, que dirigen el Grind, donde escribí muchas páginas de este libro. Mi agradecimiento asimismo a Anne Greene y las familias de Jon Davidoff y Joan Jakobson, de la Wesleyan Writers Conference.

Boston cuenta con una de las mejores comunidades de escritores que conozco, y en gran medida se debe a su organización. Les estoy profundamente agradecida a Eve Bridburg y Christopher Castellani por ofrecerme un hogar, desde hace tantos años, en el taller Grub Street, y también a Alison Murphy, Jonathan Escoffery, Sonya Larson, Dariel Suarez, Lauren Rheume, Sarah Colwill-Brown y todos los demás por mantener en funcionamiento el Grub Street con su trabajo. Doy las gracias a la dirección y los miembros de la Writer's Room de Boston, donde escribí gran parte de este libro, y en especial a Debka Colson. Gracias igualmente a mis colegas de la Harvard's Kennedy School of Government, y especialmente a Jeffrey Seglin, gran mentor, antiguo profesor y amigo entrañable. A mis alumnos, antiguos y actuales, de la Grub Street's Memoir Incubator, otras clases del taller, Cedar Crest College y Harvard, gracias a todos por confiarme vuestros relatos y por enseñarme con vuestra valentía. Trabajar con vosotros es un gran honor.

Cuando estaba escribiendo este libro recibí un correo electrónico en el que se me invitaba a formar parte de un grupo de escritura. No podía yo saber que era el mejor grupo de escritura que haya existido jamás. A los Chunky Monkeys —Chip Cheek, Jennifer De Leon, Calvin Hennick, Sonya Larson,

Celeste Ng, Whitney Scharer, Adam Stumacher, Grace Talusan, Becky Tuch —, todo mi cariño y gratitud. Vosotros sois la razón fundamental por la que sigo viviendo en una ciudad con inviernos.

El Comité de Periodistas para la Libertad de Prensa me ha aportado ideas muy valiosas. En Luisiana, Loretta Mince, Jeanette Donnelly y Alysson Mills me ofrecieron asistencia jurídica fundamental para este libro. Agradezco su ayuda al personal de la biblioteca genealógica de Southwest Louisiana, de la secretaría judicial de East Baton Rouge Parish y de la biblioteca pública de Iowa, así como a los Buller, del cementerio de Consolata, y Mari Wilson, de la KPLC-TV. Mi especial agradecimiento a Sha Carter, Bethany Smith y al resto del personal del departamento de archivos criminales de la secretaría judicial de Calcasieu por las infinitas fotocopias, los montones de clips y la cómoda silla que me proporcionaron.

En muchas ocasiones me resultó difícil pasar al papel el material de este libro. Por los abrazos y el bourbon, por las palabras de ánimo y el intercambio de información, gracias a Alysia Abbott, Howard Axelrod, Ned Baxter, Steven Beeber, Michael Blanding, Nicholas Boggs, Sari Boren, Lori Brister, Alexander Chee, Julia Cooke, Rebecca Morgan Frank, Ted Genoways, Michelle Hoover, Elin Harrington-Schreiber, Patricia Harrington-Schreiber, Hannah Larrabee, Ron MacLean, Richard McCann, Nicole Miller, Mary Jane Nealon, Shuchi Saraswat, Mike Scalise, Linda Schlossberg, Kat Setzer, Justin St. Germain, Rachel Starnes, R. J. Taylor, Laura van den Berg, Robin Wasserman, Sarah Wildman, Alexi Zentner y Ann Zumwalt. No puedo excluir de los agradecimientos de este libro a mi difunta perra *Lada*, que tanto contribuyó a alegrar los primeros días de su escritura. Gracias también al personal del Diesel Café de Somerville y al de la 1369 Coffehouse de Mass Avenue, en Cambridge, por el café que tanto necesitaba, y a Zoe Keating por su música, banda sonora de muchas de estas páginas.

A mi familia no debió de resultarle fácil brindarme su apoyo para escribir este libro, pero me lo brindó, y por eso y por muchas otras cosas le estoy profundamente agradecida. Toda familia es complicada, pero es una verdadera suerte saber que a la nuestra la une el cariño.

La primera vez que Janna y yo quedamos para salir fue el día en que tuve la certeza de que este libro se publicaría. Meses más tarde, Janna pasó a ser uno de los personajes. Te doy las gracias por hacer el material de este libro más fácil de vivir y después más fácil de escribir. Gracias por tu amor y gracias por formar conmigo un hogar en el que pueden vivir a salvo mis recuerdos del pasado con mis esperanzas en el futuro.

«La vida ni es un bien ni es un mal, es solo ocasión de bien y mal.»
LUCIO ANNEO SÉNECA

Desde LIBROS DEL ASTEROIDE queremos agradecerle el tiempo que ha dedicado a la lectura de *Nada más real que un cuerpo*. Esperamos que el libro le haya gustado y le animamos a que, si así ha sido, lo recomiende a otro lector.

Al final de este volumen nos permitimos proponerle otros títulos de nuestra colección.

Queremos animarle también a que nos visite en www.librosdelasteroide.com, en [@LibrosAsteroide](https://www.facebook.com/librosdelasteroide) o en www.facebook.com/librosdelasteroide, donde encontrará información completa y detallada sobre todas nuestras publicaciones y podrá ponerse en contacto con nosotros para hacernos llegar sus opiniones y sugerencias.

Le esperamos.



* *Luck*: suerte. *Lucky*: suertudo. (N. de la T.)

* *Red Rock: Roca Roja (N. de la T.)*

Nota biográfica

Alexandria Marzano-Lesnevich es doctora en derecho por Harvard y licenciada en arte por la Universidad de Columbia. Recibió diferentes becas de prestigio, como la National Endowment for the Arts en 2014, la MacDowell y la Yaddo, así como el Rona Jaffe Award. Su obra *Nada más real que un cuerpo* (2018) ha sido galardonada con el Lambda Literary Award y con el Chautauqua Prize. Sus ensayos han aparecido en *The New York Times*, *Oxford American* y en las antologías *True Crime* y *Waveform: Twenty-first Century Essays by Women*, entre otras publicaciones.

Recomendaciones Asteroide

Si ha disfrutado con la lectura de Nada más real que un cuerpo, le recomendamos los siguientes títulos de nuestra colección (en www.librosdelasteroide.com encontrará más información):

[Por ley superior](#), Giorgio Fontana

[Muerte de un hombre feliz](#), Giorgio Fontana

[El gran salto](#), Jonathan Lee